

Informe Lugano

Inconsciencia, esquizofrenia o cinismo absoluto: ¿cómo "los que deciden" en el mundo pueden hacer políticas ultraliberales, que son la base de la mundialización, y pretender a la vez atacar las consecuencias catastróficas de estas mismas políticas? ¿Temen un retorno antiliberal? Entonces el futuro del capitalismo no estaría asegurado. Éste es el punto de partida de este nuevo libro de **Susan George** que se presenta en la forma de un informe.

Sus promotores: los representantes de las directrices económicas y políticas del planeta. Sus autores: nueve expertos altamente calificados. El objetivo: identificar las amenazas que pesan sobre el capitalismo en el siglo XXI y estudiar las posibles soluciones. Amenazas que son a la vez perfectamente lógicas, terroríficas y ya consumadas ... Informe abrumador, documentado, apasionado y apasionante, que consigue como ningún otro desarmar los mecanismos fundamentalmente perversos del capitalismo ultraliberal: un horror ecológico, económico y social.

"Mediante un ácido ingenio y sombrías verdades, el *Informe Lugano* retrata brillantemente, a través de los ojos de sus imaginarios pero tan creíbles planificadores, un mundo hacia el que podríamos estar encaminándonos, lentamente."

Noam Chomsky

"Un libro a la vez brillante y aterrador, que debería estar en la mesa de noche de cada líder político de Occidente. Una obra que merece convertirse en un *bestseller*, pues nuestro futuro común sería más seguro si eso sucediese."

Victoria Brittain



CIENCIAS SOCIALES

Encuentro

Icaria editorial



Intermón
Oxfam



Susan George

Informe Lugano



CIENCIAS SOCIALES

Encuentro

Icaria editorial



Intermón
Oxfam

Susan George es politóloga, presidenta del Observatorio de la mundialización y vicepresidenta de la Asociación ATTAC. Situada en primera línea de los combates internacionales, forma parte de uno de los ejes que ha coordinado la unión del conjunto de los movimientos franceses contra el Acuerdo Multilateral en Inversiones (AMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). Autora de varios libros como *Comment meurt l'autre moitié du monde* y *El bumerang de la deuda*. Nació en los Estados Unidos y vive desde hace varios años en Francia.

Susan George
Informe Lugano



Editorial de Ciencias Sociales, 2002

Encuentro

Icaria & editorial  Intermón
Oxfam

Título original: *The Lugano Report: On Preserving Capitalism in the Twenty-first Century*.

Traducción: Berna Wang
Diseño de la cubierta: Laia Olivares

© Sobre la presente edición:
Icaria editorial, s.a., 2002
Editorial de Ciencias Sociales, 2002

© De la versión francesa: Librairie Arthème Fayard, 2000.
© De la versión inglesa: Pluto Press, London and Sterling, Virginia, 1999

1ra. edición: febrero, 2001
2da. edición: marzo, 2001
3ra. edición: marzo, 2001
4ta. edición: mayo, 2001
5ta. edición: julio, 2001
6ta. edición: septiembre, 2001
7ma. edición: octubre, 2001
8va. edición: mayo, 2002
9na. edición: noviembre, 2002

ISBN 84-7426-483-9 Icaria editorial, s. a.
ISBN 959-06-0532-X Editorial de Ciencias Sociales

Instituto Cubano del Libro
Editorial de Ciencias Sociales,
Calle 14 no. 4104 e/ 41 y 43, Playa,
Ciudad de La Habana, Cuba.
Teléfonos: 203-39-59, 203-48-01, 203-00-08
Correo electrónico nuevomil@icl.cult.cu

ÍNDICE

Prólogo a la edición cubana
Oswaldo Martínez / 3

Prólogo. Sobre el subversivo *Informe Lugano*
Manuel Vázquez Montalbán / 7

Carta de los solicitantes / 13

Carta de entrega / 15

Primera parte / 19

1. Los peligros / 21
2. El control / 37
3. El impacto / 55
4. Conclusiones / 71

Segunda parte / 85

5. Las metas / 87
6. Los pilares / 103
7. Los flagelos / 119
8. La prevención / 193
9. Rompecabezas / 211

Anexo, *Susan George* / 225

Epílogo al Informe Lugano / 249

Prólogo a la edición cubana

Osvaldo Martínez

El *Informe Lugano* que se abre a partir de aquí a los lectores cubanos requiere una advertencia imprescindible: es un juego intelectual, una suposición, pues nunca existió tal *Informe* en tanto elaborado por un grupo de expertos de altísimo nivel a solicitud de unos anónimos peticionarios en los que fácilmente se identifica a los más altos círculos del poder en el capitalismo de la globalización neoliberal.

El lector que como tantos, prefiera no leer este prólogo y pase directamente al *Informe Lugano* puede quedar confundido y atónito a las pocas páginas. Podría pensar que los grandes diseñadores y beneficiarios de la globalización neoliberal han llegado a un tal extremo de arrogancia, de creer que no tienen antagonistas, que echando a un lado la retórica que enmascara las verdaderas razones, han expresado en fría lógica y lenguaje directo su pensamiento más profundo y esencial: «Mantener y desarrollar las posibilidades de la economía liberal de libre mercado y el proceso conocido, en síntesis, con el nombre de globalización, así como para profundizar en ellos».

Dicho en otras palabras, examinar descarnadamente, sin las retóricas suavizantes sobre derechos humanos, democracia u otros embelesos, los verdaderos problemas que enfrenta el capitalismo de la globalización neoliberal para perpetuarse y afianzar su dominio a partir del supuesto inmovible de que ese sistema es el último puerto de arribada y ningún otro sistema social lo desplazará, pero necesita tomar acciones acertadas frente a los desafíos que trae el inicio del siglo XXI. El *Informe* podría llamarse

(así lo expresa su autora) «Sobre la conservación del capitalismo en el siglo XXI».

Supuestamente redactado por un grupo de expertos de alto nivel en economía, ecología, información, demografía, avances científico-técnicos, problemas laborales, el lector verá el despliegue de páginas que en lenguaje preciso y sin cosméticos, explican la lógica interna, esencial, determinante o también la expresión casi imposible de conocer pues se esconde tras las múltiples trampas del discurso codificado, de la verdadera racionalidad del capitalismo de nuestros días. Ese que, convencido de su superioridad y eternidad debe no obstante, sortear los obstáculos y resolver los problemas que lo afectan.

Este juego intelectual consistente en presentar al desnudo en un libro la supuesta racionalidad sin retórica del capitalismo actual podría no pasar de un juego divertido e ingenioso, pero superficial e intrascendente como disfrazarse de Lucifer para un baile de disfraces.

Pero, en el *Informe Lugano* el resultado es un libro de impresionante penetración que adoptando con brillantez las premisas, las bases y los intereses presentes en el pensamiento neoliberal globalizador, nos entrega lo que podría ser el núcleo racional cargado de profunda lógica sistémica, amplia y variada información y también de tanta insensibilidad sobrecogedora como para proponer, argumentar y deducir impecablemente por que es necesario para el sistema deshacerse de miles de millones de seres humanos llamados prescindibles y discutir con detallada argumentación las vías más efectivas para eliminarlos y permitir la alegre bonanza de los países desarrollados.

Ya es tiempo de aclarar que el *Informe Lugano* se debe a la pluma de Susan George, autora norteamericana residente en Francia y activa personalidad en el movimiento anti globalización neoliberal. Graduada en francés y en ciencias políticas en el Smith College de su país natal y licenciada en Filosofía en La Sorbona, Susan George logra entregarnos en páginas de brillante factura ese pensamiento oculto y determinante, esencial y encubierto que no aparece jamás al desnudo, pero que la autora presenta con profunda lógica y tal argumentación que pareciera el abogado del diablo enrolado por el sistema para aplicarse el bisturí a fondo, pero no para extirparse su existencia gra-

vosa y depredadora, sino para extirpar los obstáculos para su perpetuidad, sean estos derivados de una errónea desregulación de mercados y una demasiado desigual distribución de las riquezas o de un crecimiento demográfico tercermundista que sea imperioso cortar aniquilando vidas por medios atrocemente científicos y racionales.

Terminado el libro, el lector queda atrapado no sólo por la certeza de que si bien el *Informe Lugano* no es real, nada sería tan cercano y parecido a la realidad como este monumento a la ciencia sin conciencia.

No es extraño entonces que en ese pensamiento deshumanizado la única mención a Cuba sea para incluirla entre unos llamados países con poder «estalinista» o que le preocupe sobremanera el crecimiento económico chino o que crea imprescindible eliminar las presiones demográficas representadas por miles de millones de hambrientos matándolos científicamente.

No cometeré el tan frecuente error de los prologuistas que relatan el libro que el lector tiene en sus manos. Sólo lo invito a participar en el juego intelectual de Susan George en la seguridad de que no será una simple diversión, sino un aprendizaje sobre el más recóndito y esencial pensamiento del capitalismo de la globalización neoliberal.

Prólogo

Sobre el subversivo *Informe Lugano*

Manuel Vázquez Montalbán

Al comenzar a leer el *Informe Lugano*, el lector no advertido del juego intelectual propuesto, puede llegar a la siguiente conclusión: enloquecidos, tal vez, desde la sensación de que carecen de antagonista, los responsables de la nueva fase del desarrollo capitalista llamada *globalización*, necesitan buscar abogados del diablo, informadores críticos y anónimos de la situación económica presente y futura, para no equivocarse y acelerar la conquista de los penúltimos objetivos. Quieren conocer sus eslabones débiles y los obstáculos de todo tipo que pueda tener la realización hegemónica e incontestable del sistema y utilizan a expertos en macroeconomía, desarrollo del trabajo, ecología, información, avances científico-técnicos, demografía para que les recodifiquen los logros y objetivos desde su disposición de cómplices y policías del espíritu. Bajo este prisma, la presente edición del *Informe Lugano* ofrecería uno de los diagnósticos más reveladores de las condiciones objetivas y subjetivas de la situación del capitalismo y de sus perspectivas de futuro, informe autocrítico en algún punto, pero construido para ratificar la hegemonía del capitalismo hasta tal punto que sus elaboradores tratan de denominarlo *economía de mercado* para quitarle al sistema toda connotación peyorativa, heredada del lenguaje de la lucha de clases de los siglos XIX y XX. No hay denominación inocente y *economía de mercado* convierte al *mercado* en el sujeto de la economía y en consecuencia de la política, de la cultura y de la sociedad, un *Deus ex machina* postmodernizado según la estética más utilitaria, el recurso al collage ecléctico que reduce la responsabilidad de las denominaciones.

Atención. No hay que autoengañarse más de lo estrictamente necesario. Resulta que *El informe Lugano* es una suposición. Es un *como si* los dueños de la globalización pidieran a una serie de pensadores que pusieran por escrito su estrategia, pero su autora real es Susan George, una de las voces más severas y razonadamente críticas de la globalización, poseedora de información y conocimientos suficientes de los saberes habitualmente manipulados por economistas, politólogos y sociólogos de las más diversas calificaciones. En el epílogo del libro, la autora aparte de confesar su autoría, enseña las cartas: no es economista aunque haya demostrado una gran capacidad de análisis del economicismo; ni siquiera es socióloga en el sentido exacto de esta especialidad tan polimórfica. Susan George también clarifica sus saberes originales: licenciada en francés y en ciencias políticas por el Smith College de Estados Unidos y licenciada en Filosofía por la Sorbona. Siguió un curso de introducción a la economía, pero tal vez su conocimiento de esta disciplina lo adquiriera mientras redactaba su tesis doctoral sobre la transferencia forzada del sistema alimentario norteamericano al resto del mundo. Este trabajo transdisciplinar le transmitió una visión cosmogónica del juego de los poderes y las miserias reales y un instinto de adivinación para ver quién tiene realmente el control y cómo usa ese poder para, al revés que Robin Hood, aprender a robar a los pobres para dárselo a los ricos.

El discurso de George es complejísimo y completísimo y parte de la constatación de que buena parte del control del saber transmitido ya se ejerce mediante la inadecuación del mensaje y los referentes. El nuevo capitalismo ni siquiera quiere llamarse así y escoge presentarse como *economía de mercado* dentro de una operación de desdramatización lingüística que ya ha afectado a casi todo el lenguaje crítico convencional a lo largo del siglo XX: burguesía, proletariado, capitalismo, imperialismo, clases sociales, lucha de clases son palabras cargadas de gravedad y memoria histórica y por lo tanto suenan a ruidos dentro del canal de comunicación dominante. No hay sistema de dominación totalitario, utilice el partido único o utilice la dictadura del mercado, que no mixtifique los patrimonios fundamentales: la memoria, el lenguaje y la esperanza en el sentido de virtud laica. Si el marxismo y otras cons-

ciencias de la izquierda elaboraron una imagen crítica del mercado, la situación actual marcada por una dictadura economicista quiere liberar a la palabra de toda significación negativa, al contrario, la revolución conservadora presenta al *mercado* como el gran legitimador de toda clase de conductas: desde la economicista hasta el orden sagrado y el matrimonio.

El *Informe Lugano* se sumaría a la incipiente literatura crítica de la globalización que debe asumir algunas características diferenciales con respecto a libros equivalentes publicados antes del diseño del nuevo orden internacional, en todas sus facetas. La globalización implica no sólo el objetivo de un gran mercado universal marcado por las pautas del liberalismo más salvaje, sino un control total de las conductas, impidiendo la simple posibilidad de insinuar o diseñar o practicar la disidencia. Por ello el informe supone las estrategias del neoliberalismo de cara a: *crear un entorno económico que aumente al máximo las oportunidades individuales para conseguir el éxito y la felicidad; salvaguardar un hábitat habitable por seres humanos y otras especies; perpetuar una sociedad civilizada y la cultura occidental*. A partir de la falsa conciencia de que estas finalidades sólo pueden alcanzarse mediante la *economía de mercado* y todos sus instrumentales derivados, los autores del informe razonan según las necesidades de comprensión del neoliberalismo y se plantean cómo controlar los déficits de su propio sistema y la capacidad de respuesta de los antagonismos, viejos o de nuevo cuño, incluso se plantean los riesgos derivados del descontrol demográfico de los pobres y del crecimiento de China como causa de futuros trastornos ecológicos. Es especialmente revelador cómo se posicionan ante la dialéctica entre crecimiento y defensa del medio ambiente: desacreditando a los ecologistas y asumiendo a la vez un ecologismo productivo y convergente con sus intereses. La escritura de la señora George bordea el sarcasmo cuando recurre a la consigna racionalista de evidenciar lo que es evidente, y lo consigue utilizando el discurso del Gran Hermano neoliberal. Todo lo que piensa el supuesto autor del informe es lo que piensa realmente el sujeto que lo convoca y la autora lo cimenta en citas suficientes que delimitan las autoproclamas de belleza y eticidad del capitalismo moderno, el orgullo del

nuevo capitalismo incontestable. Se consiguen párrafos tan reveladores como sobrecogedores cuando se analiza la diferencia entre los seres humanos imprescindibles y los prescindibles... «...la prescindibilidad está ascendiendo por la escala social. No se trata sólo de los indios brasileños, los pobres de los Estados Unidos y otras tribus remotas, Ud., su familia, su profesión, su pequeña o mediana empresa, su comunidad, su hábitat natural empiezan a estar también en su punto de mira. Si las empresas transnacionales no responden de sus actos más que ante los propietarios del capital, si los gobiernos no pueden gravar con impuestos un dinero evanescente y móvil y ayudar a sobrevivir a los millones de personas que permanecen inmóviles, entonces hay que eliminar de alguna forma el exceso de esas personas o...»

Una vez ganada la Guerra Fría y, al parecer, sin otros conflictos que los civilizatorios, los residuos de focos de resistencia como el de Chiapas o las contestaciones al orden comercial y financiero internacional, los supuestos redactores del Informe Lugano dan una lección de finalismo histórico, habida cuenta de que el frente cultural neoliberal se ha esforzado por desacreditar la posibilidad de finalidad casi tanto como el papel de la memoria y de la certeza. La batalla contra el finalismo le ha servido para condenar cualquier intentona de alternativa, de otra religión de futuro que no sea la promesa del bienestar para muchos mientras se respeten el aumento de la capacidad de acumulación de unos pocos. El poderoso aparato mediático globalizado ha transmitido los cánones del pensamiento necesario y correcto, consciente de que es casi imposible llevarles la contraria, y cuando surgen insumisiones a manera de *rebeliones primitivas* son consideradas residuos nostálgicos que tratan de poner palos en las ruedas del avance de la modernidad.

¿Cómo considerar entonces el *Informe Lugano*? Me parece difícil minimizarlo como un memorial de agravios de los perdedores, sean individuos o sean colectividades, frente a los vencedores. Creo que estamos ante uno de esos trabajos que ayudan a repensar el período que media entre la muerta idea de modernidad conectada con la Revolución Industrial y una nueva modernidad. Un período calificado como *postmoderno* tratando de sellar con él el final o el

epílogo de lo histórico y que ha sido un mero impasse cognoscitivo que han tratado de convertir en ideología. La propia quiebra del sistema capitalista en todas las situaciones objetivas que lo impugnan y el inventario de las necesidades humanas absurdamente insatisfechas por las insuficiencias de la lógica neoliberal marcan un nuevo período transgresor de difícil vertebración, que carece incluso de un sujeto histórico de cambio tan delimitado como lo estuvo el anterior. Pero sin duda la nueva transgresión se cimenta en conocimiento real de los déficits del sistema y de las posibilidades reales de superarlos a partir de evidencias y posibilidades aportados por la propia revolución científico técnica, si no parte de una Teoría de la Prescindibilidad, sino de una Teoría de la Necesidad. El *Informe Lugano* ocupa un lugar importantísimo dentro de la sistematización de un saber real acerca del nuevo desorden, tan importante que es una sabia falsa autoreflexión del sistema de dominación sobre sí mismo y la autora consigue que la distanciaci3n fundamental del método de exposici3n sea la mejor apoyatura de su magnífica propuesta de subversi3n.

Carta de los solicitantes

DE: LOS SOLICITANTES DEL INFORME
A: GRUPO DE TRABAJO

15 de octubre de 1997

Estimados señores:

Les agradecemos la gentileza que han tenido al aceptar el encargo que les hemos solicitado.

Como ya se les ha informado, este trabajo exigirá prácticamente toda su atención y sus energías durante el próximo año. Esperamos recibir su informe antes de que finalice el mes de noviembre de 1998.

El citado informe está destinado para uso exclusivo de los solicitantes, por lo que no deberán revelar ni su contenido ni el propio encargo a ninguna persona ajena al grupo. Confiamos asimismo en que prestarán la debida atención al carácter confidencial de su labor en las relaciones y comunicaciones que mantengan entre ustedes.

Su trabajo nos proporcionará la orientación necesaria para mantener y desarrollar las posibilidades de la economía liberal de libre mercado y el proceso conocido, en síntesis, con el nombre de *globalización*, así como para profundizar en ellas. Pueden estar seguros de que actuaremos en función de sus recomendaciones, que deberán ser sinceras y directas. Nos reservamos el derecho de dar a conocer sus conclusiones a determinados jefes de Estado y organismos de seguridad nacional de ciertos Estados, al igual que a ciertos dirigentes del mundo empresarial y financiero.

El señor Genciana, que ya se ha puesto en contacto con cada uno de ustedes, seguirá ejerciendo las funciones de

enlace, y se ocupará de atender las cuestiones de índole práctica, de detallarles sus atribuciones y su cometido, y de responder a todas sus preguntas, exceptuando las relativas a nuestras diferentes y colectivas identidades.

Estamos seguros de que la naturaleza interdisciplinaria de su grupo, el calibre de los logros individuales de cada uno de ustedes y el firme compromiso personal que aportan todos ustedes a este trabajo tan vital se traducirán en un documento de notable importancia tanto intelectual como práctica.

Reciban nuestros mejores deseos.

Carta de entrega

A: LOS SOLICITANTES DEL INFORME

28 de noviembre de 1998

Adjuntamos el Informe del Grupo de Trabajo encargado por ustedes para estudiar el futuro de la economía global y del sistema de libre mercado. Nuestra labor se ha llevado a cabo dentro del plazo asignado de un año, entre noviembre de 1997 y noviembre de 1998.

Aunque tal vez no esté dentro de nuestro cometido, deseamos expresar nuestro reconocimiento a los solicitantes. El año que hemos dedicado a nuestro trabajo ha sido, por expresarlo en términos dickensianos, «la mejor de las temporadas y la peor», pues fuimos testigos de una notable expansión económica y de una acusada euforia, pero también de indicios de crisis y de emergencia. Nunca antes, quizá, se habían extendido los beneficios de la globalización con tanta celeridad entre tantos destinatarios; nunca antes habían sido sus peligros tan patentes.

No obstante, nuestros patrocinadores habían decidido ir más lejos, tanto de los buenos augurios como de las señales de advertencia. Pidieron imparcialidad, y nos dieron instrucciones para que rechazásemos los conceptos establecidos, no reparásemos en sentimentalismos y expusiéramos nuestras conclusiones «sin temor ni miramientos». Tal libertad es poco común y, al propio tiempo, onerosa. Esperamos haber sabido llevar dignamente esta carga.

Según las condiciones estipuladas para nuestro cometido, este Informe es confidencial; la seguridad de que así es nos ha permitido avanzar con la máxima sinceridad. Los miembros del Grupo de Trabajo estamos comprometidos

personalmente con la salvaguardia de dicha confidencialidad y decididos a mantenerla. Si el contenido del Informe o la identidad de sus autores se divulgase, en todo o en parte, negaremos, individual y colectivamente, toda relación con él e impugnaremos su autenticidad.

No quiere decir esto que reneguemos de nuestra labor; bien al contrario: modestia aparte, creemos que ningún otro grupo, constituido por cualesquiera, se ha acercado tanto a la hora de identificar las crudas realidades a las que hoy nos enfrentamos. Sin embargo, dudamos de que otros lectores que no sean los destinatarios específicos de este Informe puedan asimilar su contenido con la necesaria distancia y sin que sus fuertes reacciones emocionales empañen sus percepciones. Consideramos dicho contenido demasiado importante como para correr ese riesgo.

El Informe ha sido emitido por unanimidad. Dicha unanimidad no ha sido, sin embargo, fácil de alcanzar. Especialmente en las últimas fases del proceso, ciertos miembros del Grupo de Trabajo manifestaron sus reservas ante las repercusiones de los argumentos y recomendaciones formulados en él. No obstante, al pasar del diagnóstico de la situación actual del mundo al estudio de las estrategias y soluciones alternativas factibles, nos convencimos de que nuestras recomendaciones constituyen las únicas medidas posibles. En realidad, derivan de unos principios, incluidos unos principios morales, que las generaciones futuras, si no la nuestra, no tendrán más remedio que seguir.

En cuanto a los susodichos lectores «destinatarios específicos de este Informe», reconocemos abrigar algunas dudas; habríamos preferido disponer de más datos sobre la identidad de los solicitantes y del estatus exacto de este documento, pese a que se nos ha asegurado que nuestro Informe será tomado en serio por personas que ocupan cargos que les permitirán poner en práctica sus recomendaciones, ya sea en parte o en su totalidad. Alentados por este compromiso, lo hemos elaborado aportando lo mejor de nuestros conocimientos y a nuestra propia satisfacción, con independencia de su destino.

Nuestro Informe es todo lo sucinto que su extenso contenido permite, pese a lo cual no incluimos el resumen ejecutivo convencional, al considerar que habría sido un insulto a unos lectores que han invertido tan importantes

recursos en la producción del documento: hemos llegado a la conclusión de que dispondrán de tiempo suficiente para leerlo en su integridad.

Deseamos dar las gracias a nuestro facilitador, el señor Genciana, por su admirable eficacia y por poner a nuestra disposición todos los medios y comodidades necesarios a medida que avanzaba nuestra labor a lo largo del año. Nuestras sesiones plenarias se celebraron en la encantadora ciudad ribereña suiza de Lugano, motivo por el cual, entre nosotros, el informe recibe el nombre de *Informe Lugano*. Su título más formal es *Sobre la conservación del capitalismo en el siglo XXI*.

Para mantener las precauciones adoptadas durante su elaboración, firmamos esta carta de entrega con los seudónimos empleados por cada miembro en el seno del Grupo de Trabajo a los que, a fuer de ser sinceros, hemos llegado a tener apego.

Firmado: Álamo, Baobab, Drago, Encina, Fresno,
Haya, Pino, Sauce y Cedro

Primera parte

1. Los peligros

Que sepamos, ningún Grupo de Trabajo se ha enfrentado hasta ahora a un cometido tan extenso y de tan enormes proporciones como el nuestro. Se nos ha encomendado:

- Identificar las amenazas que acechan al sistema capitalista de libre mercado y los obstáculos que existen para su generalización y conservación en el próximo milenio.
- Examinar el rumbo actual de la economía mundial a la luz de dichas amenazas y obstáculos.
- Recomendar estrategias, medidas concretas y cambios de orientación destinados a aumentar al máximo la probabilidad de que prevalezca el sistema capitalista globalizado de libre mercado.¹

Dedicaremos la primera parte del Informe a las amenazas y los peligros, y la segunda, a formular propuestas y recomendaciones.

El Grupo de Trabajo comparte sin reservas la premisa de los solicitantes del Informe: un sistema mundial liberal,

1. El nombre científico del sistema del que nos ocupamos es «capitalismo». Sin embargo, después de las obras de Karl Marx, el término ha adquirido unas connotaciones innecesariamente negativas en algunos ámbitos. Aclarado esto, emplearemos de ahora en adelante «libre mercado» o «economía de mercado» en lugar de «capitalismo». Nuestra perspectiva es la del *liberalismo* en su sentido clásico; de un modo algo confuso, en Norteamérica, los *liberales* están a la izquierda del centro y defienden el Estado del bienestar. Los términos *neoliberal* o *neoconservador* serían también aplicables a nuestro análisis.

basado en el mercado y globalizado no debe limitarse a seguir siendo la norma, sino triunfar en el siglo XXI. Consideramos que un sistema económico basado en la libertad individual y en el riesgo es el garante de otras libertades y valores.

También aceptamos el reto de los solicitantes de prescindir en lo posible de sentimentalismos, prejuicios e ideas preconcebidas en la elaboración de este Informe. Esperamos y confiamos en que nuestra formación académica y nuestro origen cultural sean idóneos para esta tarea.

Amenazas y obstáculos

Las amenazas y obstáculos para la visión liberal son omnipresentes y el sistema corre un peligro mucho mayor que el que comúnmente se cree. Protegerlo en el próximo siglo y más allá es más fácil de decir, que de hacer.

Que no se nos malinterprete: no prevemos el renacimiento de ningún imperio neosoviético. Abrigamos serias dudas de que, en las próximas décadas, un sistema político-económico mundial alternativo pueda competir razonablemente con la economía de mercado global, ni en el terreno teórico ni en el práctico. No cabe prever el resurgir de un marxismo verosímil ni de otro sistema alternativo. Tampoco creemos que haya algún dogma religioso que consiga una supremacía política o económica significativa, por muy conflictivo que pueda ser periféricamente.

Las amenazas para el sistema son más sutiles que las que pueda plantear la política, la ideología o la fe. No basta que este sistema muestre ventajas prácticas de fondo y una auténtica coherencia teórica: nadie puede negar que millones de personas se benefician actualmente de él, ya sea en sus bastiones tradicionales norteamericanos y europeos o en las enormes zonas del mundo que se han abierto más recientemente a sus beneficios.

Millones de personas creen fervientemente que ellas también pueden mejorar su suerte; pues el capitalismo no es una mera doctrina económica y un logro intelectual, sino también una fuerza revolucionaria y milenarista, y una fuente de esperanza, del mismo modo que lo fue en un tiempo el comunismo. Por esta razón fueron enemigos mortales en lo más hondo.

La aspiración al bienestar material aquí y ahora ha resultado ser más poderosa (por no decir más veraz) que las promesas del comunismo o de la religión, que aplazan la gratificación a un radiante futuro indeterminado o a la otra vida. En estas contiendas, el ruido y el estruendo del mercado siempre ganará a los coros terrenales o celestiales del paraíso aplazado. Entonces, ¿por qué ha de estar amenazado el sistema de mercado? Proponemos varias razones.

Una quiebra ecológica potencialmente catastrófica

Las señales de peligro se extienden a nuestro alrededor, pese a lo cual rara vez se registran en los modelos económicos normalizados. *La naturaleza* es el mayor obstáculo para el futuro del sistema de libre mercado, y no puede ser tratada como un adversario. El mensaje ha de ser «proteger o morir».

Con independencia de si los economistas profesionales están realmente ciegos ante el peligro ecológico, se comportan como si cuanto menos se hable de él, mejor. Quizá temen que revelar o analizar esta importante contradicción de nuestro sistema económico vaya en detrimento de su conservación, y que al mismo tiempo debilite las pretensiones científicas de su disciplina y el prestigio de su propia profesión.

Sean cuales fueren las limitaciones y la masiva actitud de negación de la corriente económica dominante, desde que se publicó la innovadora obra de Nicholas Georgescu-Roegen² a principios de los años setenta (posteriormente divulgada por el profesor Herman Daly y otros), es evidente que, en última instancia, hay que analizar las economías en términos de flujos de energía real o potencial y de «entropía», o energía «agotada» o no disponible. En otras palabras, hay que comprender la economía, al igual que otros sistemas físicos (como el cuerpo humano) dentro del marco de la Segunda Ley de la Termodinámica.³

2. *The Entropy Law and the Economic Process*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1971.

3. «La entropía de un sistema cerrado aumenta con el tiempo» o «el calor no puede transmitirse de un cuerpo más frío a otro más caliente mediante ningún proceso continuo y que se sostenga por sí mismo.»

Esta ley es aplicable por la sencilla razón de que nuestro sistema económico es un subsistema del mundo natural, al que no abarca. Considerar la economía como el sistema englobador, y la naturaleza como un mero subsistema, y examinar, por tanto, los fenómenos económicos empleando una «epistemología mecanicista» (término acuñado por Georgescu-Roegen) es un constructo totalmente artificial. Y nosotros creemos que, además, es una receta para el desastre.

En la mecánica, todos los fenómenos son reversibles. De modo similar, la reversibilidad es asumida por casi todos los economistas neoclásicos, keynesianos y marxistas. Ningún acontecimiento, por así decir, deja una huella duradera; todo, con el paso del tiempo, puede volver a las «condiciones iniciales». Como deja claro Georgescu-Roegen, esto es absurdo:

El proceso económico no es un proceso aislado que se sostiene por sí mismo. Este proceso no puede desarrollarse sin un intercambio continuo que altera el entorno de una forma acumulativa y sin ser influido, a su vez, por estas alteraciones.

Reconocer esta verdad fundamental implicaría reestructurar gran parte del canon académico que se transmite actualmente de una generación a la siguiente, tarea que suscita un limitado entusiasmo teórico y práctico.

Nuestro deber, sin embargo, no es proteger ninguna profesión, sino describir el mundo tal cual es. Negar las enormes presiones que ejercen sobre la naturaleza las economías capitalistas (y más aún las que fueron socialistas) es una insensatez. Los cálculos económicos normalizados tratan el consumo de los recursos renovables y no renovables (el «capital natural») como si fueran ingresos y contribuciones al crecimiento. El crecimiento, a su vez, es considerado sinónimo de bienestar económico.

En un sistema de estas características, un bosque arrasado y vendido en forma de troncos, madera cortada, carbón, muebles y productos similares sólo figura en la columna del haber del libro de contabilidad. En cambio, la destrucción del capital natural que representaba ese bosque y los «servicios» que éste presta, como su capacidad

para absorber anhídrido carbónico, estabilizar el suelo y dar cobijo a la diversidad de especies, no aparecen en ninguna parte.

El aire, el agua y el suelo se consideran bienes gratuitos, o casi gratuitos; no se reconoce ni se calcula su valor en función de su escasez. La disminución de las reservas de peces, de la capa superficial del suelo, de los minerales, de la capa de ozono, de las especies animales y vegetales, de las plantas poco comunes, etcétera, se considera un ingreso o se compensa con subvenciones para que esos mismos productores sigan provocando su disminución (como la industria agropecuaria y las empresas de recursos naturales).

Para que el liberalismo alcance el éxito a largo plazo, esta actitud es suicida. La economía está contenida en un mundo físico y finito, y no al contrario. La realidad de la biosfera es algo dado; sus recursos no se pueden ampliar; su capacidad de absorción no se puede aumentar merced a la intervención humana; una vez dañada, no vuelve a las «condiciones iniciales», o sólo lo hará como expresó Keynes, «a largo plazo, cuando todos estemos muertos».

La economía, por el contrario, transforma aportes de energía y material en bienes y servicios, liberando en la biosfera los residuos, la contaminación y el calor (entropía) que genera este proceso. En otras palabras, la economía es un *sistema abierto que actúa dentro de un sistema cerrado*.

Las actuales técnicas de descripción, cómputo y contabilidad no nos dicen lo que necesitamos saber. Son herramientas inadecuadas porque las contabilidades empresariales y nacionales son construcciones *matemático-mecánicas* y parten del supuesto de que la economía actúa con independencia de la naturaleza.

Por tanto, se subestiman los bienes y servicios obtenidos de la biosfera, o no son valorados en absoluto; la contaminación, los residuos y el calor que se devuelven a la biosfera no se miden como costes. Los costes ecológicos reales se repercuten en el exterior y, como tales, han de ser soportados por la sociedad y el planeta en su conjunto.

Así pues, se plantean de inmediato varias preguntas sobre la *escala*. Si la escala de la economía es pequeña en relación con la biosfera, como ha sido hasta el presente siglo, las cuestiones ambientales no son pertinentes, y mu-

cho menos de primordial importancia, o lo son sólo de forma ocasional y local. Sin embargo, a medida que crece la economía, la escala adquiere una importancia fundamental.

En la actualidad, el mundo produce en menos de dos semanas el equivalente a toda la producción física del año 1900. La producción económica (o «rendimiento», que es un término que transmite una sensación más dinámica del proceso de captación, transformación y eliminación de recursos) se duplica aproximadamente cada 25 ó 30 años. A comienzos del próximo siglo, la escala de la actividad ejercerá una presión extrema sobre los límites de la biosfera e incluso sobre la capacidad del planeta para sostener la vida.

El avance de la tecnología puede retrasar este proceso, pero no puede detenerlo. Varias señales indican que el competitivo sistema de mercado ya está haciendo que se sobrepasen ciertos umbrales naturales, incluidos algunos que quizá no reconozcan las autoridades políticas hasta que sea demasiado tarde. Algunos de estos umbrales son conocidos: la desaparición de la capa de ozono, el cambio climático causado por el hombre, el colapso de las zonas pesqueras, y otros por el estilo.

Uno de los costes económicos más palpables e inmediatos de la injerencia humana en los sistemas naturales es la frecuencia cada vez mayor con que se desatan fuertes tormentas tropicales, que muchos científicos asocian al calentamiento global. Los huracanes son los desastres naturales más caros en América y los meteorólogos creen ahora que los costes derivados de ellos podrían alcanzar vertiginosamente nuevas cumbres.

Las mayores compañías aseguradoras del mundo han reconocido que la frecuencia mucho mayor de estos desastres naturales provoca una sangría económica significativa y potencialmente insostenible para el sector. Ya proponen novedosos instrumentos financieros con la esperanza de endosar los futuros gastos derivados de las reclamaciones a unos inversores dispuestos a apostar a que no se producirán tormentas catastróficas.

Las tensiones ecológicas también se traducirán en una mayor inestabilidad política y en el aumento de los conflictos armados. Puede que el 70% de la población mundial viva ya en zonas donde el agua escasea. Los *ecoconflictos*

se producirán primero en Oriente Medio, el Sahel en África, y en Asia, y después afectarán a regiones mejor dotadas, lo que tendrá resultados impredecibles para la economía.

Ni las empresas gigantes ni las comunidades ni las personas acaudaladas pueden, con independencia de los bienes que posean, librarse de las consecuencias de la degradación ecológica. Incluso ellas parecen impotentes para detener el proceso, y son un ejemplo de la paradoja de unos beneficiarios que son incapaces de proteger al sistema que les beneficia, paradoja que encontraremos con frecuencia en este Informe.

El problema de fondo es el usuario que no paga por el servicio. Aunque sólo algunos pagarían los costes necesarios para invertir radicalmente estas tendencias destructivas, todos se beneficiarían de ello. Si una empresa dejara de pescar con redes de arrastre para permitir que se recuperasen las pesquerías, entraría en escena algún rival menos escrupuloso que se llevaría el pescado que quedase y además arruinaría a la empresa más responsable ecológicamente. Los intereses a corto plazo son primordiales.

Nadie quiere ser el primero, por lo que todos terminan siendo los últimos. Los empresarios no quieren unos Estados poderosos que puedan imponer normas estrictas a la actividad empresarial, y mucho menos un gobierno global, por lo que nadie regula nada. Nadie puede permitirse el lujo de detenerse y cambiar el rumbo, por lo que la destrucción continúa. Pero nadie puede vivir en un planeta muerto.

El crecimiento pernicioso

Decir que la economía de libre mercado está amenazada por el crecimiento suena disparatado o herético. Todo el mundo sabe que el crecimiento es el motor de nuestras economías, y que no crecer implica estancamiento y decadencia. Para emplear una metáfora, del mismo modo que el viajero en el duro entorno del Sahara o del Ártico debe avanzar sin cesar para no arriesgarse a perecer, los viajeros en el gran viaje del mercado no pueden quedarse quietos.

Pararse significa, tarde o temprano, quedar marginado y ser eliminado, morir en la cuneta. Por tanto, el crecimiento

se ha convertido en la eterna búsqueda del sistema, pese a que gran parte de lo que se toma por crecimiento refleja ahora tendencias no sólo contraproducentes, sino también dañinas y destructivas. Hay que reexaminar y redefinir el concepto. Hay que agudizar la distinción entre *crecimiento* y *bienestar*. *Más y más grande* no significa necesariamente *mejor*.

Tomemos un ejemplo trivial de la prensa estadounidense: según las cifras del sector estadounidense de las aseguradoras, en 1995 el robo de automóviles costó 8.000 millones de dólares; ese mismo año, los conductores instalaron en sus vehículos dispositivos electrónicos antirrobo por valor de 675 millones de dólares. Se prevé que este mercado alcance los 1.300 millones de dólares en el año 2000. Es bastante miope exclamar: «¡Pero eso es bueno, porque así crecerá la industria de los equipamientos para automóviles!».

No obstante, esta actividad económica figura como «crecimiento» en el Producto Interior Bruto (PIB), al igual que los tratamientos contra el cáncer, la construcción de prisiones, los centros de rehabilitación para drogodependientes, las reparaciones provocadas por atentados terroristas, etc. Probablemente la forma más eficaz de aumentar rápidamente el PIB sea librar una guerra.

Aunque hubo un tiempo en que el crecimiento tuvo una estrecha correlación con los aumentos del conjunto del bienestar, esto ya no es así. El crecimiento económico está provocado cada vez más por fenómenos sociales de los que la mayoría de la gente podría prescindir. Es imposible la medición exacta del crecimiento basada en correcciones o reparaciones de fracasos anteriores, pero hacemos hincapié en la necesidad urgente de examinar esta paradoja económica bajo una luz nueva y más rigurosa.

En lugar de dar la bienvenida al crecimiento por el crecimiento, debemos calcular su coste total, incluidos los ecológicos y los sociales, que actualmente repercuten afuera quienes se benefician de este crecimiento pernicioso.

Extremos sociales y extremismo

El futuro del libre mercado depende también de quién recibe los beneficios del crecimiento. Si la recompensa va a

parar a la mitad inferior de la población, la inmensa mayoría de estas personas relativamente pobres utilizarán su dinero para el consumo y mantendrán una demanda boyante. Si, por el contrario, la recompensa va destinada al tramo superior de la escala social, los receptores colocarán sumas aún mayores en los mercados financieros en lugar de adquirir bienes y servicios. Como consecuencia, la demanda caerá, trayendo consigo el aumento de las existencias, la superproducción y el estancamiento. Por tanto, la naturaleza de la distribución de los ingresos es crucial para el bienestar a largo plazo del sistema.

En eso reside el peligro: las economías desreguladas y competitivas, al mismo tiempo que benefician a muchos, benefician sobre todo al sector superior. Las pruebas que ofrecen una gran variedad de países son abrumadoras al respecto: tras la liberalización y desregulación, mejora la situación del 20% de la población que percibe más ingresos. Cuanto más cerca están de la cumbre, más ganan. La misma ley se aplica, a la inversa, al 80% restante: todos pierden algo; quienes están en peor situación son los que, proporcionalmente, más pierden.

Las divisiones marcadas de clase y la «lucha de clases», como tal vez sigan denominándola los marxistas, constituyen una auténtica amenaza. Más allá de cierto umbral, las disparidades son peligrosas para el sistema y deben vigilarse con atención. El hecho de que las grandes diferencias en riqueza y condiciones de vida pueden provocar ira, conductas problemáticas y violencia apenas es noticia, pero las postrimerías del siglo XX han añadido una nueva arruga a esta vieja verdad: la tendencia de los que son ricos en información a provocar la ira y la violencia de los que son pobres en información. Los pobres en información son una categoría que se extiende por todo el mundo y que unas veces coincide con los materialmente pobres y otras no.

Los pobres en información, precisamente porque no pueden producir, absorber o manipular información en cantidades suficientes o con la suficiente velocidad, se han convertido en seres disfuncionales, cuando no han sido descartados socialmente. Su disposición a trabajar, la fuerza de sus músculos, es cada vez menos relevante en la era de los ordenadores.

Algunas sociedades ricas como la de los Estados Uni-

dos, pese a las grandes divisiones de riqueza que separan los estratos sociales, parecen aún capaces de absorber las fricciones de clase, aunque la existencia de miles de comunidades privadas autosuficientes, amuralladas y vigiladas revela un profundo temor. No está claro cuánto tiempo más podrá durar esta relativa tranquilidad, particularmente cuando las clases medias ya no pueden contar con las prestaciones sociales de las que antes disponían sin tener que hacer un desembolso económico directo, como una enseñanza pública satisfactoria o unos barrios seguros.

En la Unión Europea, aunque los extremos sociales son menos flagrantes, el desempleo crónico, el estancamiento de los salarios en los niveles inferiores y el predominio de los empleos temporales (en la Europa continental) o el gran aumento del número de trabajadores pobres (en Gran Bretaña) provocan resentimiento y temor.

Los gobiernos europeos han hecho y deshecho en la cuestión del desempleo, y sus ciudadanos tratan en vano de alcanzar la cuadratura del círculo. Los europeos quieren empleos, pero no quieren renunciar a sus prestaciones sociales a cambio de unos mercados laborales más flexibles. Muchos observadores se han referido al «punto medio que desaparece» y a la ansiedad de las personas de clase media que viven temiendo perder su seguridad y la de sus hijos. Se culpa cada vez más de esta situación a la *globalización*.

En muchos países del Tercer Mundo, especialmente en Latinoamérica, donde los extremos de riqueza y pobreza siempre han sido la norma, los beneficios de la prosperidad ya son contrarrestados por sus inconvenientes. Los guardas de seguridad privados son indispensables, los hijos de padres ricos no pueden ir solos a la escuela por miedo a un secuestro, las empresas deben pagar sobornos de protección, las mujeres no pueden llevar joyas en la calle, correr o montar en bicicleta es imposible, conducir el propio automóvil o tomar un taxi es arriesgado, pero el transporte público es impensable, etcétera.

La ira de los pobres de todas partes aumenta gracias a las fantasías televisadas en las que aparecen estilos de vida opulentos (acompañados habitualmente de una conducta flagrantemente *inmoral*). Millones de personas se toman en serio esas series; y, además, creen que la riqueza es finita, y que una minoría disoluta se ha apropiado injustamente

de ella, *robándola*, por tanto, a la mayoría que la merece, entre la que se incluyen.

Otras disparidades podrían ser totalmente intrascendentes para la dialéctica ira-violencia. Un ejemplo que citan con frecuencia los moralistas es el de los alrededor de 450 multimillonarios que se dice *valen* lo mismo que tal vez 500 millones de personas del Tercer Mundo (tomando como medida la renta per cápita media según el PIB de esos países).

Los multimillonarios y la comparación de miles de millones carece de importancia para que continúe el éxito del libre mercado porque la riqueza del mundo no es finita, sino elástica y, hasta ahora al menos, está en crecimiento constante. La fortuna del multimillonario no se percibe como algo de lo que ha despojado a los pobres porque los dos grupos no habitan el mismo espacio físico. Lo más probable es que esos 500 millones de personas nunca conozcan a los 450 multimillonarios ni reclamen sus bienes, pero, incluso si lo intentasen, no podrían hacer valer dicha reclamación.

La contigüidad física de ganadores y perdedores hace que la vida de los primeros sea menos agradable de lo que, por derecho, debería ser. Pero por razones paradójicas, incluso en casos de riesgo grave, los ganadores rara vez propugnan la redistribución de la riqueza con los perdedores, aunque al hacerlo podrían reducir de forma significativa los peligros que sufren. El lema de los ganadores sigue siendo, como siempre, «después de nosotros, el Diluvio».

Mientras tanto, los políticos occidentales invocan «los valores familiares» en la equivocada creencia de que estos valores podrían servir de algún modo para mantener unidas las sociedades que sufren una tensión cada vez mayor. No explican cómo masas de personas pueden adaptarse instantáneamente al desempleo, a unas condiciones laborales inferiores o precarias, al desplazamiento geográfico y a un horario más prolongado, al mismo tiempo que dedican el tiempo y la atención necesarias a sus familias. En la mayoría de las familias de Norteamérica y Europa, actualmente trabajan ambos padres para poder llegar a fin de mes. Por tanto, también se está debilitando la contribución de la familia a la estabilidad social.

En un clima de privatización y de reducción de los ser-

vicios que presta el Estado, se espera que los ciudadanos asuman más responsabilidades respecto de sus comunidades locales y sus compatriotas más desfavorecidos. Tampoco aquí está claro cómo unas personas que deben competir necesariamente y poner en primer lugar su propio interés durante toda su vida laboral pueden cambiar radicalmente de mentalidad y dedicarse a los desfavorecidos y a los oprimidos en su *tiempo libre*.

La combinación de presiones económicas inexorables con el desgaste del tejido social indica que no estamos entrando en otra era más de ricos y pobres, como en la Gran Depresión. El nuestro es un mundo de incluidos y excluidos. Los optimistas insisten en que habrá muchos más ganadores que perdedores, más personas dentro que fuera. Nosotros consideramos que la integración social—que conlleva un enorme número de excluidos—es un reto extraordinario para la capacidad de recuperación del sistema.

Del mismo modo que los ciudadanos del mismo país están repartidos a lo largo del continuo de riqueza <-> pobreza y de seguridad <-> inseguridad, todas las regiones geográficas están sometidas a las disparidades generadas por la liberalización y la competencia global. Estas regiones también se clasifican en *ganadoras* y *perdedoras*.

La región sudoriental de Inglaterra y algunos barrios de Londres están en auge, mientras que gran parte del norte es un erial y otras zonas de la capital están en decadencia. El *cinturón de óxido* de los Estados Unidos ofrece un enorme contraste con otras zonas más dinámicas del sur y del oeste del país. A escala global, el *Tigre o Dragón* asiático se solía considerar una zona *ganadora*. Sin embargo, cuando estábamos finalizando nuestro Informe, la intensificación de la crisis económica podría relegar a estos países a una categoría inferior. África puede ser considerada la perdedora por excelencia.

Con independencia de que los *perdedores* reaccionen psicológicamente culpándose a sí mismos y a sus líderes o culpando a otros y negándose a aceptar la culpa y la responsabilidad de su situación, tarde o temprano tratarán de compensar sus deficiencias. Los medios que escogerán pueden ser diversos: desde el suicidio individual a la migra-

ción masiva; desde la protesta política y las manifestaciones pacíficas hasta la creación de milicias privadas y el terrorismo abierto.

Sean cuales fueren las estrategias individuales o colectivas, los perdedores son invariablemente desestabilizadores para el sistema imperante o dominante. La protesta organizada o difusa contra las desigualdades debe ser tomada en serio y hay que preverlas desde el punto de vista económico, cultural y, en su caso, desde el militar.

El siglo XXI tendrá que caminar en la cuerda floja, entre la conservación de la necesaria libertad de mercado y la prevención o contención de los efectos secundarios sociales que esta libertad no puede evitar engendrar. En caso contrario, los costes serán muy pronto superiores a los beneficios, incluso para quienes están en la cúspide de la escala, tanto de la geográfica como de la económica.

Capitalismo gangsteril

La delincuencia en gran escala puede socavar los cimientos de la actividad económica legítima. En concreto, desde la disolución del imperio soviético y la adopción por China de algunos aspectos de la economía de mercado, el *capitalismo gangsteril* (como lo ha llamado cierta revista económica) se ha hecho con el control de grandes zonas del globo y amenaza con tomar muchas más. Se calcula que las economías paralelas basadas en el narcotráfico, el contrabando de armas, el blanqueo de dinero y la corrupción de todo tipo mueve actualmente billones de dólares y atraen a nuevos adeptos cada hora que pasa.

Ya existen enormes regiones del mundo fuera de la jurisdicción de cualquier Estado. Las autoridades legítimas no siempre conocen la ubicación de los aeropuertos privados, de los laboratorios de cocaína o de los cuarteles generales de los carteles, y mucho menos los controlan. Estos carteles han adquirido no sólo poder económico, sino también estratégico: está extendido el rumor de que un poderoso barón de la droga latinoamericano chantajeó a un gobierno legítimo amenazándolo con abatir sus aviones comerciales desde su base privada utilizando misiles que había comprado en el mercado negro.

Las bandas y las mafias amplían su alcance, y el dinero y la política van detrás de ellas. El torbellino succiona los negocios legítimos. Las bandas pueden permitirse comprar a conveniencia los elementos necesarios de los gobiernos nacionales.

Algunos altos cargos mexicanos de la «guerra contra las drogas» están en la nómina de los barones de la droga, que también contratan a ex boinas verdes estadounidenses para utilizar su experiencia en operaciones contrainsurgencia contra la policía y el FBI. Algunos oficiales del ejército de las repúblicas que formaron parte de la Unión Soviética completan sus penosos sueldos comerciando con armas (probablemente nucleares) robadas. En Bolivia, los mineros del cobre desplazados están más que encantados de cultivar coca y transformarla en cocaína. La enorme tasa de desempleo fomenta esta tendencia: las organizaciones clandestinas pueden contratar toda la mano de obra que necesiten, incluidos ejércitos privados.

Los países muy endeudados ganan mucho más exportando drogas, armas pequeñas o inmigrantes que materias primas legítimas. Algunos analistas consideraban que la guerra entre Rusia y Chechenia era un conflicto entre bandas rivales que luchaban por el control de recursos estratégicos. Las grandes economías proscritas como la de Rusia podrían inclinarse en cualquier dirección; cabe la posibilidad de que las alianzas impredecibles entre repúblicas o grupos étnicos antes pertenecientes a la Unión Soviética y Estados islámicos radicales acaparen una parte significativa del suministro mundial de petróleo.

La desregulación, un fin deseable en sí mismo, podría dar un giro completo y frustrar su propia finalidad inicial. El lucrativo *capitalismo gansteril* paralelo podría convertirse en algo auténticamente explosivo, un peligro claro y presente para el sistema legal de mercado. Si logra suplantarse a las empresas legítimas, las normas de la competencia tradicionales saltarían por los aires y el terrorismo empresarial estaría a la orden del día. El clima empresarial relativamente predecible de la actualidad sería sustituido por una anarquía duradera y por una guerra hobbesiana de todos contra todos entre personas, empresas y naciones.

El accidente nuclear financiero

El riesgo de que se produzca un importante accidente financiero se intensifica; de hecho, nos sorprende que no se haya producido aún.⁵ Aquí señalamos que la volatilidad inherente de los mercados financieros es una grave amenaza para la economía de mercado.

Los índices de los mercados de valores del mundo como el Dow-Jones, el FTSE, el CAC-40 o el Nikkei tienen un margen muy pequeño. Desde el punto de vista del peso de sus respectivas capitalizaciones, estos índices descansan sobre las fortunas de un número muy limitado de gigantes transnacionales, quizá 50 ó 60 en total. Los mercados de derivados están valorados actualmente en decenas de billones de dólares, al menos en teoría, cifra que supera con mucho el PIB de los Estados Unidos, que es la mayor economía nacional del mundo.

Aunque la mayor parte de las veces y en la mayoría de los lugares, el mercado tiene una sabiduría inherente, sufre históricamente ataques periódicos de locura y crisis mentales que ponen en peligro todo el sistema que nuestro Informe tiene la misión de defender. Este peligro es ahora mayor que nunca y constituye, por tanto, una preocupación primordial que abordaremos con más detalle en el siguiente capítulo.

Poner de relieve las contradicciones

Para expresarlo con sencillez, los solicitantes del Informe nos han preguntado si el sistema económico global está a salvo de un daño importante, si se está moviendo en la dirección correcta para evitar el peligro y, en caso contrario, cómo podría ser protegido. Todas las amenazas para este sistema arriba expuestas contienen aspectos paradójicos; sus contradicciones inherentes no auguran nada bueno para la seguridad futura del sistema:

- El mercado es el mejor juez de la sabiduría y del valor de la actividad económica humana, pero no puede de-

5. Esta parte de nuestro Informe fue finalizada antes de los descalabros sufridos por Corea e Indonesia en noviembre-diciembre de 1997.

ciños cuándo podríamos estar cruzando un umbral ecológico hasta que ya es demasiado tarde.

- El crecimiento es el alma de la economía, pero el bienestar general ya no guarda necesariamente una correlación con el crecimiento, que en muchos casos es cada vez más contraproducente, al provocar empobrecimiento en lugar de enriquecimiento.
- La economía está en el centro de la sociedad, pero los efectos sociales indeseables podrían ser lo suficientemente fuertes como para debilitar los beneficios económicos. Las empresas deben seguir teniendo libertad para invertir y prosperar siempre que las condiciones sean idóneas, pero las personas que dejan atrás se comportarán de una forma impredecible y desestabilizadora. Hay que evitar la regulación excesiva, pero un mercado totalmente desregulado (o *autorregulado*) corre el riesgo de ir hacia la autodestrucción porque, abandonado a sí mismo, generará demasiados pocos ganadores y demasiados perdedores, más excluidos que incluidos.
- Las *economías proscritas* paralelas están cobrando fuerza financiera y políticamente; las alianzas entre bandas y Estados delincuentes podrían provocar trastornos geopolíticos que destruirían el clima empresarial normal.
- A finales del siglo XIX, Walter Bagehot dijo: «Las personas son más crédulas cuanto más felices». A finales del siglo XX, John Kenneth Galbraith dijo: «El talento financiero precede siempre a la caída». Los mercados financieros son inherentemente inestables y no cabe esperar que se comporten con una racionalidad perfecta: también ellos pueden crear perdedores a una escala tal que la década de 1930 parecería, en comparación, un mal día en el hipódromo.

Los peligros que afronta el sistema de mercado exigen atención urgente. A continuación abordaremos las modalidades de control y protección establecidas hasta ahora.

2. El control

El sistema económico global está rodeado de amenazas. Tomados de uno en uno, puede que los peligros parezcan lejanos, pero eso es ignorar la amenaza siempre presente de las *condiciones de respuesta positivas*. Si varias de estas amenazas apuntasen al mismo tiempo hacia el sistema, concentrando su impacto como un rayo láser sobre unos puntos nodales especialmente sensibles, el sistema en su conjunto alcanzaría un *estado crítico* y sufriría un *efecto de desprendimiento de tierras* que podría culminar en un *accidente global*.

Hay que comprender que estos conceptos son aplicables directamente a la salvaguardia del libre mercado global en el próximo siglo. Permítasenos explicarlo con una analogía: en la naturaleza, muchas extinciones de especies locales únicas pueden precipitar, sin previo aviso, una extinción masiva. En el sistema de mercado, los fracasos aislados y específicos podrían desembocar secuencial y sinérgicamente en un cataclismo.

Eminentes científicos explican que «los grandes sistemas interactivos se organizan perpetuamente hasta alcanzar un estado crítico en el que un hecho menor inicia una reacción en cadena que puede desembocar en una catástrofe». La capacidad para «auto-organizarse hasta llegar a un estado crítico» es aplicable tanto a la naturaleza como a la economía, porque el mercado global es un prototipo de «gran sistema interactivo». Aunque no se puede predecir el momento en que se producirá ese «hecho menor» pero crí-

tico que precipitará la reacción en cadena, ya hemos entrado en el ámbito del *tarde o temprano*.¹

Podríamos ubicar el «estado crítico» en el contexto aún más general de lo que el filósofo Paul Virilio denomina «accidente global». Como explica este autor, el invento más brillante, favorable y útil del mundo, sea cual fuere su naturaleza, lleva en sí mismo su propio accidente específico, inherente y virtual.

Por tanto, el invento del avión conlleva el invento simultáneo del accidente aéreo; la energía nuclear implica la posibilidad de la fusión accidental del núcleo; el ordenador contiene en sí las posibilidades de una pérdida de información y de un fraude de dimensiones catastróficas; los mercados de valores y otros foros de intercambio o especulación desembocan en última instancia en el estallido de las burbujas financieras; y así sucesivamente.

El capitalismo, por emplear su nombre científico, no es el estado natural de la humanidad. Por el contrario, es un producto del ingenio humano acumulativo, un constructo social y, como tal, quizá *el invento colectivo más brillante de toda la historia*.

Por primera vez, el mundo (y nuestro Grupo de Trabajo) afronta una pregunta crucial: el propio éxito de este invento global, ¿implica que en algún momento del futuro nos aguarda el accidente global, aquel del que no podrán recuperarse ni el sistema ni la economía mundial?

Aunque no podemos responder a esta pregunta, nos lleva a otras a las que estamos obligados a contestar:

- ¿Está protegido ahora el sistema global?
- ¿Son suficientes para ello nuestras instituciones actuales?

Nuestra respuesta es negativa. Los medios ideados hasta ahora para supervisar, salvaguardar y perpetuar el libre mercado y la economía globalizada son sumamente inadecuados.

1. Véase Per Bak y Kan Chen, «Self-Organised Criticality», *Scientific American*, enero de 1991, pp. 46-53; también Per Bak, *How Nature Works*, Copernicus/Springer Verlag, 1996.

Instituciones inadecuadas

Un breve inventario de las instituciones globales existentes muestra que la mayoría de ellas no tienen ningún valor para escapar de los peligros que acechan. Y podrían ser peor que inútiles en tanto que transmiten una falsa sensación de seguridad. Vivimos hoy en un mundo trágicamente mal gestionado.

Los predecesores

Han sobrevivido hasta nuestros días un puñado de organizaciones internacionales creadas después de la Primera Guerra Mundial, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT), pero que, en el mejor de los casos, actúan como coordinadores y no como reguladores. Algunas de ellas contribuyen a regular áreas técnicas muy restringidas de escasa relevancia económica (como la Unión Postal Internacional).

El Banco Internacional de Pagos (BIP)

Fundado en Basilea en 1930, el BIP es llamado a menudo *Banco Central de los Bancos Centrales*. Actúa como una cámara de compensación internacional y como un foro para la cooperación monetaria internacional, centraliza datos y dicta principios rectores. Esto atenúa el temor y la probabilidad de que una quiebra bancaria importante provoque una onda expansiva (Bankhaus Herstatt en 1974, Drexel Burnham en 1990, el BCCI en 1991, Barings en 1995).

El BIP tal vez sea el mejor candidato para regular los mercados financieros, pero en la actualidad no ejerce dicha función. De hecho, carece de todo poder coercitivo y los operadores del mercado inventan nuevos instrumentos financieros con más rapidez que la que tiene el banco para ocuparse de ellos.

Normalmente, cabría esperar que la mera magnitud de las transacciones suscitara temor, pero según el BIP, el «punto de vista oficial sigue siendo que las regulaciones existentes, complementadas con los nuevos esfuerzos para mejorar los controles internos, la transparencia externa y el funcionamiento del mercado, deben ser suficientes para

contener los riesgos sistémicos». ² Nosotros somos mucho menos optimistas.

Las instituciones de Bretton Woods

Fundadas en 1944 en la famosa Conferencia de Bretton Woods (New Hampshire), estas «instituciones gemelas» son el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Y han sido inestimables para establecer e imponer disciplina económica en el hemisferio sur y, en menor grado, en las repúblicas de la antigua Unión Soviética y sus satélites. A finales de 1997, comenzaron a desempeñar las mismas funciones en los países del sudeste asiático, hasta entonces soberanos desde el punto de vista económico, como Tailandia, Corea e Indonesia.

Los países muy endeudados tienen pocas opciones aparte de aplicar los programas de ajuste estructural concebidos por el Banco y el Fondo. Les guste o no, decenas de estos países han liberalizado sus economías, han privatizado sus empresas estatales, han abolido los controles sobre el cambio de divisas, han aumentado su participación en los mercados mundiales y, en la mayoría de los casos, han continuado pagando los intereses generados por la deuda.

Estos logros son considerables, y debe atribuirse a las organizaciones de Bretton Woods el mérito de desempeñar un papel decisivo en la aceleración y profundización del proceso de globalización económica.

Sin embargo, el mundo ha cambiado radicalmente desde que nacieron estos gemelos, al término de la Segunda Guerra Mundial. Además, el Banco y el FMI sufren la *crisis de la madurez*. Creados para distribuir fondos, ya fuera para financiar proyectos de desarrollo o para resolver problemas temporales de balanza de pagos, afrontan una competencia cada vez mayor de los mercados financieros y de los inversores particulares.

En su mayor parte, las empresas y los bancos deciden dónde prosperarán mejor sus inversiones y qué gobiernos

2. Los gobernadores de los Bancos Centrales del G-10 instituirán finalmente un sistema de informes que entrará en vigor en junio de 1998, para los instrumentos derivados basados en el cambio de divisas, los tipos de interés, las acciones y los bienes, que son mercados multibillonarios en dólares. Bank for International Settlements, *International Banking and Financial Market Developments*, Basilea, mayo de 1997.

del Sur o del Este merecen recibir préstamos. El Banco y el Fondo son, en este sentido, víctimas de su propio éxito: han promovido enérgicamente la liberalización y la economía de mercado en sus países clientes, quizá hasta el punto de suprimir la razón de su propia existencia.

El Banco es, sin duda, más vulnerable a este respecto que el Fondo. Aun así, todos quieren que vuelvan a aparecer en la foto cuando los mercados van mal, y siguen siendo vitales para encauzar fondos públicos hacia inversores particulares cuando éstos yerran masivamente sus cálculos. Siempre que se aplica la regla de *demasiado grande para fallar*, entran en escena el Banco y el Fondo, como han hecho en las crisis de México, Rusia y Asia. Pocas personas entienden que sus impuestos sirvan para sacar de apuros no tanto a los gobiernos en cuestión como a los grandes jugadores particulares de esos mercados.

Los gemelos deben aplicarse ahora a adaptarse con más rapidez a las nuevas condiciones. Al igual que el resto de la «industria de la ayuda exterior», la Asociación Internacional de Fomento (la rama de préstamos sin interés del Banco, financiada con subvenciones de los gobiernos) debe esperar recibir contribuciones cada vez menores de sus antiguos donantes. El Banco ya ha comprendido que debe aliarse más estrechamente con las fuerzas del mercado y, en consecuencia, está mejorando la rama dedicada a la cooperación con el sector privado (la Corporación Financiera Internacional, la Agencia Multilateral de Garantía de la Inversión). En cuanto a sus préstamos más tradicionales, el Banco tendrá que hacer hincapié en asesorar a las empresas privadas y actuar como agente entre gobiernos y empresarios.

Se puede confiar en que el FMI adopte su tradicional línea dura en relación con el alivio de la deuda y la ortodoxia fiscal y mantenga la disciplina del ajuste estructural en los países que están en deuda con él. Por otra parte, sería insensato esperar que el Fondo o el Banco pongan freno a un accidente económico de proporciones calamitosas, o lo predigan siquiera.

Estas instituciones, que dan un empleo generosamente pagado a varios miles de economistas con una excelente formación, profundamente implicadas en México durante décadas, no previeron la crisis económica mexicana de diciembre de 1994 o, si la previeron, no avisaron de su inmi-

nencia. De modo similar, tampoco anticiparon el espectacular caos que sacudió los mercados financieros asiáticos en 1997.

A instancia de los Estados Unidos, el FMI hizo una importante contribución para rescatar a México una vez que se desató la debacle económica; ha infringido todas sus propias normas para mantener Rusia a flote con nuevos créditos y, como concluimos en nuestro Informe, ha comenzado a proporcionar créditos masivos a los tigres asiáticos. Sin embargo, sus recursos no son ilimitados ni elásticos.

Tememos que la comunidad económica internacional, si dependiera en exceso de la capacidad del FMI para predecir los riesgos sistémicos, y mucho menos para contenerlos, estaría apoyándose en un junco hueco. O bien se le proporcionan al Fondo cantidades mucho mayores con las que poner freno a los desastres potenciales, o bien el Fondo debe ser sustituido por una institución más competente. En concreto, el Fondo debe sentirse menos satisfecho de sí mismo y dejar de basarse en una ideología dogmática y hacer una investigación sólida para ser capaz, como institución, de hacer sonar la alarma cuando sea necesario.

No prevemos ni recomendamos el cierre inmediato de las Instituciones de Bretton Woods. Siguen sirviendo de garantes de la liberalización, de la privatización y del ajuste estructural en grandes partes del mundo, tarea que ningún gobierno ni grupo de gobiernos del Norte debería realizar directamente. También siguen siendo útiles, en especial para los países del G7, porque excluyen la necesidad de que éstos tengan que intervenir abiertamente en los asuntos de otras *naciones soberanas* que atraviesan una crisis económica.

Las Naciones Unidas (ONU)

Cualquier examen de las salvaguardias y de la gestión globales ha de referirse, al menos de pasada, a las Naciones Unidas. Pero, aunque en algunos casos ha cumplido de forma encomiable sus funciones de mantenimiento de la paz, no vemos ninguna esperanza de que los principales Estados Miembros confieran alguna vez auténticos poderes reguladores a la Asamblea General o a los órganos especializados de la ONU.

De estos órganos, el UNICEF es quizá el más fructífero,

ya que la mayoría de los gobiernos pueden estar de acuerdo en que vacunar a los niños es una empresa que merece la pena. Otros organismos de la ONU que trabajan en áreas más polémicas o sensibles, no tienen prácticamente ninguna autoridad y no recibirán más en el futuro. Por ejemplo, la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO) no ejerce ningún control sobre la producción y distribución mundial de alimentos; el Programa para el Medio Ambiente (PNUMA) es totalmente incapaz de conservar el medio ambiente, la Comisión de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) no elabora normas para el comercio, y así sucesivamente.

La ONU es útil principalmente porque es el foro que ofrece a los miembros más pequeños y débiles de «la comunidad internacional» la ilusión de que tienen voz y voto en la gestión de los asuntos mundiales.

Una innovación que posiblemente tendría consecuencias de largo alcance es la megasubvención de 1.000 millones de dólares que ha concedido Ted Turner a la ONU. Aparte de la generosidad y el altruismo personales de Turner, la donación sienta un precedente filantrópico en la privatización de los organismos internacionales intergubernamentales y podría ser un precedente para otras personas y entidades con fines benéficos que podrían determinar colectivamente la política de la ONU. Aunque es un paso positivo, lamentamos que, simultáneamente, pueda parecer que se exonera a Estados Unidos de pagar sus contribuciones a la ONU, pendientes desde hace mucho tiempo. Por motivos que se aclararán en su debido momento, no es éste el momento de que nadie descuide sus responsabilidades institucionales internacionales.

La Organización Mundial del Comercio (OMC)

La OMC es el candidato más prometedor al éxito internacional. Este relativamente recién llegado, que sustituyó al Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT) el 1 de enero de 1995, quizá sea un precursor de un nuevo orden mundial, dado que sus Estados Miembros le han dotado de auténticos poderes decisorios y reguladores. La OMC es una buena noticia para quienes confían en sostener la globalización del libre mercado y la aplaudimos porque la consideramos un importante paso adelante.

En virtud de las normas de la OMC, sus Estados Miembros ya no pueden poner trabas al comercio. Si intentan hacerlo, se harán acreedores de sanciones permanentes. Como expresó *The Wall Street Journal* con admirable franqueza, la OMC «representa otra estaca en el corazón de la idea de que los gobiernos pueden dirigir las economías». El director de esta organización apenas exageraba cuando proclamó: «Estamos redactando la constitución de una única economía global».

Según las leyes de la OMC, están prohibidas las prácticas que restringen el comercio y cualquier Estado Miembro podrá cuestionar las barreras no arancelarias, aun en el caso de que sean calificadas de medidas para proteger la salud humana o el medio ambiente. Serán los grupos de expertos de la propia OMC, y no los tribunales nacionales, los que entenderán de las disputas y tomarán decisiones vinculantes.

Ésta es la primera vez que una institución internacional recibe poderes para reemplazar y revocar los intereses nacionales particulares, aun cuando estén consagrados por la ley o el uso. «Cada Estado Miembro garantizará la conformidad de sus leyes, regulaciones y procedimientos administrativos con sus obligaciones [respecto de la OMC]», así lo establecen sus estatutos. Esta obligación afecta a las leyes pasadas, presentes y futuras.

Este organismo regulador internacional podría provocar serias contradicciones. Los países más ricos y democráticos ya discrepan de los más pobres y autocráticos en asuntos fundamentales de derechos laborales o protección del medio ambiente y en su relación con el comercio.

También podría haber una reacción violenta en los países ricos. Los consumidores-ciudadanos podrían reaccionar con indignación cuando descubran que las normas de la OMC obligan a las naciones miembros a aceptar estándares muy inferiores a aquellos a los que estaban acostumbrados. No cabe duda de que se verán afectadas áreas tan cruciales para ellos como la alimentación, la salud, la seguridad y el medio ambiente; las naciones desarrolladas tendrán que admitir los productos de las menos desarrolladas incluso cuando éstas se hayan producido en condiciones dudosas, higiénicas o ecológicas.

Algunos ejemplos al azar ilustran lo antedicho: los mercados ofrecerán a los consumidores frutas, verduras o vi-

nos que contendrán muchos más residuos de pesticidas (algunos de ellos considerados cancerígenos) que los que permiten ahora la mayor parte de las leyes nacionales europeas o norteamericanas. Los europeos podrían verse obligados a aceptar carne procedente de ganado vacuno estadounidense alimentado con hormonas de crecimiento bovinas o con pienso modificado genéticamente. Se podría rescindir la prohibición de comerciar con asbesto, residuos tóxicos o pescado capturado con redes de arrastre. También se podría dejar de exigir una serie de requisitos para el etiquetado de alimentos y se podrían legalizar muchos productos que contienen sustancias peligrosas.

Puede que las organizaciones de consumidores y las medioambientales se hagan más combativas a medida que vayan dándose cuenta de estas realidades. También es probable que los ciudadanos no admitan los procedimientos de la OMC para la resolución de disputas, ya que sus grupos de expertos se reúnen sin observadores, y no se hacen públicos sus documentos, transcripciones y actas.

Con las viejas normas del GATT, no podían imponerse sanciones comerciales a ningún país miembro sin la aprobación unánime de todos los demás. Este procedimiento era demasiado débil y en la práctica garantizaba que ningún miembro debía temer las sanciones. La OMC lleva las cosas en la dirección opuesta. Se aplican sanciones automáticamente a la parte a la que sus grupos de expertos declaren culpable, a menos que los países miembros voten unánimemente contra ellas en un plazo de 90 días.

En resumen, a pesar de uno o dos éxitos poco habituales, como la OMC, y de algunos avances hacia políticas vinculantes en la arena global, el ámbito regulador internacional está lleno de agujeros. Para que pueda sostenerse a sí misma, la economía globalizada necesita normas. Y quienes mejor pueden dictarlas son los principales actores de esa economía.

El papel de las empresas transnacionales

Estas empresas gigantes podrían y deberían proporcionar muchos de los mecanismos de control político que hacen falta para asegurar la permanencia del sistema que garantiza su existencia y sus beneficios. Algo que apenas reco-

nocen, aunque ya han emprendido la tarea de crear un consenso con líderes internacionales en sedes como la reunión anual en Davos del Foro Económico Mundial o el Diálogo Empresarial Transatlántico.

Estas empresas podrían decidir en el futuro que la competencia está muy bien, pero no es buena para la adecuada dirección de sus asuntos. La industria petrolera es la que mejor representa esta situación: ha renunciado en gran medida a mantener una conducta competitiva en favor de una gestión colectiva *de facto* de la producción, la distribución y los precios. Otras industrias podrían también ponerse de acuerdo entre sí en el ámbito internacional, como hicieron en el ámbito nacional a finales del siglo XIX y en el siglo XX, con el fin de evitar tácticas competitivas salvajes perjudiciales para todos.

Sin embargo, tememos que aún esté muy lejos ese día. A pesar de algunas recientes fusiones espectaculares, los jugadores transnacionales europeos, americanos, japoneses y de otras regiones siguen compitiendo ferozmente por las cuotas del mercado mundial, y con esta actuación, desestabilizan aún más un sistema global ya frágil. Industrias tan diversas como la automovilística, la química o la farmacéutica se han resentido en los últimos años debido a la creación de una enorme capacidad de producción excesiva. Cada empresa gigante intenta ganar una ventaja temporal realizando inversiones en tecnologías de vanguardia con una aportación mínima de mano de obra.

Como consecuencia, hay *demasiadas* fábricas notablemente eficientes que producen *demasiados* bienes para *demasiados pocos* compradores solventes. Las empresas, al mismo tiempo que despiden a sus trabajadores, *reducen la plantilla* de sus clientes. No se ha encontrado aún nada que sustituya la sabiduría de Henry Ford: paga a tus trabajadores lo suficiente como para que puedan comprar tus coches.³

3. A principios de la década de 1980, una familia estadounidense media necesitaba el salario de 18 semanas para adquirir un automóvil medio; a mediados de los años noventa, la cifra había aumentado al salario de 28 semanas. Esta información figura en el libro de William Greider, *One World Ready or Not*, Simon and Schuster, Nueva York, 1997. Aunque, en nuestra opinión, Greider se equivoca totalmente en muchos aspectos, sus observaciones sobre el exceso de capacidad y la posible deflación son atinadas.

Dado que es matemáticamente imposible vender todos los automóviles (y muchos otros productos) que se producen actualmente, es obligado que se produzcan reorganizaciones importantes, pese a lo cual las empresas siguen cerrando modernas fábricas para construir otras aún más modernas en otro lugar, generalmente contratando a menos trabajadores a los que pagan también menos.

Estas mismas pautas se dan en casi todas las industrias manufactureras y los excesos de oferta se verán exacerbados por los recientes reveses asiáticos, pues las empresas lo sacrifican todo a la exportación para saldar sus deudas. Mientras tanto, los clientes asiáticos comprarán mucho menos. Hasta ahora, la respuesta de las transnacionales a la saturación que afecta a toda la industria no ha sido la cooperación, sino nuevas medidas competitivas. Están inmersas en un esfuerzo continuo y condenado al fracaso en última instancia, destinado a obtener una ventaja temporal sobre las demás. La saturación crónica fue uno de los factores que provocaron la Gran Depresión de los años treinta; ahora se dan la mayoría de los elementos necesarios para que se produzca otra.

El medio ambiente proporciona otra prueba más de la negativa de estas empresas a tomarse en serio su responsabilidad a la hora de regular. En 1992, la ONU convocó la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD) en Río de Janeiro. Antes de la Conferencia de Río, el Consejo Mundial de Empresas para un Desarrollo Sostenible, fundado por varias decenas de empresas transnacionales, trabajó en estrecha colaboración con el secretariado de la conferencia para impedir cualquier discusión de un Código de Conducta Medioambiental para Empresas Transnacionales, ya fuera o no vinculante. Su argumento era que ellas mismas podían asumir la responsabilidad de su propia administración medioambiental y que la asumirían.

La Conferencia dejó, por tanto, la regulación y la gestión del medio ambiente totalmente en manos de los gobiernos, cuando las empresas son, por definición, transnacionales y la mayoría de los problemas medioambientales trascienden las fronteras. Así pues, la Conferencia de Río, la única reunión internacional destacada que ha emitido unas directrices sobre medio ambiente (la llamada Agenda

21), reconoció tácitamente que las empresas transnacionales deben autorregularse individualmente.

Algunos expertos y portavoces de empresas afirman que pueden, como grupo, contribuir a conservar el medio ambiente. A pesar de algunos ejemplos alentadores, vemos pocos indicios que respalden esta opinión.

La regulación de los mercados financieros

Las instituciones internacionales y empresas transnacionales existentes carecen, en su mayor parte, de capacidad, voluntad o competencia para gestionar el conjunto del sistema basado en el mercado. Habida cuenta de la amenaza de los mercados financieros volátiles y del predominio del capital financiero en la escena internacional, es imperativo preguntarse si se podría persuadir a los principales actores financieros para que asuman este papel. Desde un punto de vista realista, consideramos que existen varios factores que inciden negativamente en la conducta globalmente responsable de la industria financiera internacional.

Algunos observadores afirman que la tecnología de la información es ya lo bastante poderosa como para prever y prevenir los accidentes importantes. Nosotros discrepamos: existen ya demasiadas capas de complejidad. Por primera vez, los mercados funcionan en un mundo auténticamente sin fronteras, pero las tecnologías que hacen posible este mundo se han extendido con mucha más rapidez que los medios de protegerlo de sus propios éxitos y excesos. La abolición y unificación del tiempo y del espacio van en menoscabo de la estabilidad.

La tecnología de la información pone a todos los operadores en contacto instantáneo y constante, pero no puede protegerlos de sus propios actos e incluso puede contribuir a provocar hechos críticos. El papel desempeñado por las *contrataciones de programas* en la caída en picado de la bolsa de valores estadounidense de 1987 sirve de ilustración temprana y gráfica.

Las autoridades estatales, incluso en los países más poderosos, ya no ejercen todo el control sobre el valor de su moneda y sobre sus políticas monetarias. Los extranjeros tienen intereses masivos en los bonos del Estado (deudas nacionales) y pueden retirar estas inversiones a la más mí-

nima señal desagradable, provocando la fusión accidental del núcleo de las reservas financieras y fluctuaciones irregulares en los tipos de cambio. El *golpe de Estado* por valor de mil millones de dólares que dio George Soros contra la libra esterlina demostró que los bancos centrales han dejado de estar a la altura de los especuladores poderosos.

No sólo los mercados financieros nacionales están plenamente integrados en el global, sino que se han abolido las fronteras entre diferentes tipos de mercados que antes estaban separados. Ya no se pueden trazar fronteras reconocibles entre mercados de capital a corto y a largo plazo, mercados de divisas, opciones o futuros, mercados de materias primas o de derivados, y así sucesivamente. *El apalancamiento lo es todo*; economías enteras se basan literalmente en papel, papel que representa valores puramente teóricos. Los mercados de derivados se expanden a una velocidad increíble. Estos derivados, inventados para *protegerse* de los riesgos financieros, ahora los agravan.

Los mercados financieros tampoco mantienen una gran conexión con la economía o el comercio *reales*. Las cantidades que circulan a diario en los mercados de divisas suelen representar al menos 50 veces el valor de mercado de las transacciones en productos tangibles y servicios no financieros.

Cabe la posibilidad de que un gran cónclave de los principales operadores del mercado financiero armados con las últimas tecnologías de la información trabaje para reducir los riesgos de un accidente, pero ¿quién tiene más probabilidades de tomar la iniciativa y convocarlo? ¿Quiénes serán los artesanos de la prevención del desastre financiero? En la mayoría de los lugares, ni siquiera se reconoce la mera posibilidad de que se produzca un accidente global del mercado.

Los especuladores individuales, las empresas, los bancos, las agencias de bolsa, los fondos de pensiones, etcétera, cosechan grandes beneficios del sistema, pero *no les importa, ni puede importarles, el sistema en sí*, con independencia de cuáles sean sus propios intereses a largo plazo. Estos operadores son seres racionales y el mercado se postula sobre los actos racionales, los conocimientos y las expectativas de todos los participantes. Sin embargo, en el ámbito financiero, predominan las decisiones instantáneas;

la lógica del corto plazo actúa contra el beneficio a largo plazo, los derechos inmediatos de cada operador desbancan el mantenimiento del sistema que garantiza esos derechos. En este contexto, ¿cómo se pueden contener las tendencias peligrosas, y mucho menos prevenir un accidente grave, incluso global?

Apenas se debate el régimen fiscal de las transacciones financieras internacionales, incluso a niveles apenas perceptibles y, cuando se debate, es rechazado. La mera exuberancia y volumen de las operaciones enriquece a mucha gente, por lo que no resulta sorprendente que intervenga una ley básica del comportamiento humano: la ley de la máxima resistencia colectiva a frenar esa exuberancia. Un accidente financiero importante desencadenaría pérdidas empresariales masivas y un aumento enorme del desempleo, lo que provocaría erupciones sociales de dimensiones volcánicas. Una crisis económica global sería hoy mucho peor que la de 1929; pero parece imposible prevenirla o evitarla.

Permítasenos tomar otra analogía de la ciencia. Algunos seres humanos pueden ser capaces de altruismo, o de sacrificarse a sí mismos y sacrificar sus propios intereses inmediatos en aras del bien superior del conjunto. Los biólogos sugieren que el *altruismo* observado en el mundo animal tiene como fin ampliar al máximo las oportunidades de transmitir los propios genes a las generaciones futuras. El destacado genetista J.B.S. Haldane dijo sarcásticamente en una ocasión: «sacrificaría mi vida a cambio de tres hermanos o de nueve primos».

Los cimientos de la teoría y de la práctica del libre mercado, recordamos a los solicitantes, no son el altruismo ni el sacrificio, sino el interés y los beneficios inmediatos. Por tanto, resultaría sorprendente encontrar este mercado plagado de conductas desinteresadas estadísticamente significativas. Esto es cierto incluso cuando cabe demostrar que algunas políticas y actos individuales tienen más probabilidades que otros de proteger el sistema; de permitirle transmitir, por así decir, sus genes. Hoy, los actores del mercado sólo se preocupan de sí mismos, y no de transmitir su legado individual o colectivo.

Estudiando el asunto desde una perspectiva histórica, es patente, o debería serlo, que el *New Deal* del presidente

Franklin Delano Roosevelt salvó al capitalismo estadounidense de una desaparición casi cierta, y a los propios Estados Unidos de algún tipo de populismo radical, del socialismo, o quizá incluso del nacionalsocialismo. Si Roosevelt no hubiera intervenido con un enérgico programa keynesiano, el colapso social que siguió inmediatamente al *crack* de la Bolsa de 1929 y que ya estaba muy avanzado en 1933 podría haber destruido el sistema liberal en la economía más poderosa del mundo actual y su más fuerte defensor de la libertad de mercado. Roosevelt debería haber tenido el recibimiento de un héroe y la bendición del capitalista.

En cambio, lo que se observaba realmente en los Estados Unidos de los años treinta era una profunda desconfianza y un odio aún más profundo hacia Roosevelt por parte de la clase alta del país. En muchas familias, como uno de nosotros puede dar fe personalmente, *Roosevelt* era una mala palabra que no debía pronunciarse delante de las señoras, los niños o los criados; se decía, en su lugar, *Ese Hombre*. Puede que el *New Deal* haya salvado a los Estados Unidos, pero nunca pacificó ni convenció a sus oponentes más apasionados, cuyo antagonismo dura hasta hoy.

Las autoridades nacionales, si tratasen de poner en práctica políticas rooseveltianas, serían sancionadas inmediatamente por los mercados. Las políticas keynesianas globales, la imposición de cargas fiscales a las transacciones y la constitución de «fondos de seguridad» podrían prevenir un accidente grave y, por tanto, la agitación social generalizada, pero aquellos a cuyos intereses servirían en última instancia no las apoyarían más de lo que las elites empresariales y financieras de los Estados Unidos apoyaron el *New Deal*. En consecuencia, no hay en perspectiva ninguna política reguladora global redistributiva o para el mercado financiero, y las autoridades globales, siendo como son, tienen pocas esperanzas de reducir las amenazas sistémicas.

Uno, dos, muchos mercados globales...

Aunque hemos seguido la costumbre y hemos hablado reiteradamente del *mercado*, en realidad no estamos en pre-

sencia de un único mercado mundial, sino de cuatro mercados interrelacionados y con elementos comunes:

- El mercado tradicional de *bienes y servicios*
- El mercado *laboral*
- El mercado *financiero*
- El poco reconocido mercado *medioambiental* (que abarca tierras, recursos físicos tangibles e intangibles, más el uso de la naturaleza como receptáculo *gratuito* o remunerado para la contaminación y los residuos).

Una sola empresa transnacional actúa, de forma habitual y simultánea, en los cuatro mercados. Busca la mano de obra más productiva al precio más favorable; se protege constantemente para garantizar el valor de sus transacciones futuras en diversas monedas; consume capital natural y usa medios para deshacerse de los residuos; vende bienes y servicios. No se pueden colocar estas actividades en compartimentos estancos aun cuando se lleven a cabo por separado en los libros de contabilidad de la empresa.

El *mercado* trata con muchos *bienes*, como la mano de obra, diferentes partes del cuerpo para transplantes, los materiales genéticos, el agua, la tierra, el aire, los fondos de protección, las garantías y las opciones, que, en el sentido estricto, no ha sido *producido* por nadie.

Como confiamos en haber demostrado, de estos cuatro mercados interrelacionados, *sólo el mercado de bienes y servicios cuenta con algo parecido a una regulación metódica a nivel global* gracias a la Organización Mundial del Comercio. La regulación de los otros tres mercados —mano de obra, finanzas y naturaleza— queda en su mayor parte en manos del azar y de las fuerzas más o menos racionales de la oferta y la demanda.

No debería sorprender que los mercados desregulados (o *autorregulados*) sean muy capaces de crear tensiones (desempleo masivo, agitación social, degradación medioambiental, *crack* financiero) que debilitan el propio sistema de mercado. No se están instalando amortiguadores globales en nuestro modelo estándar. Dado un sistema inherentemente frágil que carece de normas legítimas que se puedan hacer cumplir, sólo podemos advertir que puede pro-

ducirse un accidente global en algún momento de los comienzos del siglo XXI (si no antes).

Esta conclusión, aunque al Grupo de Trabajo le parece inevitable en las circunstancias actuales, es sin embargo inaceptable para nosotros y suponemos que también lo será para los solicitantes del Informe. Por este motivo hemos de afrontar las paradojas inherentes en el sistema.

Libertad y límites

Creemos que para que sea realmente libre, el mercado necesita restricciones. Hoy, la cantidad de atención y protección que se dedican al mantenimiento del sistema es inversamente proporcional al grado de beneficio derivado de ella. En otras palabras, las peores amenazas proceden de los actores más importantes. Nuestras únicas instituciones reguladoras internacionales existentes *regulan* en la dirección de dar *mayor libertad aún para que el mercado opere sin restricciones de ningún tipo*.

Un sistema basado en la libertad individual, en la autorregulación y en las leyes *darwinianas* de competencia y supervivencia de los más aptos no va a dar un vuelco repentino y rogar, por sí mismo, ser regulado. No cabe esperar que los principales beneficiarios del sistema actúen contra sus intereses inmediatos, contra los propios principios del beneficio y del aprovechamiento de las ventajas en los que se basan el libre mercado y su propio éxito; o que, en las circunstancias actuales, se vean obligados a hacerlo. Imaginar que estos beneficiarios podrían, en un número grande o incluso significativo, reconocer a tiempo la necesidad de unas regulaciones externas es negar todas las leyes conocidas de la conducta humana. Hay que poner de relieve y afrontar esta contradicción.

Todas las amenazas para el libre mercado global se derivan de su éxito y de las proezas más notables de la Mano Invisible. Los principales motores del sistema han demostrado tener una extraordinaria resistencia a hablar abiertamente de estas amenazas y afrontarlas. En nuestra opinión, esta conducta escapista, de continuar, podría tener consecuencias fatales. Aun así, el supuesto casi universal del que parten los principales participantes del mercado es «cuanta más libertad, mejor».

Hasta cierto punto, esto es cierto. Creemos en la libertad de mercado del mismo modo que veneramos las obras de un gigante como Friederich von Hayek. Pero, pese a esta profunda conformidad, subrayamos que, sin reglas y restricciones, el mercado puede provocar su propia ruina. Abandonado a sí mismo, creará demasiados pocos ganadores y demasiados perdedores; llevará a la sobreproducción y al infraconsumo, a la destrucción ecológica, a concentraciones de la riqueza cada vez mayores y a un rechazo cada vez más grande de los no aptos.

Sea cual fuere la retórica dominante, el mercado global desregulado no actuará a favor del medio ambiente ni de un enorme número de trabajadores y de trabajadores en potencia, en particular de los más de mil millones que carecen de empleo o están subempleados. El número de no aptos aumentará inexorablemente hasta que hagan sentir su presencia con todo tipo de formas nocivas y desestabilizadoras.

Ahora que el mundo está convirtiéndose en un mercado único y unificado, las adaptaciones que podrían haber tenido lugar en el siglo XIX en dos o tres generaciones deben realizarse en unos meses o años. El ritmo del cambio es sobrecogedor y la «destrucción creativa» de Schumpeter actúa en máxima escala. Quienes no pueden adaptarse o no se adaptan con la suficiente rapidez quedan instantáneamente excluidos de los beneficios del sistema.

Tal vez el *keynesianismo* o *rooseveltianismo* globales puedan contener la explosión y el caos, pero según la *regla de Roosevelt*, los jugadores de un sistema basado en el interés a corto plazo y el mercado autorregulado, que creen fervientemente en la sabiduría de ese mercado, rechazarán la regulación aun cuando pueda demostrarse que, a largo plazo, ésta sirve mejor a los intereses del sistema y a los suyos.

El problema no es meramente económico y psicológico, sino político. La política implica normas. Nuestras instituciones actuales no pueden proporcionar un marco político de dimensiones universales. Nuestros principales actores del mercado siguen siendo ciegos y sordos a sus propios intereses y a los del sistema. La Mano Invisible responderá con golpes a quienes hayan depositado toda su fe en ella. Sólo vemos una forma de salir de este dilema, al que nos referiremos a continuación.

3. El impacto

Hasta ahora nos hemos abstenido voluntariamente de abordar tres importantes factores determinantes del futuro del planeta y del sistema de libre mercado, a saber: el consumo, la tecnología y la población. Estos factores pueden combinarse en una sola y sencilla ecuación:

$$\text{Impacto (sobre la tierra)} = \text{Consumo} \times \text{Tecnología} \times \text{Población}$$

$$I = C \times T \times P$$

Esta ecuación, utilizada con frecuencia por los demógrafos, los biólogos y los economistas medioambientales,¹ es fundamental para nuestra demostración. Cuando las variables se interpretan de forma correcta, también ofrece predicciones sociales y económicas más fácilmente mensurables, ya que estos tres elementos, C, T y P, incorporan en sí mismos muchas otras variables como riqueza y pobreza, grado de desarrollo económico, salud, educación, fertilidad, condición de la mujer y similares.

Si se acepta, como propugnamos, que la economía de mercado es un subsistema que opera dentro del sistema total o natural, esta ecuación indica por fuerza los peligros que nos acechan. Un futuro económico viable dentro de las restricciones de la biosfera depende de:

1. Inicialmente por el profesor Paul Ehrlich (que prefiere la A de Afluencia a la C de Consumo, por lo que su fórmula es I=PAT); P. Ehrlich y J. Holdren, «Impact of Population Growth», *Science*, Vol. 171 (1971), pp. 1.212-1.217; empleada posteriormente por muchos otros especialistas en diversas formas.

- El número de habitantes del mundo.
- La cantidad, la calidad y la naturaleza de su consumo.
- La tecnología empleada para producir lo que consumen y para deshacerse de los residuos que generan.

El consumo

La variable C es, como cabría esperar, especialmente sensible a los ingresos. El consumo medio de los franceses per cápita es cinco veces y medio superior al de los egipcios; un alemán consume 17 veces más que un indio; un estadounidense, 35 veces más que un tanzano, etcétera.²

Las organizaciones humanitarias expresan a menudo su indignación moral ante las acusadas diferencias en el consumo del Norte y del Sur. Esta indignación está mal dirigida. Puede que el ciudadano suizo medio consuma 17 veces más que un nigeriano, pero en una economía de mercado global, la única respuesta nacional a ese hecho es, dicho sin rodeos: «¿Y qué?». Los suizos son productivos, su población es estable, se vanaglorian de tener una tasa de ahorro elevada y no se puede culpar de su buena suerte a la rapiña ni al colonialismo. Por otra parte, si los nigerianos no eligen ahorrar, invertir y mejorar su productividad, la única forma que tienen de hacerse más ricos y de consumir más es que haya menos nigerianos. Tampoco existe una relación que una automáticamente a los suizos y los nigerianos. En modo alguno la conducta de los primeros es causa directa de las privaciones de los segundos.

Los humanitarios discrepan por vocación de estas observaciones. A menudo instan a los occidentales a que adopten el principio ghandiano de «vivir más sencillamente para que otros puedan sencillamente vivir» y fomentan que se compartan los bienes por encima de las fronteras. ¿Se pueden reducir las amenazas para el planeta y la desigualdad social transnacional disminuyendo el consumo personal y transfiriendo la riqueza nacional? Suiza siempre puede to-

2. Las comparaciones se basan en la metodología de la Paridad de la Capacidad Adquisitiva (PCA), que es más fiable, o menos imperfecto que comparar los gastos por consumo en monedas locales con una conversión en función del tipo de cambio.

mar la decisión política de enviar ayuda oficial a los nigerianos, y los ciudadanos suizos pueden basar su comportamiento económico en opciones éticas. Pero, ¿hasta qué punto son estas opciones *eficientes* en términos económicos o medioambientales?

La ayuda oficial al desarrollo ha sido incapaz de reducir, y mucho menos de cerrar, la brecha que separa el Norte y el Sur, ricos y pobres. Por el contrario, las disparidades han aumentado desde la Segunda Guerra Mundial, cuando la proporción riqueza y pobreza ya era de alrededor de 30 a 1. Ahora es de 70 a 1 y va en aumento. Desde que terminó la Guerra Fría, la ayuda ha disminuido drásticamente y predecimos con seguridad que nunca volverá a alcanzar los niveles anteriores. Incluso durante su apogeo, la ayuda fue recibida en su mayor parte por los segmentos ya acomodados de la población del Tercer Mundo y afectó al consumo de los pobres de forma marginal, cuando le afectó.

Las organizaciones benéficas privadas no salen mejor paradas. Si una proporción significativa de la población de un país rico renunciara voluntariamente a parte de su bienestar material en aras de compartirla con *los otros* ghandianos del Sur, esta actitud podría ser juzgada moralmente admirable, pero las personas afectadas no tendrían garantías de que los pobres se beneficiasen de su altruismo a menos que todos los ahorros se enviaran a una causa digna que tenga una reputación sin tacha en cuanto a las entregas.

Desde principios de los años noventa, las contribuciones enviadas a África por las organizaciones benéficas sobrepasan a la ayuda oficial. Aun así, el total de la ayuda pública y privada es muy insuficiente para permitir que un gran número de otras personas vivan, sencillamente o no. La reducción del consumo en el Norte no se puede embotellar ni transformar mágicamente en un aumento del consumo en el Sur. Algunas personas de buena voluntad se han hecho vegetarianas por motivos éticos, en la creencia de que los cereales que no se convierten en carne llegarán de algún modo a los hambrientos del mundo. Están equivocadas: los alimentos son un artículo. Si la demanda monetaria de cereales o de animales se reduce, se cultivarán menos cereales y se criarán menos animales.

La beneficencia en escala mundial es, probablemente desde los primeros misioneros cristianos, una especialidad del Norte. En el Sur, no se encuentra ninguna tradición reconocible, ni religiosa ni laica, de compartir los bienes con personas alejadas geográficamente o culturalmente distantes. La beneficencia institucional apenas se practica y, cuando existe, comienza en casa.

Las restricciones autoimpuestas, si se encauzan a través de organizaciones benéficas, podrían aliviar la aflicción individual, pero nunca igualarán el consumo entre los acomodados y los desaventajados, ni alterarán el impacto total sobre el planeta. Incluso si se practicara en gran escala, simplemente podrían crear un margen para un consumo mayor por parte de los menos virtuosos, tanto dentro de casa como fuera. Ello es así porque aumentaría simultáneamente el consumo de las elites en gran parte del Sur, anulando el valor económico y medioambiental de la virtud en el Norte. El aumento de los ingresos significa automáticamente el aumento de la demanda de todo tipo de productos, especialmente en países donde la inmensa mayoría de la gente nunca ha podido variar su dieta o comprar un refrigerador, un televisor o un vehículo de motor.

El consumo de energía mide de forma fidedigna los niveles de desarrollo económico: entre 1980 y 1995, todos los *dragones* asiáticos aumentaron en más del doble su consumo de energía per cápita. Los países de ingresos elevados consumen tres veces y media más energía per cápita que los países de ingresos medios, y casi 14 veces más que los países de ingresos bajos. La carne es otro artículo que registra invariablemente una mejora del bienestar económico. El consumo mundial, especialmente de carne (en su mayoría de animales alimentados con cereales) y de energía (en su mayoría combustibles fósiles) está destinado a aumentar.

En cualquier caso, la opción moral y la limosna para los menos afortunados, especialmente hacia los desplazados geográficamente, nunca han determinado la conducta de forma masiva, y no cabe esperar, ni siquiera bajo supuestos generosos, que equilibren los ingresos o contrarresten un aumento inexorable del número de nuevos consumidores más acomodados.

La tecnología

El impacto humano sobre el medio ambiente varía en función de la naturaleza física de los bienes consumidos y de la tecnología empleada para producirlos y venderlos. Las comparaciones de consumo de energía pueden ser engañosas si no se introduce el factor T de la tecnología. La «energía de los pobres», como el carbón sulfurado de baja calidad, causa sin duda más contaminación directa que la energía nuclear. Sin embargo, la energía nuclear podría generar más anhídrido carbónico que el carbón si se tiene en cuenta la energía necesaria para todo su ciclo, incluidos la extracción, el enriquecimiento, la fisión y la gestión de los residuos.³

En el otro extremo del espectro del consumo, las personas que utilizan herramientas primitivas para cortar árboles *gratuitos* y convertirlos en combustible podrían contribuir a la liberación de anhídrido carbónico en la atmósfera menos que los habitantes del Norte que queman petróleo o gas, pero al mismo tiempo destruyen enormes franjas de bosques que de otro modo absorberían anhídrido carbónico, conservarían la diversidad de las especies e impedirían la erosión del suelo. La madera representa aún entre el 50 y el 90% de toda la energía que se consume en África.

Ni siquiera la tecnología mejorada puede garantizar la reducción del impacto total sobre el planeta. Los motores de los automóviles son más eficientes que hace 20 años, pero el número de coches que circulan en todo el mundo ha aumentado más del doble entre 1970 y 1990, hasta alcanzar los 560 millones. El aumento de la circulación, más el aumento de los embotellamientos de tráfico, anula los beneficios de la eficiencia del combustible. Lo mismo es aplicable a otros productos de consumo masivo: puede que exijan menos recursos, sean más ligeros y más eficientes, pero solamente su enorme número hace que estas mejoras sean contraproducentes en cuanto a su impacto total.

3. Tampoco se pueden descontar los costes actuales y posibles de la energía nuclear asociados al almacenamiento a largo plazo, la seguridad, la seguridad militar y el terrorismo.

Algunos observadores creen que los cambios radicales en las tecnologías actuales impedirán que se produzca un daño irreversible al planeta. Cabe soñar con carreteras repletas de coches de hidrógeno, ciudades llenas de edificios energéticamente eficientes, paisajes salpicados de parrillas de energía solar junto a granjas orgánicas y fábricas sin emisiones contaminantes que reciclan entre ellas sus residuos. Estas fantasías dejan fuera la política y unos intereses muy arraigados.

Ya existen multitud de tecnologías alternativas, baratas y con un bajo impacto medioambiental, y se podrían desarrollar fácilmente otras. Sin embargo, cualquier intento de promover cambios rápidos y masivos en economías basadas en combustibles fósiles, productos químicos, acero, etcétera, provocaría la hostilidad y las represalias de las industrias afectadas, una reacción totalmente normal. Para ellas, es más provechoso y cómodo ceñirse a lo que ya han aprendido, desarrollado y amortizado que probar nuevos caminos.

Los políticos, tanto los de Norteamérica como los de Europa, están muy sintonizados con estos intereses empresariales. En los Estados Unidos, cada año al menos 30.000 millones de dólares en subvenciones van a parar exclusivamente a industrias de energía. En Europa, grupos de presión poderosos como el Club Europeo de Industriales presionan a favor de hacer que las redes de transporte por carretera sean más tupidas, y determinan la política de la Unión Europea hacia la desregulación. Allí donde sus ventajas y sus prácticas actuales estén amenazadas, la industria lucha naturalmente para mantenerlas.

Estas acciones seguirán siendo la norma aunque la salvaguarda de intereses industriales particulares no propicia a largo plazo la conservación del sistema en su conjunto. Faltan también incentivos para adoptar tecnologías radicalmente más limpias, de menor impacto y más eficientes porque son los consumidores y los contribuyentes, y no las empresas, los que pagan unos impuestos que van a parar a tecnologías sucias e ineficientes. Esto seguirá siendo así mientras la industria pueda repercutir estos costes en el exterior.

Hoy, en los países en desarrollo, la mayor parte de las tecnologías producidas localmente o importadas tienen sus

raíces en los años pasados de la primera revolución industrial. Cuanto más pobre sea el país, más probabilidades tendrá de depender de industrias crepusculares y anticuadas, y más sucias y menos eficientes serán sus tecnologías.

La OMC, aunque valiosa desde el punto de vista de la regulación, casi ha consagrado las tecnologías contaminantes y derrochadoras en el derecho internacional, al negarse a permitir la discriminación entre productos sobre la base de Procesos y Métodos de Producción (PMP, en la jerga del negociador). Esto significa que ningún país puede rechazar los productos de otro, aun cuando hayan sido producidos a costa de una importante destrucción ecológica.

Una vez más, debido a la escasez de los incentivos económicos para reducir los residuos y la contaminación, las recompensas del comercio están programadas para que fluyan hacia los productores más sucios y menos responsables del Sur y hacia los más expertos en repercutir afuera los costes del Norte. Aun suponiendo que la industria estuviera dispuesta a aceptar masivamente la conversión a tecnologías de menor impacto en todo el mundo y a adoptar inmediatamente soluciones alternativas, el nivel de vida de la clase media norteamericana o europea seguiría estando fuera del alcance de cientos de millones de personas, aunque sólo sea por los meros límites físicos del planeta.

La población

Nuestra ecuación inicial, $I = C \times T \times P$, depende de forma crucial del factor P.

Los hechos son conocidos, pero vale la pena repetirlos:

- Actualmente viven en la Tierra el doble de personas que en 1970, cuando la población era inferior a 3.000 millones de habitantes.
- Cada año, alrededor de 175 millones de embarazos dan lugar a aproximadamente 133 millones de nacimientos vivos (la diferencia de 42 millones se debe principalmente a abortos legales o ilegales). La mortandad en el mundo se cifra en unos 52 millones de fallecimientos al año, lo que supone que, actualmente, el aumento neto

de la población es de alrededor de 81 millones de personas al año (1995).⁴

- Esto significa que cada día nace (al menos) una media de 360.000 bebés, más del 90% de ellos en el Tercer Mundo; lo que añade a las cifras mundiales el equivalente a otro México cada año, o a otra India cada 12 años. En contraste, mueren al día 142.000 personas, muchas de las cuales han sobrepasado con creces su período fértil.
- A lo largo de la historia, los índices de mortandad y de fertilidad fueron prácticamente idénticos: moría y nacía el mismo número de personas. Una buena parte de los seres humanos nunca llegaba a la edad fértil. Hoy, la fertilidad supera a la mortandad en más de un 250 por cien. La mortandad infantil sigue disminuyendo y la esperanza de vida, aumentando.
- En la década de los noventa se sumarán más habitantes a la población mundial que en ninguna década anterior.
- Aun cuando la fertilidad disminuyera notablemente, como ya ha comenzado a ocurrir en varios países, la población seguirá aumentando durante décadas debido al impulso basado en las estructuras de edad. Al menos una tercera parte de la población actual de todos los países pobres tiene menos de 15 años; en Kenia, el 60% de la población es menor de 15 años. La pirámide de edad favorece a los que están en edad fértil, tanto ahora como en el futuro.
- Cuando los solicitantes lean este Informe, la población mundial habrá llegado a los 6.000 millones de habitantes. Alcanzará los 7.000 millones en el 2008, y los 8.000 millones en el 2020. Las proyecciones para las décadas siguientes varían entre los 9.000 y los 13.000 millones, dependiendo del conjunto de supuestos.
- La población de aproximadamente 30 países ricos es estable o disminuye. En todos los demás, sigue aumentando, aunque por lo general a un ritmo inferior que hace una o dos décadas. Incluso las hipótesis de «esta-

4. Cifras calculadas a partir de las valoraciones de la División de Población de las Naciones Unidas, oficialmente las últimas. Otras fuentes, menos oficiales, sitúan el crecimiento neto de la población en los últimos años del siglo XX en una cifra de entre 90 y 100 millones de habitantes al año.

bilización» global más optimistas reconocen que la población sólo se nivelará en un nivel sumamente alto (entre 10.000 y 12.000 millones de habitantes) y que esa nivelación no ocurrirá en ningún caso hasta el período comprendido entre el 2050 y el 2075.

La medición del impacto

Un método novedoso (si bien controvertido) de resolver la ecuación $I = C \times T \times P$ y de predecir el bienestar futuro del planeta es el método de la «huella ecológica», que mide la cantidad y la calidad de los recursos ecológicos necesarios para sostener a una determinada población en un determinado nivel de consumo y de tecnología.⁵

El método de la huella divide la superficie del ecosistema terrestre productivo entre la población mundial. La categoría de «productivo» abarca incluso las regiones salvajes que deben permanecer intocadas por derecho. Según este cálculo radicalmente igualitario, a mediados de los años noventa, a cada ser humano le *corresponderían* 1,5 hectáreas. Por tanto, en condiciones de absoluta imparcialidad, cada uno de los habitantes de la Tierra debería arreglarse las con la capacidad productiva de 15.000 metros cuadrados (3,75 acres) de tierra, el equivalente a alrededor de 1,5 campos de fútbol.

La huella ecológica mide, por tanto, la oferta y la demanda más básicas. La oferta la da de una vez por todas la biosfera, y está tendiendo a disminuir a medida que la deforestación, la desertización, la erosión, la salinización, etcétera, siguen reduciendo la masa de tierra productiva del planeta. La demanda varía con el clima, la estación, las preferencias personales o culturales y, sobre todo, en función de la riqueza. Según estos parámetros, la huella del norteamericano medio mide entre cuatro y cinco hectáreas, tres veces más que la parte que le correspondería *en justicia* de los recursos terrestres productivos. Se dice que para

5. El pionero del método de la «huella ecológica» fue el profesor William Rees, de la Universidad de la Columbia Británica de Vancouver: véase William Rees y Mathias Wackernagel, *Our Ecological Footprint*, New Society Publishers, Philadelphia and Gabriola Island, BC, Canadá, 1996.

satisfacer sus necesidades actuales de alimentos, productos forestales y energía, los holandeses necesitan 15 veces más tierras que las que disponen en Holanda.

Desde el punto de vista metodológico, la huella es una mejora respecto de las evaluaciones tradicionales de la «capacidad de sostenimiento» local porque calcula los flujos totales de materia y energía necesarios para sostener una determinada población en un nivel determinado de consumo. Por tanto, incorpora factores como comercio y urbanización, y convierte la geografía en una ciencia realmente globalizada. Pero también demuestra que *cualquiera* que tenga un tren de vida razonablemente digno, toma ahora más de la parte *justa*, aunque pague un precio justo, determinado por el mercado, por ese *privilegio*.

A medida que el Sur prospere, aumentará su consumo y, por tanto, su propia huella ecológica. El aumento del dinero en efectivo disponible creará necesariamente una mayor demanda de viviendas, carreteras, centros comerciales, etc., desviando así ecosistemas terrestres de usos inmediatamente productivos como el cultivo de cereales para consumo humano o animal. La restricción de recursos es inevitable, no en el sentido en el que lo postulaba el Club de Roma en los años setenta (escasez absoluta de ciertos productos vitales, como el petróleo), sino en cuanto a la capacidad de producción y de absorción del planeta.

Sin duda, la escasez de cualquier clase siempre ha estimulado el ingenio humano. No obstante, cuestionamos la convicción económica mayoritaria de que el ingenio puede sustituir, perpetuamente, unos recursos físicos tangibles. Negamos también que, a finales del siglo XX los seres humanos hayan logrado independizarse de la naturaleza. El hecho de que la mayoría vivamos en ciudades no significa que pesemos menos sobre la tierra; el hecho de que comercemos e importemos una gran parte de nuestros flujos de materia-energía no significa que éstos puedan seguir aumentando sin límite.

Sea cual fuere el método de valoración que se utilice, toda observación imparcial pone de relieve los mismos hechos incontrovertibles: el consumo mundial va a aumentar, y las tecnologías no van a cambiar a una velocidad sin precedentes y revolucionaria. Los complejos sistemas de los que dependemos como especie —y de los que dependen

todas las demás especies— pueden soportar una tensión significativa durante un tiempo considerable, pero sólo hasta cierto punto, y no para siempre.

Población y libre mercado

Los enormes aumentos anuales de población no son sólo inquietantes por motivos ecológicos. Paradójicamente, ponen en cuestión las propias bases teóricas de la sociedad liberal que tenemos el cometido de defender. Según la doctrina del liberalismo y las obras fundamentales de Adam Smith, las decisiones individuales en el mercado tendrán resultados benignos para la sociedad en su conjunto; cada persona que persiga su propio interés contribuirá sin darse cuenta al bien general, o a lo que Smith denominaba el «interés público». Este postulado es el fundamento de la teoría liberal.

Pero he aquí la paradoja: los pobres de las sociedades pobres, que son los máximos responsables de la explosión demográfica, suelen tener hijos por sólidos intereses económicos individuales. Los desposeídos del Sur no se reproducen en exceso por pura ignorancia, por falta de cuidados o por carecer de acceso a métodos anticonceptivos, aunque todo eso desempeña una función. Las feministas subrayan la explotación y el hecho de que las mujeres pobres e incultas se ven obligadas a menudo a tener más hijos de los que desean. Puede que esto sea cierto, pero tanto ellas como los hombres que las explotan siguen beneficiándose con frecuencia de los hijos que producen.

Desde el punto de vista de los padres más pobres del Tercer Mundo, un hijo causa algo más que gastos. En el medio rural, ayuda en las faenas desde muy temprana edad. En el entorno urbano, alrededor de 250 millones de trabajadores infantiles menores de 14 años ayudan a sobrevivir a sus familias. En casos extremos, los hijos son vendidos directamente, para la prostitución, para la esclavitud o como fuente de órganos transplantables. Donde no existen sistemas de seguridad social, se espera que los hijos cuiden de sus padres en la ancianidad. Los hijos son también como billetes de lotería: puede que uno de ellos triunfe en la vida y cambie la posición de toda la familia. Donde las tasas de mortandad infantil siguen siendo elevadas, la gente tiene

más hijos que los que desea para adaptarse a la probabilidad de perderlos.

En un célebre artículo publicado hace 30 años, el profesor Hardin preguntaba si podía justificarse el liberalismo en el área de la reproducción. Sin embargo, no señaló que, para los pobres, tener hijos va *unido positivamente* a un mayor bienestar económico.⁶

En Occidente, consideramos que un hijo es una tarea costosa que podría dar beneficios emocionales, pero sin duda, no económicos. No era ése el caso para la sociedad agraria europea o americana del siglo XIX, cuando los índices de natalidad superaban a los de la mayoría de los países del Tercer Mundo de hoy. Ni es la postura habitual entre quienes tienen la mayor parte de los hijos.

Las contradicciones filosóficas del sistema de libre mercado aparecen aquí con mayor crudeza. Hay que preguntarse *quién* tiene derecho a participar en este sistema tomando decisiones económicas racionales individualmente. ¿Es esta participación un derecho universal? En cuanto a la reproducción, ¿es normal y permisible o anormal e ilegítimo que cada persona busque aumentar al máximo sus propias ventajas, teniendo en cuenta que los hijos suelen ser una ventaja?

Sabemos con certeza que cientos de millones de decisiones justificables individualmente de tener hijos desembocarían en la presencia de una población mayor que la que el planeta podría sostener. También sabemos con seguridad matemática que las poblaciones excesivas en países concretos se traducirán en un aumento de la presión sobre la tierra y otros recursos, la disminución de la producción per cápita y, por tanto, en una disminución del nivel de vida.

Estos efectos pueden contrarrestarse si el progreso científico y técnico, la acumulación de capital, la mejora de la gestión, el aumento de las inversiones en educación y formación, el libre comercio, etcétera, garantizan que la población aumenta en la misma proporción que los beneficios. Dados todos estos factores, una población más grande

6. Garrett Hardin, «The Tragedy of the Commons», *Science*, Vol. 162, 13 de diciembre de 1968, pp. 1.243-1.248.

puede ser una población más rica, pero lo que hemos visto es, por el contrario, una mejoría lenta, por no decir impredecible, en los ingresos reales per cápita, por lo que la diferencia en el nivel de vida de países ricos y pobres aumenta constantemente tanto en términos relativos como absolutos.

Todo el mundo sabe esto. Quizá se reconozca menos que el enorme crecimiento demográfico se traduce en disparidades igualmente enormes en la distribución de la riqueza en el propio país superpoblado. Un exceso de manos buscando trabajos demasiado escasos hace bajar los salarios, mientras que la escasez de tierras y de capital hace subir los alquileres y los beneficios. El país llega al peor de todos los mundos posibles: un desempleo elevado o, alternativamente, salarios de hambre si casi todas las manos tienen trabajo; más unos propietarios recompensados en exceso y profundas disparidades entre los dos grupos.

Contrariamente a lo que propugnan Adam Smith y la doctrina liberal, las decisiones racionales de aumentar el bienestar económico propio mediante la producción de descendencia no se traduce en un resultado benigno para el conjunto de la sociedad; al menos si se define ese resultado como una mejora en la situación para el grupo de los más desfavorecidos económicamente. Aunque mejorará la posición absoluta y relativa de la elite local, la libertad de reproducción no sirve al *interés público* si por este término se entiende el mantenimiento del sistema liberal, un igualitarismo razonable y la conservación del planeta. La Mano Invisible es burlada por el Útero Invencible.

El poder de reproducción es un poder real. La conducta de los pobres es exactamente la que predice la teoría económica clásica: tratan de crear riqueza individual, o al menos una riqueza potencial, de la única forma de la que disponen. Su conducta valida en realidad los fundamentos intelectuales del capitalismo, pero en último término es contraproducente porque su nivel de vida como grupo bajará implacablemente y aumentará el control que ejerce sobre ellos la elite. Si queremos que dejen de crear bienes económicos individuales en forma de hijos, el camino lógico sería redistribuir otros bienes económicos entre las clases que se reproducen en exceso de todo el mundo, a fin de que puedan invertir en creación de riquezas alternativas.

Compartir bienes como la capacidad adquisitiva, la educación, el empleo, las infraestructuras, etcétera, podría contribuir rápidamente a estabilizar la población y reducir su crecimiento. Sin embargo, todas las tendencias apuntan en la dirección contraria. Lejos de ser redistribuidos, la riqueza y los bienes que producen riqueza se concentran cada vez más en la parte superior de la escala social. En parte debido a sus propias proezas reproductoras, la parte inferior de la escala se las arregla ahora proporcionalmente con menos que nunca. Y, por tanto, cabe esperar que continúe produciendo sus propios billetes de lotería.

Las consecuencias de la libertad de reproducción

Los solicitantes del Informe nos han pedido que exploremos la mejor forma de perpetuar el sistema capitalista liberal. Tenemos la intención de responder a esa pregunta y no a otra; por tanto, no haremos conjeturas sobre sistemas alternativos o definiciones alternativas de *bien general* y de *interés público*.

Las diferentes opciones podrían exigir una redistribución radical de Norte a Sur y de ricos a pobres de los bienes productivos, más unas medidas drásticas, coactivas e inmediatas para frenar la emisión de gases de invernadero, la contaminación y los residuos. Ya hemos explicado por qué estas medidas parecen utópicas en condiciones de globalización desregulada y de libertad de mercado.

Si no se imponen una redistribución económica y la conservación ecológica, la cuestión de la libertad de reproducción es primordial. Debe examinarse en primer término a la luz de los conocidos argumentos malthusianos, según los cuales, las presiones de la población se corregirán a sí mismas en última instancia, mediante el hambre u otros fenómenos naturales. Bien podría ocurrir así. Pero en los dos siglos transcurridos desde que Malthus publicó su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), se han producido varios cambios cuantitativos claves:

- Malthus nunca se ocupó de la población *mundial*, sino sólo de la de países concretos. Aunque en el siglo XVIII había cierto comercio de alimentos, en conjunto, cada nación debía depender de su propia producción de sub-

sistencia, y cada gobierno era responsable de alimentar a su pueblo. En aquella época, no importaba el tamaño de la población total en relación con la capacidad de la biosfera.

- La globalización ha cambiado la naturaleza de los *controles* de población en los que se basaba Malthus. Ahora tenemos un *control de las muertes* mundial razonablemente eficiente, pero no de los nacimientos; a diferencia de nuestros antepasados, practicamos la beneficencia global («ayuda humanitaria») y aliviarnos el hambre de las naciones pobres y populosas.
- La escala temporal ha cambiado. Las oleadas desenfrenadas de población que comienzan a partir de niveles más elevados hacen que ya no dispongamos de tiempo para esperar a que se produzcan las autocorrecciones malthusianas. Ochocientos millones de personas nuevas cada década harán estallar todos los diques.

Según Malthus, la presión de la población tiene también un aspecto positivo. Sin ella, el hombre nunca habría cultivado la tierra ni se habría civilizado.

[Si (...) consideramos al hombre como realmente es, inerte, lento y reacio al trabajo, salvo que le empuje la necesidad (...) podríamos afirmar sin duda que el mundo no se habría poblado sino es por la superioridad del poder de la población frente a los medios de subsistencia (...). Si la población y los alimentos hubieran aumentado al mismo ritmo, es probable que el hombre nunca hubiera podido surgir del estado salvaje.

El Grupo de Trabajo advierte que, en el mundo globalizado actual, «el poder de la población» sobre los «medios de subsistencia» no se traducirá en una intensificación de la agricultura ni en el surgimiento de la civilización desde un estado de salvajismo, sino en diversos tipos de conducta depredadora dirigidos contra quienes han logrado acumular riquezas. Millones de personas no permanecerán «inertes y lentas» aunque sigan siendo igual de «reacias al trabajo». Ellas, y sus líderes, recurrirán a la apropiación por cualquier medio posible porque se verán incitadas y obligadas a hacerlo. Es ilusorio fiarse del aumento (arit-

mético) de la producción de alimentos —suponiendo que ocurra— para compensar los aumentos (geométricos) de población. Aquí el argumento malthusiano no ha perdido nada de su poder de convicción.

Desde los años cincuenta hasta 1984, la producción de alimentos superó al crecimiento de la población. Desde 1984, viene ocurriendo lo contrario. Durante la década de 1990, la producción de alimentos ha aumentado un 0,5% anual, mientras la población sigue creciendo un 1,4% al año en todo el mundo. La población crece en los países «menos desarrollados» un 1,7% anual, y en los países «subdesarrollados» un 2,6%, pero la mayor parte de los alimentos del mundo se producen en los países desarrollados, donde el crecimiento de la población es sólo de un 0,3% anual.

En la segunda parte de este Informe volveremos al tema de la subsistencia frente a la población. De momento, sólo señalaremos que Malthus no ha muerto, aunque haya estado dormido durante la mayor parte del período de posguerra. La mayoría de los líderes mundiales han caído también en un sueño profundo. Las crisis alimentarias se convertirán una vez más en protagonistas. Cuando eso ocurra, afectarán a los más vulnerables que, a su vez, crearán crisis políticas e inestabilidad social.

Los solicitantes del Informe nos han pedido que hagamos gala de libertad intelectual y de sinceridad y que nos abstengamos de sentimentalismos. A ninguno de los miembros del Grupo de Trabajo nos importa pertenecer a la casta de «los ideólogos conceptivos activos [...], que hacen del crear la ilusión de esta clase [la dominante] acerca de sí mismo su rama de alimentación fundamental», citando las palabras de un filósofo del siglo XIX pasado de moda.⁷ Por tal motivo, extraeremos ahora sin un estremecimiento las conclusiones de los argumentos hasta aquí expuestos.

7. Karl Marx, *La ideología alemana* (Teoría materialista. La clase dominante y la conciencia dominante).

4. Conclusiones

Desde los albores de la civilización occidental, los dirigentes se preocupan con motivo del control de la población. Platón cita el mantenimiento de una población estable como uno de los principales deberes de los gobernantes de *La República*. Prosigue ofreciendo unas minuciosas orientaciones para la eugenesia aplicables a diversas clases con el fin de mejorar la raza, preservar la estabilidad numérica y garantizar el equilibrio político. Las instrucciones de Platón aseguran que las clases superiores —las más inteligentes y mejores— recibirán más oportunidades para procrear que las inferiores.

En el siglo V a.C., la mortandad era generalmente igual o superior a la fertilidad; la guerra, las enfermedades y otros accidentes podían causar estragos, y los dirigentes debían ser astutos para mantener el Estado en su tamaño ideal, con la mezcla óptima de habitantes. A tal fin, dice Sócrates, los gobernantes «se verán obligados a recurrir con frecuencia a la mentira y al engaño en interés de sus subordinados».¹

Los gobernantes actuales parecen haber olvidado totalmente su obligación fundamental de mantener la estabilidad de la población, y, en lugar de mentir a sus ciudadanos por su propio bien, parece que se mienten más a menudo a sí mismos. Ya sea por cobardía o por ignorancia, fingen que el mercado puede, por sí mismo, traer felicidad, riquezas y bienestar para todos, incluso en medio de un asombroso

1. Platón, *La república*, Libro V.

crecimiento del número de personas que persiguen esas recompensas. Por tanto, los dirigentes transmiten continuamente a los gobernados un mensaje sutil, tácito y acrítico: el orden económico neoliberal puede comprender dentro de sí a todas las personas de todos los lugares, no importa lo numerosas que sean hoy o que puedan ser mañana. Si, por ventura, el orden económico deja fuera de algún modo a un gran número de estas personas, ello se debe a desequilibrios momentáneos o a disfunciones que pronto se corregirán aplicando las políticas adecuadas. Así pues, se afirma que la exclusión de cualquiera de los beneficios del mercado es temporal y no debe en modo alguno atribuirse a la naturaleza del propio sistema.

Nosotros refutamos este mensaje. Y lo refutan, sin duda, los más lúcidos de nuestros *gobernantes* si se han molestado en reflexionar en algún momento sobre la naturaleza del libre mercado y del sistema económico que hemos escogido. La doctrina del liberalismo es similar a la de los Evangelios: muchos son los llamados y pocos los elegidos; aunque es muy posible que el mercado aplique una política más generosa que Dios. Nosotros sostenemos, por el contrario, que el neoliberalismo global *no puede* comprender dentro de sí a todos, ni siquiera en las naciones más prósperas. No cabe duda de que no puede incluir a 6.000 u 8.000 millones de personas de todo el mundo.

Antiguamente, antes de la globalización, los procesos económicos eran esencialmente nacionales y dependían de la suma. Producción y distribución significaban añadir valor mediante la suma de diversos elementos, esencialmente materias primas, capital y mano de obra. Según la ley de Henry Ford, a la gente «se le paga lo suficiente como para que puedan comprar nuestros coches».

En la era de la globalización, precisamente porque son internacionales, los procesos económicos dependen de la sustracción. El valor (ganancias) se añade utilizando menos elementos, especialmente mano de obra, que los competidores extranjeros. La mano de obra es suplida con ventaja por capital e información. Cuando, como en los Estados Unidos, los costes de la mano de obra siguen representando el 70% de todos los gastos de la empresa, el éxito internacional *exige* recortes, reducción y rechazo.

Cuanto más baja sea la tasa de ostracismo, por así decir, del sistema, más elevados son los costes de producción y más baja la tasa de beneficios. A la inversa, cuando mayor sea el grado de rechazo de unos costosos elementos humanos, más alta será la tasa de rendimiento económico. Esta verdad la reflejan a diario los mercados de valores, donde se ve el aumento del valor de las acciones en el momento en que una compañía anuncia importantes despidos (una *reducción de plantilla*).

El sistema no puede funcionar sin que haya una lucha permanente entre productos, firmas y personas. Cuantas menos personas tengan derecho a compartir la riqueza, mayores serán los beneficios que se repartirán los ganadores. Cada persona debe competir no sólo contra sus vecinos, sino contra desconocidos que viven a miles de kilómetros de distancia y a los que no conocerá nunca.

Si las ganancias son el objetivo y el motor del sistema, las empresas deben tener libertad para obtenerlas. La empresa pertenece a quienes han invertido en sus acciones, sus accionistas. Digan lo que digan los moralistas, no pertenece a sus empleados, a sus proveedores ni al pueblo, ciudad o país en el que casualmente tiene su sede. Así es sin duda como debe ser, pero no se puede tener todo. El personal, los proveedores, la comunidad local y el país tendrán que aceptar sacrificios.

Aunque las naciones ricas seguirán siendo relativamente ricas, no todos sus ciudadanos pueden beneficiarse ni se beneficiarán de la creación de nueva riqueza. Muchos quedarán atrás. En cuanto a las poblaciones de las naciones más pobres y vulnerables, sufrirán diversos grados de hambre generalizada y reducción de empleos, lo que creará una mezcla cada vez más explosiva.

Tanto en los países ricos como en los pobres, el ostracismo económico y la dialéctica de los incluidos y los excluidos darán origen a conductas destructivas, incluida la delictiva, a migraciones masivas y al terrorismo. Grandes partes del mundo, como ya podemos percibir, quedarán reducidas a un estado natural hobbesiano. En la guerra de todos contra todos, no podrá funcionar el Estado, y a veces ni siquiera el mercado.

Nuestros dirigentes actuales no reconocen nada de esto, quizá porque exigiría que los políticos pensasen lo impen-

sable. En consecuencia, están mintiendo a los gobernados, pero, sobre todo, están mintiéndose a sí mismos.

¿Crecimiento legítimo de la población?

Hemos planteado la siguiente pregunta: ¿es *legítimo* que cada persona sea libre de buscar su máximo provecho personal mediante el poder de reproducción, sean cuales fueren las consecuencias para el bien general?

Las nociones de legitimidad e ilegitimidad invocan las de ley, autoridad y normas. Con raras excepciones, el tamaño de la población y de la familia no están sujetos a la legislación ni a decretos nacionales. Si tratamos de situar esta pregunta en el contexto más amplio posible de la legitimación, es decir, en el del derecho internacional y la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, descubrimos que éstos nos orientan muy poco.

El artículo 16 de la Declaración habla del matrimonio y de la familia y proclama igualdad de derechos para los hombres y mujeres casados. Afirma que «La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado». Nada dice del tamaño de esa familia. Y tampoco el artículo 25, que promulga una auténtica carta para el Estado de Bienestar Universal:

Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, *así como a su familia*, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia [...] La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social. [Los subrayados son nuestros.]

Una vez más, se considera irrelevante el poder de reproducción de la persona: los superabundantes «derechos» proclamados se aplican a la persona «así como a su familia». Si esa persona tiene ocho hijos y no puede proporcio-

narles «la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica», la obligación de proporcionar todo esto, según la Declaración Universal, recae sobre el conjunto de la sociedad.

Cuando los firmantes de esta Declaración se reunieron en 1948, la población mundial era inferior a 2.500 millones de personas. Si entonces ya era utópico, actualmente no hay ninguna posibilidad de satisfacer estos «derechos» para 6.000 millones de personas, muchas de ellas indigentes. En los 50 años transcurridos desde que se firmó, la Declaración Universal se ha convertido en un documento totalmente contradictorio, pues en su artículo 28 también afirma que «Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos». No cabe duda de que los firmantes no contemplaban la posibilidad de tener que elegir entre una libertad de reproducción individual ilimitada y un «orden social e internacional» (y ecológico) actualmente al borde del colapso.

Sin embargo, las personas reflexivas y responsables, como Sócrates y Platón, saben desde hace milenios que un número incontrolado de personas ejerce una presión inaceptable sobre el orden social. Aristóteles también señala que «ninguna de aquellas [ciudades] cuyas leyes han merecido tantas alabanzas ha tenido [...] una excesiva población [...] La ley es la determinación de cierto orden; las buenas leyes producen necesariamente el buen orden; pero el orden no es posible tratándose de una gran multitud». Si la *polis* está superpoblada, no sirven siquiera las mejores leyes y sólo «el poder divino» puede salvarla estableciendo el orden.²

No es probable que el poder divino establezca el orden en nuestras ciudades terrenales. Cuanto mayor sea el exceso en el número de seres humanos, más se frustrarán el buen gobierno —y los fines declarados de las Naciones Unidas—, incluido el objetivo de un orden social e internacional que garantice los propios derechos que propugna la ONU. El aumento de la población y los derechos humanos,

2. Aristóteles, *La política*, Libro IV, Capítulo IV.

tal como la conciben los firmantes de la Declaración Universal, son incompatibles entre sí.

La Declaración Universal, aunque parece aprobar o tolerar la explosión demográfica, no va acompañada de la autoridad o institución global correspondientes que puedan intervenir legítimamente para reducir la población. Es fácil pronunciar discursos en las conferencias de la ONU. Pero nunca se proponen contratos vinculantes ni se ofrecen incentivos. Las burocracias internacionales no ejercen ninguna influencia moderadora sobre el crecimiento de la población y nada cabe esperar del ámbito intergubernamental.

En la esfera nacional, algunos Estados siguen fomentando directa o indirectamente la libertad de reproducción ilimitada. En muchos países pobres y populosos, el Estado utiliza su poder coercitivo para mantener la servidumbre de la mujer e impide que los métodos anticonceptivos o siquiera la información atraviesen sus fronteras. Los Estados especialmente retrógrados persisten en la errónea creencia de que una población enorme los hará en última instancia más poderosos. Ese fue, por ejemplo, el caso de Rumania bajo la dictadura comunista, y parece aún válido en algunos países árabes.

Sin embargo, en su mayor parte, en el Sur, el Estado está abrumado sin más. A menudo carece de una política demográfica que merezca tal nombre. Muchos gobiernos han eliminado los presupuestos dedicados a sanidad y planificación familiar para dedicar esos fondos a atender las demandas del ajuste estructural, del pago de la deuda externa y de la disciplina económica. Irónicamente, para empezar, suelen endeudarse al tratar de impedir la disminución del nivel de vida que provoca el crecimiento incontrolado de la población. Algunos gobiernos, como los de Indonesia y Chile, han emprendido serias campañas para limitar el crecimiento demográfico. China trata de hacerlo, pero las autoridades son desobedecidas automáticamente tanto en las ciudades como en el campo. Millones de familias superan los límites teóricos fijados y la política de un solo hijo se tiene en cuenta sobre todo para infringirla.

La marcada preferencia por la descendencia masculina en la mayor parte del Sur crea un impulso adicional

para el aumento de la tasa de nacimientos. En algunas regiones de Asia, no son raras proporciones de 130 niños por cada 100 niñas. Con quién se casarán esos 30 niños adicionales es una pregunta que, aparentemente, no se plantea. En la mayoría de los países donde hay una explosión demográfica no existen ni la voluntad ni los medios para contenerla. Así, todos los años llegan al mundo decenas de millones de seres humanos cuyas perspectivas de futuro son aún más sombrías que las que tienen actualmente sus padres.

En el Norte, el Estado también está profundamente afectado por la crisis de población, aunque puede que no sea aún totalmente consciente de ello. En cuanto a su contención, el Norte ha demostrado ser igual de impotente que el Sur. Los Estados Unidos, temerosos de ofender a las fuerzas antiabortistas (llamadas *provida*) del país, se niega a patrocinar el control demográfico en sus programas de ayuda internacional. Puede que las fundaciones privadas estadounidenses intenten llenar este vacío, pero no pueden sustituir una política exterior enérgica.

Muchos Ministerios del Interior de los países de la OCDE se han convertido en poco más que Ministerios de Inmigración, aunque siguen sin saber cómo hacer frente a su población de inmigrantes. Estos inmigrantes, al menos durante la primera generación, o la primera y la segunda, son mucho más prolíficos que sus vecinos nativos. Los países a los que llegan no ofrecen programas de planificación familiar dirigidos específicamente a sus necesidades, y mucho menos reducen los incentivos para tener hijos, disminuyendo o poniendo fin, por ejemplo, a las prestaciones económicas o a los beneficios fiscales a medida que aumenta el tamaño de la familia.

Las familias inmigrantes son más grandes y, en consecuencia, más pobres. A menudo son víctimas de escuelas inadecuadas y de logros académicos inferiores a la media, de peores viviendas y del confinamiento en la práctica en guetos, de niveles más bajos de aptitudes y conocimientos y de tasas de desempleo superiores. Todo esto desemboca en su participación desproporcionada en el tráfico ilegal de todo tipo, en bandas, en la pequeña delincuencia y ocasionalmente, en el terrorismo, muchas veces en relación con los conflictos políticos de sus países de origen.

Aunque hay que decir a su favor que la inmensa mayoría de los inmigrantes no están envueltos en actividades ilegales, en general siguen estando dispuestos a trabajar en la economía sumergida a cambio de un salario bajo y sin protección social. La existencia de empleados ilegales implica la existencia de empleadores ilegales, a veces asociados con redes internacionales de contrabando de seres humanos, toleradas por unos gobiernos que reconocen que sus empresas necesitan mano de obra barata para seguir siendo competitivas. Se cierran los ojos, la corrupción se extiende, se cometen delitos con impunidad y, con razón o sin ella, se percibe que los trabajadores inmigrantes compiten por los puestos de trabajo y hacen bajar los salarios.

Las políticas extremistas florecen en los dos lados. Los extranjeros, debido a que se sienten rechazados en su país de adopción, buscan a veces refugio en prácticas culturales y religiosas exacerbadas que los hace aún menos aceptables para la población nativa y crean un círculo vicioso.

Estos residentes extranjeros, que ya son difíciles de asimilar socialmente para los Estados del Norte, representan una pequeña fracción de quienes tratarán de emigrar en el futuro, a medida que las crisis políticas, económicas y ecológicas, recurrentes y generalizadas, golpeen a sus sociedades. Dado que sus remesas contribuyen a sostener las precarias finanzas de sus países de origen, sus gobiernos no pondrán mucho entusiasmo para retenerlos, con independencia de las promesas que hayan hecho a sus homólogos del Norte. O, alternativamente, estos gobiernos chantajearán a los países del Norte a cambio de impedir que sus ciudadanos salgan. De una forma o de otra, el exceso de población constituirá un producto valioso para la exportación.

Tomados al mismo tiempo, el enorme aumento demográfico del Sur y la presencia cada vez mayor de habitantes del Sur en el Norte producirán, tarde o temprano, graves enfrentamientos e implosiones culturales. La hipótesis del «choque de las civilizaciones» en la que se enfrentará «Occidente contra el resto del mundo» ha atraído una atención considerable. Su creador, el profesor Huntington, pone de relieve la aciaga brecha que separa los esfuerzos de Occidente para promover una cultura occidental universal y su

decreciente capacidad para hacerlo. Todas las dinámicas demográficas están del otro lado.³

Quizá porque para él es algo obvio, el profesor Huntington no llega a decir que no puede imperar el sistema de libre mercado globalizado si se debilita la cultura sobre la que se asienta. Su obra apenas menciona la economía. Pero la cultura del capitalismo es predominantemente occidental, nos guste o no. Aunque tenemos comerciantes y mercados desde que existe la historia, el capitalista es una especie diferente, mucho menos frecuente y dominante en todo el mundo de lo que muchos reconocen. Esta especie no es china, árabe, hindú, ni siquiera japonesa, sino occidental, algo que historiadores como Fernand Braudel y Joseph Needham dedicaron su vida a demostrar. Los mercados y el capitalismo no son idénticos: los mercados pueden existir y existen de hecho sin capitalismo (aunque no es cierto lo contrario).

La cultura capitalista tiene inherente la noción de riesgo, el móvil de los beneficios y la necesidad de acumular; no es sólo la cultura del mercader y del comerciante, sino también la del ahorrador, el inversor y el empresario. Si tuviéramos que elegir una sola palabra para caracterizar esta cultura, sería *competencia*. Su centro lo constituyen el amor a la lucha y la voluntad de aventurarse en lo desconocido; su arte más elevado es la «destrucción creativa». Pero en los países donde la economía de libre mercado lleva siglos dando forma a la cultura dominante, capitalista, pronto vivirá un escaso 10% de humanidad. Y esto es un mal presagio para el futuro del sistema.

La perspectiva de una implosión cultural en las naciones occidentales ha recibido menos atención que el peligro de que se produzcan choques entre las líneas de falla de las civilizaciones. Al profesor Huntington le preocupan las fronteras ampliadas y trazadas culturalmente. Por contra, casi no presta ninguna atención a las cuestiones relativas a la inmigración ni a los conflictos intranacionales. Pero aparte de los ataques habituales y primitivos (de *cabezas*

3. Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilisations and the Remaking of World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, especialmente el capítulo 8.

rapadas) contra los extranjeros en Europa y en América, hay una dinámica perversa que indica la existencia de un conflicto latente en un nivel más profundo y que afectará, en última instancia, a millones de personas.

Cuando, como ocurre a menudo actualmente, la asimilación en una cultura nacional determinada de los que llegan de fuera o, en realidad, de los nacidos en el país, ya no se produce por medio de las escuelas, las iglesias, los partidos políticos, las fuerzas armadas, las asociaciones cívicas, los centros de trabajo y toda la gama de instituciones sociales, sólo puede lograrse, sea como sea, por medio de la publicidad, la televisión y el consumismo total, todos los cuales son productos del libre mercado.

La propia noción de asimilación en una cultura se convierte, por tanto, en algo contradictorio. Mientras no cuesta nada asistir a la escuela o a la iglesia, y sólo cuesta un tiempo entregado voluntariamente participar en una asociación o en un partido político, hace falta disponer de bastantes ingresos para participar en la cultura mercantil. Millones de personas carecen de esos ingresos, aunque se les incita y provoca constantemente con imágenes de consumo.

Muchos pensadores sociales han hecho notar que los centros comerciales son las verdaderas catedrales de nuestra época; que el número de posibles fieles aumenta a diario. Pero no todas las almas pueden unirse a esta comunión de consumidores. Los parias no son sólo extranjeros, sino los desempleados locales, los que ocupan puestos de trabajo sin salida y mal remunerados, los jóvenes o los viejos marginados; en una palabra, los perdedores, los excluidos.

La incapacidad para participar de la cultura produce una frustración constante que sólo puede expresarse, tarde o temprano, en forma de ira dirigida al interior o al exterior. Cuando su número alcance un umbral crítico, los excluidos provocarán una implosión cultural; los que no pueden ser integrados buscan consuelo —y a menudo venganza— en diversas formas exacerbadas y patológicas de localismo, etnicidad, fundamentalismo y en grupos parapoliciales cuyo odio va dirigido a la cultura política dominante. Las milicias armadas privadas en los Estados Unidos no son más que un ejemplo de ello.

A veces predomina la pura destrucción *sin sentido*. En ciertos suburbios europeos, los adolescentes lo destruyen todo, incluidos sus propios edificios de apartamentos, sus escuelas, las clínicas donde sus familias reciben asistencia médica gratuita y las instalaciones deportivas puestas a su disposición.

Todas estas tendencias son contrarias a las condiciones necesarias para sostener el sistema liberal global el siglo que viene. Permítasenos enumerar sucintamente las condiciones para que el éxito continúe:

- Hay que garantizar empleos solventes y bien remunerados a una proporción de la población muy superior a la actual. Aunque la tarea del libre mercado no es proporcionar puestos de trabajo, sino generar beneficios, más allá de cierto punto, la base de clientes disminuye y los desafectos crean trastornos perjudiciales y costosos. Hay que evitar estos resultados.
- Para reducir los riesgos de un choque de civilizaciones, hay que disminuir significativamente las enormes disparidades que separan actualmente los salarios que se perciben por trabajos similares y a un nivel de productividad similar en diferentes partes del mundo.
- Hay que socializar conscientemente a la generación más joven en la cultura del libre mercado; para los más inteligentes, esta iniciación debe incluir una educación destinada a obtener una productividad elevada en el futuro. Debe haber para los principiantes abundantes empleos en consonancia con esa educación. Debe seguir habiendo empleos no especializados para los menos inteligentes.
- Muchos de estos empleos pueden estar en el ámbito de la renovación ecológica. Debe cesar la destrucción del sustrato medioambiental. El propio mercado debe estar en la vanguardia de la revolución ecológica si no quiere perder su base física. En concreto, los suministros de alimentos, agua y energía deben seguir teniendo un precio adecuado y razonable.
- El Estado debe concentrarse en facilitar una infraestructura básica y seguridad física a sus ciudadanos. Debe intervenir lo menos posible en la gestión o la regulación. En la actualidad, dado que está obligado a

- mantener bajo control una gran diversidad de crisis inminentes, el Estado ha superado sus debidos límites.
- Aunque las instituciones públicas intragubernamentales deben seguir desempeñando un papel, la mejor forma de llevar a cabo la regulación internacional es por medio de nuevas instituciones que sirvan a los intereses de la empresa privada. Más temprano que tarde, el mundo necesitará instituciones globales que puedan tomar decisiones ejecutivas con rapidez, tarea para la cual la actual ONU es totalmente inadecuada.
 - A medida que los ciudadanos prósperos participen cada vez más en los mercados financieros, deberán poder comprar seguros *anti-crack* con garantías constituidas por sus primas, más un pequeño impuesto internacional sobre las transacciones financieras que administrará un consorcio de reaseguradoras internacionales.
 - Hay que hacer que las religiones y la expresión religiosa queden confinadas a su debido ámbito.
 - Hay que poner fin a la difusión de la economía ilegal, incluido el tráfico de extranjeros en situación ilegal; si los gobiernos no están a la altura de esta labor, deberá realizarla la empresa privada.

Éstas son solamente las condiciones mínimas, no exhaustivas, para que el capitalismo global siga teniendo éxito. Aun así, *ninguna de ellas puede darse en las actuales circunstancias demográficas*. Su cumplimiento es totalmente incompatible con una población de 6.000 millones de seres humanos o más.

Supongamos, sin embargo, que se decidiera que sí podemos sostener un número de entre 8.000 y 12.000 millones de personas. ¿Qué clase de personas serían? ¿Qué exigiría su sostenimiento? Para empezar, dado que habría muchos más excluidos que incluidos, sería necesario una transferencia interminable de creadores de riqueza a consumidores de riqueza. Quienes no contribuyan (y sin duda quienes no puedan contribuir) en algo al sistema seguirían esperando que éste atienda sus necesidades. Habría cientos de millones de personas que no podrían ser absorbidas en la economía productiva, pero que exigirían alguna versión de un Estado del bienestar universal que cuidara de ellas.

O bien estarían ya masivamente presentes dentro de los países productivos, o bien habría que pagarles para que no se dirigieran hasta ellos. Dondequiera que estuvieran, su presencia iría acompañada de la parafernalia de una inmensa burocracia administrativa. Los impuestos nacionales e internacionales de todas las personas productivas que obtienen ingresos y de todas las empresas con beneficios alcanzarían niveles astronómicos. Cuando choquen los productivos con los improductivos, del mismo modo que el dinero falso acaba suplantando al verdadero, el nivel de vida inferior de los perdedores acabará suplantando el nivel de vida superior de los ganadores.

Para sostener este número de personas, también necesitaríamos una policía medioambiental global y un sistema judicial estricto que asegurasen la imposición de unas medidas de conservación drásticas y su cumplimiento. Aun así, con una población de entre 8.000 y 12.000 millones de habitantes sobre la tierra, no podríamos impedir la deforestación masiva, la destrucción del hábitat de las especies, la multiplicación de ciudades inhabitables y contaminadas, la muerte de lagos y mares por los residuos industriales y humanos; todo ello intensificado constantemente por multitudes en permanente crecimiento, hasta que toda la sustancia de la tierra sea devastada y consumida.

Las transferencias de ingresos de los relativamente ricos a los absolutamente pobres irían necesariamente acompañadas de transferencias de poder; Occidente tendría que renunciar no sólo a su riqueza, sino también a su autoridad. De este modo quedaría sellado el destino del sistema liberal y se garantizaría su desaparición segura. Todo se revelaría como algo contraproducente.

Los solicitantes del Informe nos han pedido que seamos francos y explícitos. Habrán llegado por sí mismos a las inequívocas conclusiones de nuestro análisis: no podemos sostener el sistema liberal de libre mercado y, simultáneamente, seguir tolerando la presencia de miles de millones de personas superfluas.

El significado original de *proletario*, *proletarius*, es «aquel que sirve al Estado no con sus propiedades, sino con sus hijos». Mal servicio se presta así al Estado, y al mundo en general. El *proletarius* de hoy sólo se sirve a sí

mismo teniendo hijos; de hecho, dentro de su estrato social, la transferencia de riqueza, mensurable y durante toda su vida, va de hijos a padres, y no, como en las sociedades maduras y modernas, de padres a hijos. Tiene muchos incentivos para seguir reproduciéndose. Sus hijos producirán más hijos, continuando el ciclo de proliferación, de mal servicio al Estado y, en última instancia, de destrucción de las comunidades locales, nacionales y globales.

Quienes no son aptos para participar en el sistema porque no pueden o no quieren aceptar su cultura imponen actualmente una carga demasiado pesada sobre el sistema. Sólo pueden causar gastos continuos sin compensación a la masa de individuos productivos. Éstos se negarán finalmente a sostener al enorme y creciente número de personas improductivas, ni siquiera en el insuficiente grado actual (desde el punto de vista de éstas). El choque es inevitable, no sólo el choque entre civilizaciones, sino también dentro de nuestros espacios sociales actuales.

La única forma de garantizar la felicidad y el bienestar de la inmensa mayoría es que la población total de habitantes de la Tierra sea proporcionalmente más pequeña. Esta opción puede parecer dura, pero es la que imponen tanto la razón como la compasión. Si queremos preservar el sistema liberal —la propia premisa de nuestro encargo—, no hay alternativa. Todo lo demás es espejismo e ilusión.

Creemos que este rumbo no sólo es económica, social y ecológicamente imperativo, sino que también es éticamente defendible. Un número menor personas viviendo en un medio ambiente sometido a menos tensiones significará que todas vivirán mejor. En lugar de una continua disminución de los niveles de vida y del reinado de la anarquía, prevalecería el Estado de derecho, la persecución de la felicidad podría hacerse realidad, el planeta sobreviviría. Éste es el verdadero significado de la consigna «desarrollo sostenible». Y sobre estos cimientos se basa la segunda parte de nuestro Informe.

Segunda parte

5. Las metas

«Dios actúa de una forma misteriosa para hacer sus maravillas», declara el poeta del siglo XVIII Cowper en *Luz que brilla desde la oscuridad*. Puede que los caminos de Dios parezcan severos, incluso crueles, pero por nuestra propia felicidad, debemos aceptar las pruebas que Él elija para nosotros. «Quizá el capullo tenga un sabor amargo, pero dulce será la flor». La fe del poeta en la Divina Providencia recuerda la confianza que deposita el liberalismo económico en la Mano Invisible.

No es nuestra intención escandalizar ni blasfemar: lo cierto es que, en los asuntos terrenales, el mercado, en su sentido más amplio e inclusivo, es lo más cerca que podremos llegar a la sabiduría del Todopoderoso. Sí, el mercado crea sufrimiento para algunos; sus decisiones parecen a veces duras y crueles, pero no olvidemos el paralelismo teológico con el mercado, según el cual «siendo Dios el bien supremo, de ningún modo permitiría que hubiese en sus obras mal alguno si no fuese tan omnipotente y bueno que del mal sacase bien».¹

Si se puede decir que el capitalismo posee una ontología, una esencia, sin duda es que el mercado es, en todo su alcance y extensión, armonioso y sabio. Como Dios, también puede sacar bien de un aparente mal. De la destrucción saca la mejora de la humanidad y el máximo equilibrio posible del conjunto.

1. San Agustín, citado en Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, primera parte, cuestión 2, artículo 3.

Ha llegado el momento de poner a prueba esta ontología. Es hora de preguntar si los beneficiarios del libre mercado y del sistema liberal, incluidos los solicitantes del Informe, están dispuestos a aceptar las consecuencias aparentemente duras de sus creencias.

¿Pueden el medio ambiente y la sociedad civilizada sostener las cifras actuales y las futuras? ¿Debe ser representada la cultura occidental por el 15%, después por el 10% y después por el 5% de la humanidad? ¿Deben sacrificar su bienestar los individuos y las naciones más productivos en aras de unos dudosos beneficios para los menos productivos? ¿Deben renunciar a su autoridad los países que ahora son poderosos? Éstas son las preguntas que nuestro análisis nos obliga a plantearnos a nosotros mismos y a los solicitantes; por nuestra parte, la respuesta es «no» a todas ellas.

Hemos dedicado mucho tiempo a abordar la posibilidad de que se produzca una quiebra ecológica y la anarquía social. Hemos hablado del espejismo del Estado del bienestar universal y de la ilusión de la inclusión universal de todos los seres humanos. Por si fuera poco, hemos prevenido contra la locura de renunciar al propio poder y a la propia cultura. Como señaló Maquiavelo a los Médici hace tiempo, la opción es seguir siendo Príncipe y hacer todo lo necesario para tal fin, o dejar de ser Príncipe. No tenemos ninguna duda de que los solicitantes del Informe elegirán seguir siendo, por así decir, Príncipes. La gran pregunta, por tanto, es: «¿Qué hace falta para ello?»

Estrategias erróneas

Si el capitalismo del siglo XXI no puede seguir funcionando óptimamente —si es que puede funcionar— en las condiciones demográficas previsibles, hay que alterar esas condiciones.

Esta afirmación, si se apresuran a sacar partido de ella quienes se autoerigen como moralistas, sería calificada sin duda como una declaración de *genocidio* deliberado. Y ello no sólo delataría un uso descuidado del lenguaje; no es eso lo que pretendemos.

Genocidio procede del griego *genos*, que significa 'raza' o 'especie'; significa el exterminio sistemático de los miembros

de un grupo étnico o lingüístico determinado. La historia ha ampliado esta definición al exterminio basado en la religión, la cultura, la opinión política y, al menos en un caso, la orientación sexual.

Nuestro siglo ha sido testigo de genocidios impresionantes. Una y otra vez, un grupo de fanáticos poderosos ha obligado a un enorme número de coetáneos suyos a someterse a sus opiniones sobre la pureza racial o política. Los nazis situaron la raza y su odio a los judíos en el centro de su credo, aunque también tuvieron tiempo para los gitanos, los comunistas y los homosexuales.

La dominación de clase (la «dictadura del proletariado») constituye el núcleo teórico del estalinismo y el Gulag. En el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, los maoístas buscaban la industrialización forzosa, más la pureza y la uniformidad del pensamiento político *correcto*. El Jemer Rojo quería un retorno fundamentalista al campo del que serían proscritos los intelectuales. Los indonesios eliminaron a los comunistas y a los habitantes de Timor Oriental en nombre del nacionalismo. En la superpoblada Ruanda, los hutus apelaron a la etnicidad para arrebatarles las tierras y los recursos a sus rivales, los tutsis.

Todos estos sistemas genocidas se basaban en la discriminación y, en el caso de los más perfeccionados, como los nazis o los estalinistas, en una inmensa burocracia administrativa que sostenía una compleja máquina de erradicación. Pero todos eran primitivos, provincianos e ineptos:

- Exigían mucho tiempo, personal, dinero y material. Cabría alegar que, afortunadamente para el resto de nosotros, los nazis perdieron la guerra porque desviaron demasiados recursos vitales para exterminar a los judíos y cayeron vencidos por sus obsesiones racistas.
- Eran ineficientes. La carga de la selección de las víctimas recaía sobre la maquinaria del Estado, lo que, inevitablemente (debido a la corrupción, a las opciones individuales, a la mala programación, a las meteduras de pata burocráticas y a esas cosas) creó múltiples vías de escape.
- Otorgaron demasiado poder y responsabilidad al Estado porque necesitaban un enorme aparato estatal, cuya existencia casi justificaron ellos mismos.

- Eran muy visibles. Pese a la ceguera voluntaria general y a las solemnes protestas de ignorancia tanto de los nacionales como de los extranjeros, estas empresas genocidas eran conocidas cuando se llevaron a cabo. Y una vez realizadas, fueron conocidas universalmente.
- Llevaron la ruina y el oprobio a quienes las cometieron. Los subordinados, todos los que pasaron por ahí y todos los que estuvieron relacionados en alguna medida con la empresa genocida fueron calificados de criminales y de parias morales.
- Fracasaron por completo. ¿Tienen los judíos un Estado? ¿Tienen éxito, en gran medida y en muchos países, y ocupan cargos de prestigio y responsabilidad en numerosos ámbitos de la vida pública y privada? ¿Están los estalinistas en el poder en algún país (con las posibles excepciones de Corea del Norte y de Cuba)? ¿Existe siquiera la URSS? Hacer estas preguntas equivale a responderlas. Ni el Holocausto ni el Gulag (ni la Revolución Cultural, ni el Jemer Rojo, etcétera) lograron imponerse, ni siquiera *en sus propias condiciones*.

Ir contra corriente

Nada de esto es lo que tenemos en mente. Para empezar, no tenemos ninguna motivación ideológica ni albergamos odio alguno por ningún grupo étnico, religión ni raza. Estos sentimientos son pueriles e impropios. En segundo lugar, no estamos hablando aquí de una loca utopía («el mundo será perfecto cuando hayan sido eliminados todos los judíos o los enemigos de clase y se haya purificado el pueblo o el partido»). Por el contrario, nuestras metas son:

- Crear un entorno económico que aumente al máximo las oportunidades individuales para conseguir el éxito y la felicidad;
- salvaguardar un hábitat habitable para los seres humanos y otras especies;
- perpetuar una sociedad civilizada y la cultura occidental.

La primera meta —crear un entorno económico favorable— exige que determinemos primero *en qué condiciones*

se puede garantizar no sólo el sistema ideal y definitivo, sino el mayor bienestar posible para el mayor número posible de personas. Si el libre mercado no asegura «la búsqueda de la felicidad» mejor que cualquier otro sistema alternativo, merece perder su puesto preeminente. Un sistema basado en la competencia no debería tener miedo de ella.

Actualmente, el sistema liberal, basado en el mercado, no proporciona la felicidad, ni el consuelo ni cierto grado de seguridad a la mayoría de la humanidad; tampoco lo hará a la población prevista en el futuro: son datos conocidos y hay que admitirlos. Dudamos de que pueda hacerlo ningún otro sistema, pero en el contexto de este Informe eso es irrelevante. Incluso en los países más ricos, no todos pueden poseer y acumular capital o triunfar como empresarios que asumen riesgos; mientras que el mercado laboral no sea más que eso: un mercado que obedece las normas del mercado.

Según el principio fundador de la competencia, el mercado global toma lo mejor y deja el resto. Hoy, aunque nadie lo sabe con seguridad, «el resto» es casi con certeza más numeroso que aquellos cuyos talentos, aptitudes, educación, cualidades morales, nacimiento, suerte, etcétera los han puesto dentro del sistema. Incluso la Organización Internacional del Trabajo calcula que el número de trabajadores «no incorporados» es superior a los mil millones: añádanse las personas a su cargo y queda patente el enorme tamaño de esta categoría.

Nuestra segunda meta —salvaguardar un hábitat habitable— es, curiosamente, similar a las opiniones expresadas por el llamado movimiento de la *Ecología Profunda*. Aunque estamos lejos de suscribir todas sus premisas, señalamos con interés las siguientes afirmaciones de su *Plataforma*:

El florecimiento de la vida y de las culturas humanas es *compatible con una disminución sustancial de la población humana*. El florecimiento de la vida no humana *exige esa disminución*. Por tanto, hay que cambiar las políticas.² [las cursivas son nuestras.]

2. Arne Naess y George Sessions, *The Deep Ecology Platform*, 1985, publicado como periódico.

Los ecologistas profundos no dicen cómo podrá lograrse la «disminución sustancial de la población», ni quién podrá hacerlo, ni qué políticas habría que cambiar para lograrlo. Se limitan a decir lo obvio. Que nosotros sepamos, los ecologistas profundos no están detenidos por propagar el *genocidio*.

Nuestra tercera meta —perpetuar la sociedad civilizada y la cultura occidental— no puede alcanzarse hoy de la misma forma en que se ha hecho durante la mayor parte de la historia escrita. Durante siglos, la política y la guerra se ocuparon de lograr el control sobre un número *mayor* de personas. La integración de una gran población extranjera en el propio *imperium* no suponía una amenaza para la sociedad civilizada, antes bien al contrario. Aunque puede que las hordas bárbaras o mongoles estuvieran interesadas solamente en violar y saquear, y aunque puede que hubiera que destruir una ciudad para ocuparla, la mejor estrategia era «dejar a estos pueblos sus leyes, obligándolos a pagarte una contribución anual y creando en su país un tribunal de un corto número que cuide de conservárteles fieles».³

Desde la época de los griegos y los romanos hasta la de los colonos del siglo XIX, los conquistadores sofisticados siempre trataron de incluir las tierras, los recursos, la riqueza y *las personas* del territorio conquistado, porque representaban un activo importante. La mano de obra de la población conquistada, a menudo bajo el ojo vigilante y la dura férula de una oligarquía local colaboradora, era otra fuente de riquezas y poder. Hoy, la idea de tener colonias es algo ridícula: se puede extraer su activo por otros métodos mejores, y su población es, en su mayor parte, no sólo inútil, sino también onerosa.

El *Enclosure Movement* (movimiento de cercamientos) en Gran Bretaña, que desposeyó a miles de pequeños campesinos y creó una gran población flotante, fue un precursor de lo que sucedería después. Sin embargo, hasta que las máquinas de la Revolución Industrial dejaron sin trabajo a masas de artesanos tradicionales, nunca surgió el problema del exceso de población.

3. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* (1513), Capítulo V.

Hasta nuestros días, la sociedad podría contar con diversas válvulas de seguridad, la primera de ellas, los famosos «controles» malthusianos, como el hambre. La mano de obra sobrante y los inadaptados sociales también podían emigrar a las nuevas tierras que se abrían en Norteamérica y en Australia. Cincuenta millones de europeos lo hicieron en el siglo XIX. Las colonias, especialmente en África y en el subcontinente indio, contribuyeron asimismo a aprovechar los excedentes.

Los ejércitos reclutaban e imponían disciplina a muchos jóvenes por lo demás antisociales. Se suponía que las familias se hacían cargo de sus miembros indigentes. La beneficencia organizada se desarrolló al mismo tiempo que la propia Revolución Industrial, y se ocupó de muchas de sus consecuencias desagradables.

Ya no disfrutamos de estos lujos. El mundo está lleno y no hay espacios vacíos donde establecerse o que colonizar. Las fuerzas armadas se han profesionalizado en general, y ya no cumplen su misión de imponer disciplina a los reclutas. En el Norte, las familias son nucleares, carecen de espacio vital y no tienen tiempo para cuidar a los parientes pobres, enfermos o ancianos. La idea de que la beneficencia privada, o incluso la ayuda pública, puede ocuparse de toda la diversidad de actuales males sociales es absurda.

Del mismo modo que el paisaje está lleno de basura y desechos físicos que amenazan con inundar a muchas ciudades y sus servicios, la basura y los desechos sociales ponen en peligro los ideales liberales y el mercado, aunque pocos se atrevan a decirlo en público. La gestión y el control social adecuados son imposibles cuando todos los esfuerzos por mejorar la situación son neutralizados de inmediato, anegados de hecho por la proliferación de poblaciones mal integradas.

Por tanto, la pregunta no es, para nosotros, no *si* alcanzar la meta de una reducción drástica de la población, sino *cómo* hacerlo. En este sentido, deseamos establecer en primer lugar algunos principios generales, que remiten explícitamente y en el mismo orden a los errores de esos métodos (*genocidas*) anteriores que ya hemos expuesto y que hemos calificado de «primitivos, provincianos e ineptos».

- Aunque no estén del todo libres de gastos, las estrategias modernas de reducción de la población deben ser baratas, y no deben necesitar equipos especiales ni apenas recursos humanos. El *modelo Auschwitz* es lo contrario de lo que hace falta para alcanzar el objetivo. También es mucho más importante reconducir los gastos que recaudar nuevos fondos.
- La selección de *víctimas* deberá quedar exclusivamente en manos de las propias *víctimas*. Éstas se seleccionarán a sí mismas en función de criterios de incompetencia, no idoneidad, pobreza, ignorancia, pereza, delincuencia y similares; en una palabra: de características de los perdedores.
- El Estado deberá tener relativamente pocas obligaciones que cumplir respecto de la gestión de la población y, en cualquier caso, muchas menos tareas que las relacionadas con enormes administraciones penitenciarias, indemnizaciones por desempleo, administración de servicios sociales generales, etcétera. Propugnamos disminuir el tamaño y el ámbito de actuación actuales del Estado y reducir de forma significativa su papel en los asuntos de los ciudadanos. Por tanto, somos congruentes al recomendar que el Estado siga el ejemplo del sector privado también en el área del control demográfico.
- En cuanto a la visibilidad y a las percepciones públicas, recomendamos dos categorías de estrategia. El control demográfico *preventivo* se centrará en la prevención de nacimientos, será visible y formará parte de la política normal; mientras que las estrategias *curativas* se ocuparán de los que ya han nacido, pero aparentemente no dependerán de ningún organismo en concreto. En esta película no hay malos.
- Como consecuencia, no deberá plantearse la cuestión del oprobio.
- Planeadas detenida y adecuadamente, con una energía moral y un compromiso económico suficientes que las respalden, estas estrategias, en conjunto, podrían tener éxito. La misión del Grupo de Trabajo es planearlas; la energía y el compromiso deberán aportarlos los solicitantes del Informe y sus aliados.

El siglo XXI debe elegir entre disciplina y control o tumulto y caos. La única forma de garantizar el máximo bienestar para el mayor número posible de personas, al mismo tiempo que se preserva el capitalismo, es reducir el número de personas. Hemos llegado a esta conclusión tras sopesar cuidadosamente las alternativas. Si no se toman medidas, puede que otro Grupo de Trabajo siga debatiendo en el futuro si la anarquía social precederá, seguirá o acompañará a la quiebra ecológica, pero las cuestiones fundamentales se habrán resuelto negativamente para la civilización. Pedimos a los solicitantes que aprecien que nuestro mensaje no es sólo que «el fin justifica los medios», aunque podría ser así. Por el contrario, nuestro mensaje es que la cultura occidental y el sistema liberal de mercado deben, en el siglo XXI, elegir entre los fines y El Fin.

Poblaciones actuales y objetivos futuros

El primer objetivo es determinar el nivel de población óptimo para el próximo siglo que permita el funcionamiento menos conflictivo de la economía de mercado global al mismo tiempo que garantice la armonía ecológica y social y el bienestar para la gran mayoría.

Dependiendo del conjunto de supuestos de fertilidad — baja, media o alta — del que se parta, la ONU calcula que en el año 2020 la población mundial será de entre 7.200 y 8.500 millones de personas. Dado que la fertilidad parece realmente disminuir en casi todo el mundo, descontaremos la hipótesis de fertilidad constante cuyo resultado numérico sería de 8.500 millones de habitantes en el 2020. Sin embargo, el supuesto de fertilidad baja de la ONU, que arroja un resultado de 7.200 millones de habitantes, peca en exceso de conservador, al calcular que, en dos décadas, habrán disminuido voluntariamente las tasas de nacimiento en los países pobres casi un 40% en comparación con las actuales.

Como ya se ha señalado, la ONU afirma que en la actualidad la población mundial aumenta en alrededor de 81 millones de personas al año (a un ritmo aproximado de 133 millones de nacimientos y 52 millones de muertes). En términos más fáciles de comprender, esto significa que

nacen unos 15.000 niños cada hora o 250 cada minuto. Las muertes, por el contrario, son 6.000 cada hora o 100 cada minuto.

Hemos señalado también que muchos expertos piden cautela ante las cifras de la ONU y advierten que esta organización siempre calcula una población mundial inferior porque está obligada a confiar en lo que le dicen los gobiernos (y a imprimirlo). En opinión de dichos expertos, la población actual aumenta a un ritmo de entre 90 y 100 millones de nuevos habitantes al año.

No podemos (ni nosotros ni nadie) resolver definitivamente la cuestión de los nuevos habitantes que se suman cada año a la población mundial, pero hemos decidido basar nuestros propios cálculos en las proyecciones del supuesto de fertilidad alta de la ONU, por considerar que probablemente es la que más se acerca a la realidad. Estas proyecciones prevén que habrá 8.000 millones de habitantes en el año 2020.

En este mundo que pronto tendrá 8.000 millones de habitantes, si nada interfiere en las tendencias actuales, la población de las regiones menos desarrolladas será, en el 2020, de casi 7.000 millones de personas, más del 50% en

Tabla I

| Población (millones de habitantes) y % del total | 1995 (estimación de la ONU) | 2020 (estimación «alta» de la ONU) | Diferencia 1995-2020 |
|---|-----------------------------------|---|-------------------------|
| Mundial | 5.687 (100%) | 8.052 (100%) | +2.375 (+42%) |
| Regiones más desarrolladas | 1.171 (20,6%) | 1.267 (15,7%) | +96 (+0,08%) |
| Regiones menos desarrolladas | 4.516 (79,4%) | 6.794 (84,3%) | +2.278 (+50%) |

Fuente: División de Población de las Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 1996 Revision* (Anexos estadísticos, varias tablas), 24 de octubre de 1996.

relación con 1995. En estas regiones vivirá el 84% de la humanidad, frente al 79% actual. Por contraste, la población de las regiones desarrolladas sólo habrá aumentado de forma imperceptible.

Por otra parte, la dinámica interna de los mundos más y menos desarrollados será completamente opuesta. Por poner un ejemplo, la densidad media de población en el mundo rico será, en el 2020, de 23 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que casi no supone ningún cambio en relación con los 20 habitantes por kilómetro cuadrado de 1975 ni con los 22 de 1995. El mundo pobre, en cambio, tendrá en el 2020 una media de 78 habitantes por kilómetro cuadrado (cuando la media era de 35 en 1975 y de 55 en 1995). Naturalmente, existen enormes variaciones de densidad en ambas regiones: de los 4 habitantes de Canadá y los 24 de Brasil a los 387 de la India, los 396 de los Países Bajos y los 524 de Corea. Pero, en cualquier lugar del planeta, sólo una pequeña parte de la tierra es fértil. La superpoblación y la degradación del medio ambiente en gran parte del Sur aumentan vertiginosamente. La gente tratará necesariamente de escapar.

Las estructuras de edad también tendrán una profunda influencia.

Las cifras de la Tabla II sugieren la posibilidad de conflictos en el futuro. En el mundo rico del año 2020, casi una cuarta parte de la población será mayor de 60 años (incluido un 18%, que supone casi una persona de cada cinco, mayor de 65 años). Gran parte del poder político se concentrará en las manos de personas relativamente ancianas.

El número de personas en la edad más productiva, entre los 24 y los 59 años, será muy inferior a la mitad de los habitantes de estos países desarrollados. Pero tendrán el mismo porcentaje de hijos que en 1995, al mismo tiempo que luchan para que los mayores puedan cursar unos estudios superiores y más prolongados indispensables para tener éxito en un mundo globalizado y competitivo. Al mismo tiempo, se verán obligadas a cuidar de sus padres ancianos (o a pagar para que alguien los cuide). La edad intermedia en el mundo rico será de 41 años. Entre padres, hijos y empleos cada vez más exigentes, estas personas estarán bajo constante presión y no es probable que mues-

Tabla II

| Área | Mundo % | | Regiones más desarrolladas % | | Regiones menos desarrolladas % | |
|---------------|---------|------|------------------------------|------|--------------------------------|------|
| | 1995 | 2020 | 1995 | 2020 | 1995 | 2020 |
| Grupo de edad | | | | | | |
| 0-14 | 31,4 | 27,7 | 18,6 | 18,6 | 34,4 | 29,4 |
| 15-24 | 18 | 16 | 14 | 11,7 | 19,1 | 17 |
| 25-59 | 41 | 43 | 49 | 45,5 | 39,2 | 43,3 |
| 60+ | 9,5 | 12,5 | 18,3 | 24,2 | 7,3 | 10,3 |

Fuente: División de Población de las Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 1996 Revision* (Anexos estadísticos, varias tablas), 24 de octubre de 1996.

tren mucha paciencia o comprensión hacia las peticiones de ayuda procedentes del otro 84% de la humanidad.

En el mundo pobre, donde más de la mitad de la población actual es menor de 24 años, la proporción de jóvenes habrá disminuido ligeramente en el año 2020, hasta constituir el 46% de la población. El 43% estará en la edad intermedia, la más productiva. Aunque seguirán teniendo muchos hijos que criar, no soportarán la carga de muchos ancianos: sólo el 10% de la población del mundo menos desarrollado tendrá más de 60 años, y únicamente el 6,8% —casi tres veces menos que en el mundo más rico— será mayor de 65 años.

En este mundo más pobre y menos educado, prevalecerán necesariamente las energías sin ataduras de los jóvenes: la edad intermedia será de 27 años (frente a los 24 de la actualidad). Esperarán que sus gobiernos, y el mundo en general, atiendan sus demandas. Todos estos datos y cifras señalan hacia la misma meta: en nuestra meditada opinión, *el objetivo para el 2020 debe ser reducir en una tercera parte el número actual de habitantes, de aproximadamente 6.000 millones a 4.000 millones. Dicho de otro modo, en el 2020 hay que tratar de reducir en la mitad la estimación de la variante alta de la ONU de 8.000 millones de habitantes.*

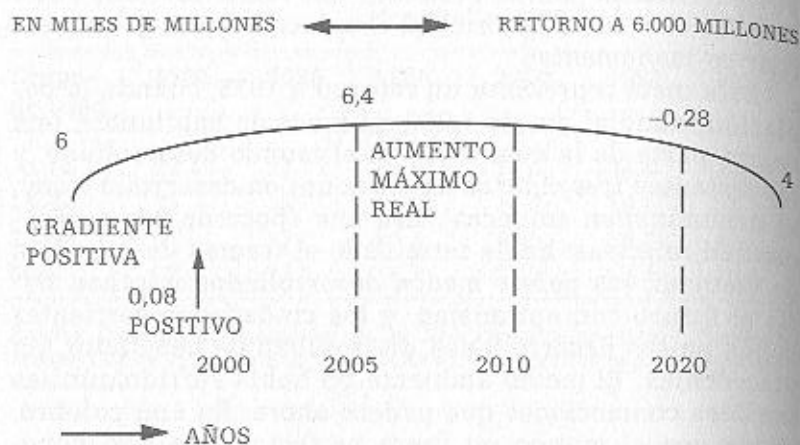
Por este motivo, en las últimas fases de la elaboración de este Informe, adoptamos la expresión abreviada 2020-2:

dos mil veinte menos dos, ya que el punto de partida actual es de alrededor de 6.000 millones de habitantes. También habríamos podido decir *dos mil veinte dividido entre dos*. Sea cual fuere la fórmula, el esfuerzo que hay que realizar es monumental.

Esta meta representa un retorno a 1975, cuando la población mundial era de 4.000 millones de habitantes, una cuarta parte de la cual vivía en el mundo desarrollado, y los restantes tres cuartos en las zonas en desarrollo (como se denominaban entonces). Era una época de paz y prosperidad relativas: había terminado el trauma de la guerra de Vietnam, los países menos desarrollados miraban hacia el futuro con optimismo, y los ciudadanos corrientes de los países desarrollados disfrutaban de beneficios sin precedentes. El medio ambiente no había sufrido aún las terribles conmociones que padece ahora. En una palabra, puede que el mundo no fuera perfecto, pero era manejable.

Para volver a hacerlo manejable, la curva de la Figura 1 expresa el panorama ideal y exige que comiencen de inmediato los preparativos para llevar a la práctica las recomendaciones que se formulan a continuación. Comenzamos con 6.000 millones de unidades humanas en el año 2000, con la meta de alcanzar los 4.000 millones en un plazo de 20 años. Aunque la curva seguiría aumentando inicialmente, en la fase final habría una disminución anual de hasta 280 millones de unidades netas. En términos temporales, hacia el año 2005 la población mundial alcanzaría su valor máximo de 6.400 millones de habitantes. Cinco años después, en el 2010, habría retrocedido al nivel de hoy, de alrededor de 6.000 millones. En los diez años siguientes, hasta el 2020, se produciría una disminución absoluta y bastante rápida.

¿Dónde deben llevarse a cabo las reducciones? Actualmente, el mundo desarrollado *contribuye* con menos del 10% de los nacimientos mundiales y con el 23% de las muertes. Por tanto, de los 81 millones de personas que se suman anualmente a la población mundial (si seguimos aceptando las cifras de la ONU), sólo 1 millón de personas netas se añaden a los países más ricos. En casos excepcionales, como en Alemania, la población nativa está disminuyendo. Cualquier aumento de la población puede atribuirse sólo a los

Figura I. Escenario Ideal de Población⁴

nacimientos que se producen en las comunidades inmigrantes.

La cifra en la que hay que centrarse es la de 81 millones de habitantes netos que se añaden cada año a la población mundial en el mundo pobre, según cálculos conservadores. Si no cambia nada, estos 81 millones de personas se convertirán en 90 millones en el 2005, y en 100 millones en el 2020. Si las cifras de la ONU ya son demasiado bajas al calcular la existencia de 80 millones de personas en la actualidad, es fácil ver las asombrosas cifras que podemos prever para el 2020... si nada cambia.

Para lograr el objetivo de 4.000 millones de habitantes en el año 2020, la población mundial debe disminuir una media de 100 millones de personas al año durante dos décadas. Nueve décimas partes o más de la reducción deberá producirse en los países menos desarrollados. Hay que hacer un esfuerzo para que aumente la mortandad al mismo tiempo que disminuye la fertilidad en proporciones que variarán en función del momento y del azar.

4. Para los que tengan aptitudes para las matemáticas, la curva es una parábola $y = ax^2 + bx + c$, donde $y = -0,009x^2 + 0,08x + 6$.

Por motivos evidentes, sólo podemos facilitar orientaciones, no seguridades matemáticas. Muchos de los factores que intervienen escapan a cualquier control: surgirán obstáculos y oportunidades inesperados. Reconocemos que la tarea es hercúlea, pero ello no es excusa para no emprenderla. Para llevarla a cabo, harán falta todas las energías y medios de que puedan disponer los solicitantes del Informe.

6. Los pilares

No somos ingenieros ni poseemos competencia técnica en todos los campos que hay que abarcar; por tanto, no pretendemos ofrecer programas ni soluciones con todos sus elementos básicos. Sin embargo, sí podemos proporcionar un marco general para plantear las cuestiones estratégicas importantes y señalar las áreas en las que podría ser provechoso buscar competencia técnica.

Antes de describir las estrategias preventivas y las curativas, creemos que es importante poner de relieve las tendencias actuales que hay que fomentar y aquellas a las que hay que poner freno para perpetuar el capitalismo, el único sistema que consideramos capaz de garantizar el máximo bien para el mayor número de personas. El primer paso es consolidar los cimientos para la ambiciosa empresa de reducir masivamente la población. Estos cimientos tienen cuatro pilares:

- el ideológico-ético
- el económico
- el político
- el psicológico

Aunque deben permanecer ocultos a la vista, estos pilares sostienen el edificio estratégico visible. Además, se refuerzan entre sí en todo su sentido arquitectónico.

El pilar ideológico-ético

¿Por qué nos ocupamos de ideas y creencias en lugar de proceder de inmediato a asuntos prácticos? Sencillamente

porque las ideas y creencias gobiernan el mundo... pero no son inmutables. Surgen y cobran forma en función de las necesidades de los tiempos; Marx habría dicho que evolucionan para satisfacer las necesidades de las clases dominantes. La ideología es el agua para los peces de la que éstos no son conscientes. Nuestro cometido aquí es moldear conscientemente la ideología para que las ideas y creencias dominantes de nuestra época sirvan para justificar el gran plan.

Por ejemplo, nuestra era ve con espanto las epidemias o las hambrunas que se producen en cualquier lugar del planeta, pero el teólogo cristiano Tertuliano escribió sobre «los flagelos de la pestilencia, la hambruna, las guerras y los terremotos [que] han llegado a considerarse una bendición para las naciones superpobladas, pues sirven para podar el exuberante crecimiento de la raza humana». También se lamentaba de la «inmensa población de la tierra para la que somos una carga», hasta el punto de que «ésta apenas puede satisfacer nuestras necesidades».¹

Para este Padre de la Iglesia, los flagelos naturales o provocados por el hombre son «bendiciones», algo positivo, porque salvan a las «naciones superpobladas» de las funestas consecuencias de sus excesos en la reproducción. La guerra, el hambre y la pestilencia salvaguardan a la comunidad y el futuro. Gracias a estas calamidades, que en realidad son benéficas para la humanidad, los supervivientes y sus descendientes gozarán, una vez más, de la prodigalidad de la Tierra. Sin ellas, ésta nunca podría «satisfacer nuestras necesidades», sobre todo porque estas necesidades aumentan sin cesar.

Como cristiano, este teólogo no considera la vida individual el bien supremo. Por el contrario, situaba el bienestar común en el vértice de su escala de valores y reconocía que había que podar algunas ramas del árbol de la familia humana y domeñar su «exuberante crecimiento» para asegurar que prevalece ese bienestar colectivo. Ya hemos citado las opiniones de filósofos clásicos como Platón y

1. Tertuliano (150-222? d.C.), *On the Soul*, citado por Garrett Hardin, *Living Within Limits*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1993, pp. 105-106 (el énfasis es nuestro).

Aristóteles, que pensaban con razón que la superpoblación era un grave peligro para la comunidad y para el Estado.

Nuestra propia era y su ideología pertenecen, por el contrario, al individuo. El mecanismo del mercado y el propio liberalismo se basan en las decisiones particulares y en los riesgos que asumen libremente incontables individuos. De modo similar, nuestra ética dominante y nuestros sistemas jurídicos se ocupan sólo de la conciencia, de los actos y de los derechos individuales (o «humanos»); y nuestra justicia, de delitos y fechorías individuales. En consecuencia, hemos perdido el contacto con las nociones de ofensa colectiva y del bien supremo colectivo. Este bien podría exigir en ocasiones una coacción y unos sacrificios que nuestra era ya no reconoce como legal o moralmente justificables. Nuestras sociedades rara vez aplican el concepto de responsabilidad colectiva, y mucho menos el de culpa colectiva por la situación del bien común.

La prueba es que seguimos considerando *éticamente correcto* que personas analfabetas, sin posibilidad de encontrar empleo, superfluas y degeneradas sigan proliferando y propagándose a placer; hasta el punto de que juicios como éste ni siquiera pueden expresarse en público sin atraer sobre sí una inmediata censura, denuncias beatas y, en ciertos contextos, acciones legales. Platón, Aristóteles y Tertuliano se habrían quedado consternados ante esta situación, del mismo modo que habrían mostrado su estupefacción ante la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Para cambiar las normas básicas y para que tenga éxito la estrategia que recomendamos, es imprescindible que transformemos primero el actual clima ideológico y pongamos en orden nuestras casas conceptual y éticamente. Los sistemas éticos dominantes han evolucionado a lo largo de la historia y no hay ningún motivo por el que no puedan cambiar de nuevo. Si se considera que la ética es la estrategia de supervivencia colectiva de una sociedad, la nuestra necesita una seria puesta a punto. Nuestra ética actual rechazará la gestión eficaz de la población a menos que se resuelvan las contradicciones entre el individualismo del mercado, los *derechos humanos* y la necesidad de una armonía colectiva.

El paso inicial es reconocer, y hacer que los demás re-

conozcan desapasionadamente, que una economía vigorosa, competitiva y globalizada creará necesariamente una sociedad de dos niveles de ganadores y perdedores, de incluidos y excluidos, tanto dentro de cada país como entre los países. Y esto es saludable. Es el móvil del sistema, la «naturaleza de la bestia» y, en cualquier caso, no se puede alterar.

En lugar de intentar en vano cambiar esta naturaleza, hay que tratar de aumentar al máximo el número de ganadores, de reducir al mínimo el de perdedores y de dar a una proporción de la humanidad mucho mayor que la actual las ventajas que puede procurar el mercado. Hay que incorporar a muchas más personas, tanto en el Norte como en el Sur; además, hay que garantizar un entorno social en el que los principales males de las sociedades ricas (delincuencia, desempleo, contaminación, adicción, etcétera) hayan disminuido visiblemente.

Es evidente que el mercado, por sí mismo, no puede crear bienestar masivo en las actuales condiciones demográficas, y que, en consecuencia, hay que corregir éstas. Para que sea aceptable un auténtico control de la población, hay que instituir un nuevo clima de pensamiento y de opinión; un clima que *no suponga que el punto de partida es la libertad personal doctrinaria e ilimitada, ni que el punto de partida son los derechos humanos*.

Por tanto, animamos encarecidamente a los solicitantes del Informe a que creen y mantengan un cuerpo de pensadores, escritores, profesores y comunicadores que puedan desarrollar conceptos, argumentos e imágenes que proporcionen una justificación intelectual, moral, económica, política y psicológica a unas estrategias energéticas de gestión de la población. Estos trabajadores intelectuales deberán elaborar y transmitir también una ética innovadora y práctica del siglo XXI.

Una inversión sustancial dentro del marco ideológico adecuado centuplicará sus beneficios. Hay que desempolvar en caso necesario las ideas de grandes pensadores como Platón, Darwin, Hobbes, Malthus, Nietzsche, Hayek, Nozick (y esperamos con atrevimiento que también las ideas y argumentos contenidos en este Informe), ponerlas a punto, adaptarlas al gusto de nuestra época, envolverlas para consumo de diferentes públicos y difundirlas entre creadores

de opinión, personas con poder decisorio y los ciudadanos en general.

Los descubrimientos de la biología, la ecología, la demografía, la sociología, la economía neoclásica y de otras disciplinas modernas, interpretados juiciosamente, encontrarán su lugar natural en las estructuras de un renovado edificio intelectual. Estas ideas deben ser elaboradas, desarrolladas y promovidas mediante una red, un cuadro intelectual comprometido, cuyos miembros deberán recibir generosos estipendios y el espacio físico y mental necesario donde puedan trabajar y desarrollar sus ideas, ya sea en universidades tradicionales, fundaciones e institutos especializados o por medio de redes informáticas.

El fruto del trabajo de estas personas debe tener acceso no sólo a la publicación en libros y revistas, sino también a la prensa, la radio, la televisión y los medios de comunicación electrónicos de más difusión. Sus autores deben recibir abundantes oportunidades para hablar en actos públicos y privados, encontrarse con los jóvenes e instruirlos, desarrollar múltiples páginas web.

Advertimos de que si no existe un liderazgo, una autoridad y una justificación intelectuales, autorreflexivos y dinámicos, las estrategias expuestas en este Informe están abocadas al fracaso. Suponemos que la creación, mantenimiento y promoción de este cuerpo de *legionarios ideológicos* ofrecerá pocos problemas para los solicitantes, que están familiarizados, sin duda, con el liderazgo de los conglomerados de medios de comunicación globalizados, cada vez más numerosos, cuyo activo incluye todos los «amplificadores intelectuales e ideológicos» necesarios para la difusión de ideas.²

Con absoluta franqueza, los miembros del Grupo de Trabajo se consideran a sí mismos una especie de prototipo de este cuadro intelectual. Además, reconocen de buen grado haberse sentido atraídos por las recompensas materiales

2. Los cinco mayores conglomerados de medios de comunicación del mundo son Time Warner (25.000 millones de dólares en ventas), Disney (24.000 millones), Bertelsmann (15.000 millones), Viacom (13.000 millones) y News Corporation (Murdoch, 10.000 millones). Sus activos incluyen periódicos, revistas, películas, televisión, vídeo, CD-ROM, libros, etcétera.

de su participación en esta empresa, por encima de sus méritos intrínsecos. No somos diferentes, a este respecto, de otros pensadores, científicos y escritores profesionales que reconocerán las manifiestas ventajas del liberalismo y pondrán sus conocimientos y su talento al servicio del libre mercado cuando ello les sea claramente provechoso y beneficioso.

No obstante, hemos de introducir aquí otro llamamiento a la cautela. Incluso si el trabajo ideológico es llevado a cabo con brillantez por un cuadro de genios con generosos medios económicos y tecnológicos a su disposición, también fracasará si el sistema no puede ofrecer realmente una medida cada vez mayor de bienestar económico, renovación ecológica y valores civilizados a la mayoría de los habitantes de la Tierra. Si esto brilla por su ausencia, tarde o temprano los excluidos se rebelarán y arrastrarán en su caída al capitalismo liberal.

El pilar económico

Éste es el motivo por el que hay que instituir o reforzar sin demora ciertas políticas económicas. Hasta ahora, la norma vienen siendo los programas de ajuste estructural (PAE) que establecen el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en los países del Sur y del Este, y que sin duda vienen desempeñando un papel positivo. Introducen una disciplina neoliberal sensata, obligan a los gobiernos a integrar sus economías nacionales en la global y proporcionan un marco en el que las elites locales pueden enriquecerse (mediante salarios más bajos, una mano de obra más dócil, la privatización masiva, una menor intervención gubernamental, etcétera). Esta orientación hacia la elite de los programas de ajuste estructural sirve para crear influentes accionistas e inversores nacionales en el neoliberalismo y la globalización.

Aunque quizá sea difícil de demostrar, probablemente los programas de ajuste estructural han frenado el aumento de la población, aunque no hayan reducido su número. Ha llegado el momento de vincular específicamente los objetivos económicos a los demográficos. Existe la oportunidad de ampliar y reforzar los programas de ajuste estructural, ya que prácticamente todos los países afectados están

mucho más endeudados ahora que cuando comenzaron a aplicarlos. Su endeudamiento los deja a merced de medidas del FMI cada vez más drásticas, pues no pueden obtener créditos en otras partes sin el sello de aprobación del Fondo. Ahora que todas las naciones populosas de Asia, con la única, aunque significativa, excepción de China, han quedado bajo la tutela del FMI, se puede avanzar realmente.

Los programas de ajuste estructural pueden tener un efecto directo o indirecto sobre la población. Son modelos de sinergia. Por ejemplo, fomentan la producción agraria para la exportación y hacen subir los precios de los alimentos, reduciendo así el consumo de alimentos y la resistencia a las enfermedades. Algunas mujeres se prostituirán para llegar a fin de mes, y después contraerán y propagarán el SIDA. A menudo los presupuestos de sanidad y los fondos destinados a construir sistemas de alcantarillado y de recogida de residuos sufren drásticos recortes, y la consecuencia es el regreso de la malaria y de otras enfermedades. Los salarios bajos se traducen en falta de acceso a la atención médica o a medicinas de pago.

Donde quiera que los mercados se liberalizan con rapidez, bajo coacción o sin ella, se crea un terreno favorable para que aumente la mortandad y disminuya la fertilidad. En algunos lugares, la expectativa de vida ya se ha reducido de forma espectacular, como en la Unión Soviética, donde el empleo y los servicios sociales han sufrido drásticos recortes y la esperanza media de vida ha disminuido cinco años. El UNICEF afirmó hace una década que la deuda externa, más los programas de ajuste estructural causaban la muerte de medio millón de niños adicionales al año, aunque no se puede verificar la cifra.

Los países occidentales tienen una fuerte mayoría en la junta directiva del FMI y deben procurar que se potencien los programas de ajuste estructural. A diferencia del Banco Mundial, el Fondo nunca se ha rebajado a hacer *relaciones públicas* para agradar a las multitudes, y sugerimos la posible utilidad de compartir las conclusiones de este Informe con una selección juiciosa de altos cargos del Fondo que pudieran ser receptivos a su contenido.

El capital financiero privado también puede desempeñar un papel positivo en la creación de condiciones favorables para la reducción de la población. A diferencia de las

inversiones en maquinaria y equipos, las compras de acciones y bonos son totalmente líquidas y pueden retirarse instantáneamente. Cuando se produjo la crisis mexicana de 1994, la crisis del peso resultante precipitó fracasos empresariales generalizados, el alza repentina de los tipos de interés, así como quiebras y despidos masivos. Como consecuencia de ello, el consumo de alimentos se redujo en una cuarta parte, los índices de suicidios alcanzaron nuevos récords y aumentó la frecuencia de los delitos violentos. En Rusia existe una situación similar, que está empezando a darse también en Tailandia, Corea, Indonesia y en otros países del sudeste asiático. Los mercados imponen disciplina al instante; es como si celebrasen, por así decir, elecciones permanentes.

Estas medidas financieras públicas o privadas, debidamente gestionadas, pueden producir reducciones de población y respaldar estrategias de «poda». Pero sean cuales fueren las ventajas del ajuste o de la inversión en una cartera volátil, éstos no pueden hacer todo el trabajo por sí solos, sino que deben ir acompañados de un replanteamiento del orden político que lo ponga al servicio del nuevo orden económico mundial.

El pilar político

El ajuste estructural, por útil que sea, es necesariamente un atributo del sistema de naciones-Estado en el que los gobiernos individuales, incluso bajo la tutela del FMI y del Banco Mundial, siguen siendo la entidad pertinente y el punto de referencia. Hasta la fecha, los Estados cooperan en mayor o menor grado con los programas de liberalización. Puede que las naciones más pequeñas y débiles no tengan otra elección; otras han tratado de rebelarse directamente contra una disciplina económica drástica. El panorama no es uniforme y gran parte podría depender de la persuasión ideológica de los dirigentes. Lo cierto es que, en muchos países, el ajuste ha fracasado.

Esto no es culpa del Fondo ni del Banco. Ellos han hecho un trabajo notable y pionero, pero también se ven obligados a funcionar dentro de un marco político tambaleante y ambiguo. Su propia legitimidad ha sido cuestionada, no sólo por organizaciones populares, sino también por los

gobiernos. Las autoridades políticas mundiales existentes no pueden dictar normas adecuadas para resolver los problemas evidentes de hoy y son gravemente inadecuadas si se quiere que las estrategias para reducir la población sean operativas mañana.

Ahora el objetivo ha de ser sustituir el anticuado modelo de nación-Estado. Las postrimerías del siglo XX han presenciado el semitriunfo de la globalización económica; la tarea del siglo XXI será crear la estructura política global, reconocida universalmente y legítima que la respalde, la sostenga y la perfeccione. Sean cuales fueren sus defectos, un FMI rejuvenecido será probablemente una parte vital de este marco. El Fondo debe utilizar cada crisis económica sucesiva para aumentar su autoridad doctrinal y su poder de coacción.

Como ya se ha señalado, un pionero es la innovadora —revolucionaria, en realidad— Organización Mundial del Comercio (OMC). Por primera vez, un organismo internacional goza de un auténtico poder judicial sobre las disputas comerciales de todos sus Estados Miembros, sean ricos o pobres, grandes o pequeños, débiles o poderosos.

Otro elemento positivo de esta labor en marcha es el Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI), que está negociándose en estos momentos. El AMI podría añadir poder al gobierno económico mundial mediante la creación de un marco transnacional coactivo para la inversión empresarial privada, que reemplace las leyes nacionales.

El AMI debe recibir un poder real y ser ratificado lo antes posible. Como ha declarado un funcionario responsable: «Recuerden que éste es sólo el primer paso, como el GATT en 1947. Se supone que el AMI es el núcleo de una constitución económica global. Estamos iniciando un proceso de dimensiones históricas». Esperamos que sea escuchado.

Tomados en conjunto, y suponiendo que consultan y cooperan entre ellos, el FMI, la OMC y el AMI podrían funcionar como embrión de un Ministerio Internacional de Economía, Inversiones y Comercio. Pero en realidad esto es sólo un comienzo. Sin duda, no podrían, por sí solos, constituir un gobierno planetario con poderes universales para hacer cumplir sus normas.

El umbral del milenio está, así pues, lleno de peligros. No hay duda de que las naciones-Estado se han debilitado,

pero no se ha instituido aún un poder político auténtico, reconocido y supranacional que las sustituya. ¿Cómo se podría llenar este vacío?

- El mercado global debe seguir siendo el principal principio organizador de la sociedad. Sin embargo, y contrariamente a las opiniones de algunos apologistas doctrinarios, el mercado no puede autorregularse del todo, sino que ha de ser guiado y encauzado para salvaguardar su propio futuro y el nuestro. Este principio es cierto especialmente en el ámbito de los mercados financieros. Podría ser demasiado pronto para recomendar una moneda global, pero no cabe duda de que la necesidad primordial es que haya un poder ejecutivo fuerte, capaz de moverse con velocidad y autoridad, y de tomar decisiones sobre asuntos económicos y políticos de alcance universal y de hacerlas cumplir.
- Este poder ejecutivo debe encargarse de regular los mercados financieros, quizá por medio de un Banco Internacional de Pagos mucho más reforzado. Dichos mercados deben ser gravados con unos impuestos que proporcionen los ingresos que permitan el funcionamiento del ejecutivo.
- Las empresas transnacionales deben implicarse a fondo en el diseño de las nuevas estructuras políticas y participar activamente en su instauración, del mismo modo en que han actuado en el seno de la OMC y del AML. Sin embargo, es evidente que no debe verse que gobiernan directamente.
- La Comisión Europea, que representa formalmente a ciertos gobiernos, pero que no rinde cuentas en casi ningún ámbito ante el Parlamento Europeo, y mucho menos ante los parlamentos nacionales, podría servir de modelo inicial para un poder ejecutivo transnacional.
- El G7 debe explorar la posibilidad de ejercer un papel similar. Sus reuniones no se limitan ya a los jefes de Estado del G7, sino que se convocan también para los ministros de Economía (o de otras carteras) del G7. Los siguientes deberán ser los burócratas de alto nivel, con mandatos concretos para desarrollar una maquinaria que sirva para tomar decisiones colectivas sobre temas sensibles.

- Hábilmente manejadas, las Naciones Unidas podrían utilizarse para ayudar a constituir un poder ejecutivo mundial. Si se reestructurasen, fusionasen y redujesen radicalmente sus numerosísimos organismos, si la ONU estuviera dispuesta a seguir los pasos de la empresa privada en cuanto a sus conocimientos sobre recopilación de información y toma de decisiones, podría aportar legitimidad al proceso de creación de un poder ejecutivo internacional. El actual Secretario General es sin duda receptivo a este mensaje.
- Aunque un poder ejecutivo fuerte es un requisito claro, el mundo es ya demasiado complejo como para admitir unos órganos legislativos internacionales que tendrán, en cualquier caso, una base territorial. La democracia parlamentaria ha de considerarse un paréntesis de 200 años entre dos tipos de gobierno diferentes y necesariamente más autoritarios.
- Sin embargo, hay que seguir permitiendo que las organizaciones no gubernamentales (ONG) tengan «estatus consultivo» dentro de un órgano formal que se reúna a intervalos regulares. Los representantes en este foro permanente de ONG podrían ser elegidos o no, en función de las políticas de cada Estado Miembro. Se ha demostrado que este modelo, ensayado con éxito en la larga serie de conferencias de la ONU celebradas durante la década de los noventa, sirve para que las ONG sean más *constructivas y responsables*, es decir, mucho menos radicales, desafiantes y rebeldes.
- El único poder tradicional que es mejor dejar en manos de la nación-Estado es el judicial, que abarca las funciones policiales, de mantenimiento del orden local, el sistema judicial propiamente dicho, las prisiones, etcétera.
- Todo orden político necesita un mecanismo militar para hacer cumplir las normas. El Pentágono, con la Agencia de Seguridad Nacional y una OTAN ampliada, parece el órgano destinado a desempeñar ese papel. Deberá mantener unas instituciones militares de segundo nivel dignas de confianza en ciertos Estados clientes en las zonas de civilización no occidental y culturalmente diversas.
- Las tecnologías de la información serán primordiales

en la construcción y consolidación de un orden mundial renovado. Las elites ya están unidas por medio de redes dedicadas, y estos vínculos se potenciarán por fuerza, a medida que se vaya haciendo más patente la necesidad de una consulta y de una gestión políticas globales. La tecnología de la información mejorará la vigilancia, la infiltración y la capacidad de causar problemas a una incipiente oposición.

Hay que redefinir el concepto de *ciudadanía* (con la ayuda del pilar ideológico, véase *supra*) y hacer pleno uso de unas redes de información interactivas y fácilmente manipulables para crear la ilusión de la participación popular en la toma de decisiones. Una vez más, las herramientas de control político han de seguir siendo en su mayor parte invisibles para los controlados, pues de otro modo la gestión planetaria e incluso el funcionamiento sin trabas del mercado fracasarán. La escena internacional se llenará de basura, confusión y anarquía.

El pilar psicológico

El último pilar está estrechamente relacionado con los asuntos de carácter ético-ideológico antes expuestos. No obstante, las psicologías individual y de grupo, la «batalla por los corazones y las mentes», merecen un lugar propio, pues debidamente encauzadas, pueden contribuir a crear una atmósfera favorable para las hostilidades intergrupales, que a su vez propicien la reducción de la población. Paradójicamente, la psicología individual puede también aumentar la difusión de la globalización.

La herramienta psicológica más útil jamás creada para estos fines es la *política de identidad*, como ha venido a llamarse en Occidente. Lo ideal es que los individuos de todo el mundo se identifiquen con fuerza con un subgrupo étnico, sexual, lingüístico, racial o religioso en detrimento de su autodefinición como nacionales de un país o incluso como miembros de una clase social o casta profesional de esa nación, y mucho menos como parte de la *raza humana*. Cada persona debe sentirse *primero* miembro de un grupo estrictamente definido, y sólo de forma secundaria, trabajador, miembro de la comunidad, padre, y ciudadano nacio-

nal o internacional. Hay que alejar activamente la noción de *ciudadanía*, en cualquier nivel.

Parte de la ofensiva ética-ideológica expuesta debe dedicarse a proporcionar apoyo material y moral a los portavoces más articulados y agresivos de los particularismos sexuales, raciales, religiosos y étnicos. Éstos han de tener también un acceso generoso a los medios de comunicación dirigidos específicamente a cada grupo, que habrá que crear y financiar cuando no surjan de forma espontánea.

Buscamos, por así decir, fundamentalistas y supremacistas negros, blancos, marrones y amarillos; homosexuales, lesbianas, feministas y falocráticos; judíos, cristianos, hindúes y musulmanes, así como grupos profesionales vulnerables y menospreciados (desde policías hasta camioneros), todos los cuales tendrán sus propios periódicos, revistas, radios, televisiones y páginas web, y todos los cuales estarán preocupados, por encima de todo, por sus *derechos*. Estos derechos han de concebirse y defenderse con vehemencia, no sólo en negativo (es decir, el derecho a *no ser* objeto de acoso, violencia o discriminación), sino también en afirmativo (es decir, el derecho a recibir un trato especial en el nombre de errores pasados o presentes, reales o imaginarios), incluido el derecho a un Estado separado.

Dado que prácticamente todo grupo identificable sobre la Tierra ha sido, en un momento o en otro, en mayor o menor medida, víctima de algún otro grupo o simplemente de la historia y la geografía, el clamor pronto será cacofónico y ensordecedor, de forma que no se podrá oír por encima del estruendo ninguna otra llamada a las armas. El objetivo es potenciar la fragmentación, poner de relieve las diferencias con los demás y crear guetos, tengan o no base en la realidad o en la tradición. Al contrario que la opinión generalmente aceptada, la mayoría de las identidades, especialmente las llamadas *étnicas*, tienen raíces históricas poco profundas y casi siempre son de construcción reciente. Por tanto, las identidades se parecen mucho a Dios: aunque no existieran, seguirían siendo muy poderosas; tanto, que la gente matará en su nombre.

La vía más rápida para crear una sensación psicológica de separación fuerte y beligerante es asegurarse de que un número suficiente de miembros del Grupo X son humillados o asesinados por el Grupo Y (o *crean* que lo son). Aun-

que estas tensiones no siempre son fáciles de crear y manipular, el mundo contemporáneo ofrece numerosos ejemplos de diferencias étnicas y religiosas dudosas a las que se ha hecho salir así a la superficie y desarrollarse con fuerza. Se pueden fomentar odios intergrupales duraderos y conflictos continuos mediante el empeoramiento de las tendencias racistas existentes y una serie de provocaciones que garanticen que los grupos sean más receptivos a la violencia.

La política de identidad tiene dos ventajas destacables:

- Primero, hace el trabajo previo para los conflictos internos y las guerras civiles al exacerbar todo tipo de tensiones intracomunitarias. Aun cuando estas tensiones no se intensifiquen hasta convertirse en una guerra, mantienen a los grupos más destacados airadamente centrados entre sí y alejados de los auténticos actores de la escena global que de este modo se hacen prácticamente invisibles.
- Segundo, bloquea la solidaridad y hace muy problemática la oposición a las estrategias que recomendamos; lo que dificulta, cuando no imposibilita, la creación de frentes y alianzas amplios nacionales o internacionales, e impide el recurso a la auténtica política.

En lugar de preguntarse qué puede hacer, la gente deberá centrarse, sobre todo, en quién es. La globalización económica y política puede avanzar sin obstáculos siempre y cuando la gente esté psicológicamente ciega y no exista la correspondiente ciudadanía global para oponerse a ella.

Sólo hay que recordar el exhorto del Manifiesto Comunista: «¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!», o el grito de los estudiantes y trabajadores parisinos en mayo de 1968: «*Nous sommes tous des juifs allemands*» («Todos somos judíos alemanes»), cuando el gobierno trató de censurar al líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit por su religión y su nacionalidad. La situación ideal es aquella en la que los futuros Cohn-Bendits se sientan judíos alemanes (o cualquier otra cosa) y se dediquen a abordar los problemas de ese grupo específico con exclusión de los demás; en lo posible, contra otros grupos nacionales, religiosos o étnicos.

A la inversa, los líderes en potencia que persistan en

estrategias de solidaridad y universalidad, como quienes tratan de practicar un nacionalismo inclusivo, basado en los ciudadanos, deben ser desprestigiados personalmente para que sus vecinos, los estudiantes, los trabajadores o sus colegas dejen de confiar en ellos, sobre todo en razón de su raza, su origen étnico, sus preferencias sexuales o su solvencia económica.

Algunos estudios científicos recientes ofrecen más ideas a este respecto, y han de seguirse atentamente como aplicaciones prácticas del avance del «imperativo de la reducción». En concreto, la teoría del juego y el estudio de los primates contribuyen a explicar cómo y por qué los seres humanos cooperan y viven en sociedades. Las simulaciones por ordenador de ciertas estrategias de juego («ojo por ojo», «cooperador condicional», «desertar siempre», «firme pero justo», etcétera) muestran que se puede inducir una conciliación y cooperación que continúen indefinidamente, o lo contrario: inextricables recriminaciones mutuas que aumentan vertiginosamente, odio y enemistades de sangre. La construcción del pilar psicológico se beneficiará del atento estudio de estas estrategias y de sus resultados.³

Confundiendo en que estos pilares hayan quedado firmemente establecidos, nos ocuparemos a continuación de los elementos concretos de la gran Estrategia de Reducción de la Población.

3. Véase Matt Ridley, *The Origins of Virtue*, Penguin, Harmondsworth, 1996, especialmente los capítulos 3 y 4.

7. Los flagelos

Introducción

El Imperio Romano alcanzó su apogeo en el año 200 d.C., cuando tenía 46 millones de súbditos, incluidos 28 millones de los 36 millones de habitantes que tenía entonces Europa. Italia era el lugar con mayor densidad de población del imperio, con 19 personas por kilómetro cuadrado (la densidad de población actual en Italia es diez veces superior). En los cuatro siglos siguientes, la población de Europa disminuyó en una cuarta parte y se redujo aún más en los países mediterráneos. Este espectacular descenso no fue causado por un cambio climático, una dramática epidemia ni por ninguna otra causa identificable: según dos historiadores de la demografía, «parece como si la sociedad clásica se hubiera ampliado en exceso [...] O, en términos más malthusianos, que la subsistencia no había podido seguir el mismo ritmo que la población».¹

Sean cuales fueren las causas, la civilización romana no sobrevivió mucho tiempo y pronto dio paso a la Alta Edad Media. La producción para la subsistencia se estancó y la población de Europa no recuperó la marca de los 36 millones de habitantes hasta el final del milenio. Entre los años 1000 y 1300 hubo una racha de crecimiento: a principios del siglo XIV, la población europea había alcanzado la cifra sin precedentes de 80 millones de habitantes.

1. Colin McEvedy y Richard Jones, *Atlas of World Population History*, Penguin, Harmondsworth, 1980, p. 21.

Era demasiado bueno para que durase. La Muerte Negra, como la llamaron sus contemporáneos, pronto se ocupó de al menos una cuarta parte de ellos. La Peste Negra acabó con un porcentaje aún mayor de personas en Francia, Italia y los Países Bajos, territorios todos ellos densamente poblados. La recuperación fue seguida de otra caída debida a la devastación producida por la guerra de los Treinta Años.

Lentamente, con la llegada de la Revolución Industrial, la mejora de las dietas y de las condiciones de salubridad básicas, y pese a las guerras, las hambrunas localizadas, las enfermedades y la emigración de 50 millones de almas, la población europea aumentó un 80% entre 1845 y 1914. La Primera Guerra Mundial segó la vida de 8 millones de varones jóvenes; aun así, la población europea creció un 40% desde 1914 hasta 1945. Después de la Segunda Guerra Mundial, se ha estabilizado y de no ser por las poblaciones de inmigrantes procedentes de Turquía y del Norte de África, probablemente estaría disminuyendo en conjunto.

La historia demográfica de China es aún más violenta que la de Europa. Su población alcanzó su máximo nivel de entre 50 y 60 millones de habitantes a mediados del Imperio Han (206 a.C.-220 d.C.), que se mantuvo durante otros mil años. Finalmente, la mejora de las técnicas de cultivo del arroz la permitieron alimentar más bocas y la población aumentó. La peste que asoló China no fue negra, sino mongol. Los Kan, comenzando con Gengis, mataron a tres cuartas partes de la población de las provincias septentrionales y a una tercera parte de la del sur, probablemente 35 millones de chinos en total, una cifra asombrosa para la época. La población se recuperó sólo para caer víctima de los manchúes, que acabaron con la vida de 25 millones de chinos en el siglo XVII y con la de otros 25 millones en el siglo XIX. Los maoístas con su Gran Salto Adelante siguieron un camino ciertamente trillado.

En otras palabras, la reducción de la población mediante la conquista, la guerra, el hambre o las enfermedades no es nada nuevo. La dificultad estriba en mantenerla. En el curso del desarrollo y la propuesta de nuestras recomendaciones, examinaremos estrategias de reducción de la población preventivas y curativas, utilizando en adelante la abreviación ERP. Las ERP preventivas están destinadas a

hacer disminuir las tasas de nacimientos y las curativas, a aumentar las tasas de mortandad.

Aunque las *consecuencias* de las estrategias curativas (aumento de la mortandad) podrían ser más o menos visibles, hacemos hincapié en que debe parecer que no hay ningún organismo concreto tras ellas, sino que se trata de la suerte y las diversas incompetencias de las propias víctimas. Los flagelos tradicionales que una vez controlaron la proliferación de la población —guerras, hambre, enfermedades, terremotos— siguen existiendo, reforzados por otros modernos como las drogas, la delincuencia generalizada y los venenos medioambientales. No nos ocuparemos de los terremotos ni de otros actos de Dios que escapan a la capacidad humana: si se producen, serán beneficiosos, pero no debemos depender de ellos. En cuanto a los flagelos *históricos* de la conquista, la guerra, el hambre y la enfermedad, el mejor guía sigue siendo San Juan, cuya visión apocalíptica continúa resplandeciendo desde las páginas de la *Revelación*, el último libro de la Biblia.

Precisamente porque San Juan no pudo culpar a nadie en concreto de la proliferación de los flagelos, los transformó en metáforas y los personificó en los cuatro jinetes. (La conquista, bien es cierto, tiene un agente: cabe identificar al autor y, aunque de poco le sirva a la víctima, saber si la está matando un mongol o un maoísta.) Los cuatro jinetes nos escoltarán en nuestro viaje en el terreno del *cómo*. Confiamos en haber explicado ya el *porqué* a satisfacción de los solicitantes —pues en caso contrario habremos fracasado— y que éstos también estén convencidos de la necesidad de «podar el exuberante crecimiento de la raza humana».

Los cuatro jinetes del Apocalipsis: una perspectiva contemporánea

I. La conquista

El primer jinete del Apocalipsis «salió como vencedor». Su caballo es blanco y lleva un arco, como los partos, rivales del imperio y terror del mundo romano, maestros en el famoso *disparo parto* realizado por encima del hombro.

El dominio sobre los demás sigue siendo un importante componente de cualquier estrategia de reducción de la po-

blación. Sin embargo, ya no puede aplicarse siguiendo los métodos directos, romanos o partos, de conquista, ocupación e *imperium*. La utilidad de la conquista, llamada colonización en su forma más reciente, ha llegado a su término porque el territorio conquistado y los pueblos colonizados ya no tienen ningún valor práctico ni material.

Aunque puede que antes fuera importante para los conquistadores o colonizadores ocuparse del mantenimiento de estos pueblos por medio de importaciones de alimentos que complementasen la errática producción local y de la promoción de medidas de salud pública, esto ya no es así. Desde hace al menos dos décadas, hacen falta menos trabajadores, pero más cualificados. La superpoblación resultante respecto de las necesidades de la economía mundial no es sólo costosa para el sistema, sino incompatible con los métodos tradicionales de control político y social.

Por eso hemos puesto de relieve la necesidad de una *conquista no tradicional* por medio de la creación de opiniones ideológicas, la transformación de la ética y la imposición de una nueva hegemonía cultural, en el sentido que le daba Gramsci al término. También hemos hecho hincapié en métodos indirectos de dominio mediante el reforzamiento del ajuste estructural, un profundo debilitamiento del Estado y la constitución de un poder ejecutivo internacional fuerte (aunque difuso) que no tenga que rendir cuentas y que coopere estrechamente con las empresas transnacionales. Para reducir la resistencia a los conquistadores de nuestros días, también hemos propugnado el apoyo a las políticas de identidad y al empeoramiento de las tensiones étnicas y comunitarias de otro tipo.

Donde sigan existiendo territorios y actividades locales de utilidad, deberá prevalecer la conquista indirecta y el domino deberá permanecer invisible. Tomemos como ejemplo contrario la presencia pública, innecesariamente destacada, de la compañía petrolera Shell en Nigeria, donde se está envenenando de forma demencial al pueblo ogoni y se ahorca a los activistas anti-Shell en una parodia de la justicia.

Antes de su asesinato judicial en noviembre de 1995, el escritor Ken Saro-Wiwa escribió desde su celda: «La Shell [...] está explotando, vilipendiando y llevando a la extinción al pueblo ogoni desde hace tres decenios. La compa-

ña ha devastado totalmente el medio ambiente y dejado un rastro de miseria humana. Cuando organicé al pueblo ogoni para protestar pacíficamente [...] la compañía invitó al ejército nigeriano a que interviniera [...] Propongo boicotear todos los productos Shell». Millones de personas leyeron y siguieron esa propuesta o aprendieron a asociar «Shell» con «tribunal arbitrario» y «veneno». Shell debería haber creado una compañía de paja local y haber sobornado, empleado y reasentado a la gente, o bien haber puesto fin a las actividades que perjudicaban a su reputación y a la de otras corporaciones transnacionales.

Sentimos escasa simpatía por las empresas que no están dispuestas a hacer el menor sacrificio en aras del bien superior del sistema en el que ellas y otras empresas como ellas pueden florecer. Advertimos de que, a menos que el mundo empresarial cree su propia autoridad interna de vigilancia y aplicación, con poder para tomar medidas contra las empresas transnacionales delincuentes y las infracciones de un código escrito o no escrito, tarde o temprano lo pagará.

La brutalidad es estúpida. El dominado debe ser incapaz de comprender la organización y los métodos de sus amos, y de movilizarse contra ellos. El conquistador que actúa desde una gran distancia respecto de los conquistados no podrá ser víctima de la publicidad, de la subversión ni de los ataques directos.

Sin embargo, nuestra principal preocupación no es el poder del conquistador clásico o moderno para perdonar u oprimir a individuos y sociedades, sino la noción, mucho más general, de *biopoder* o *biopolítica*. El difunto e influyente estudioso francés Michel Foucault fue quien dio origen a este concepto y analizó la transición histórica entre dos formas de dominio muy diferentes.

Foucault distinguía *soberanía* y *biopoder*. La primera se reconoce por su capacidad para imponer disciplina, controlar, castigar y, en caso necesario, eliminar a los individuos. El segundo considera su objeto a la población en general. La biopolítica no se ocupa de personas independientes e identificables con nombre y rostro, sino de pronósticos, estadísticas y medidas globales aplicadas al conjunto. Por tanto, no busca curar la enfermedad ni prolongar la vida de Juan, Pedro o María, sino mejorar la esperanza

de vida. A tal fin, adopta una gran diversidad de normas de higiene; trata de concebir incentivos para fomentar conductas saludables y evitar los accidentes. Estas medidas están dirigidas a la entidad estadística llamada *población*, y no a los individuos que la componen.

La transición desde el dominio de la soberanía al dominio del biopoder se produjo, según Foucault, a principios del siglo XIX, y puede ser ilustrada con las actitudes ante la muerte. En el período inicial, la muerte individual se ritualizaba, era sometida a un ceremonial en el que participaba toda la familia, y a menudo todo el grupo (clan, profesión, corte, etcétera). Bajo el régimen biopolítico, la muerte se convierte en algo intensamente privado, solitario, casi vergonzoso, tabú. La muerte solía señalar el momento en que el individuo dejaba de estar sometido a la soberanía temporal y se convertía en el objeto del juicio de Dios. Al biopoder no le importa nada la muerte: se ocupa sólo de la mortandad.

Las tecnologías que emplean y las instituciones que favorecen los dos tipos de dominio son también diferentes. La acción de la soberanía afecta al cuerpo individual, y lo hace disciplinado, dócil, útil. El biopoder se centra, no en el cuerpo, sino en la masa, e intenta reducir la probabilidad de que se produzcan diversos contratiempos que pueden afectar a la vida en general. La soberanía utiliza instituciones como escuelas, hospitales, cuarteles y fábricas; el biopoder necesita grandes burocracias para administrar la seguridad social y las pensiones de vejez; para hacer cumplir normas de seguridad e higiene. Los nacimientos son atendidos médicamente; los hijos son, por ley, vacunados; la viviendas públicas establecen unas normas, etcétera.²

Por muy útil que resulte la distinción que hace Foucault, muchas de nuestras instituciones siguen estando en un lugar intermedio situado entre la soberanía y el biopoder. La medicina y los hospitales se ocupan tanto de la salud de los individuos como de la del *cuerpo político*. Las empresas siguen necesitando ejercer el control sobre los cuer-

2. Michel Foucault, «Cours du 17 mars 1976» (transcripción de la lección pronunciada por Foucault en su curso en el Collège de France), en *Il faut Défendre la Société*, Gallimard-Seuil, Paris, 1997, especialmente las pp. 219 y siguientes.

pos individuales de sus empleados, pero no lo hacen aplicando los antiguos criterios de Henry Ford de regularidad y previsibilidad para garantizar la eficiencia de la cadena de montaje. Ford era un auténtico *soberano*, y sus métodos incluían la intrusión de los trabajadores sociales en la vida privada de los obreros para buscar hábitos personales deficientes o condiciones de vida que pudieran impedirles recibir el salario diario completo de 5 dólares.

La organización empresarial de hoy día necesita un cuerpo menos sumiso y más flexible. Algunos reconocen expresamente esta necesidad en sus cursos de formación y reciclaje. El *entrenamiento en experiencias* al que recurren actualmente muchas empresas estadounidenses, exige empleados de ambos sexos, de todas las edades y con diversos grados de aptitud física para escalar altos muros o temblorosos postes, caminar sobre un alambre elevado, saltar al vacío colgado de una cuerda que sujeta un compañero o ponerse de pie en una estrecha plataforma que gira con rapidez antes de volver a saltar al vacío. Este último ejercicio se llama la *prueba del pañal* porque, según la empresa que organiza los entrenamientos, «la mayoría de la gente se lo hace encima mientras trata de ponerse de pie».

Quienes sobreviven a estas pruebas aprenden de una forma visceral que deben arriesgarse en lo desconocido y tolerar el miedo, y al mismo tiempo, reconocer su dependencia del apoyo de los compañeros. En la era de los cambios rápidos y de la competencia sin precedentes, el éxito exigirá «abandonar viejas pautas y conductas [...] dar un salto a través de transiciones difíciles y trabajar arduamente en nuevos comienzos». Los empleados deben aprender a encajar en un mundo que ya no es monolítico, jerárquico y burocrático, sino fugaz, fluido y flexible.³

Por nuestra parte, afirmamos que el mundo está entrando en una fase totalmente nueva y que es hora de avanzar un paso más en la distinción que hizo Foucault a mediados de los años setenta. Es imprescindible el cambio a un ter-

3. Emily Martin, *Flexible Bodies: Tracking Immunity in American Culture from the Days of Polio to the Age of AIDS*, Beacon Press, Boston, 1994. Martin es profesora de Antropología en la Universidad de Princeton y participó personalmente en este curso de formación organizado para 22.000 empleados de una de las primeras 500 empresas del mundo.

cer tipo de poder, que vaya más allá tanto de la soberanía como del biopoder. A primera vista podría parecer que está en manos de las empresas; en realidad, se centra en la responsabilidad de cada individuo ante sí mismo.

Con el nuevo régimen, en la esfera individual, las personas deben asumir la responsabilidad y la soberanía de sus propios cuerpos, y *conquistarlos* realmente para alcanzar el éxito y sobrevivir en un mundo competitivo. Si no son flexibles de cuerpo, mente y espíritu, son prescindibles y el mundo les hará comprender rápidamente esta verdad.

En el ámbito social, hay que redefinir el objeto del biopoder y volverlo del revés, por así decir. Seguirá ocupándose de las poblaciones y no de las personas. Pero a medida que el poder institucional deje gradualmente de ser nacional y gravite hacia el plano internacional, el objeto del biopoder ya no será la población nacional, considerada responsabilidad del Estado, sino *la población* en su sentido más general, la totalidad de los habitantes del planeta.

El biopoder y la biopolítica deben centrarse, por tanto, no en la vitalidad, sino en la mortandad; promover, no la reproducción, sino la reducción; buscar, no la longevidad, sino la brevedad. La tarea tiene un alcance histórico, filosófico e incluso metafísico. Hay que transformar la mentalidad que domina en Occidente desde hace dos centurias y convertirla en su reverso, en lo contrario de su antiguo ser. Hay que comprender y acoger la necesidad de la muerte y tratar de impedir la vida.

Sólo podemos describir las necesidades del futuro en los términos del encargo que nos han encomendado los solicitantes del Informe, dándole el alcance y la seriedad que merece. Si este inmenso movimiento filosófico puede darse o no, nosotros no somos quién para decirlo. Sin embargo, aunque el cambio de mentalidad podría ser muy lento, la mentalidad cambia. Hemos sugerido algunas formas para fomentar esta transformación, tanto en el individuo como en la sociedad. Ésta es la Conquista en su sentido más profundo. Y debe seguir siendo el primero de los jinetes si se quiere que los demás triunfen. Ocupémonos ahora de los que vienen detrás de él.

II. La guerra

El segundo jinete cabalga un corcel rojo sangre y empuña una gran espada; es el jefe de los ejércitos. En el Apocalipsis, se le da poder para «quitar la paz a la tierra y hacer que se degüellen unos a otros». ¿Quiénes son los que se degollarán entre sí? A lo largo de la mayor parte de la historia, los soldados han combatido en la guerra y han perecido en ella. En su forma moderna, especialmente en nuestro turbulento siglo, la guerra aniquila a muchos más civiles que soldados. Sólo en los años noventa, tomando el cálculo más conservador, 6 millones de civiles han muerto entre los dos fuegos de casi un centenar de guerras.

Junto con la enfermedad y el hambre, las guerras de destrucción recíproca constituyen, también en el mundo moderno, una estrategia de reducción de la población muy prometedora. El uso de la fuerza externa para «matarlos» ha de considerarse únicamente como último recurso. Hoy no podemos imitar, y mucho menos igualar, a Gengis Kan, y no deberíamos intentarlo siquiera aun en el caso de que pudiéramos hacerlo.

¿Dónde ha de aplicarse esa ERP de «que se degüellen unos a otros»? Sin duda, no en el Norte, o sólo en las zonas más cuidadosamente seleccionadas. Cabe prever que tres cuartas partes de toda la inversión, y la mayor parte de la capacidad productiva del mundo estén concentradas en los países ricos. Fomentar la guerra en estas prósperas regiones sería contraproducente y exigiría unos recursos políticos y materiales desproporcionados.

Pese a las excepciones ocasionales y arcaicas como Bosnia y Kosovo, la perspectiva de una guerra entre dos países europeos o dentro de uno de ellos, o incluso entre Europa occidental y Rusia, es casi tan inconcebible como la de una guerra entre los Estados Unidos y Canadá. Por el contrario, la guerra no está en absoluto desfasada en el Sur ni en las nuevas repúblicas islámicas de la antigua Unión Soviética. Allí puede haber aún una poderosa herramienta para «podar el exuberante crecimiento de la raza humana».

Hacer que «se degüellen unos a otros» requiere tanto armas psicológicas como físicas. Ya hemos hablado de las primeras, especialmente de los medios para definir el yo en *defensa propia*. La política de identidad desencadena la violencia; también reduce la solidaridad con las víctimas

de esa violencia, que se convierten en seres completamente extraños, de una esencia diferente al tú y al yo. La discriminación y la opresión de grupos concretos refuerza su sentido de la identidad y, por ese motivo, hay que alentarlas con discreción. Sentirse víctimas induce a elegir, a su vez, a sus propias víctimas.

Tampoco hay que olvidar una fuerza relativamente reciente que podríamos denominar *patrioterros del correo electrónico, de las remesas o de la diáspora*. Las poblaciones de emigrados poseen con frecuencia mayores recursos materiales que sus antiguos compatriotas. También pueden abrigar sentimientos de culpa por no estar en lo más reñido de la lucha nacionalista o religiosa de su país, y compensarlos promoviendo estrategias extremistas desde la distancia. Este fenómeno afecta a diásporas tan diversas como la de los judíos y los palestinos americanos, los croatas canadienses, los tigres tamiles emigrantes y los fundamentalistas islámicos residentes en Europa. Vale la pena animarlos siempre y cuando limiten estrictamente sus actividades a sus países de origen y no interfieran en la política de sus países de acogida.

Sean cuales fueren los grupos, y vivan en sus propios países o en el extranjero, hay que seguir aumentando lo que está en juego. Hay que dejar claro que no todo el mundo puede beneficiarse de tal o cual recurso, proyecto o inversión. En el mundo pobre, donde se aplicará la mayoría de las estrategias recomendadas, se puede aprovechar para estos fines la continuación del *desarrollo* y de los *proyectos de desarrollo*, tal como se conciben tradicionalmente.

Las personas desplazadas debido a la construcción de grandes pantanos, o privadas de su base de recursos merced a la erosión comercial o ecológica, quedan en una situación desesperada y son fácil presa de los líderes patrioterros, fundamentalistas, nacionalistas o religiosos. Una vez que descubran y forjen sus *identidades*, se las puede enfrentar a otros grupos.

La mayoría de los que vivían en el medio rural morirán en barrios marginales urbanos. La propia superpoblación, que conlleva hacinamiento, es otro estímulo más para el conflicto. Y en muchas grandes ciudades del Tercer Mundo existen condiciones halagüeñas para que el conflicto (así como para el hambre y la enfermedad que se examina-

rán a continuación) haga que sigan el modelo de Beitut, Argel o Colombo, con sustratos étnicos o religiosos.

La aglomeración de personas desempeñó también un papel decisivo en el marco rural del conflicto entre hutus y tutsis de Ruanda, que puede interpretarse en parte como una guerra por los recursos. Como declaró en 1991 el entonces ministro ruandés de Agricultura: «Tenemos una gran presión de población y una productividad agraria en disminución debido a la erosión del suelo [...] podemos producir alimentos suficientes para 5 millones de personas, pero tenemos 7,3 millones [...]» La solución a ese problema aritmético quedó pronto de manifiesto.

Aunque las investigaciones dicen que fomentar la guerra es tarea compleja porque ninguna guerra tiene nunca una sola causa, cabe identificar algunas pautas causales sólidas. Las listas de conflictos del Instituto de Investigación para la Paz de Oslo (PRIO) muestran que en los años noventa han abundado los conflictos armados (98 desde enero de 1990 hasta diciembre de 1996); en su inmensa mayoría son guerras civiles, y no interestatales. Según el PRIO, todos estos conflictos tienen las siguientes características:

- Se desarrollan sobre todo en países pobres donde la agricultura sigue siendo la fuente principal del PIB.
- Los factores medioambientales asociados con más frecuencia al conflicto civil son «la degradación de la tierra [...] la escasez de agua dulce per cápita y la elevada densidad de población», por ese orden.
- Los regímenes políticos más proclives a la guerra son, estadísticamente, los «gobiernos semidemocráticos».
- Existe «una correlación especialmente marcada entre una deuda externa elevada y las probabilidades de que haya una guerra civil».
- «La reducción de los ingresos derivados de la exportación de materias primas está estrechamente asociada al estallido de una guerra civil» (el subrayado es del PRIO).
- La existencia de una enérgica intervención anterior del FMI está también vinculada positivamente a todas las formas de conflicto político y armado. «El número de acuerdos del FMI y una condicionalidad elevada son

cruciales para la incidencia tanto de la protesta política como del conflicto civil».⁴

Estos factores sinérgicos y causales están hechos a la medida de nuestros propósitos. La deuda continúa aumentando. Los precios de las materias primas siguen disminuyendo, dado que los productos exportables de muchos países que compiten entre sí pertenecen a la misma y reducida gama y crean un exceso de oferta en los mercados mundiales. La capacidad adquisitiva de las exportaciones está en plena caída libre; África puede comprar, con sus ingresos por exportaciones, sólo dos terceras partes de lo que podía comprar en 1980. Los exportadores de petróleo, a quienes se suele considerar especialmente prósperos, pueden comprar en los mercados extranjeros sólo el 40% de lo que podían comprar en 1980. Estos exportadores de petróleo son un objetivo especialmente interesante, ya que en su mayoría no pueden diversificar sus productos para la exportación. Recomendamos, por tanto, que se permita que los precios del petróleo disminuyan más aún en relación con los actuales.

El aumento de las deudas y la disminución de los precios provocan demoras parciales o totales en el pago de las primeras, lo que a su vez hace que las condiciones que impone el FMI se endurezcan. Si los factores causales anteriores son ciertos, los conflictos deberán intensificarse ahora. Como concluimos en este Informe, el sudeste asiático está totalmente a merced del FMI, lo que demuestra que ni siquiera los antiguos *tigres* son inmunes. Sus ingentes deudas y densas poblaciones los convierten también en buenos candidatos para las ERP.

Indonesia, por ejemplo, es el cuarto país más poblado del mundo y lleva decenios tratando de ocuparse de un número de habitantes difícil de controlar por medio del programa *Transmigrasi*, que envía colonos a las islas de la periferia. Ahora debe ceñirse a la línea del FMI y no podrá permitirse la financiación de estos programas ni la

4. Instituto de Investigación para la Paz de Oslo (PRIO), *Causes and Dynamics of Conflict Escalation*, informe de un proyecto de investigación, junio de 1997; también Dan Smith (PRIO), *The State of War and Peace Atlas*, Penguin, Nueva York y Harmondsworth, 1997.

corrupción en gran escala que tantas manos untó y tantos engranajes engrasó. Éste es el mismo país donde, en 1965, el ejército asesinó a casi medio millón de personas en pogromos *anticomunistas*, un precedente interesante.

En otros países pobres y populosos, el síndrome de la deuda elevada y de la gran condicionalidad lleva mucho tiempo presente, exacerbando los odios de clase y las divisiones étnicas. Puesto que estos países poco o nada aportan al bienestar global, es precisamente en ellos donde hay que «podar el exuberante crecimiento».

Aunque las instituciones que crean programas de ajuste a menudo defienden de boca hacia fuera los ideales del gobierno democrático, la democracia es en gran medida incompatible con las condiciones que insisten en imponer. El PRIO señala con cautela a los regímenes *semidemocráticos* como característicos de las situaciones de conflicto. Los gobiernos de los países pobres deben aceptar la desregulación de sus mercados y abrir sus puertas a la competencia global, al mismo tiempo que tratar de mantener bajo control a sus poblaciones insatisfechas. Dado que el nivel de vida de la mayoría se deteriora de forma constante, estos gobiernos corren el riesgo de ser derrocados violentamente (no digamos por medio de las urnas). Por tanto, están atrapados en su triple obligación de ser democráticos, aplicar condiciones estrictas y conservar el poder. Esta paradoja podría explicar la marcada correlación que observa el PRIO entre regímenes políticos *semidemocráticos* y guerra civil.

Para nuestros fines, hay que convencer u obligar a los gobiernos a que hagan avanzar los objetivos del control de la población, incluida la eliminación sumaria de sus propios elementos criminales y antisociales y la administración de incentivos para la esterilización y la anticoncepción (que se abordarán más adelante). Siempre que las autoridades locales desempeñen adecuadamente estas funciones, no existirá ninguna necesidad de una injerencia exterior directa ni justificación para ella.

¿Puede aplicarse la estrategia curativa de la guerra sin obstáculos políticos? ¿No intentarán bloquearla los entrometidos gobiernos del Norte o los *humanitarios*? Esta injerencia podría seguir siendo un factor importante en casos aislados, pero en conjunto, los conflictos engendrados por

odios y rivalidades de carácter étnico, subnacional o incluso por motivos étnicos ya no suscitan muchas simpatías en el Norte.

La era de la oposición política fuerte y de los frentes amplios de solidaridad, como los movimientos contra la guerra de Vietnam o de defensa de Chile, Nicaragua o Sudamérica, ha terminado. Al presentar las batallas contemporáneas de los pobres, con sus políticas confusas y sus matanzas aparentemente aleatorias, siempre hay que suponer que se producen entre *bárbaros* y *salvajes*. El *mundo civilizado* debe considerar estos conflictos lamentables, infantiles e insolubles. Así, Occidente estará más cohesionado, lo que constituyó una ventaja adicional.

No obstante, la respuesta del *mundo civilizado* a los conflictos que se desarrollan en el Sur debe centrarse en las misiones humanitarias. Por si esta recomendación pareciera no tener nada que ver, hay que recordar que salvar a 50 personas, preferiblemente ante las cámaras, puede ser un cómodo telón detrás del cual se podría eliminar a 50.000. Estas misiones potencian no sólo la imagen de las víctimas como peles sin remedio incapaces de hacerse cargo de sus asuntos, sino también la de sus países como objetivos adecuados (nadie puede imaginarse a los Estados Unidos o a Alemania como escenario de una misión humanitaria enviada desde el exterior...).

Quizá en el futuro se pueda convencer a las organizaciones humanitarias de que cooperen con programas de control de la natalidad, esterilizaciones y *abortos por el bien de las víctimas*. La tendencia más significativa es la sustitución de la ética de la solidaridad por la ética de la emergencia. La lástima poscolonial por los oprimidos y la piedad por los afligidos, al estilo de la madre Teresa, ha reemplazado casi todos los tipos de política. Los *afligidos* ocupan simbólicamente el mismo plano existencial que los niños o los degenerados mentales. Pero nadie puede oponerse a la ayuda humanitaria sin parecer totalmente cruel. Por tanto, recomendamos que se consolide.

El comercio de armas

Siempre que sea posible, los objetos de la ERP deben seleccionarse a sí mismos y relacionarse entre sí. Esto es partir de la base de que tendrán los recursos físicos para

ello. Quizá los hutus se las arreglen sobre todo con machetes, pero la eliminación cuerpo a cuerpo es ineficiente y torpe. Hay que poner a su total disposición un material más sofisticado.

Una lectura superficial de las cifras muestra que el valor de las transferencias de armas al Tercer Mundo ha caído en picado desde 1989, pues las estadísticas oficiales registran en los años noventa una disminución de más de un 40% en dólares constantes. Estas cifras son engañosas. La disminución del valor del dólar no significa que los conflictos en estos países del Sur hayan disminuido o vayan a disminuir de forma importante, antes bien al contrario. Desde el final de la Guerra Fría, las compras de armas del Tercer Mundo de fuentes oficiales o no oficiales reflejan:

- La necesidad de muchos atribulados gobiernos del Sur de mejorar su seguridad interna y sus capacidades para la contrainsurgencia. Han pasado de comprar equipo de combate externo pesado, como tanques y aviones, a comprar armas de infantería, helicópteros y equipos anti-disturbios, menos costosos, para emplearlos contra sus propios ciudadanos, cada vez más descontentos.
- La nueva capacidad de producción de los proveedores de armas no tradicionales, más pequeñas y baratas, que se han beneficiado de las transferencias de tecnología del pasado. Muchas partes beligerantes, aun cuando estén sometidas a embargos oficiales, pueden satisfacer ahora la mayor parte de sus necesidades militares mucho más cerca de casa.
- Un aumento espectacular del mercado negro de armas y una caída igualmente espectacular de los precios, de modo que un AK-47 que podría haber costado 100 dólares puede comprarse ahora por un precio de entre 30 y 40 dólares en Rusia, o incluso por 8 ó 10 dólares en el mercado negro camboyano. Los mercados negros eran mucho más caros que los legales, pero ya no lo son. Los compradores de armas no necesitan pagar cuantiosos recargos para no ser detectados.

Durante la Guerra Fría, la mayoría de los sistemas armamentísticos eran masivos, caros y se compraban para acumular un arsenal. En marcado contraste con el Pentá-

gono y el ejército soviético de los viejos tiempos, los compradores de armas de hoy adquieren artículos más pequeños y menos sofisticados para uso inmediato. Los Estados Unidos siguen siendo el principal proveedor oficial de material bélico grande y pequeño y es el gran vencedor de la Guerra Fría comercial. Para cantidades relativamente pequeñas, el mercado estadounidense de armas al por menor sigue siendo también el favorito, ya que alberga a cientos de fabricantes de armas e importadores legales y a 285.000 propietarios con licencia. En todo el mundo circulan más de 500 millones de armas pequeñas de todo tipo, más de la mitad de ellas en los Estados Unidos. Rusia ha perdido terreno totalmente en este mercado. En los últimos diez años, los pedidos oficiales llegados del Tercer Mundo han disminuido en más del 80%.

Para alcanzar economías de producción en masa, muchas empresas armamentísticas de otros países están fusionándose, comprando las compañías de la competencia o creando empresas conjuntas y alianzas estratégicas para transferir tecnología militar. Entre los principales beneficiarios figuran la región de los Balcanes, el subcontinente indio y el Asia central, además de Oriente Medio, ya bien armado.

Pese a la tendencia a reducir los arsenales, muchos países del Tercer Mundo están comprando no sólo armas pequeñas, sino armas de destrucción masiva. Los servicios de espionaje estadounidenses sospechan ahora que hay al menos diez países que poseen armas biológicas pese a la prohibición teórica impuesta por la Convención sobre las Armas Biológicas y Tóxicas. Cualquier país que posea biotecnólogos capacitados, centros destinados a la fermentación comercial y una industria farmacéutica, o siquiera la capacidad suficiente para gestionar una fábrica de drogas con suministro exterior, puede producir perfectamente armas biológicas, que ni siquiera hace falta almacenar, pues se pueden hacer con rapidez y a bajo coste en pequeñas fábricas y en función de la demanda. Los sistemas de reparto pueden ir desde los más complejos a los más rudimentarios (especialmente en el caso de terroristas dispuestos a sacrificar sus vidas).

En los mercados no oficiales de armas pequeñas convencionales hay una casta profesional en aumento integra-

da por traficantes de gran habilidad expertos en ocultar envíos, idear rutas de transporte complejas, falsificar documentos y blanquear dinero. Para cantidades mayores de compras que no figuran en los libros de contabilidad, los principales mercados son los de Bangkok, Peshawar, Turquía y varias repúblicas ex soviéticas.

Las autoridades tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados parecen al mismo tiempo reacias e incapaces de frenar cualquier aspecto del lucrativo comercio de armas. No resulta sorprendente que la ONU no haya ido más allá de establecer un inofensivo «registro» voluntario de transferencias de armas convencionales. No prevenimos que vayan a surgir obstáculos importantes para que adquieran armas los gobiernos, los grupos disidentes o las bandas criminales de cualquier país que deseen ocuparse directamente de los asuntos militares. Aunque quizá el comercio de armas haya desplazado a algunas de sus bases, coincidimos con el experto que declara que «seguirá floreciendo en los próximos años, con pocas barreras para que continúe desarrollándose y creciendo».

Siendo así, hay que dejar que la naturaleza siga su curso, y al mismo tiempo dar un discreto empuje a los suministros de armas e inyectar ocasionalmente ayuda económica aquí y allí. Las armas de alta y baja tecnología están propagándose en los países menos desarrollados, algo deseable siempre que las utilicen para enfrentarse entre sí.⁵

La intervención

Pese a su demostrada propensión a «degollarse unos a otros», los bárbaros no siempre nos complacerán del todo en este sentido y, sin duda, no lo harán con todo el alcance necesario. Por otra parte, pueden causarnos aún un gran perjuicio, pues muchas veces estarán llenos de odio hacia la civilización occidental, mejor organizados que antes y

5. Para más información, véanse Michael T. Klare, «The arms trade in the 1990s: Changing patterns, rising dangers», *Third World Quarterly*, Vol. 17, Núm. 5, pp. 857-874, 1996; R. T. Naylor, «Loose cannons: Covert commerce and underground finance in the modern arms black market», *Crime, Law and Social Change*, 22, pp. 1-57, 1995, Kluwer Academic Publishers; William W. Keller, *Arm in Arm: the Political Economy of the Global Arms Trade*, Basic Books, Nueva York, 1995.

equipados con todo lo recaudado por medio de sus variopintas actividades delictivas.

De vez en cuando, las potencias occidentales se verán obligadas a intervenir en sus asuntos y la opinión pública occidental deberá acostumbrarse a esta idea. Aunque tal vez tengamos que seguir combatiendo ocasionalmente contra un Iraq, nuestros principales oponentes serán, en palabras de un analista, «grupos a los que hoy llamamos terroristas, guerrilleros, bandoleros y asaltantes, pero que sin duda encontrarán títulos más formales para autodenominarse».⁶

Algunas guerras del futuro se librarán entre los Estados tradicionales y estos nuevos bárbaros; los caudillos, los barones de la droga y las bandas organizadas de todo tipo que en lo sucesivo *competirán con el Estado-nación*. En ciertos casos, aunque las autoridades tradicionales se nieguen a reconocer los hechos, *ya han sustituido al Estado* o han penetrado tanto en él que ambos son prácticamente indistinguibles. «Cada vez son más los gobiernos que se ven arrollados, dirigidos o sustituidos por una asombrosa diversidad de organizaciones criminales y estructuras innovadoras para controlar la riqueza mediante la violencia y la coacción.»

Estas organizaciones son rápidas, tienen una gran movilidad y hacen caso omiso de las fronteras. «Las fronteras que vemos en los mapas están dejando gradualmente de existir en la realidad.» Los nuevos objetivos de Occidente serán las mafias de ámbito continental, ya sean ucranianas, rusas, albanesas o kosovares, nigerianas o italianas; la Yakuza japonesa o las Tríadas chinas; los carteles de la droga colombianos o mexicanos o simplemente el aproximadamente millón y medio de miembros de bandas estadounidenses.

El creciente poder de estas organizaciones posestatales desafiará al Estado convencional mediante diversos vínculos mercenarios transnacionales. Defenderán cada vez más ambiciones regionales, e incluso mundiales. Habrá menos guerras clásicas, pero serán habituales una violencia mayor y las auténticas amenazas estratégicas.

6. Martin van Creveld, *The Transformation of War*, Nueva York, The Free Press, Nueva York, 1991, p. 197.

Estas amenazas deben hacerse públicas y no ocultarse ni menospreciarse, como suele hacerse tan a menudo hoy. Los gobiernos occidentales yerran cuando fingen que tienen la situación firmemente bajo control. En lugar de restar importancia a los peligros, deberían preparar a sus pueblos para realizar las intervenciones necesarias y, a tal fin, deberían hacer que sus ciudadanos se sientan amenazados.

Condicionar a la opinión pública deberá ser algo relativamente sencillo porque la amenaza es real. Los nuevos bárbaros son cada vez más complejos y no dudarán en usar las armas de destrucción masiva necesarias que puedan tener. Si los autores del atentado contra el World Trade Center hubieran llenado su furgoneta de material radiactivo, el distrito financiero de Nueva York habría tenido que ser cerrado por décadas. Si hubieran escogido agentes tóxicos o biológicos, nadie puede decir qué hecatombe podrían haber causado.

En Occidente estamos deplorablemente mal preparados para enfrentarnos a tales organizaciones posestatales y ejércitos criminales. Tras haber dedicado decenios a desarrollar tecnologías para poner enormes distancias entre nosotros y nuestros posibles enemigos (bombarderos de gran alcance, misiles, etcétera), debemos tomar conciencia del hecho de que los objetivos de combate del siglo XXI estarán en el primer plano. La guerra se parecerá más a *La Iliada* que a Hiroshima.

No necesitamos nuevos bombarderos, submarinos ni tanques, salvo para conservar los empleos de los trabajadores de la industria de la defensa. Sí necesitamos redirigir fondos hacia la auténtica defensa de nuestros intereses y hacia las estrategias que aquí se exponen. Lo trágico es que somos mucho mejores matando a unos centenares de personas situadas a una gran distancia que apuntando de cerca a nuestros auténticos enemigos. «Nuestro actual sistema equivale a castigar al barrio del asesino mientras al asesino lo dejamos escapar.» Permítannos añadir que lo ideal es que el ataque contra el «asesino» parezca proceder de alguno de sus vecinos, para provocar resentimiento y deseos de venganza contra otros bárbaros.

La guerra posmoderna se librará probablemente menos en los desiertos o en otros espacios abiertos que en entornos

urbanos donde el enemigo conoce el terreno y a sus habitantes mucho mejor que nosotros. Ese terreno incluirá los rascacielos-chabola, los túneles, el subterráneo y las alcantarillas; será vertical, mientras que la guerra convencional ha sido casi siempre horizontal. También estará lleno de suciedad y de enfermedades. «Los campos de batalla más probables son los paisajes urbanos donde nadie elimina los residuos humanos, el aire es espantoso y se pudre la humanidad.»

Los estadounidenses, en concreto, se han acostumbrado a que sean las máquinas, y no los hombres, las que hacen el trabajo sucio. Ahora esperan no sufrir ninguna baja en la guerra; pero, en el futuro, el soldado volverá a cobrar toda su importancia. No se puede luchar en el campo de batalla urbano, tomarlo ni conservarlo sin matar soldados.

Incluso el modo de pensar ético de Occidente está mal adaptado para combatir a los previsibles enemigos del futuro. Nuestros tribunales proporcionan sin vacilar protección legal y constitucional a los barones de la droga extranjeros y a otros delincuentes. Nosotros seguimos unas leyes y normas de combate; ellos, no. «Al mundo dejarán de importarle de forma gradual nuestras leyes, costumbres o modales [...] Estamos limitados por un modelo del siglo pasado de lo que hacen los ejércitos, lo que hace la policía, y lo que pueden hacer legalmente los gobiernos. Nuestros oponentes carecen de todo este bagaje.»

Los campos de batalla del futuro no estarán siempre en escenarios extranjeros. Probablemente nos enfrentaremos a los mismos problemas y a la misma falta de preparación en casa. «Un archipiélago de fracasos emerge desde el interior de los Estados Unidos, planteando problemas tan inextricables y concentrados que puede que los medios tradicionales para hacer cumplir la ley sean incapaces de contenerlos.» Las ciudades de otras naciones occidentales no son ni mucho menos inmunes a este cáncer y presencian impotentes la difusión de sus propios archipiélagos de fracasos.⁷

7. Los pasajes entrecomillados proceden de diversos artículos del comandante Ralph Peters, responsable de guerras del futuro, Oficina del Jefe Adjunto del Estado Mayor para la Inteligencia del Ejército de los Estados Unidos. Todos estos artículos fueron publicados en *Parameters*, revista trimestral de la US Army War College, entre 1995 y 1997.

Los estadounidenses adinerados ya han percibido el peligro. Tomando la delantera, se han mudado a 30.000 comunidades con portones y guardias. Hay otros 60.000 enclaves como éstos en los tableros de dibujo para ser construidos antes del año 2005. Pero ni siquiera detrás de sus muros, ni los privilegiados de los Estados Unidos ni otros occidentales podrán escapar de los cepos del conflicto del siglo XXI.

No hacemos conjeturas sobre los vínculos que pueden haber forjado los solicitantes del Informe con los dirigentes de los ejércitos o de las fuerzas de seguridad occidentales. Sin embargo, nos sentimos obligados a aconsejar ciertas estrategias acordes con nuestro mandato general. Ninguna parte del presente Informe es ficción política ni científica. Por el contrario, estamos hablando de la amenaza y del enemigo a los que nos enfrentamos hoy.

El mundo familiar del siglo XIX, integrado por naciones estables sin competidores anárquicos, extraestatales, transestatales ni posestatales, está desapareciendo, probablemente para bien. Nuestros ejércitos deben dejar de prepararse para la guerra con la URSS o para la guerra del golfo Pérsico y tomarse en serio el siglo XXI. También debemos replantearnos los respectivos papeles de la policía y del ejército.

Antes subrayábamos la necesidad de un fuerte poder ejecutivo internacional que sustituya a una ONU desfasada. El modelo de «mantenimiento de la paz» de la ONU ha demostrado una y otra vez su ineficacia; ya es hora de crear un nuevo concepto. Al igual que cualquier poder ejecutivo, el nuevo ejecutivo internacional que aquí se propone deberá estar al mando de una importante fuerza de intervención armada, bien entrenada y bien equipada, preparada para el tipo de misiones de combate que hemos expuesto. Dicha fuerza tendría considerables atractivos: no sólo podría combatir contra la delincuencia y el terrorismo internacionales, haciendo que el mundo sea más seguro para todos (salvo para quienes respaldan las actividades delictivas), sino que también protegería indirectamente al Estado-nación. Para los gobiernos que no han sido aún com-prados o sustituidos por las mafias, éste sería un argumento convincente.

También instamos a los gobiernos occidentales a que consideren la posibilidad de crear y usar *fuerzas privadas de seguridad ofensivas y defensivas* paralelamente a sus ejércitos uniformados regulares. Ya existen embriones de estructuras de este tipo, como, por ejemplo, la empresa sudafricana Executive Outcomes (*Resultados Ejecutivos*). Estas fuerzas han sido comunes a lo largo de la historia; recibían el nombre de mercenarios. No hablamos sólo de guardas de seguridad o de empresas de *alquiler* de policías, sino de auténticas tropas de combate que deberán servir a los objetivos del Estado y no someterse a las entidades privadas. Sus únicos clientes serían los gobiernos, de uno en uno o de forma conjunta. El recurso público a las empresas privadas para disponer de estas fuerzas tendría numerosas ventajas:

- Serían una oportunidad para los jóvenes sin empleo, desafectos, y con frecuencia violentos; les darían disciplina y algo socialmente constructivo que hacer.
- Tendrían que pujar de forma competitiva para obtener sus contratos. Para un gran número de misiones no tradicionales costarían mucho menos que nuestros actuales ejércitos, inflados y sobrequipados.
- No cargarían con el peso de unas leyes restrictivas y de las normas de combate establecidas, sino que podrían realizar su labor con rapidez, limpieza y eficiencia.
- Dado que sus empleados conocerían los riesgos que correrán cuando aceptasen sus bien remunerados puestos, las bajas no atraerían una atención o indignación indebidas de la opinión pública, como ocurre hoy día con la muerte del más modesto de los reclutas.

Puede que unas tropas de combate armadas (a diferencia de una fuerza para el mantenimiento de la paz) al servicio de un poder ejecutivo internacional, y el recurso a las empresas bélicas privadas por parte de los gobiernos parezcan muy distantes, pero estas propuestas no son nada descabelladas y consideramos que se comprenderán con rapidez sus ventajas. El Departamento de Estado estadounidense, por ejemplo, ya ha firmado un contrato multimillonario con la empresa estadounidense Military Professional Resources, Inc. para el entrenamiento de fuerzas

militares de la Federación Bosnio-Croata. Hay que ceñirse fielmente a esta línea de acción hasta que parezca normal o, al menos, hasta que parezca que está dentro del ámbito de los procedimientos operativos normales.

Sin embargo, desde un punto de vista realista, y durante algún tiempo, la mayor parte de los combates militares los librarán los ejércitos estatales tradicionales, cuya responsabilidad será defender la sociedad y la cultura occidentales frente a todos los que lleguen con una actitud hostil. El lúcido oficial antes citado reconoce que: «El papel que desempeñarán en realidad las fuerzas armadas estadounidenses será el de mantener el mundo seguro para nuestra economía y abierto a nuestro asalto cultural. A tal fin, daremos muerte a un gran número de personas».⁸

¿Bebés bárbaros?

Si hay que matar, ¿qué vendrá después? ¿No se limitarán los bárbaros a recuperar el tiempo perdido una vez terminado el conflicto? ¿No producirán después vástagos, rápida y frenéticamente? Debemos ocuparnos un momento de lo que se conoce con el nombre de *síndrome de los nacimientos posconflicto*, que históricamente ha hecho que las tasas de natalidad se disparen en las sociedades que acaban de ser devastadas. Si la población de China pudo recuperarse después de Gengis Kan, ¿cuál podría ser la repercusión última de las ERP contemporáneas?

Los auges de nacimientos reactivos parecen una reliquia de la historia antigua y medieval o de la Segunda Guerra Mundial, con escasa relevancia para el presente. Según datos de la ONU, después de un conflicto se han producido pocos cambios en las tasas de natalidad brutas —salvo en dirección descendente— en países asolados por la guerra tan diversos como Vietnam, Nicaragua, Irán, Iraq, Mozambique, Sudáfrica o incluso (después de un breve repunte) en casos extremos de sociedades que han sufrido un genocidio, como Timor Oriental y Camboya. La excepción es Palestina, donde la población persigue claramente, por motivos políticos, aumentar la natalidad.

8. Comandante Ralph Peters, «Constant Conflict», *Parameters*, verano de 1997, pp. 4-14.

En otros países, parece que, para nuestros propósitos, los conflictos y el comercio de armas tendrán exclusivamente una repercusión positiva.

A continuación nos ocuparemos de otra estrategia de reducción de la población que viene siendo simultáneamente causa y efecto de la guerra: el factor hambre y hambruna.

III. El hambre

El tercer jinete monta un caballo negro, lleva una balanza y una voz dice: «Un litro de trigo por un denario, tres litros de cebada por un denario». La visión que tiene San Juan del hambre es sorprendentemente contemporánea: tanto en la Biblia como en el mundo actual, quién come y quién muere de hambre lo deciden, no los caprichos del tiempo, de la peste, ni siquiera de la guerra, sino la política y el poder adquisitivo. Cuando la voz dice «Un litro de trigo por un denario», sabe que el tráfico resistirá. Para quienes tienen poder para dar órdenes y denarios para pagarla, siempre habrá comida.

Durante la mayor parte de la historia, en todas las sociedades, las crisis alimentarias han sido habituales. En la Europa medieval, una medida de semillas podía producir dos medidas de grano, las cosechas eran exigüas, las reservas se agotaban con facilidad y había hambrunas aproximadamente cada diez o doce años. Aun así, en conjunto, nadie moría de hambre salvo que murieran todos.

En la época moderna, el hambre responde mucho más a las fuerzas del mercado que a escaseces físicas absolutas y rara vez afecta a los acaudalados. Durante la gran hambruna de la patata de 1846-1847 en Irlanda, que mató a cerca de un millón de personas, los grandes propietarios de tierras siguieron exportando alimentos a Gran Bretaña mientras los campesinos pobres morían a su alrededor.

Incluso en las hambrunas clásicas del siglo XX en el Tercer Mundo, como la de Bengala de 1943, que mató a varios millones de personas, las mesas de los ricos siguieron estando repletas. Durante las hambrunas africanas de los años ochenta, no se supo de muertes masivas de burócratas, empresarios y oficiales del ejército... Hoy, tanto en el Norte como en el Sur, haría falta una combinación poco usual de circunstancias —la pérdida total de las cosechas, más una paralización del comercio debida a la guerra o a

una calamidad similar— para reducir a los ricos a la desnutrición, y menos aún a la muerte por hambre.

Lo que nos incumbe aquí es probar el valor del flagelo tradicional del hambre como freno para el aumento de la población. Malthus vio que el único «control» fiable sobre los nacimientos desbocados era el hecho de que la producción de alimentos no mantuviera el ritmo de la reproducción humana. Por nuestra parte, creemos que se puede apuntar el *arma verde* con más precisión que antes, pero que no es la única de la que disponemos. No debe concebirse aisladamente, sino como parte de un arsenal.

Dependiendo de si la comida escasea o abunda, los conflictos que analizábamos antes (y las enfermedades que se examinarán a continuación) se avivarán o se apagarán, se exacerbarán o se atenuarán. Los cuatro jinetes cabalgan juntos, ayudándose mutuamente a pisotear a sus víctimas.

La confusión intelectual y un sentimentalismo alejado de la realidad empañan demasiados debates sobre el hambre y las hambrunas e impregnan la recientísima idea utópica de la *seguridad alimentaria*.⁹ Para empezar, preguntarse —como hacen muchos expertos— si en el futuro «el mundo» puede producir suficientes alimentos para 8.000, 10.000 o 12.000 millones de personas no tiene apenas sentido. Si se paga el precio, y si se tiene suficiente poder político, «el mundo» puede hacerlo casi todo.

La pregunta pertinente se refiere no sólo a los recursos físicos como la tierra, el agua, los aportes agrícolas, las semillas, etcétera, por importantes que sean, sino también al acceso político y económico a los alimentos y a las tierras para cultivarlos, de los países, las clases sociales y los individuos. Abordaremos estos aspectos empleando las categorías económicas tradicionales de oferta y demanda.

9. La *seguridad alimentaria* se define como «el acceso de todas las personas en todo momento a alimentos suficientes para llevar una vida activa y saludable» (Banco Mundial); «Seguridad alimentaria significa que se dispone de alimentos en todo momento, que todas las personas tienen medios para acceder a ellos, que estos alimentos son adecuados desde el punto de vista nutricional en términos de cantidad, calidad y variedad, y aceptables dentro de la cultura correspondiente» (FAO).

La oferta

Recientemente, y en unos cuantos años excepcionales, las cosechas mundiales han alcanzado la marca de 1.900 millones de toneladas de cereales para alimentos. Si se añaden raíces y tubérculos, la producción de cultivos básicos (trigo, maíz, arroz, mijo, sorgo, patata y mandioca) podría ser de hasta 2.500 millones de toneladas, una destacable mejora (de casi el 40%) en relación con 1980. Sin embargo, la tendencia de la producción al aumento constante de las últimas décadas parece, sin embargo, predestinada a invertirse, hasta el punto de que prevemos que en el nuevo milenio habrá una escasez crónica de alimentos.

Pese al bochorno sufrido por anteriores grupos de estudio que pronosticaron la penuria y resultaron errados, asumimos de nuevo el riesgo porque hay una gran cantidad de factores que apuntan hacia esa dirección. Después de años de ir a la par, la antigua verdad malthusiana entra de nuevo en el juego: las tasas de crecimiento de la población superan actualmente los aumentos de la producción alimentaria.

Los remanentes de cereales que van acumulándose son relativamente precarios. La FAO recomienda que se mantengan estables en un 20%, equivalentes a 73 días de consumo mundial. En 1995-1996, después de tres años de disminución de las cosechas, ondeó la bandera roja. Las reservas mundiales se redujeron a 48 días de consumo, el nivel más bajo en 20 años; los precios del trigo y del maíz se dispararon. Las cosechas y las reservas se recuperaron en la temporada 1996-1997 y los precios volvieron a la normalidad. Predecimos que este repunte será temporal, y no una mejora duradera.

Lo más probable es que la producción se estabilice o disminuya, mientras la población sigue aumentando. Por definición, ningún país tiene una oferta ilimitada de tierras, agua, energía, fertilizantes y agricultores. Actualmente, incluso algunos de los más dotados están alcanzando sus límites naturales.

Los límites de la tierra

Los principales productores de cereales del mundo son, por orden descendente, China, los Estados Unidos, la India, Rusia, Indonesia, Francia, Canadá, Brasil, Alemania, Ucrania

y Australia. Salvo quizá en Brasil y en los Estados Unidos, tienen poco margen para ampliar el conjunto de la superficie cultivable. Por el contrario, gran parte de excelentes tierras de cultivo son víctimas constantes de la erosión, la contaminación, la salinización o el adoquinado. Si se quiere que la producción siga aumentando, habrá que exprimir la en su mayor parte de las tierras restantes.

China ha dado pasos gigantescos en los últimos 15 años, aumentando su producción alimentaria en casi un 50%. En 1980, la producción de China fue igual a la de los Estados Unidos; hoy, los chinos producen de nuevo un 50% más que los estadounidenses. Hacen falta casi tres cuartas partes de la población activa para lograr esta proeza, y menos del 3% de los estadounidenses cultivan la tierra.

Ahora China se concentra en industrializarse a una velocidad vertiginosa. Aunque, al igual que los Estados Unidos, puede sustituir el capital artificial con capital humano, dudamos seriamente de que pueda repetir los resultados obtenidos en el pasado reciente en la producción de alimentos, y quizá ni siquiera pueda sostenerlos. En cuanto a otros productores, los Estados Unidos cultivan hoy poco más cereal que en 1980 (en parte, es cierto, debido a las subvenciones para las tierras en barbecho). Los graneros estadounidenses, canadienses y australianos dependen de la lluvia y son sensibles al clima, lo que les pone en una posición precaria en una época de calentamiento global.

Rusia y Ucrania también dependen de la bondad del tiempo y su producción cayó en cuanto desaparecieron las subvenciones soviéticas a las fincas estatales. Los cultivos intensivos de cereales en Europa dependen también en gran medida de las subvenciones, que siguen representando la partida más onerosa del presupuesto de la Comunidad. Los desastres ecológicos en Indonesia y la fatiga de la Revolución Verde¹⁰ en la India reducirán aún más el progreso.

10. Este término genérico se emplea para referirse a las variedades de trigo y arroz de tallo corto y alto rendimiento, y al paquete de aportes industriales (fertilizantes, pesticidas y sistemas de riego) necesario para cultivarlas. Financiadas inicialmente por las fundaciones Rockefeller y Ford, fueron introducidas en los años sesenta y setenta por investigadores asociados a los EE.UU. que trabajaban en zonas políticamente sensibles y con déficit de alimentos, concretamente en la India, México y Filipinas.

En las últimas décadas, buena parte de la mejora de la producción mundial de cereales se ha debido a las variedades de la Revolución Verde, de alto rendimiento y elevados aportes. Algunos expertos afirman que sigue habiendo muchas posibilidades para que se cultiven estas variedades (o semillas genéticamente modificadas) en lugares donde nunca se ha hecho, como en África. En algunos territorios vírgenes, como el cerrado brasileño, puede que las nuevas semillas tolerantes al ácido y resistentes a la sequía hagan que Brasil sea autosuficiente en cereal y tal vez lo conviertan también en exportador.

Los mismos expertos dicen asimismo que se pueden arar nuevas tierras en otros lugares, que el riego o las cosechas dobles o triples en los países más pobres incrementarán los rendimientos. Confían en la tecnología y no ven ningún motivo de alarma, sin observar muchas veces que la deforestación y el pastoreo excesivo exponen las tierras a la erosión, mientras que las cosechas dobles suelen convertirse en sobrecosechas. Todo esto contribuye a que la fertilidad disminuya.

Estas optimistas predicciones pasan por alto varios factores cruciales más. Aunque tal vez los Estados Unidos y Brasil puedan ampliar las zonas de cultivo, la ley de la disminución de los beneficios se aplica aquí igual que en otras partes. Cada unidad extra de producción costará más que la anterior. La poca tierra que quede para ser cultivada en los países más pobres es de calidad relativamente peor y a menudo está situada lejos de los mercados, en zonas que carecen de infraestructuras básicas. Quizá los agricultores que trabajan sus propias tierras estén dispuestos a asentarse en ellas para mejorar su situación, pero si no se hacen costosas inversiones en infraestructura y aportaciones, el cultivo comercial en gran escala parece una apuesta pobre.

Los límites del agua

También se nos dice que el riego puede compensar las pérdidas en otros lugares y elevar la producción como ha hecho en el pasado. Aunque en todo el mundo tan sólo un pequeño 16% de las tierras de cultivo (dos veces y media más que en 1950) son de regadío, estas tierras producen una tercera parte de las cosechas totales de cereales para

alimentos. Sin embargo, el agua dulce es un bien cada vez más escaso, y la competencia, por no decir la guerra abierta para obtenerla, está caldeándose entre las naciones, así como entre usuarios agrícolas, industriales y particulares. Los expertos en técnicas agrícolas suelen ignorar las limitaciones sociológicas y políticas.

Desde un punto de vista físico, el agua dulce está mal repartida entre países y continentes. El riego acapara actualmente casi tres cuartas partes de todo el uso a que se destina el agua dulce. En el Sur, el 90% del agua está destinado a la agricultura. ¿Durante cuánto tiempo puede prevalecer esta pauta desigual de captura de recursos cuando la población del Tercer Mundo está emigrando en masa a las ciudades?

En el medio rural chino, pese a su situación desproporcionadamente favorecida, decenas de millones de campesinos de las provincias del norte ya sufren crisis crónicas de agua. Esta escasez de agua para la agricultura, presente o en potencia, a duras penas se limita a China, aunque los chinos se han visto obligados a eliminar al menos un millón de hectáreas de tierras de regadío de la producción. Otros países, desde México hasta Argelia, están afectados de forma similar. El derroche y la mala gestión contribuyen de forma notable a la escasez, pero los límites físicos absolutos pesan aún más.

Los acuíferos se están secando. El agua fósil que existe bajo las grandes llanuras de los Estados Unidos ya está casi agotada. Tierras antes fértiles en Texas, Israel y la India han sido abandonadas por falta de aguas subterráneas. En la antigua URSS, donde se desecó el mar de Aral para regar los campos de algodón, casi tres millones de hectáreas se han convertido en un desierto de sal y ya no sirven para el cultivo.

Los gobiernos tendrán problemas para justificar planes despilfarradores de riego cuando cientos de millones de habitantes de las ciudades carezcan de agua potable. La mayor parte del riego es ineficiente y caro, y los cultivos absorben en realidad poco más de una tercera parte del agua. Aun cuando los sistemas de riego siguieran teniendo agua de sobra, su mantenimiento es caro y exige prestar una constante atención a canales y pantanos llenos de lodo.

Desde el fracaso del mar de Aral hasta las numerosas

zonas de la India sometidas a la Revolución Verde, antes de alto rendimiento, la acumulación de sal es común y destruye la fertilidad. En el Sahel, a instancias del Banco Mundial, se han privatizado a precios de saldo tierras que antes se cuidaban en propiedad comunal. La tierra barata, la proximidad de los ríos y la facilidad de obtener un crédito para cultivar arroz con riego han atraído a quienes quieren enriquecerse con rapidez, que utilizan sistemas de riego improvisados y sin canalizar que pueden echar a perder decenas de miles de hectáreas en una o dos temporadas. En pocas palabras, la Revolución Verde parece haberse vuelto marrón y el calentamiento global podría marchitarla más aún.

En cuanto a otros aportes clave, los residuos líquidos de fertilizantes y pesticidas ya están envenenando los suministros de agua potable de muchas regiones del Norte, lo que agudiza más el conflicto entre el uso de agua para fines agrarios y no agrarios.

Los límites del dinero

Las poderosas fuerzas económicas y sociales también limitan la oferta. La propiedad de la tierra, al igual que la propiedad de otros bienes, está muy concentrada en las manos de un puñado de terratenientes acaudalados y ello se ha exacerbado en la última generación, pues la Revolución Verde ha enriquecido a los que ya eran ricos. Los pobres no tienen acceso a la tierra y no podrían intensificar el cultivo aunque estuvieran dispuestos a trabajar más.

Las semillas mejoradas y las tecnologías necesarias para mejorar la producción de alimentos no van a regalarse. Como ocurrió con la inicial Revolución Verde, las nuevas prácticas agrarias serán costosas y sólo podrán disponer de ellas los agricultores en mejor posición económica. Estas técnicas deben difundirse por medio de complejas redes institucionales difíciles de crear y sostener en épocas de austeridad nacional. Incluso si mejorase la producción *per se*, unas tecnologías más caras producirán necesariamente unos alimentos más caros.

Los países con una gran deuda externa no tienen fondos para invertir en el costoso desarrollo de nuevas tierras ni pueden subvencionar los tipos de programas de extensión agraria y mejora de la tecnología que podrían ayudar

a los agricultores tradicionales a producir más. La investigación y el desarrollo agrarios fueron responsables de la mayor parte de las mejoras en el rendimiento en el mundo de posguerra, pero la financiación de la investigación y del desarrollo, que aumentó en un 7% anual en la década de 1970, se ha estancado en la de 1990.

Por todas estas razones, prevemos limitaciones severas, múltiples y que se reforzarán a sí mismas en la oferta, que irán acompañadas de la intensificación de los conflictos por la tierra y el agua. Puede que los optimistas tengan razón al pensar que, en conjunto, la oferta mundial de alimentos puede mantener el ritmo de la demanda de alimentos *expresado en dinero*. Pero dinero es precisamente lo que no tienen los pobres. Tienen necesidades, acaso tengan hambre, pero el mercado es sordo a ese tipo de *demanda*. Estudiemos ahora este aspecto de la ecuación mundial de los alimentos.

La demanda

¿Puede «el mundo» alimentar a su población actual de 6.000 millones de habitantes con las cosechas actuales? Esta pregunta es también vana porque todo depende de lo que se entienda por *alimentar*. Si significa que la producción se divide de forma que todos reciben una ración vegetariana idéntica, compuesta por cereales o tubérculos, con un mínimo de proteínas procedentes de guisantes, judías y legumbres y por un total apenas suficiente de 2.350 calorías diarias, entonces la respuesta es «sí». En circunstancias de absoluta igualdad y de voluntad universal de consumir una dieta básica, monótona y apenas suficiente para vivir, «el mundo» puede alimentar a su población actual y a unos cuantos habitantes más.¹¹

Si, por el contrario, significa que una cuarta parte de la dieta de cada habitante procede de productos animales (que son *calorías concentradas*) y que las personas también pueden consumir diversas frutas, verduras y aceites (y, desde

11. Un adulto que consume menos de 2.700 calorías al día no está desnutrido en términos absolutos, pero según la mayoría de los cálculos nutricionales, seguirá estando sujeto a enfermedades o deficiencias graves. Por encima de las 2.700 calorías, se puede llevar una vida *normal*; el trabajo manual pesado exige hasta 4.500 calorías al día.

nuestra privilegiada posición, añadiríamos vinos y cervezas), entonces la respuesta es rotundamente «no». En ese caso, partiendo de la base de las cosechas actuales, «el mundo» sólo puede alimentar a algo más de 3.000 millones de personas, aproximadamente la mitad de las que viven en la actualidad. Sea cual fuere la hipótesis, es puramente académico proceder como si la oferta de alimentos siempre se repartiera por igual y como si quienes pueden permitirse un régimen más satisfactorio se contentasen nada más que con pequeñas porciones de cereales y legumbres básicas.

No nos ocupamos aquí de la necesidad biológica, o lo hacemos sólo en cuanto que el hecho de no satisfacerla puede contribuir a que se eleve la mortandad. La demanda de alimentos ha de examinarse estrictamente a la luz de la capacidad adquisitiva, ya que los alimentos son un artículo como cualquier otro. Quienes pueden permitirse comer lo que quieren rara vez son vegetarianos. Desde el punto de vista estadístico, no lo son nunca. En todas las sociedades, en todas las épocas, cuando se dispone de ingresos extraordinarios, éstos se dedican a mejorar la dieta. Cuando los más acomodados formulan su demanda, en dinero contante y sonante, de más productos animales, la oferta sigue a esa demanda.

Las tierras cultivables se convierten entonces en tierras de pastoreo. Pese a la presencia de un gran número de personas hambrientas y desnutridas en muchos países, el dominio sobre los alimentos de los más prósperos hace que los cultivos destinados a pienso desplacen a los de alimentos básicos: el sorgo para el ganado sustituye al maíz para las personas en México, la soja sustituye a las judías en Brasil, se siembra mandioca en lugar de arroz en Tailandia, y así sucesivamente.

Estos cultivos se exportan a menudo como pienso destinado al ganado del Norte. Los cambios en el uso de la tierra reflejan directamente los conflictos por los alimentos entre los consumidores más ricos y los más pobres, con independencia del lugar donde vivan. Los pobres pierden por partida doble: no sólo no pueden permitirse consumir productos animales, sino que el precio de sus propios alimentos básicos sube a medida que disminuye su superficie de producción.

Los moralistas actúan como si todos *debieran* comer la misma dieta básica y aburrida para tener en cuenta de algún modo a los pobres. Virtuosos y autoproclamados portavoces disfrutan apuntando con sus dedos acusadores a las mascotas occidentales, que comen mejor que muchos seres humanos. Y esto es así porque sus amos son libres de gastar sus ingresos como mejor les parezca.

El argumento de los perros y los gatos es una variación del tema de denunciar las *lujosas* exportaciones de comida de países pobres y *hambrientos* para las ricas mesas del Norte. A nadie sorprende que nunca se haya demostrado de qué forma la reducción del número de perros y gatos o de fresas y aguacates en diciembre podría proporcionar una sola comida decente para el estómago de una sola persona desposeída que careciera de medios para pagarla.

Comercio de alimentos y ayuda alimentaria

En cuanto al conjunto de la demanda de fuentes solventes, las importaciones comerciales de cereales han permanecido notablemente estables durante más de un decenio en alrededor de 200 millones de toneladas al año. Para los países que sufren déficits e incapaces económicamente de adquirir suficientes cereales en los mercados comerciales, la ayuda alimentaria en la década de 1990 ha sido relativamente generosa (entre 10 y 15 millones de toneladas al año).

Creemos que estos factores deben cambiar. Las importaciones comerciales que realizan países solventes con déficit de alimentos aumentarán, mientras que la ayuda alimentaria siempre disminuye a medida que aumenta la oferta. El récord de la ayuda alimentaria se alcanzó en el abundante año de 1993, cuando se regalaron o se vendieron exentos de impuestos 16,8 millones de toneladas en todo el mundo.

Sin embargo, en 1996-1997, las cosechas menos abundantes habían hecho que la ayuda alimentaria cayera a 7,5 millones de toneladas, una cuarta parte menos que el año anterior y una señal de lo que iba a venir. Según el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, si se consideran sus necesidades básicas de nutrición, 65 países en los que vive aproximadamente la mitad de la población mundial necesitan ya 22 millones de toneladas de ayuda alimentaria.

China es, una vez más, un factor crucial en la ecuación. Resulta inquietante que, pese a ser el mayor productor de cereales del mundo, sea ya el segundo importador; sólo por detrás de Japón. Corea, Egipto, Brasil y México van a continuación de estos dos clientes asiáticos: todos tienen ahora problemas económicos. Lester Brown, uno de los más conocidos malthusianos de nuestros días, argumenta de forma contundente y creíble que China se convertirá en el mayor actor desestabilizador en la escena alimentaria mundial.

Algunas de las imágenes de Brown son sorprendentes: si China quiere alcanzar su meta oficial de aumentar el consumo de huevos anual de 100 a 200 por persona, necesitará 1.300 millones de gallinas que engullirán el equivalente a toda la producción de cereales de Australia (alrededor de 26 millones de toneladas). Si cada chino adulto se bebe sólo tres cervezas más al año, la cuenta del bar será un millón de toneladas más de cereal.¹²

Por tanto, el impacto de la mejora de la dieta china será tremendo para el resto del mundo. Dado que China cambió oficialmente su política agraria en 1978 «de un sistema de responsabilidad colectiva a uno de responsabilidad familiar», el progreso del país ha sido espectacular. La ley de que el aumento de la riqueza va seguido inexorablemente del aumento del consumo de productos de origen animal se aplica a China al cien por cien. Entre 1978 y 1992, el consumo de carne de cerdo per cápita se multiplicó casi por dos y medio, pese al aumento de la población en 200 millones de habitantes. Otros artículos alimentarios para personas acomodadas han registrado un aumento similar de la demanda.

China también ha decidido, desastrosamente en nuestra opinión, desarrollar un sistema de transportes basado en el automóvil. Millones de hectáreas de tierras de cultivo están destinados a convertirse en autopistas y aparcamientos. En el sur, donde la industrialización avanza con rapidez, ya se están perdiendo enormes superficies fértiles que producían regularmente dos o tres cosechas al año a

12. Lester Brown, *Who Will Feed China? Wake-up call for a small planet*. Earthscan Publications, Londres, 1996.

manos de la urbanización y la contaminación, probablemente a un ritmo de un millón de hectáreas al año.

Así pues, no es probable que China siga siendo autosuficiente en alimentos. Pero es sumamente solvente y puede permitirse, con los precios actuales, importar la cantidad de cereal que pueda necesitar. Lester Brown ofrece otra sorprendente comparación: el superávit comercial de China sólo respecto de los Estados Unidos —30.000 millones de dólares en 1994— le habría permitido comprar *todo el grano de los mercados mundiales de ese año*. Las reservas de efectivo y las necesidades de importación en potencia de China son precisamente el problema para otros clientes necesitados.

Se prevé que la demanda de cereales de China aumente en un tercio entre la actualidad y el 2020, pasando de 450 millones de toneladas a 594. Debido a las mejoras en la dieta, el 40% de esa demanda será de cereal para fabricar pienso. Se espera que China, que sólo importó tres millones de toneladas de cereales en 1991, importe 40 millones de toneladas en el 2000, antes de estabilizarse en alrededor de 43 millones en el 2010, o eso dicen los expertos (dos chinos y un estadounidense) que informan a la OCDE.

Dependiendo de numerosas variables, como el tiempo, la introducción de variedades de alto rendimiento, una conversión más o menos eficiente de pienso en carne, las tasas de urbanización, la velocidad del cambio de la dieta y el crecimiento de la población, estas proyecciones podrían ser demasiado bajas o demasiado altas. Aun así, indican la tendencia. La defensa nacional y la ideología también exigen que el gobierno chino vigile estrechamente el equilibrio entre autosuficiencia e importaciones.¹³

He aquí, pues, un enorme y poderoso país sometido a un desarrollo industrial rápido y que ya tiene una clase media importante. ¿Tratará de satisfacer a sus propios consumidores pese a los costes económicos o humanos que ello supondría para otras personas que viven al otro lado de sus fronteras? China tendrá una temible capacidad para afectar a las reservas y a los precios mundiales de grano.

13. Justin Yifu Lin, Jikun Huang y Scott Rozelle, «China's Food Economy: Fast Performance and Future Trends», OCDE, París, 1996, Capítulo 8.

Si, tal como prevemos, la demanda de China hace subir los precios a medio plazo, el aumento podría ser oneroso, incluso catastrófico, para algunos de los principales aliados de Occidente. Las necesidades de importación de alimentos de Japón se han estabilizado, pero no van a disminuir. Los principales compradores, como Corea y México, son ahora miembros de la OCDE; ambos son víctimas de la crisis económica y Occidente no puede permitirse el lujo de abandonarlos. Egipto, otro gran importador, es la clave para la estabilidad en Oriente Medio. Con la posible excepción de Corea, cuya capacidad adquisitiva se ha visto muy mermada por la devaluación, se prevé que la demanda comercial de todos estos importadores de alimentos aumente a medida que lo haga su población.

Al igual que cualquier otra producción, la producción de cereales responde lógicamente a las señales del mercado. Pero incluso con mejores precios, no existen garantías de que la oferta mundial pueda aumentar para satisfacer una demanda enormemente superior. Otro factor de desestabilización, que pasa casi desapercibido, es la emigración del campo a la ciudad. Se puede convertir a un campesino en un obrero; pero no se puede convertir a un obrero en un campesino. Salvo en algunas zonas de África, una vez que un campesino se ha convertido en un habitante de la ciudad, no regresa al campo y, si lo intenta, se encontrará con que su lugar ya ha sido ocupado.

También se puede sustituir la mano de obra con capital. Por eso menos del 3% de los estadounidenses sigue cultivando la tierra. Pero los países deben tener primero dinero en efectivo para invertir en maquinaria y abonos.

Prevemos un aumento de la demanda y un acaparamiento de la oferta por los clientes solventes, lo que se traducirá en una subida de los precios y en la creación de nuevas tensiones entre los países poseedores y los desposeídos, y entre los incluidos y los excluidos dentro de cada sociedad.

Soluciones y recomendaciones

Estas tendencias de la oferta y de la demanda son casi totalmente favorables a nuestros fines. ¿Dónde hace falta realzar un esfuerzo extraordinario en términos de ERP?

La erosión, la salinización, la contaminación y la urbanización continuarán por sí solas. Sostenerlas y fomentarlas

las exigirá poco más que las políticas y sangrías económicas actuales (incluida la deuda y el pago de la deuda) para que contribuyan a limitar la oferta de alimentos y a subir los precios.

La monopolización del mercado por un puñado de compradores solventes como China y Japón servirá también a los objetivos de la escasez y de la subida de los precios de los alimentos. Habida cuenta del libre mercado y de la capacidad de estos clientes de pago de cubrir económicamente sus necesidades de alimentos, no podemos decir con exactitud dónde podrán concentrarse las víctimas del hambre salvo que encajarán en nuestro principal grupo-objetivo de personas superfluas en los países pobres.

Pese a la existencia de los factores que frenan la producción de alimentos, hay ciertas políticas que podrían fomentarla. Recomendamos que los solicitantes del Informe se concentren en bloquear estas vías.

Prevención de remedios

A pesar de la limitación de tierras, agua y capital, existe un recurso alimentario oculto que tiene un auténtico potencial para mejorar a bajo coste la oferta agraria. Las pérdidas de cereales y de otros alimentos que se producen después de la cosecha equivalen actualmente a entre el 8 y el 25% del producto total cosechado, dependiendo del país y del clima. Enormes cantidades se echan a perder debido al uso de técnicas precarias de almacenamiento incapaces de hacer frente a los ataques de hongos, insectos, roedores y otras plagas.

Cuanto más centralizado sea el almacenamiento, más aumentan las oportunidades de que se produzcan pérdidas. Los proyectos de desarrollo y las transferencias de tecnología agrícola a países dependientes deben tratar de reducir el almacenamiento local en pueblos y fincas en favor del uso de instalaciones grandes, centralizadas, ubicadas en las ciudades, donde las infestaciones pueden propagarse con más rapidez y causar más daños. La reducción de reservas intermedias también contribuye al alza de los precios y a limitar el acceso a los alimentos. La reducción drástica de las pérdidas posteriores a la cosecha sería sumamente rentable, por lo que deberá impedirse.

La segunda propuesta que podría mejorar el acceso a los alimentos de un número significativo de personas es política, es decir, la reforma agraria y el apoyo a los pequeños agricultores, especialmente a las agricultoras. Esta contraestrategia es menos amenazadora para las ERP que hace algunas décadas, pues la mayoría de los gobiernos ya ha optado por eliminar los planes del tipo de la Revolución Verde para favorecer a los agricultores comerciales políticamente influyentes y las zonas más dotadas. Los donantes, por sus propios motivos, han propiciado también estas políticas, de forma que los pequeños agricultores sufren actualmente más desventajas que nunca.

Mientras que la reforma agraria fue una cuestión viva en muchos países hace dos o tres decenios, vemos poco peligro de que se reavive ahora. No sólo hay menos campesinos, sino que la capacidad política del campesinado para resistirse a las fuerzas del mercado ha disminuido significativamente. Los gobiernos han aprendido a respetar las estrictas normas del ajuste estructural y ahora someten a la agricultura a las mismas políticas liberales que a cualquier otro sector.

Por ejemplo, en Egipto, una ley recién promulgada anula las medidas de reforma agraria de décadas anteriores para que las rentas se determinen de nuevo en función del mercado y los propietarios puedan expulsar a voluntad a los arrendatarios que una vez gozaron de una tenencia sin límites e incluso hereditaria.

La reforma agraria mexicana quedó consagrada en el sacrosanto artículo 27 de la Constitución, que creó los ejidos o tierras comunitarias con derechos de uso individuales. Ahora el artículo 27 se ha *reformado* dentro del conjunto de medidas destinadas a respaldar el Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA). La Constitución adaptada permite la privatización y la propiedad extranjera de los ejidos y ha abierto las cooperativas y las tierras comunitarias a las mismas fuerzas del mercado que cualquier otra propiedad inmobiliaria. Los efectos están empezando a extenderse: en 1995, la producción de maíz básico se había estancado y México importó la cantidad récord de 10 millones de toneladas de cereales, más de una cuarta parte de su consumo anual.

Algunos movimientos de oposición como la tan ideal-

zada rebelión de Chiapas en México se niegan a aceptar estas duras realidades. Tendemos a ver estas protestas como la última boqueada y no como una recuperación de energías. Los agricultores deben competir en el mercado como cualquier otra persona. Ya existen casi todos los instrumentos legales necesarios para facilitar esta competencia; la mayoría de los gobiernos sufren presiones para liberalizar el comercio de alimentos y abrir sus mercados a importaciones (momentáneamente) baratas. En cualquier caso, estos gobiernos prefieren ver a sus agricultores produciendo valiosas cosechas para la exportación y no materias primas para hacer tortillas.

Siempre que se mantengan estas condiciones, la concentración de la tierra y la invisibilidad de los pequeños agricultores deberán seguir estando a la orden del día. Tanto mejor, pues estos *agricultores invisibles* son los únicos actores que, con apoyo técnico y político, podrían aumentar de forma significativa el rendimiento y la disponibilidad de alimentos locales.

Desde un punto de vista ideológico, si es que surge el debate, la reforma agraria debe presentarse como una cuestión de antaño, reemplazada ahora por la eficiencia de la industria agropecuaria. Hay que rechazar la agricultura campesina y sus técnicas como algo anticuado y en desuso. Pero, ¿qué técnicas son, exactamente, modernas? Esta cuestión nos lleva a la importante y en gran parte incomprendida área de la biotecnología y de las cosechas manipuladas genéticamente respecto de las cuales propugnamos un punto de vista posiblemente poco grato.

La caja de Pandora

Muchos observadores y numerosas empresas transnacionales químicas, farmacéuticas y de semillas promocionan el uso de la biotecnología y de la ingeniería genética como la última panacea para combatir el hambre en el mundo. Queremos manifestar todo nuestro apoyo a los cultivos creados gracias a la ingeniería biológica *siempre que estas plantas se cultiven exclusivamente en el Sur, donde el objetivo es reducir la disponibilidad de alimentos y aumentar el hambre y la hambruna como freno de la población*. Hasta ahora, se viene aplicando justo la estrategia contraria: las cosechas genéticamente modificadas se extienden con ra-

pidez en el Norte, pero se consideran «demasiado sofisticadas» o «demasiado caras» para usar en el Sur.

A riesgo de incurrir en el desagrado de los solicitantes, que podrían tener lazos con las industrias participantes, no podemos aprobar los intereses estrechos y a corto plazo de una parte de la comunidad empresarial transnacional, pues consideramos que actúan contra los intereses superiores del sistema económico globalizado.

Pese a las limitaciones de espacio, que nos impiden hacer un análisis completo de la bibliografía científica relativa a la biotecnología y a las plantas modificadas genéticamente, trataremos de justificar esta postura en síntesis. Sin embargo, los datos a los que nos hemos visto enfrentados nos han convencido de que la ingeniería genética vegetal fracasará, con independencia de lo que digan los científicos de las compañías.

Estas plantas modificadas pueden ser, sí, armas eficientes, pero *contra quienes las empleen*. Los experimentos de laboratorio *in vitro* y los limitados ensayos realizados sobre el terreno no pueden reproducir las complejidades del medio ambiente *in vivo* ni sustituirlas. No sólo vemos riesgos, sino *efectos secundarios* futuros tan graves que superarán con creces cualquier beneficio que se pueda obtener del uso de estas variedades.

La tolerancia a los herbicidas lograda por modificación genética de las plantas (la característica que permite fumigar campos enteros en cualquier momento del ciclo de crecimiento, matando teóricamente las malas hierbas y dejando intacto el valioso cultivo) producirá con rapidez una resistencia a las plagas y a las *super malas hierbas*. En 1993-1994, la tolerancia a los herbicidas fue la característica de la planta que se probó en el 36% de los ensayos realizados en campos.

Una *mala hierba* (que en diferentes circunstancias podría ser una buena hierba) expuesta reiteradamente a un herbicida determinado desarrollará una tolerancia hacia ese producto, por lo que harán falta dosis cada vez más elevadas para controlarla. La fumigación constante dejará residuos químicos crecientes en el suelo y en las cosechas. Y es sabido que los herbicidas reducen la fertilidad del suelo, matan las lombrices de tierra y los insectos beneficiosos y contaminan el agua.

Las plantas modificadas biológicamente que liberan sus propios insecticidas en lugar de tolerar el herbicida Marca X (el 32% de los ensayos de campo realizados en 1993-1994 fueron para probar esta característica) son el equivalente en el reino vegetal de un fumigador permanente de productos químicos. Estas plantas pueden matar en última instancia a una gran diversidad de organismos, incluidos los útiles. Las toxinas que emiten pueden sobrevivir en el suelo durante largos períodos y siguen siendo potentes varios meses después de recogida la cosecha. Esto significa que los insectos también se verán expuestos a ellos durante toda su vida.

La exposición constante crea fuertes presiones de selección a los *superbichos* resistentes a las toxinas, que podrían comenzar a alimentarse de otros cultivos distintos de aquel del que se alimentaban en exclusiva originalmente. Según su propio fabricante (Monsanto), una planta de algodón modificada genéticamente que libera un insecticida, que se ha sembrado ampliamente en el sur de los Estados Unidos, mata al 80% de los gusanos que se comen las cápsulas de algodón. Pero, como señala un científico, «el 80% de mortandad es exactamente lo que utilizan los investigadores cuando quieren producir insectos resistentes».¹⁴

Hubo un tiempo en que los científicos creían que eran imposibles las transferencias de genes entre especies distintas; ahora se sabe que son habituales. Los genes no son permanentes, así que los efectos de la resistencia podrían propagarse a una gran diversidad de organismos: plantas, animales, y no resulta inconcebible que también en los seres humanos. Los genes viajeros, cruzados con *super malas hierbas*, podrían producir híbridos invasivos. Una vez que un gen ha escapado a un entorno mayor, no puede ser atrapado de nuevo. De modo similar, las plantas criadas para resistir determinados virus pueden provocar el desarrollo, mediante recombinación, de nuevos virus más virulentos que los que se dan de forma natural.

14. J. L. Fox citando al profesor Fred Gould en «Bt cotton infestations renew resistance concerns», *Nature Biotechnology*, 14 de septiembre de 1996, p. 1.070.

Antes de que ponerlo en circulación general, se descubrió casualmente que una bacteria «perjudicial» (la *klebsiella planticola*) cuando es modificada genéticamente, provoca cambios imprevistos en los ecosistemas del suelo. La bacteria fomentaba la reproducción explosiva de nematodos que podían destruir semillas. Por fortuna, en este caso, los ensayos de campo se realizaron sólo en terrenos experimentales.

Ya se ha conseguido una variedad de maíz resistente a los antibióticos; no se sabe aún si esta resistencia puede transmitirse a otros organismos de la cadena alimentaria, incluidos los seres humanos. Los conocimientos actuales sobre los sistemas ecológicos y efectos secundarios no deseados son aún rudimentarios.

En nuestra opinión, las consecuencias no deseadas de las plantas modificadas por ingeniería genética son una cuestión de *cuándo* se producirán y no de *si* llegarán a producirse o no. Aunque muchas de estas plantas ya han escapado y aunque muchos científicos de empresas mostrarán su contundente desacuerdo, instamos a que los cultivos modificados por ingeniería genética, si es que son necesarios, se limiten a países pobres y populosos, pues en caso contrario serán ellos los que se rían los últimos.

Los caminos menos concurridos

Entre otras ERP basadas en los alimentos y el hambre, haremos hincapié en las siguientes:

- *Una mayor liberalización del comercio.* El libre comercio agrícola sitúa a los agricultores del Tercer Mundo, más pobres y débiles, en una competencia mucho más directa con sus homólogos, sumamente mecanizados, del Norte. Además, éstos, pese a las normas internacionales, probablemente continuarán recibiendo subvenciones, encubiertas o no. En unos años, las grandes cantidades de cereales importados a bajo precio en los mercados locales borrarán del mapa a numerosos pequeños propietarios en situación límite y vulnerables.
- *Las técnicas agrícolas modernas y la reducción de la diversidad de cultivos.* Hay que contrarrestar la tendencia de los pequeños agricultores a guardar semillas a fin de garantizar la diversidad genética, si es necesario

proporcionando semillas modernas y genéticamente uniformes a un precio inferior al de su coste o incluso gratuitamente. Las plagas se desarrollan con más fuerza en circunstancias de homogeneidad, y los monocultivos son más susceptibles a las enfermedades que los cultivos mixtos o intercalares. La agricultura para la exportación se basa casi siempre en la uniformidad; hay que forzar que los cultivos de alimentos sigan los mismos patrones.

- *Potenciación de la Revolución Verde.* Las técnicas de la Revolución Verde aumentan inicialmente la producción, pero exigen comprar semillas y aportes manufacturados que normalmente están fuera del alcance de los agricultores más pequeños y pobres. También se les puede disuadir con rentas más elevadas, la cancelación de la tenencia y otras medidas contra la reforma agraria.
- *La ayuda alimentaria,* aunque está disminuyendo, puede seguir empleándose con buenos resultados si se comprende bien la cuestión fundamental de la programación. La ayuda alimentaria debe llegar justo antes de la recogida de las cosechas locales o coincidir con ella. Incluso si estas cosechas son más pequeñas que lo previsto, la llegada de una cantidad importante de alimentos extranjeros hará que los precios locales caigan por debajo del nivel remunerativo para los agricultores locales. Se puede contratar a organizaciones benéficas para que ayuden en la distribución. Cuando se haya empezado a depender de las semillas importadas, habrá que programar asimismo su entrega para que coincida con periodos de siembra inadecuados.

La hambruna

Contrariamente a la creencia habitual, las hambrunas importantes son relativamente raras. Por eso nos hemos centrado mucho más en las posibilidades de limitar los suministros de alimentos y de provocar el hambre y la desnutrición que, si bien no provocan muertes directamente, preparan el terreno al cuarto antiguo jinete, la Peste, cuyo homólogo moderno encontraremos en el siguiente apartado.

Sin embargo, la hambruna puede aún ser una herramienta significativa para las ERP en algunas zonas limitadas.

Otra idea falsa común es que la hambruna está causada por la sequía, las inundaciones u otros desastres naturales. La sequía es muy diferente en Iowa y en África, y las hambrunas sólo se producen cuando un gran número de personas ha agotado sus reservas —de alimentos, de dinero, del cuerpo humano—. Las primeras señales de alerta de una hambruna son conocidas: una repentina subida de precios en el mercado de alimentos, ventas de joyas y de otros objetos de valor, emigración en busca de trabajo, consumo de alimentos que normalmente no se comen.

Cuando se observan estas señales, lo más importante es no intervenir. Además, en ese momento, un desastre natural puede contribuir a que se desencadene una crisis de alimentos. Por tanto, vale la pena reflexionar sobre las formas de desorganizar estos posibles factores precipitadores, como el control de las inundaciones o la eliminación de la langosta. La guerra, como ya hemos visto, es otra herramienta sumamente eficaz para crear masas de personas vulnerables.

Los desastres naturales y los provocados por el hombre causaron el desplazamiento de alrededor de 50 millones de personas en 1996, bien dentro de sus propios países, bien convirtiéndolas en refugiados. Cuatro quintas partes de estas personas dependían totalmente de la ayuda internacional para sobrevivir. Las emergencias de todo tipo tuvieron un coste económico de cerca de 1.000 millones de dólares anuales en la década de 1960, de 3.000 millones en la de 1970, y de 9.000 millones al año en la de 1980. Se calcula que en la década de 1990 serán aún más elevados.

Las Naciones Unidas ya dedican más del 50% de su presupuesto a la ayuda de emergencia, frente al 25% en 1989. En los próximos años, la tarea será desalentar por todos los medios posibles —intelectuales, políticos, físicos— las intervenciones costosas para salvar a personas insalvables.

Otro argumento contra la ayuda *humanitaria* en épocas de hambruna lo ofrece la conducta de las elites del poder locales. Se puede contar con los compatriotas más acaudalados de los vulnerables para reforzar nuestras estrategias de reducción de la población y disuadir a los buenos habitantes del Norte de que supliquen ayuda. Los terratenientes y comerciantes con reservas de grano hacen fortunas en épocas de crisis de alimentos y no van a regalar sus

reservas. Los caudillos podrían retener a su propio pueblo en calidad de rehén para atraer la ayuda humanitaria. Y cuando ésta llega, son ellos quienes la controlan.

Estos líderes de facciones pudieron utilizar durante un tiempo a una de las dos potencias de la guerra fría para financiar sus actividades expansionistas. Ahora que esta opción ha desaparecido, han descubierto que la hambruna y la compasión internacional les servirán igualmente. Los organismos humanitarios que teóricamente reparten la ayuda no tienen libertad para socorrer a las víctimas, como podría parecer. Aun cuando estén en condiciones especialmente buenas para comprender cómo se les está utilizando, estas organizaciones están atrapadas. Si denuncian a los caudillos, se verán obligadas a salir del país y abandonar a las víctimas de la hambruna. Si no lo hacen, le dan visibilidad internacional al dictador local y lo invisten de una legitimidad espúrea.

Recomendamos que se explique a la opinión pública que dar esos sobornos a dictadores de pacotilla es peor que no dar nada; que *humanitario* no significa necesariamente *bueno*. Naturalmente, desde el punto de vista de los caudillos, la hambruna —y, por tanto, la ayuda— debe durar el máximo posible. Nuestro argumento sería, por el contrario, «acabemos de una vez con ello cuanto antes».

IV. La peste

En el Apocalipsis, el cuarto jinete es llamado sin más Muerte, pero su «blanco caballo» (en algunas traducciones «pálido» o «verdoso») es del color de los cadáveres en descomposición y «el Hades le seguía» para engullir a sus víctimas. Es el más temible y, para nuestros fines, el más útil de los jinetes. Históricamente, las pandemias han tenido muchas más repercusiones sobre la dinámica de la población que las guerras e incluso que las hambrunas.

La peste podía inevitablemente por igual la madera viva y la muerta; mueren algunos que deberían ser perdonados; la enfermedad no siempre distingue entre ricos y pobres, competentes e ineptos, útiles y superfluos. Sin embargo, desde el punto de vista de la estadística, afecta primero a los más vulnerables y prescindibles.

En todo el mundo contemporáneo, en los países desarrollados y del Tercer Mundo por igual, la expectativa de vida

mejora con los ingresos y la educación. En Gran Bretaña, para todos los grupos de edad, hace tiempo que las tasas de mortandad son entre dos y tres veces más altas en la parte inferior de la escala social que en la superior, y la diferencia se amplió entre 1981 y 1991. En los Estados Unidos, los estados con una distribución de ingresos familiares más desigual son también los que tienen tasas de mortandad más elevadas por enfermedades coronarias, cáncer y homicidios.

Incluso durante la Peste Negra, los ricos tenían más facilidad para huir al campo que los indigentes. Cuando estalló una epidemia de meningitis en Brasil en 1974, los brasileños pudientes hicieron las maletas y se fueron al extranjero hasta que todo hubo vuelto a la normalidad. Como dice un médico indio: «Las personas que llevan corbata no contraen el cólera».

Inicialmente, en la época colonial y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, los administradores occidentales introdujeron algunas medidas básicas de salud e higiene públicas en territorios vírgenes del Tercer Mundo donde la gente llevaba siglos siguiendo sus costumbres de elevada fertilidad, elevada mortandad y proclives a las enfermedades. Los colonizadores también introdujeron nuevos cultivos y mejoraron los sistemas agrícolas para que los alimentos fueran más abundantes. Las consecuencias fueron espectaculares.

Estos cambios aparentemente de menor importancia provocaron un descenso sin precedentes de la mortandad. Dado que las tasas de fertilidad se mantuvieron y a menudo superaban las de mortandad en enormes porcentajes, se produjeron aumentos masivos de población. En 1935, por ejemplo, la isla de Mauricio, situada en el Océano Índico y administrada por los británicos, tenía tasas de natalidad y de mortandad casi idénticas; en 1966, la tasa de natalidad era algo superior que 30 años antes (36/1000, frente a 31/1000), pero la de mortandad había disminuido de 30/1000 a 9/1000, por lo que, en esos 30 años, la población casi se había duplicado.¹⁵

15. J. E. Meade, «Population Explosion, the Standard of Living and Social Conflict», discurso presidencial pronunciado ante la Royal Economic Society el 30 de junio de 1966, en *The Economic Journal*, Cambridge, Vol. 77, Núm. 306, junio de 1967, pp. 233-255.

La historia de la introducción de condiciones de salubridad y de higiene y la mejora de las dietas en la Inglaterra del siglo XIX o en el Nueva York de comienzos de siglo confirma la desproporcionada influencia de unas sencillas medidas sobre la mortandad infantil en el Sur.

Estas intervenciones no eran del todo filantrópicas. Cuando la peste asoló a la India británica, se organizó una campaña general de salud pública. En cuanto los casos entre los británicos quedaron bajo control, se terminaron la financiación y los recursos, la peste fue declarada «endémica» en la comunidad nativa y los indios quedaron en peor situación que antes.

Clasificación

Del mismo modo que personas de diferentes clases sociales que habitan en el mismo espacio físico (nacional o incluso local) pueden tener resultados de salud muy diferentes, hay enormes diferencias entre las principales causas de muerte entre países ricos y países pobres. Sin embargo, hay que tomar las cifras con cautela, pues los países subdesarrollados suelen catalogar erróneamente las causas de muerte:

Tabla I
Causas de muerte en 1990, por enfermedades (millares)

| Países desarrollados | | Países en desarrollo | |
|-----------------------------|-------|-----------------------------|-------|
| E. cardiovasculares | 5.245 | E. infecciosas/parasitarias | 9.166 |
| Cáncer | 2.413 | E. cardiovasculares | 9.082 |
| Lesiones | 834 | Lesiones | 4.251 |
| Infecciones respiratorias | 389 | Infecciones respiratorias | 3.992 |
| Diabetes | 176 | Cáncer | 3.611 |
| E. infecciosas/parasitarias | 163 | E. maternas/perinatales | 2.812 |
| E. maternas/perinatales | 85 | Deficiencias de nutrición | 604 |
| Deficiencias de nutrición | 30 | Diabetes | 396 |

Fuente: *British Medical Journal*, Vol. 314, 10 de mayo de 1997, p. 1.367 (basado en datos de la OMS).

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha proporcionado cifras más recientes sobre causas de muerte, aunque el desglose es menos preciso.

Tabla II
Causas de muerte en 1996, por enfermedades (millares) y porcentajes

| Países desarrollados 12,116 | | | Países en desarrollo 39,921 | | |
|------------------------------|------|-----|-----------------------------|------|-----|
| E. del sistema circulatorio | 5,6 | 46% | E. infecciosas/parasitarias | 17,2 | 43% |
| Otras, desconocidas | 2,8 | 23% | E. del sistema circulatorio | 9,6 | 24% |
| Neoplasma maligno | 2,5 | 21% | E. perinatales/maternas | 4,4 | 11% |
| E. pulmonares crónicas | 0,97 | 8% | Neoplasmas malignos | 4,0 | 10% |
| E. perinatales, maternas | 0,12 | 1% | Otras, desconocidas | 3,2 | 8% |
| E. infecciosas, parasitarias | 0,12 | 1% | E. pulmonares crónicas | 2,0 | 5% |

Fuente: OMS

El ingente estudio sobre la enfermedad en el mundo (*Global Burden of Disease, GBD*) realizado conjuntamente por la OMS, la Harvard School of Public Health y el Banco Mundial, ha establecido el conjunto de cifras más perfeccionado y completo que podemos esperar. Los autores del GBD prevén los siguientes cambios en el orden de importancia de la incidencia de las 15 primeras causas de enfermedad¹⁶ (que no son iguales que las causas de muerte) entre 1990 y el 2020 (ver tabla III).

Por último, es interesante ver las causas de muerte desde la perspectiva del estilo de vida. Una vez más, la OMS dispone de las cifras (ver tabla IV).

Estas tablas ofrecen una guía aproximada de las áreas en las que hay que hacer más énfasis en las estrategias de reducción de población que recomendamos a los solicitantes del Informe. Aunque no podemos comentar con detalle

16. Esta carga se mide en términos de Años de Vida Ajustados a la Discapacidad, una compleja metodología que mide los años de vida perdidos ante una muerte prematura y los años en que se vive con una discapacidad de gravedad y duración determinadas.

Tabla III
Incidencia de factores de enfermedad (en el mundo)

| Enfermedad o lesión | Orden de importancia en 1990 | Orden de importancia en el 2020 |
|---|------------------------------|---------------------------------|
| Infección de las vías respiratorias bajas | 1 | 6 |
| Enfermedades diarreicas | 2 | 9 |
| Afecciones del período perinatal | 3 | 11 |
| Depresión unipolar | 4 | 2 |
| Enfermedades coronarias | 5 | 1 |
| Enfermedades cerebrovasculares | 6 | 4 |
| Tuberculosis | 7 | 7 |
| Sarampión | 8 | 25 |
| Accidentes de tráfico | 9 | 3 |
| Anomalías congénitas | 10 | 13 |
| Malaria | 11 | 25 |
| Enfermedades pulmonares crónicas | 12 | 5 |
| Caídas | 13 | 19 |
| Anemia ferropénica | 14 | 39 |
| Desnutrición proteínica-energética | 15 | 37 |

Fuente: *The Global Burden of Disease*, Vol. I, p. 375.

Tabla IV
Muertes atribuidas a diversos factores de riesgo, por orden de importancia (millares) 1990

| Factor de riesgo | En el mundo | % de muertes | Países desarrollados | Países en desarrollo |
|------------------------|-------------|--------------|----------------------|----------------------|
| Desnutrición | 5.881 | 11,7 | 0 | 5.881 |
| Tabaco | 3.037 | 6 | 1.577 | 1.460 |
| Hipertensión | 2.918 | 5,8 | 1.406 | 1.512 |
| Agua/higiene | 2.668 | 5,3 | 35 | 2.665 |
| Sedentarismo | 1.991 | 3,9 | 1.099 | 892 |
| Profesionales | 1.129 | 2,2 | 230 | 899 |
| Sexo no seguro | 1.094 | 2,2 | 87 | 1.007 |
| Alcohol | 773 | 1,5 | 136 | 637 |
| Contaminación del aire | 568 | 1,1 | 275 | 293 |
| Drogas ilícitas | 100 | 0,2 | 38 | 62 |

Fuente: *The Global Burden of Disease*, Vol. I, Tablas 6.2 a 6.12, pp. 311-315.

todas las posibles causas de muerte —el equipo del GBD identifica 107 categorías y subcategorías—, sí podemos elegir ciertas áreas de especial significación para lo que nos ocupa.

Los autores del estudio proponen una cómoda codificación de las enfermedades y de la muerte: el Grupo I está integrado por enfermedades transmisibles, maternas, perinatales y nutricionales; el Grupo II, por enfermedades no transmisibles, y el Grupo III, por lesiones (incluidas las autoinfligidas) y accidentes. En el mundo desarrollado, el 86% de las muertes están en el Grupo II, el de las enfermedades no transmisibles. Más sorprendente resulta que, como causas de muerte, estas enfermedades son también mucho más importantes que las enfermedades contagiosas en muchas regiones en desarrollo, incluida América Latina y especialmente China.

Las conclusiones del GBD merecen que prestemos una atención más detallada a los factores relativos al estilo de vida, especialmente a los relativos a las enfermedades del corazón y las cerebrovasculares.

Satisfacer a los fumadores es una vía prometedora. La adicción se propaga con rapidez en las sociedades del Tercer Mundo cada vez más pudientes, como China, y las empresas están concentrando sus presupuestos para publicidad y promoción en las zonas donde la opinión pública es menos hostil hacia su mensaje. El Banco Mundial sugiere que tal vez en la primera década del próximo siglo sean normales dos millones de muertes anuales debidas al tabaco. La OMS prevé que la epidemia del tabaco provocará más muertes prematuras e incapacidad en el 2020 que ninguna otra enfermedad, especialmente en China y en las antiguas economías socialistas, pero también en los países desarrollados.

También deberá aumentar la mortandad debida a la contaminación del agua y a unos servicios sanitarios y a una higiene doméstica y personal deficientes. Más adelante dedicamos un breve apartado a las cuestiones relacionadas con el agua. Otros malos hábitos personales, como el sedentarismo, las prácticas sexuales sin medidas de seguridad, el alcohol y las drogas, contribuyeron a 3.250.000 muertes, el 80% de las cuales se produjo en las regiones en desarrollo. Los autores del estudio también predicen con

seguridad un aumento de los accidentes automovilísticos, las lesiones autoinfligidas, la violencia y las muertes debidas a la guerra.

Las causas de mortandad del Grupo I, que abarca las enfermedades transmisibles, perinatales, maternas y relacionadas con la nutrición, son sin duda las más prometedoras para nuestros fines. Un alcance especial es el que ofrece la gama de enfermedades infecciosas y parasitarias a las que, en 1996, la OMS atribuyó más de 17 millones de muertes. La mortandad maternal y perinatal tiene también muchas posibilidades.

En nuestro análisis de la hambruna subrayábamos la importancia de limitar la disponibilidad de alimentos pese a que mueran relativamente pocas personas directamente a causa del hambre. Esto se confirma en la Tabla IV, que cita la desnutrición como factor decisivo en un 11,7% de todas las muertes. Las estrategias antialimentos siguen contribuyendo en gran medida al gran plan de reducción de la población porque la desnutrición y el hambre preparan el terreno a las enfermedades y las epidemias.

La marea de la historia

El objetivo de las estrategias de reducción de la población es más amplio que reducir sin más los números totales, por ambicioso que esto sea en sí mismo. Hay que tratar, además, de volver a las condiciones precoloniales en el Sur y, lo que aún es más difícil, a una mentalidad anterior a la Ilustración en el Norte. Hay que abandonar el mito del, que a veces es más bien el culto al, progreso inexorable.

Después de dos siglos de avances médicos, especialmente desde la aparición de los antibióticos tras la Segunda Guerra Mundial, la gente supone que todas las enfermedades tienen curación. La pura verdad es que muchas ya no la tienen. Parásitos resistentes, bacterias y virus están yendo, en muchos casos, más allá de la capacidad de la medicina para hacerles frente. La ciencia médica no puede hacer milagros y debe seguir centrando su atención sobre los grupos y las áreas geográficas donde sigue siendo posible acorralar a la Parca.

La ciencia y la medicina deben practicar en todo el mundo el método del triaje, inventado en la Primera Guerra Mundial por los cirujanos que dejaban a un lado los

casos sin esperanza para concentrarse en los soldados a los que podían salvar. Es normal que las enfermedades que reciban más atención sean las que afecten a los grupos que mejor pueden hacerse cargo de los costes de una investigación compleja y pagar una atención de calidad. Mientras tanto, la opinión pública del Norte, pero más en concreto en el Sur, debe aprender a adoptar un mayor fatalismo ante la enfermedad y a someterse a lo inevitable, como ha hecho la gente durante siglos.

Por otro lado, la búsqueda de chivos expiatorios es una tendencia natural que se puede fomentar con discreción. Desde los tiempos de la antigua Atenas, todas las epidemias se han achacado a un grupo despreciado, como las minorías o los *elementos impuros*, con frecuencia las mujeres. Otras veces, las sociedades afectadas por una plaga no tienen reparos en creer que son objeto de una venganza divina por las carencias espirituales de sus dirigentes o quizá que son víctimas de conspiraciones fomentadas por extranjeros con poder. Hay que estar dispuestos a explotar estas suspicacias y divisiones.

La urbanización, el hacinamiento y las deficiencias de los servicios sanitarios seguirán proporcionando un terreno favorable para la propagación de las enfermedades. África es el menos urbanizado de los continentes pobres, aunque incluso allí el 30% de la población vive ya en ciudades y cada día llegan a ellas más personas. Para aprovechar al máximo este contexto, recomendamos específicamente la privatización total de los servicios públicos, en especial el tratamiento de las aguas residuales y de otros residuos, el suministro de agua y la recogida de basura.

El Banco Mundial y el FMI están en la vanguardia de la transferencia de servicios públicos al sector privado. En la práctica, las medidas del Banco tienen ahora mucha más influencia sobre la salud en el mundo subdesarrollado que las de la Organización Mundial de la Salud y los ministerios de sanidad locales, que han perdido terreno e iniciativa. Como ha señalado el Banco, los riesgos para la salud a que están expuestos los pobres, como los «servicios sanitarios precarios, suministros de agua peligrosos, la deficiente higiene personal y alimentaria, la inadecuada eliminación de la basura, la contaminación del aire en interiores y el hacinamiento y la calidad inferior de la vivienda» van

asociados de forma colectiva a una tercera parte de la «carga global de la enfermedad».

La solución del Banco es que los gobiernos «dispongan un marco regulador y administrativo en el que unos proveedores eficientes y responsables (a menudo del sector privado) tengan un incentivo para ofrecer a las familias los servicios que éstas desean y *por los que estén dispuestos a pagar*, incluido el suministro de agua, servicios sanitarios, recogida de basuras, calentadores limpios y viviendas».¹⁷

Sin embargo, la experiencia demuestra que cuando hay que pagar por estos servicios lo que cuestan realmente, y además proporcionan un beneficio, tales servicios quedan muy lejos del alcance de los habitantes de los barrios pobres, lo que favorece a los vectores de la enfermedad. Se puede adquirir sólo cierto grado de inmunidad a las alcantarillas al aire libre, el agua contaminada y las ratas. El enfoque de mercado que utiliza el Banco para la salud es ahora el dominante y debe servir para terminar de privatizar la medicina en los países donde este proceso no haya culminado aún, tomando como guía el modelo estadounidense y adaptándolo para cada país.

En cualquier caso, las naciones que están realizando un ajuste estructural no pueden permitirse el lujo de dar asistencia sanitaria gratuita. Desde que la India accedió por primera vez a someterse al ajuste estructural, a principios de la década de 1990, su presupuesto para la salud pública (excluyendo unos fondos mínimos destinados a combatir el SIDA) ha sido amputado en un 30%, y la misma experiencia se repite en un país tras otro. Mientras la malaria florece como nunca en el país, el programa antimalaria ha sufrido un recorte de más de un 40%.

Con el sometimiento gradual a drásticos recortes de sus presupuestos para servicios públicos, los gobiernos deberán llegar, tarde o temprano, a un sistema de pago de cuotas y erradicar de entre sus ciudadanos la noción de que la asistencia sanitaria es en cierto modo un derecho. La gente debe aprender a ser clientes o a hacer aportaciones a un seguro médico colectivo, en lugar de ser beneficiarios pasivos de máquinas expendedoras públicas.

17. Banco Mundial, *World Development Report 1993: Investing in Health*, p. 9, el subrayado es nuestro.

Hay que explotar nuevas posibilidades para la sinergia. Por ejemplo, los proyectos de ingeniería y agrarios del Banco Mundial podrían contribuir a propagar la malaria, como han hecho en la India, mediante la creación de charcas de agua estancada o de zonas pantanosas que constituyen un excelente semillero de mosquitos. Todas las enfermedades relacionadas con el medio ambiente y que no se puedan abordar con éxito en el ámbito individual aumentarán con la privatización.

La reducción de los presupuestos de sanidad y la naturaleza del mercado mundial, incluido el mercado de la asistencia sanitaria, deben hacer que el personal médico calificado busque oportunidades en el extranjero. Ya lo han hecho 30.000 médicos africanos y un enorme número de médicos indios, paquistaníes y de otros países asiáticos. Los paquetes de ajuste estructural típicos incluyen devaluaciones de la moneda que encarecen los medicamentos y el material hospitalario importado. Hay que desalentar el uso de los medicamentos genéricos que podrían reducir los costes para los pacientes con el argumento racional de que los fabricantes que no obtengan beneficios de sus medicamentos antiguos dejarán de invertir en la investigación sobre medicamentos nuevos que hacen muchísima falta.

La privatización de los servicios públicos, del ejercicio de la medicina, y de los servicios de salud y farmacéuticos será útil, pero no pueden hacer todo el trabajo. Muchos barrios de las ciudades y la mayoría de los pueblos carecen de todos estos servicios, ya sea de pago o gratuitos. Aquí, la estrategia preferente consistiría en bloquear las intervenciones de baja tecnología y bajo coste que algunas de las organizaciones de desarrollo más eficaces han sido las primeras en aplicar. La mayoría de los grandes avances para la salud, como la erradicación de la viruela o la vacunación infantil generalizada, se han logrado gracias no tanto a los gobiernos como a las brigadas internacionales del UNICEF o de la OMS.

Por difícil que pueda ser desprestigiar al organismo de la ONU especializado en la infancia, hay que reconocer que el UNICEF es un enemigo formidable en la lucha por la reducción de la población. Habrá que desalentar las contribuciones de los gobiernos del Norte (lo que ya ha comenzado a ocurrir en los Estados Unidos y en el Japón). Hay que

examinar con lupa la contabilidad de las oficinas exteriores para sacar a la luz y poner de relieve las posibles prácticas fraudulentas o despilfarradoras. Una campaña en los medios de comunicación bajo el lema de *¿Dónde va realmente el dinero de sus tarjetas de Navidad?* podría ser benéfica.

El UNICEF hace hincapié en la inmunización, en las sales para la rehidratación oral para bebés afectados de diarrea y en los tratamientos antibióticos baratos para combatir las infecciones comunes. Afirma que previene cinco millones de muertes al año y que, con una cobertura mejor, podrían evitarse otros ocho millones. Quizá haga falta recurrir a métodos no convencionales para perturbar el desarrollo de las actividades del UNICEF y de algunas organizaciones no gubernamentales eficaces, como OXFAM, en ciertos países o, mejor aún, paralizarlas. No descartaríamos del todo el uso de infiltraciones, sabotajes, trastornos y ataques selectivos contra su personal para desanimar a sus empleados, a los candidatos a trabajar en estas organizaciones y a los voluntarios, aunque sólo deberán utilizarse como último recurso.

Otros aliados

Los programas MEDFLAG que el ejército de los Estados Unidos puso en práctica en Ghana, Costa de Marfil y Botsuana en 1994 y 1995 se suspendieron prudentemente. Estas ofensivas sanitarias, realizadas en cooperación con el ejército y con personal sanitario local gozaron de una enorme popularidad entre la opinión pública, los medios de comunicación y los gobiernos. Su aplicación conllevaba el envío de grandes equipos de especialistas médicos de combate a cada país, donde permanecían tres semanas en las que prestaban atención médica y veterinaria en zonas urbanas y rurales, desplegaban programas de vacunación en gran escala contra las enfermedades más extendidas y formaban a personal médico local para hacer frente a emergencias sanitarias y a desastres. Por si fuera poco, daban una valiosa formación *in situ* al personal estadounidense y obligaban a organizaciones no gubernamentales dispares a cooperar con los objetivos sanitarios fijados por las autoridades locales.

La cuidadosa coordinación con estas autoridades antes y durante la puesta en práctica de cada MEDFLAG reducía

las suspicacias y hacia cambiar las actitudes hacia los Estados Unidos y hacia el ejército en general. Si estas operaciones se hubieran generalizado en África y otros lugares, habrían constituido una seria amenaza para las ERP. Observamos con satisfacción que el Pentágono ya no parece estar interesado en estos programas y ha redesplegado las unidades médicas implicadas en Europa del Este.¹⁸

Concentrar los presupuestos nacionales de sanidad en la medicina clínica y en las curaciones hospitalarias en lugar de hacerlo en la prevención producirá un efecto similar. La mayoría de los gobiernos del Tercer Mundo no necesitan que se les inste a ello porque llevan años encauzando los gastos de salud a las clases más prósperas de sus sociedades. Los ricos tienen acceso a modernas instalaciones hospitalarias, mientras que en las abandonadas clínicas rurales y de barrio se reutilizan las agujas hipodérmicas y no se pueden realizar sencillos análisis de laboratorio. Los hospitales públicos podrían ser los vectores de enfermedad más eficientes que cabría imaginar.

Digan lo que digan los críticos, no sirve de nada quejarse de que la atención primaria para la salud de los pobres debería sustituir a la asistencia terciaria para los ricos, del mismo modo que es utópico aparentar, como hace la OMS, que la *salud para todos* es un objetivo alcanzable en nuestra época o en cualquier otra.

Estas ingenuas afirmaciones no tienen en cuenta la economía del mercado ni el equilibrio de poder entre las instituciones. La propia definición de *salud* de la OMS es tan amplia que carece prácticamente de significado: «Salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no sólo la ausencia de enfermedades o dolencias». En comparación con esta definición tan general, la gimoteante utopía de la Declaración Universal de Derechos Humanos parece definitivamente restrictiva. Dudamos de que nadie pueda afirmar honradamente que goza de *salud* según la definición de la OMS.

Aun cuando se defina de una forma más estricta, la salud es cara y cada vez lo es más. En 1990, según el Banco

18. Coronel C. William Fox, Jr., MD (que comandó las operaciones MEDFLAG «Phantom Warriors: Disease as a Threat to US National Security», *Parameters* invierno de 1997-1998, pp. 121-136.

Mundial, el gasto público y privado en servicios formales de salud alcanzó la cifra sin precedentes de 1.700 millones de dólares, lo que representa el 8% del producto mundial bruto. El 90% de esa cantidad se gastó en los países ricos, donde vive menos del 20% de la población mundial. El 10% restante se dedicará cada vez más a las elites del Tercer Mundo que pueden permitirse pagar su cuota de gastos mundiales de salud. No hay motivos para creer que estas proporciones vayan a cambiar sustancialmente en los próximos años.

Hemos subrayado que las infecciones y las enfermedades parasitarias no pueden permanecer totalmente confinadas en los países y barrios más pobres, y que es inevitable que se extiendan. Aunque *las enfermedades del Tercer Mundo* se cobrarán algunas vidas en Occidente, son complementos vitales del proceso de poda. Las bajas ocasionales, aisladas y exóticas que se produzcan en Los Ángeles o en Londres también mantendrán vivo el factor del miedo y reforzarán la dicotomía civilizado/bárbaro. La auténtica amenaza para los países ricos es otra.

Los supermicrobios

La OMS exige que todos los países informen sólo de tres enfermedades, todas ellas tropicales: el cólera, la peste y la fiebre amarilla, que apenas constituyen un peligro claro y presente para los habitantes del Norte. Sin embargo, estos países aparentemente más protegidos deben afrontar sus propias enfermedades características. No nos estamos refiriendo a las enfermedades coronarias, a la obesidad ni a otras dolencias propias de la abundancia, sino a la amenaza del surgimiento de los supermicrobios.

Estas variedades mutantes crecen y florecen desde hace décadas alimentándose de una rica dieta de antibióticos. Ya existen algunos que crecen con fuerza por su causa; son adictos y literalmente no pueden vivir sin las medicinas creadas inicialmente para matarlos. El descubrimiento de que un veneno puede convertirse en un alimento es especialmente alarmante porque el alimento del que se trata es el antibiótico que se utiliza como último recurso, la vancomicina. La resistencia a este antiguo matamicrobios puede pasar, y de hecho pasa, de un agente patógeno a otro, y por ejemplo, el enterococo ha transferido su resistencia a la vancomicina al estafilococo.

Las bacterias de la familia de los estafilococos son la principal causa de las infecciones hospitalarias y ya se ha descubierto la presencia del superresistente estafilococo áureo en hospitales japoneses, británicos y estadounidenses. Cuando se concentran en un mismo lugar muchas personas con deficiencias inmunológicas, como ocurre en los hospitales, los supermicrobios hacen su agosto. Nadie ha cuantificado aún con precisión su devastador impacto debido a lo problemático que es atribuir una causa próxima a la muerte de un paciente que ya estaba enfermo.

No todos los agentes infecciosos han mutado hasta el punto de devorar los antibióticos para nutrirse. Sin embargo, como en el caso de los cultivos manipulados genéticamente, demasiados responsables políticos y científicos que deberían saber más actúan como si Darwin no hubiera existido nunca, como si las formas de la vida fueran estáticas e inmutables. No es así: la selección natural abarca todas las formas de la vida, incluidas las más inferiores; la breve duración de sus vidas y su rápida reproducción les permiten mutar a una velocidad muy superior a la de organismos más complejos.

Según la OMS, los antibióticos, «empleados por demasiadas personas para tratar un tipo erróneo de infecciones con una dosis errónea y durante un período de tiempo erróneo» son la principal razón de la proliferación de las variedades resistentes a los medicamentos. Otros estudios se ocupan de demostrar que las medidas destinadas a recortar gastos que se adoptan en los hospitales también contribuyen a asegurar el aumento de la resistencia microbiana cuando las dosis son insuficientes y los antibióticos se utilizan uno tras otro y no en asociación. Sea cual fuere su origen, el fenómeno de la creciente resistencia microbiana es incuestionable.

La selección natural de estos agentes patógenos está acelerándose porque ya no depende solamente de unas ventajas genéticas aleatorias. Algunos microbios están ya programados para mutar en condiciones de estrés. Otros muestran conductas colectivas que propician la supervivencia del grupo. Otros más «recorren sus entornos en busca de material genético que les pueda ser útil» y son encontrados en fragmentos de ADN llamados *plasmidos*.

transposones que podrían conferir después resistencia a decenas de medicamentos.¹⁹

La limpieza convencional tampoco sirve de protección: muchos gérmenes han aprendido a amar el jabón, el desinfectante, el ácido y las altas temperaturas. Para combatir a los nuevos invasores, se están desarrollando y autorizando pocos medicamentos, especialmente si la enfermedad que pueden combatir está más o menos confinada en los países y barrios pobres donde es difícil obtener beneficios. Al mismo tiempo que proliferan los agentes patógenos resistentes, el ritmo del desarrollo de nuevos medicamentos antimicrobianos ha disminuido de forma espectacular, en gran medida porque el coste de llevar un nuevo antibiótico desde el laboratorio hasta el mercado puede alcanzar los 350 millones de dólares.²⁰

El mercado de antibióticos probablemente tendrá un valor de 40.000 millones de dólares en el año 2000. Cuanto más se extienda el fenómeno de la resistencia a los antibióticos probados, más se diferenciará la asistencia sanitaria destinada a los ricos de la destinada a los pobres, ya que un tratamiento del último supermicrobio con el último supermedicamento puede costar fácilmente 500 dólares diarios. Estos costes reflejan el derecho de las empresas fabricantes a amortizar su investigación y protegerse de los riesgos, especialmente porque muchos medicamentos son similares y la competencia para comercializarlos es feroz. Los 43.000 visitantes médicos japoneses hacen una media de más de una visita al día a los médicos. (Los médicos británicos se libran con más facilidad, con una media de 62 visitas al año.)

Las compañías farmacéuticas y los médicos deben ejercer un mayor autocontrol. Con demasiada frecuencia y en demasiados lugares, los médicos prescriben como primera medida medicamentos que sólo deberían utilizarse como último recurso, o emplean costosos medicamentos anti-

19. Esta cita y parte de la información posterior pertenecen a Laurie Garrett, «The Post-Antibiotic Era», *Foreign Affairs*, enero-febrero de 1996, pp. 66-79.

20. Howard S. Gold, MD, y Robert C. Moellering, Jr., MD, «Antimicrobial Drug Resistance», *The New England Journal of Medicine*, Vol. 335, Núm. 19, 7 de noviembre de 1996, pp. 1.445-1.453.

crobianos de amplio espectro para tratar infecciones comunes como la sinusitis. Los fabricantes hacen afirmaciones sobre la amplitud del espectro de sus antibióticos que posiblemente ninguna sustancia podría conseguir.

Por lo general, los medicamentos prohibidos en Europa o en los Estados Unidos aparecen en otro lugar. Se incluyen antibióticos en cócteles medicinales en los que no tienen ninguna función (como por ejemplo, en los antidiarreicos). Los médicos reciben sobornos en forma de incentivos que los animan a prescribir el medicamento X en lugar del medicamento Y. Entre la sección de fabricación y una filial de ventas de la misma compañía, el coste de un medicamento puede duplicarse varias veces. Estas prácticas son habituales.

A medida que aumenta la resistencia de las bacterias —y es asombroso el número de formas en que las bacterias adquieren resistencia a los medicamentos antimicrobianos—, las enfermedades serán cada vez menos susceptibles de tratamiento. Y a medida que la opinión pública de los países ricos comience a comprender los motivos por los que se produce el fenómeno de la resistencia y sus consecuencias para su salud, más en ridículo quedarán las empresas farmacéuticas —y posiblemente incluso los médicos—. Una vez más nos vemos obligados a diagnosticar la existencia de un sector mercantil que cuida poco o se toma escaso interés por el sistema que lo sostiene. Las empresas farmacéuticas necesitan con urgencia controles internos.

Flagelos más comunes

A continuación realizaremos un breve inventario de las enfermedades que esperamos que más contribuyan a la mortandad en el Tercer Mundo, y las examinaremos por orden de importancia (el SIDA se considera una categoría en sí misma). Las espectaculares nuevas y nuevas-viejas enfermedades que destacan últimamente en los titulares de la prensa no son ni de lejos las que más matan. Un único caso de infección por un virus exótico como el Ébola, el Lassa o el Marburg podría ser suficiente para provocar el pánico y llamar la atención de Hollywood, pero para los fines de las ERP, la verdadera noticia no está allí.

La tuberculosis

Las enfermedades más mortales están en realidad entre los nuevos-viejos recursos. La tuberculosis, conocida desde la antigüedad, está desarrollando con rapidez variedades letales y resistentes a múltiples medicamentos. En conjunto, ha matado a más de tres millones de personas en 1995. Su potencial mortífero y sus grupos preferidos hacen que sea una herramienta para la reducción de la población muy prometedora para el futuro.

A medida que la enfermedad se extiende y cobre gravedad, la sociedad podría decidir que hay que contener por la fuerza a las personas infectadas y obligarlas a tomar sus medicamentos o incluso encarcelarlas, como a *Typhoid Mary* de Nueva York, la cocinera portadora del bacilo que fue detenida en 1907 y que permaneció en prisión la mayor parte de su vida. Si el número de casos de tuberculosis sigue aumentando en Nueva York (4.000 en 1994, con una gran proporción en Harlem), seguramente dará paso a un mayor grado de control social. Los pacientes de Nueva York que no acuden a los reconocimientos médicos a los que son citados o que se niegan a tomar su medicación ya pueden ser detenidos.

Se podrían reintroducir medidas severas de cuarentena (*cuarentena* significa 40 días) para impedir el contagio, especialmente en las fronteras nacionales. Las medidas coactivas debilitarían el enfoque de los derechos humanos individuales con que se trata a los pacientes, en favor de la supervivencia de la comunidad, que es precisamente el tipo de mentalidad que tratamos de fomentar.

Entre las numerosas ventajas de la tuberculosis como herramienta para podar la población, cabe mencionar las siguientes:

- La tuberculosis, incluso en sus formas resistentes más recientes, parece haber perdido su capacidad para conmover. Aunque en un tiempo fue responsable en Europa de una muerte de cada siete, ahora, en las mentes de la gente, está asociada sobre todo a protagonistas de óperas decimonónicas que mueren en buhardillas.
- Los expertos en salud calculan que serían necesarios 100 millones de dólares al año para organizar un asalto efectivo y mundial contra la tuberculosis. La enfermedad

atrae ahora sólo 16 millones de dólares en fondos internacionales para su erradicación y tratamiento.

- La vacuna BCG sigue funcionando para alrededor de dos tercios de los niños del Norte a quienes se les administra, pero los ensayos de campo realizados en África han demostrado que no confiere protección alguna allí, probablemente porque los sujetos albergan otras bacterias que no están presentes en el Norte. Esto deja el Sur inerme ante la enfermedad, sin ninguna vacuna.
- En el Norte, en la década de 1970 se dismantelaron muchas redes de sanatorios y clínicas porque se creía que la enfermedad era algo del pasado. En el Sur, las personas que reciben medicación para la tuberculosis suelen dejar de tomarla en cuanto se sienten mejor, lo que permite que infecten a otras personas y que contribuyan a aumentar la resistencia de los bacilos.
- El diagnóstico es lento: los análisis de laboratorio exigen no menos de un mes para identificar una tuberculosis normal y dos meses para las formas resistentes a los medicamentos, más esquivas. Para entonces, el portador ya ha transmitido su infección a otras personas.
- La enfermedad, especialmente en sus formas más virulentas, tiene una especial afinidad con las poblaciones indeseadas: los portadores del VIH son sumamente susceptibles a ella, y la tuberculosis es actualmente la principal causa de muerte de pacientes de SIDA. En la ex Unión Soviética, abunda entre los presos y ex presos, infectados por millares. Las poblaciones de ingresos bajos de Nueva York y Londres tienen grados significativos de incidencia de la enfermedad. Los refugiados corren un riesgo elevado debido a sus desplazamientos y, aun cuando se diagnostique adecuadamente, rara vez completan el tratamiento.
- El tratamiento es caro. Según la OMS, en los Estados Unidos el coste aproximado de tratar a un paciente externo de tuberculosis es de 2.000 dólares, mientras que el tratamiento más novedoso de una variedad multirresistente podría alcanzar la astronómica cifra de 250.000 dólares. La identidad de los pacientes (enfermos de SIDA, presos, habitantes de los barrios marginales) probablemente disuadirá a la sociedad de invertir estas cantidades durante mucho tiempo más.

Paradójicamente, la OMS afirma que, en el Tercer Mundo al menos, los pacientes individuales de tuberculosis podrían ser curados con medicamentos que cuestan 13 dólares. Pero en estos países, menos del 0,2% de los gastos sanitarios se dedican a la tuberculosis, aunque ésta sea con frecuencia la principal causa de muerte. Sólo un minúsculo 0,4% de la ayuda exterior para la salud del Tercer Mundo está destinado a la tuberculosis. En decenas de países pobres, la OMS observa también «problemas en el suministro de medicinas contra la tuberculosis. Estos problemas son una forma segura de fomentar la difusión de variedades de tuberculosis resistentes a múltiples medicamentos».

Teniendo en cuenta todos estos factores que inciden en favor de la proliferación creciente de la infección, consideramos que la tuberculosis es un valioso complemento de cualquier ERP. La investigación sobre la enfermedad y las medidas que se adoptan contra ella no sólo reciben una financiación lastimosa, sino que cuanto más se desatienda la epidemia, más difícil y caro será actuar cuando las sociedades se den por fin cuenta de su importancia. Las muertes por tuberculosis en todo el mundo aumentaron un 13% solamente entre 1994 y 1995. La infección combinada de VIH y tuberculosis y las sinergias descritas más arriba probablemente mantendrán estos porcentajes en ascenso en proporciones similares o superiores.

La malaria

La segunda causa de mortandad en el Tercer Mundo la comparten el SIDA y la malaria, otro flagelo antiguo. Al igual que la tuberculosis, la malaria ha desarrollado variantes especialmente depravadas y resistentes a los medicamentos. La fumigación masiva con DDT y otros potentes insecticidas tuvo como resultado la selección de mosquitos anofeles superresistentes cuyas picaduras transmiten las cuatro clases de parásitos plasmodios que cada año infectan a entre 300 y 500 millones de personas y matan a casi tres millones. Y, también al igual que la tuberculosis, el sustancial descenso inicial de su incidencia creó un sentimiento de falsa seguridad en la década de 1970. El número de portadores de plasmodios se redujo a cuatro o cinco millones de personas en todo el mundo, y la autocom-

placencia ofreció a los parásitos la oportunidad de ganar una posición ventajosa una vez más.

A comienzos de la década de 1990, los trabajadores de la salud de Indochina se enfrentaron por primera vez a una variedad de la malaria resistente a todas las terapias conocidas. Esto ocurre ya también en algunas zonas de Gabón y de Kenia. La resistencia está ganando terreno en otras regiones de África, la India y Latinoamérica, y las zonas de malaria están extendiéndose debido al calentamiento global. El 40% de la población mundial vive en una zona de alto riesgo.

La fumigación ya no es factible, y hoy, cualquier programa significativo de control y medida de *mejor práctica* tendría que ser universal, estar coordinada internacionalmente por la OMS y tener una generosa financiación. Muchos de los factores que señalamos para la propagación de la tuberculosis hacen también que la malaria sea un útil inhibidor de la población, con la ventaja adicional de que afecta mucho menos a los occidentales y más a los habitantes de los trópicos. Sin embargo, para nuestros fines, la reducción o eliminación de la financiación es prácticamente lo único necesario, porque muchas vías terapéuticas ya están en gran medida bloqueadas.

Las empresas farmacéuticas están notoriamente poco dispuestas a invertir en la investigación de medicamentos destinados a zonas afectadas por la pobreza. En cualquier caso, los nuevos medicamentos contra la malaria suelen ser inoperantes en muy poco tiempo: la eficacia de la última que se promocionó duró unos tres años. La medicina preventiva-curativa, la mefloquina, produce en muchos pacientes graves efectos secundarios debilitadores, y estos medicamentos nuevos fomentarán también, a su vez, la resistencia. El interés se centra actualmente en los óxidos nítricos y en cócteles de medicamentos contra la malaria combinados con antibióticos.

Una mezcla china de hierbas hecha de ajeno y de un árbol indio, el neem, también parece tener prometedoras propiedades contra la malaria, pero los remedios a base de hierbas reciben pocos fondos para la investigación porque no pueden patentarse y producir beneficios. Un médico colombiano ha creado una vacuna cuya eficacia es, según afirma, de entre el 36 y el 55%, pero ha donado la fórmula y

los derechos legales a la OMS en lugar de venderlos a una empresa, por lo que no se desarrollará salvo que se obtengan fondos públicos.

El único remedio casi permanente se encontrará probablemente en diversas formas de control medioambiental (como la introducción de peces y de otros depredadores naturales que se alimentan de los mosquitos y de sus larvas), pero la investigación en este área apenas ha comenzado. Las perspectivas actuales de reducir la malaria, y menos aún de erradicarla, parecen sombrías.

Así las cosas, aparte de dejar que la naturaleza siga su curso, recomendamos hacer hincapié en los peligros de viajar. La frontera entre Tailandia y Birmania ya es una zona *prohibida* para los occidentales porque es el epicentro de la malaria resistente que ya se ha extendido al norte de Tailandia, gran parte de Camboya y Birmania. Para que se propague con más rapidez, hay que dismantelar los campos de refugiados de la zona para permitir que el plasmodio pueda volver a circular. El propio mosquito no necesita viajar; la correa de transmisión funciona por medio de portadores humanos de parásitos resistentes que sufren la picadura del insecto.

Hay que mantener a los soldados estadounidenses fuera de las zonas donde existe el riesgo de contraer la malaria. Cada vez que un soldado contrae la enfermedad, el ejército de los Estados Unidos aumenta sus inversiones en la investigación de la malaria. Sin este interés estadounidense, la financiación sería incluso menor que la actual y se retrasarían considerablemente los avances hacia posibles nuevos remedios.

Las enfermedades exóticas

¿Cuáles son las perspectivas para las enfermedades *exóticas*? En apenas unos años, brotes aislados, síntomas aterradores y escritores con talento han convertido patologías antes poco conocidas, como el Ébola, en algo familiar. Como ERP, esperamos relativamente pocos resultados de estos virus residentes de zonas calurosas, sean filovirus (vector desconocido, posiblemente murciélagos o monos: Ébola, Marburg, Reston), arnavirus (que propagan los roedores: el Machupo, la coriomeningitis, la fiebre hemorrágica, la fiebre de Lassa) o bunyavirus (que propagan las garrapa-

tas: la fiebre hemorrágica del Congo de Crimea y la del síndrome renal). Precisamente por ser tan espectaculares, estos brotes se han vigilado muy de cerca y, al menos hasta ahora, se han limitado con rapidez.

Ciertas prácticas culturales que no existen en Occidente propician el contagio. En la mayoría de las sociedades africanas, es habitual el contacto físico con los muertos y los cadáveres deben ser purificados mediante el lavado y la expulsión de la orina y las heces, lo que garantiza prácticamente la transmisión viral a la familia y otros dolientes. No descartamos la posibilidad de que el portador de un virus mortal tome un avión a Nueva York o a París, pero no consideramos que estas enfermedades causen una mortandad masiva. El temido Ébola, por ejemplo, es sumamente sensible a la luz ultravioleta. Naturalmente, si estos virus exóticos se generalizan lo suficiente como para mutar con rapidez, las consecuencias serían impredecibles.

Sin embargo, hay un modo en que la aparición de una enfermedad aterradora y excepcional puede fomentar la mortandad más allá de la propia capacidad física destructora del virus. Debido a la larga experiencia y por buenas razones, los occidentales están acostumbrados a un nivel profesional elevado y a la dedicación desinteresada de sus médicos y enfermeras y tienden a atribuir automáticamente esta conducta altruista a los trabajadores médicos de otros lugares. Deberían replanteársela.

Cuando en 1994 la peste (*yersinia pestis*) llegó a Surat, en la región occidental de la India, tres cuartas partes de los médicos particulares de la ciudad huyeron y sólo una pequeña fracción del personal hospitalario acudió al trabajo. Cien pacientes que padecían la enfermedad y que habían acudido al hospital local, al ver que no iban a recibir ayuda médica, se lo pensaron mejor y decidieron volver a casa, propagando el mal en el camino. Hubo que recurrir al ejército para mantener a los demás pacientes en el hospital e impedir nuevos contagios. La conducta de la profesión médica podría contribuir en algunos casos a la difusión de la enfermedad.

Los viejos recursos

La mortandad en bebés y niños puede aumentar gracias a la lactancia artificial. En el Tercer Mundo, los sustitutos

de la leche materna garantizan que una gran parte de los bebés alimentados con ellos no obtendrán una cantidad suficiente (por ser demasiado caros) y beberán agua impura de biberones y tetinas no esterilizadas.

Vuelven las enfermedades respiratorias que se transmiten a través del aire, como la neumonía resistente a los medicamentos, y el sarampión (un millón de muertes al año) y la tosferina convulsiva (300.000). Rodeados como estamos de virus que mutan rápidamente, no cabe descartar la posibilidad de que aparezca otra gripe española (que en realidad procede de Asia). En 1917-1918, esta enfermedad provocó la muerte de 25 millones de personas, tres veces más que las causadas por la carnicería de la Primera Guerra Mundial.

Entre las enfermedades que se transmiten a través del agua, la diarrea es la más básica y fiable. Sin medios para la rehidratación oral, puede matar a un niño de corta edad en horas y suele causar la muerte de dos millones y medio de niños al año, más medio millón de adultos. Alrededor de 80 millones de personas están actualmente expuestas al cólera endémico.

Algunas enfermedades están experimentando un retroceso, como la lepra y el gusano de Guinea. La OMS considera que puede erradicar la polio en el 2005, aunque las guerras, las vacunas de mala calidad y la falta de medios para su almacenamiento en frío para conservarlas podrían impedir que se cumpliera este objetivo. Siguen produciéndose 100.000 casos de polio al año.

Estos éxitos menores y parciales pueden malograrse fácilmente con la intensificación de los conflictos y el hacinamiento. Cualquier conflicto local es una ventaja para la ERP porque complicará la actuación cotidiana de los organismos de sanidad pública, haciendo que sus intervenciones sean más difíciles y peligrosas. Todas las medidas que sirvan para convertir zonas importantes del planeta en tierras de nadie fomentarán necesariamente la mortandad.

La violencia en Argelia ha provocado el cierre de clínicas y causado problemas a prácticas sanitarias como las vacunaciones. La mortandad infantil ha aumentado en el país por primera vez después de 20 años de disminución. El infierno de la región africana de los Grandes Lagos, lleno de refugiados y de otras consecuencias de las matanzas

de Ruanda, es un ejemplo típico de violencia y caos como mejores vectores de las enfermedades, desde el sarampión hasta la malaria. Se lanzaron innumerables cadáveres al lago Kivu, cuya agua bebía la población; el resultado: 50.000 víctimas del cólera.

En el caso de que alguien lo dudase, un estudio sobre el hábitat realizado por la ONU ha demostrado ya científicamente que «la intensidad de la exposición» —niños que duermen juntos o que comparten vivienda con animales domésticos como los cerdos— aumentará la incidencia de las enfermedades mucho más de lo que cabría esperar sólo de la precariedad de los servicios sanitarios. El factor intensidad es causa de tuberculosis, sarampión, tosferina convulsiva y diarrea, todos los cuales se propagan con mucha más rapidez y matan más a menudo en las casas y barrios donde reina el hacinamiento.

El SIDA

Con independencia de las múltiples posibilidades de la tuberculosis, la malaria, las enfermedades exóticas o los viejos recursos, el SIDA cambiará la faz de la humanidad mucho más que cualquiera de ellos. Aunque no es aún la principal causa de muerte de la humanidad, ya está haciendo una contribución fuera de lo habitual a las tasas de mortandad, sobre todo en el Sur. De hecho, el síndrome de la inmunodeficiencia adquirida se adquiere cada vez con menos frecuencia en el Norte. Más del 90% de los nuevos casos se producen en el Tercer Mundo, y tres cuartas partes de ellos en África.

¿Cuántas personas tienen el SIDA? A mediados de 1997, la cifra oficial de casos *declarados* a la Organización Mundial de la Salud era ridícula: 1,65 millones. El Programa de la ONU sobre VIH/SIDA calculaba que el número real de portadores del virus en 1996 era de 30,6 millones, y que se producían 16.000 infecciones nuevas al día o 5,8 millones al año. He aquí un aliado sin precedentes para las ERP: cada año aumenta un 19%, más de dos terceras partes en el África subsahariana, y el 22% en Asia. Las nuevas infecciones se concentran entre los jóvenes de entre 15 y 24 años; el 10% de los afectados son niños.

Cerca de 12 millones de personas ya han muerto de SIDA, cuatro quintas partes de ellas en África. Lo que es más

importante: las cifras sobre mortandad están avanzando a pasos gigantescos: las muertes debidas al SIDA en 1997 representarán exactamente la quinta parte de todos los fallecimientos que ha producido la enfermedad desde que comenzó la epidemia, y un incremento del 50% sobre las de 1996. Las cifras indican que se está extendiendo como un reguero de pólvora.

Estos son los números. La sociología del SIDA también trabaja a favor de las ERP. Las actitudes oficiales y religiosas hacia la sexualidad siguen fomentando la extensión de la enfermedad. Los mojigatos administradores públicos se niegan a reconocer que puedan existir en sus sociedades de forma generalizada la homosexualidad, las relaciones sexuales extraconyugales, la prostitución, las conductas promiscuas y la adicción a las drogas.

Ya sea en los países islámicos, en China, en Japón, en Rusia, en la India o en África, las predecibles reacciones de negación masiva y la convicción de que *esto no puede pasar aquí* retrasan la educación popular y las medidas de prevención. La enfermedad tiene tiempo para echar raíces profundas.

Los clérigos musulmanes proclaman que los valores islámicos protegerán a las personas y que quienes contraen la enfermedad tienen exactamente lo que merecen. Según algunos de ellos, hay que rechazar a estas personas. Un muftí de Dubai cita el consejo del Profeta sobre las enfermedades infecciosas: «Aléjate de ellos como te alejarías de un león», y opina: «Quienes están infectados con este virus (salvo quienes lo adquirieron sin que mediara culpa suya alguna) están en guerra con Dios y el Profeta y están recibiendo el castigo por sus pecados. Por tanto, deben ser evitados a toda costa».

Al igual que el clero católico, los clérigos musulmanes no pueden fomentar el uso de preservativos porque, en su opinión, animan a las personas a practicar el *sexo libre*. Otro estudioso del Islam afirma: «los pacientes de SIDA no son curables ni sirven para nada a la sociedad salvo para propagar esta enfermedad mortal. Deben vivir en un pueblo aparte, como la leprosería».²¹

²¹ Citado en PANOS, *WorldAIDS*, Londres y Washington DC, Núm. 38, marzo de 1995.

Se descuida la prevención, ya sea por el *síndrome de la negación* o sencillamente porque los gobiernos endeudados no tienen dinero suficiente para hacer campañas de educación. En cuanto a la curación, el tratamiento de un paciente africano cuesta lo mismo que educar a diez niños en la escuela primaria durante un año. En Zimbabue, donde tal vez mueren de SIDA 900 personas a la semana, el gobierno ha recortado tratamientos costosos como la diálisis renal porque no puede permitirse invertir en los moribundos un dinero que escasea.

La cultura individual también actúa a favor del virus, especialmente las actitudes machistas. En África, los hombres se burlan de los preservativos, citando a menudo la máxima: «Nadie se ducha con un impermeable». En el África francófona, SIDA se ha convertido en el acrónimo de *Síndrome Imaginario para Disuadir a los Amantes*, un invento de los blancos para poner freno a la sexualidad africana.

En otros lugares, especialmente en el medio rural, no se reconoce siempre el origen viral, e incluso físico de la enfermedad: a veces la transmiten la *gente de la noche* o *brujas* y se puede prevenir observando ritos y costumbres prescritos. La idea de que la única forma de prevenir el SIDA es modificar la conducta sexual está lejos de ser universal en África o en el resto del mundo.

Las mujeres de muchas sociedades dependen a menudo de los hombres para su supervivencia y carecen de control sobre sus compañeros sexuales, incluidos sus esposos, que exigen sexo sin protección incluso cuando mantienen relaciones extramatrimoniales con prostitutas. La mayoría de las mujeres infectadas en las sociedades árabes lo han sido por sus maridos. En casos más extremos, las mujeres se ven obligadas a prostituirse para sobrevivir. Las trabajadoras del sexo corren, obviamente, los máximos riesgos, ya que en general no están en condiciones de insistir en mantener relaciones seguras. Las rutas de camiones de África son famosos semilleros del virus desde mediados de la década de 1980.

Sólo unos años después de que se detectara por primera vez el virus en la India, a principios de la década de 1990, este país tiene ya más casos de SIDA (más de tres millones) que ningún otro del mundo. Tres millones de personas, de una población total de 950 millones de habitantes, puede

parecer algo insignificante, pero los expertos prevén que a principios del próximo siglo habrá al menos 10 millones, y tal vez incluso entre 20 y 50 millones de portadores del virus, y la India se convertirá en el centro mundial del SIDA.

Parte del mérito habrá que atribuirlo a sus cinco millones de camioneros (que mantienen una media de entre 150 y 200 relaciones sexuales con diferentes mujeres y niñas al año) y sus 10 millones de prostitutas. De ellas, 100.000 trabajan como *niñas enjauladas* en el tristemente conocido barrio de prostitución de Bombay de Falkland Road. Más de la mitad ya son portadoras del VIH. También aquí la epidemia está empezando a llegar a los hogares y a afectar a mujeres que afirman que sólo han mantenido relaciones sexuales con sus maridos.

En cada país, a corto y a largo plazo, con independencia de cómo y dónde comience la epidemia, ésta gravitará en última instancia hacia los grupos más marginales y despreciados de la sociedad. En Brasil, una epidemia que comenzó entre los miembros de la *jet set*, que inhalaban cocaína y practicaban el cambio de parejas sexuales asola ahora las favelas. En África, las elites fueron también las primeras en ser infectadas, pero la enfermedad está dirigiéndose ahora a un sector más popular. Las nuevas víctimas del SIDA ya no están entre los homosexuales pudientes de los Estados Unidos, sino en los barrios marginales.

Y así son las cosas: el SIDA es una ERP ideal porque satisface un deseo de castigo a los *pecadores* y elimina a la escoria de la sociedad. Un intelectual indio declaró a un periodista occidental que investigaba el SIDA en Bombay que el SIDA beneficiaría al país porque «despoblará la enorme clase marginada». Esta mentalidad, que no podría ser más apta para nuestros propósitos, se puede fomentar no sólo en las sociedades de castas como la de la India. En todo el mundo, las víctimas de la enfermedad parecen «habérselo buscado» y estas víctimas se concentrarán en última instancia en los estratos sociales inferiores.

De entre todas las enfermedades mortales, la investigación sobre el SIDA recibe fondos especialmente cuantiosos, en gran medida por la presión que ejercieron sus primeras víctimas estadounidenses, bien organizadas, sobre el gobierno federal. El presupuesto para la investigación del SIDA en los Estados Unidos pasó de cero dólares en 1982 a 1.400

millones en 1996. Miles de científicos estudian el VIH y los síndromes asociados a él; muchos hablan ahora de una curación, o al menos de un medio para mantener al virus bajo control durante años, siempre que los pacientes sigan un estricto régimen.

Pero, ¿a qué precio? El tratamiento durante un año con la triple terapia, con los precios actuales, cuesta como mínimo entre 10.000 y 15.000 dólares en los Estados Unidos, por lo que incluso allí es inaccesible para muchos seropositivos que carecen de seguro médico. Los fabricantes de medicamentos antisida (Merck, Abbott, Roche, Glaxo Wellcome) señalan que la terapia cuesta mucho menos que atender a un paciente que se está muriendo de SIDA. Y es cierto: la atención hospitalaria en los Estados Unidos costaría como mínimo 60.000 dólares al año.

El tratamiento seguirá estando totalmente fuera del alcance de casi todos los pacientes del Tercer Mundo. El presupuesto nacional de la India contra el SIDA es de apenas 20 millones de dólares, alrededor de dos centavos por persona. En cuanto al sexo sin precauciones, el coste será también determinante. La OMS calculaba que los preservativos costarían a los organismos del Tercer Mundo que los comprasen no menos de 1.300 millones de dólares para el período comprendido entre 1995 y el 2005. Y hay pocas posibilidades de que encuentren esa cantidad de dinero.

Entre tanto, los puristas éticos se oponen a la vacunación clínica en gran escala y a los ensayos con medicamentos en los países pobres alegando que algunos participantes recibirían placebos. Precisamente porque la infección es tan densa en el África subsahariana, los investigadores podrían estudiar a un número suficiente de sujetos para obtener resultados significativos en un tiempo mucho más breve que si lo hicieran en los países desarrollados. También quieren probar el efecto de diferentes remedios en pacientes *ingenunos* que nunca hayan recibido ningún tratamiento y no hayan desarrollado resistencia a los medicamentos.

Estos puristas alegan también que los pobres no se beneficiarán de los medicamentos que probarían con riesgo para su salud. En cuanto terminasen los ensayos, se cortarían sus suministros de medicamentos salvo que pudieran pagar el precio del mercado, por lo que no debería realizarse ningún ensayo entre estas poblaciones. A menos que

un protocolo clínico sea adecuado para los occidentales, no debería, dicen, aplicarse a sujetos del Tercer Mundo.

Para nuestros fines, nos alineamos con los puristas: si los ensayos son más lentos y más caros, se ganará tiempo para propagar el SIDA. El virus florecerá no sólo entre los sujetos que tomen placebos, sino entre todas las personas que, de otro modo, habrían recibido una terapia eficaz. Introducir en el mercado un nuevo medicamento antisida cuesta más de 500 millones de dólares.

En cuanto a la contaminación de poblaciones indeseables en los países ricos, las agujas infectadas parecen la ruta más corta y eficaz. Se calcula que en los Estados Unidos hay aún entre uno y dos millones de usuarios de drogas intravenosas, pocos de los cuales tienen acceso a agujas limpias. Sólo en Nueva York viven 200.000 adictos y la mitad de ellos dieron positivo en los análisis de VIH en 1995. Un estudio realizado en una ciudad ucraniana mostró que las tasas de infección entre los usuarios de drogas inyectadas aumentaron del 5 al 60% en un solo año.

Los políticos se resisten a financiar programas de cambio de agujas por temor a las campañas publicitarias en televisión: la imagen de un adicto a la heroína inyectándose la droga mientras una voz dice: «Así es como el señor X gasta los impuestos que usted paga al Estado». En los lugares donde se han financiado estos programas de cambio de agujas, como en Gran Bretaña, los Países Bajos e incluso en Katmandú, se ha demostrado que han estabilizado la infección por VIH entre los drogadictos.

Nosotros creemos que el SIDA será un factor determinante en las ERP y en el cambio existencial de la *biopolítica*, para que pase de preocuparse por el bienestar (estadístico) de una población determinada a la poda de las pestilentes clases marginadas. Al *soberano* no han de importarle los cuerpos individuales de los miembros de esta clase, ya que su propia sexualidad los condenará a muerte de la forma más rentable.

A medida que la enfermedad va descendiendo inexorablemente por la escala social, el *biopolítico* aprenderá que pocos votos se cosechan financiando programas para la escoria de la humanidad. Puede que la compasión por estos restos sea una virtud, ilustrada por la Madre Teresa, pero sigue siendo una virtud heroica. Por fortuna, pocos políticos son héroes.

8. La prevención

La Conquista, la Guerra, el Hambre y la Peste han servido para podar la raza humana desde tiempo inmemorial y no han perdido significación alguna en nuestra época. Hasta aquí hemos tratado de demostrar cómo podrían adaptarse a las circunstancias modernas.

Ahora abordaremos las estrategias de reducción de la población que Saint Johns y Malthus nunca podrían haber concebido porque son preventivas y dependen de la política y de la tecnología de finales del siglo XX, dos aspectos que no pueden separarse del todo. Mientras que Malthus no veía ninguna alternativa a la dependencia de la «restricción moral», las ERP preventivas de hoy tienen el mismo potencial, y quizás más, para reducir el número total de seres humanos que las estrategias curativas ya expuestas. Este capítulo se ocupa de las posibilidades que ofrecen lo que denominamos inhibición e inhibidores de la reproducción (IR).

Fertilia y Esterilia

Comencemos con una parábola. Dos países, Fertilia y Esterilia, tienen una historia similar de colonialismo, y poblaciones equivalentes y tasas de fertilidad idénticas cuando obtienen la independencia, a finales de la década de 1950. En ambos países, las tasas de mortandad ya se han reducido drásticamente gracias a la difusión de los conocimientos médicos y de la higiene básica.¹

1. Estos países fueron inventados por el profesor J. E. Meade en

La Esterilia poscolonial está gobernada por una clase mercantil y comerciante que mira hacia el exterior y que establece inmediatamente, como prioridad, un programa de planificación familiar al que presta todo el apoyo institucional, y para el que ofrece incentivos materiales a fin de que participen los ciudadanos. Se instituye el aborto y la esterilización sin riesgos y libres, y se distribuyen anticonceptivos gratuitamente a través de centros de salud ubicados en lugares estratégicos. Los niños que nacen son niños deseados y valorados.

Por su parte, Fertilía está gobernada aparentemente por grandes terratenientes, aunque el poder real está en manos de un clero tradicionalista que considera que hay que dejar que la naturaleza siga su curso... lo que ésta hace, naturalmente. Como era previsible, cuatro décadas después de la independencia, la población en edad laboral de Fertilía se ha cuadruplicado. Con tantos hijos que alimentar, sería difícil, en cualquier circunstancia, mejorar el *statu quo*, pero hace falta un volumen de ahorro mucho más elevado en Fertilía que en Esterilia sólo para mantener el nivel de vida anterior.

Si la población aumenta un 2% al año y la gente desea mantener su nivel de vida, cada año deberán crearse también un 2% más de escuelas, hospitales, maestros, médicos, equipos en cada industria, empleos en cada sector, y así sucesivamente. Nada de eso ocurre. Las tierras de cultivo, en concreto, se han negado con tozudez a aumentar a un ritmo del 2% anual, lo que ha traído por consecuencia el desempleo rural crónico y la emigración masiva a una capital llena de delincuencia. La gente dedica sus magros ingresos a la supervivencia inmediata. No sólo son bajos los ahorros, sino también los ingresos del Estado por medio de la recaudación de impuestos, por lo que puede permitirse pocas inversiones en infraestructura. Las escuelas han renunciado hace tiempo a intentar difundir siquiera la alfabetización básica, y las niñas casi no reci-

«Population Explosion, the Standard of Living and Social Conflict», discurso que pronunció en su calidad de presidente ante la Royal Economic Society el 30 de junio de 1966, *The Economic Journal*, 77 (1967), pp. 233-255. Hemos añadido variables políticas a estas variables económicas para representar de forma más completa los diferentes resultados demográficos.

ben ningún tipo de educación. Fertilía ya no puede producir cosechas suficientes para alimentar a todos sus ciudadanos y se ha visto obligada a importar más alimentos cada año. Soporta una gran carga de deuda externa. La vida es un desastre.

Esterilia ha mantenido estable su población en edad escolar y ha mejorado enormemente su sistema educativo desde que se marcharon los colonizadores. Sus ciudadanos son cultos y competentes y pueden realizar diversas tareas razonablemente complejas; esto se aplica también a las mujeres, que han asistido a la escuela y no tienen más hijos que los que desean. Los ahorros y la inversión han permitido la modernización, una asistencia sanitaria adecuada y mejoras en la infraestructura. Los habitantes del medio rural tienen empleos agrícolas dignamente remunerados o tierras propias. La producción de alimentos no es ningún problema. La emigración rural hacia la ciudad es moderada y la situación en la ciudad es manejable. Puede que la vida no sea paradisiaca, pero sin duda es mejor que en Fertilía.

Aquí ponemos punto final al cuento moral. Si continuase, habría que contar también que en Fertilía, las enfermedades abundan. Los alimentos importados son caros, por lo que a menudo los más pobres se mueren de hambre y están desnutridos. En un futuro no lejano, Fertilía probablemente intentará invadir Esterilia, robar sus bienes y matar a su pueblo o convertirlo en su esclavo; porque la única inversión que ha hecho el Estado de Fertilía es en su ejército. Sus masas de jóvenes desempleados y descontentos estarán más que dispuestos a hacer un favor a sus jefes cuando sean reclutados; al menos así les darán de comer.

Como sabemos, no abundan los Esterilias en el Tercer Mundo. Nuestro objetivo como Grupo de Trabajo, y suponemos que también el objetivo de los solicitantes del Informe, es mejorar la calidad de la vida en todo el mundo, ayudar a los países a ser más como Esterilia y preservar así el libre mercado que, de otro modo, será inundado por las proliferantes masas de Fertilía.

Si queremos realmente mejorar la vida, las estrategias de reducción de la población correctivas que hemos expuesto -los cuatro jinetes- no serán suficientes. También habrá que realizar una labor de persuasión y de coacción para

que la reproducción se atenga a pautas que favorezcan mejor una existencia civilizada.

La aritmética de la reproducción

Examinemos en primer término los datos aritméticos del problema. Hace 30 años, sólo un 10% de las parejas casadas en el Tercer Mundo utilizaba algún medio anticonceptivo.² En la actualidad, se dice que la cifra se aproxima al 60%, aunque el crecimiento de la población ha seguido la curva catastrófica ya descrita.

Los motivos de esta triste situación son económicos, políticos, sociales y culturales; es decir, complejos. Sin embargo, es del todo posible actuar con decisión en el área de la inhibición de la reproducción porque hoy, en el Tercer Mundo:

- 120 millones de parejas que afirman que desean espaciar sus hijos o no tener más descendencia no están utilizando ningún tipo de IR;
- otros 300 millones de parejas más utilizan métodos de IR que consideran insatisfactorios o poco fiables, lo que se traduce aproximadamente en 30 millones de embarazos no deseados al año;
- cada año se practica una media de entre 30 y 40 millones de abortos;
- las consecuencias de estas acciones son 175 millones de embarazos anuales, menos (+/-) 42 millones de abortos = 133 millones de nacimientos vivos (cálculos de la ONU para 1995-2000);
- de esos nacimientos, 13 millones (el 9,8%) se producen en los países desarrollados y 120 millones (el 90,2%) en países subdesarrollados.

Según la OMS y otras fuentes, una elevada proporción de esos 175 millones de embarazos no son deseados por las

2. La Organización Mundial de la Salud, el Fondo de Población de la ONU y otros hablan de *anticoncepción*, *aborto*, *esterilización* como términos diferenciados; nosotros preferimos emplear la expresión *inhibidores de la reproducción* o *IR* porque describe con más exactitud y más sucintamente el objetivo al que aquí se aspira.

mujeres (o las parejas) afectadas. Treinta millones de estos accidentes se producen entre los 300 millones de parejas que utilizan algún tipo de IR (no fiable). En cuanto a los 120 millones de parejas fértiles que no utilizan ningún IR, pero que afirman que lo harían si pudieran, calculemos por lo bajo que una tercera parte de ellas, unos 40 millones, concebirán un niño. Así pues, estos dos grupos juntos serían responsables de 70 millones de embarazos no deseados, es decir, del 40% de todos los embarazos, deseados o no, que se producen todos los años.

Incluso utilizando este cálculo conservador, e incluso asumiendo que todos los abortos actuales se realizan sólo para beneficio de estos dos grupos, satisfacer la demanda de IR de 70 millones de parejas reduciría los embarazos de los 175 millones actuales a 105 millones. Aun en el caso de que todos esos bebés nacieran vivos, seguirían siendo 28 millones de niños menos que los 133 que nacen actualmente al año. En realidad, la repercusión sería mucho mayor. Este cálculo sólo afecta a los dos grupos que, utilizando o no IR, manifiestan su deseo de espaciar los nacimientos o de dejar de tener hijos. Estos 420 millones de parejas representan sólo una parte, alrededor del 35%, de las mujeres del Tercer Mundo con edades comprendidas entre los 15 y los 49 años, cuyo número es de cerca de 1.200 millones. ¿Qué ocurriría si los otros 780 millones de mujeres pudieran disponer de técnicas de IR durante sus años fértiles?

Si sus tasas de nacimiento fueran los mismos que los de las mujeres que viven en los países desarrollados, todas las mujeres del Tercer Mundo tendrían 53 millones de hijos al año en lugar de 120 millones; el número total de nacimientos anuales en el mundo sería de 66,5 millones en lugar de 133. Si las muertes anuales aumentasen sólo una tercera parte, la población comenzaría a disminuir de inmediato.

No esperamos milagros, pero sí queremos señalar las posibilidades de alcanzar un progreso sustancial, por no decir espectacular. ¿Cómo se podría lograr esa mejora en la IR?

Los métodos

Las técnicas IR son conocidas: el aborto es una de ellas; las demás son la esterilización masculina y femenina y los métodos anticonceptivos.

El aborto

Aunque hemos creído al pie de la letra las cifras que acabamos de exponer, ya habíamos señalado antes nuestro escepticismo ante la afirmación de las Naciones Unidas de que cada año se practican una media de 45 millones de abortos. De estas operaciones, cerca de 24 millones son legales; la OMS califica al resto de «peligrosas», lo que no significa que, en la práctica, «legal» sea sinónimo de «seguro». De los abortos «peligrosos», el 90% tienen lugar en el Tercer Mundo. Al menos 70.000 mujeres mueren como consecuencia de ellos, 40.000 en Asia y 23.000 en África. Las mujeres conocen los riesgos. Por ejemplo, de las mujeres hospitalizadas en Bolivia por complicaciones derivadas de un aborto, sólo el 7% había utilizado alguna vez métodos anticonceptivos, pero el 77% dijo que quería utilizarlos.³

En muchos lugares, especialmente en los países ex comunistas de la Europa del Este, el aborto es una forma habitual de método anticonceptivo, hasta el punto de que se practica un aborto por cada nacimiento vivo. Se dice que en Latinoamérica la tasa es de uno por cada dos o tres nacimientos. En la India se practicaron oficialmente 4,3 millones de abortos en 1990, mientras que China no informó de ninguno... Aun reconociendo los obstáculos que existen para realizar cálculos precisos, las cifras mundiales de la ONU nos parecen demasiado elevadas (respecto del número total de abortos) o demasiado bajas (muertes totales).

Sea como fuere, suponiendo que las cifras son exactas, lo que ponen de relieve es el total despilfarro del aborto como estrategia de reducción de la población o como inhibidor de la reproducción, aun cuando, presuntamente, impidan 45 millones de nacimientos al año. Sean «seguros» o «peligrosos», los abortos son, para nuestros fines, una causa insignificante de mortandad entre la mujer, y cues-

3. Fondo de Población de las Naciones Unidas, *The State of World Population 1997*, Nueva York, pp. 22-23.

tan demasiado en términos económicos, de tiempo y de complicaciones médicas, para las mujeres, para las familias y para las naciones.

Por su coste —en el sentido general— 45 millones de abortos, se podrían proporcionar auténticos servicios anticonceptivos y de esterilización IR a un enorme número de hombres y mujeres. El aborto no es sólo un despilfarro económico, sino un método psicológicamente ineficaz, ya que puede producirse otro embarazo en cuanto la mujer vuelva a menstruar. Debe seguir siendo una opción, y legalizarse donde no lo esté, pero sin duda se debería restar su importancia como opción estratégica y no tomarlo como una auténtica ERP.

La esterilización

Recomendamos enrolar a las estridentes y combativas organizaciones antiabortistas estadounidenses para que financien campañas de esterilización en el Tercer Mundo e incluso participen en ellas. Esto satisfaría sus objetivos confesos, ya que la esterilización es una garantía absoluta contra el aborto, y podría reducir de forma significativa el número de estas operaciones legales o ilegales en todo el mundo. Por el momento, China y la India son los primeros países del mundo en número de esterilizaciones, aunque la técnica ya está cobrando cierta importancia en otros países, como México.

El programa del Perú también podría servir de modelo. Los días de mercado llegan a los pueblos equipos móviles de salud que atraen a las mujeres con estandartes y bandas de música y les regalan ropa, zapatos y comida a cambio de una ligadura de trompas gratuita e indolora que se hace en sólo diez minutos. Actualmente se realizan 100.000 operaciones de este tipo al año, así como 10.000 vasectomías. Algunos parlamentarios y grupos de mujeres peruanos han protestado alegando que las mujeres esterilizadas, muchas de ellas indias y pobres, son analfabetas y no comprenden lo que firman, pero el Ministerio de Salud puede señalar grandes éxitos en la planificación familiar, pues declara que, además de las esterilizaciones, millones de píldoras y preservativos distribuidos gratuitamente han permitido que 900.000 parejas eviten embarazos no deseados. Los dispensarios y los trabajadores de la salud tienen incentivos para alcanzar objetivos de IR,

ya que a veces su empleo depende de ello. Reciben bonificaciones por superar los cupos de esterilización.

En el vecino Brasil, por otra parte, la política es la contraria. No se permite la esterilización femenina salvo que se descubra que es necesaria «durante otra operación quirúrgica». El resultado es que son miles los nacimientos en los que se practica una cesárea innecesaria. Un tercio de todos los nacimientos se producen por cesárea, una tasa mayor aún que en los Estados Unidos, donde suele primar la comodidad del tocólogo. En Brasil, ésta es la única forma por la que una mujer puede conseguir legalmente la esterilización tras un parto.

Suecia tuvo un programa de esterilización (eugenesia) desde 1934 hasta 1974, en el que se llevaron a cabo 62.000 operaciones. Cuando en 1997 un destacado periódico publicó una investigación sobre el programa, suscitó una oleada de indignación, pero durante esos 40 años había funcionado a la vista de todos y en general se consideraba progresista. Redujo los gastos del Estado en prestaciones sociales al dirigirse a personas que recibían elevados subsidios por su degeneración física o su conducta antisocial. Hubo programas de eugenesia similares en menor escala en otros países nórdicos, en Suiza y en los Estados Unidos.

Sin duda, algunas de estas operaciones fueron abusivas. Una niña sueca fue calificada de irremediabilmente subnormal y esterilizada; en realidad, no podía leer en la pizarra en la escuela porque necesitaba gafas, no una ligadura de trompas. Sin embargo, desde una perspectiva estadística, estos programas se dirigieron a los no aptos física y mentalmente. Para los fines de la ERP, como hemos subrayado en reiteradas ocasiones, es imposible ocuparse todo el tiempo de individuos, y hay que contentarse con emplear métodos estadísticamente significativos. En cualquier caso, un país como Suecia ya no necesita un programa de este tipo, o posiblemente sólo uno muy reducido.

Hacemos hincapié en las repercusiones humanitarias de la esterilización, ya que en la actualidad mueren al año cerca de 600.000 mujeres por abortos o complicaciones del embarazo, o durante el parto. Estas muertes son otra demostración de ineficacia económica y psicológica (huérfanos, hospitales con sobrecarga de trabajo, maridos de mujeres fallecidas que siguen dejando embarazadas a otras muje-

res, etc.). Estas desgraciadas mujeres estarían mejor esterilizadas que muertas.

La OMS insiste en que la esterilización, debido a que es permanente, debe ser «libre de alicientes» a fin de garantizar un consentimiento con conocimiento de causa. Por nuestra parte, vemos algunos aspectos positivos en atraer a mujeres pobres y prolíficas con alicientes y sugerimos, por el contrario, que debería generalizarse esta práctica.

Subrayamos también la necesidad de crear servicios integrados como los que se ofrecen en el Perú, para que las mujeres puedan obtener la esterilización *con o sin el consentimiento de sus maridos*. La cuestión de la confidencialidad es fundamental. Algunos estudios muestran que incluso la mitad de todos los nacimientos no son deseados (por las mujeres), mientras que los hombres suelen equiparar poder («ser un hombre de verdad») con un gran número de descendientes, especialmente varones. Los múltiples embarazos y los partos de riesgo no ponen en peligro las vidas de los hombres, por lo que éstos nunca son sancionados por sus actitudes machistas. Las suegras de millones de desventuradas mujeres son otra gran fuente de presión para tener hijos.

La anticoncepción

Estas presiones sociales y las necesidades de las mujeres pobres que viven en países populosos deben orientarnos en nuestras evaluaciones sobre la anticoncepción y sobre los medios que existen actualmente para lograrla. La cruda realidad es que millones de mujeres, especialmente mujeres pobres, tienen muy poco control sobre sus vidas y sus cuerpos. Además, para la mayoría de ellas, en sus precarias situaciones, la infertilidad sería el desastre definitivo. Podrían ser fácilmente abandonadas por sus maridos y quedar sin recursos ni perspectivas de obtenerlos (salvo, quizá, la prostitución). Ni siquiera las volverían a acoger sus propias familias. No producir hijos varones también constituye un motivo frecuente de abandono. Veamos algunos problemas concretos típicos que sufren las mujeres en los países pobres y populosos:

- Chandra es india, tiene 25 años, es la segunda esposa de un hombre bastante rico que abandonó a su primera

esposa para casarse con ella. Ha tenido tres hijas; tras el nacimiento de la tercera, la primera mujer se burló de ella por no haber podido dar a su esposo hijos varones, por lo que Chandra se volvió a quedar embarazada inmediatamente. Sufrió grandes hemorragias durante el parto, pero al menos el cuarto hijo fue un varón. Chandra quería ser esterilizada, pero mientras estaba aún en el hospital, su hija más pequeña cayó enferma de malaria. Salió del hospital en contra de los consejos de los médicos para atender a la niña, que murió a pesar de sus esfuerzos. Chandra sigue deseando ser esterilizada, pero, ¿qué pasaría si muriera su único hijo varón? Tiene miedo de quedarse embarazada otra vez y de morir si tiene otro hijo. Su marido, dice, es «muy exigente».

- Sadia es bangladeshi, vive en el campo, tiene 13 años y está prometida con un hombre al que no conoce. Acaba de empezar a menstruar y ya ha aprendido a observar ciertos tabúes durante su período para no sangrar mucho y evitar los dolores. Ya no va a la escuela y pronto se casará. Como muchas mujeres del campo, vive aislada en su casa, pero no le importa porque las mujeres que se aventuran a salir solas al mundo exterior se convierten en blanco fácil de la censura, el acoso y la violencia y podrían terminar como prostitutas, sin que nadie las proteja.
- Tina es filipina, tiene 20 años y un novio al que quiere, pero son demasiado pobres para casarse. Como casi todos los filipinos, es católica, pero, al igual que más de un millón de otras filipinas jóvenes y solteras, eso no le impide mantener relaciones sexuales con su novio. Desgraciadamente para Tina, un acuerdo firmado en 1989 entre la Iglesia y el Estado limita los servicios de planificación familiar, como tales, a las parejas casadas. Como el 13-37% de las mujeres filipinas, se ha sometido a un aborto ilegal. Está agradecida porque no hubo complicaciones y cree que tiene suerte en comparación con su mejor amiga, que tuvo que abortar después de ser violada. La violación en el área metropolitana de Manila ha aumentado un 18% en los últimos diez años.⁴

4. Historias basadas en los datos contenidos en *Creating Common Ground in Asia: women's perspectives on the selection and introduction of fertility regulation technologies*, Programa de Reproducción Humana de la OMS, 1994.

Para practicar la anticoncepción o ser esterilizadas, las mujeres del Tercer Mundo necesitan tres cosas que actualmente escasean en sumo grado: conocimientos, medios y poder. No cabe duda de que los solicitantes del Informe no pueden proporcionar estos tres elementos a las mujeres del Tercer Mundo, pero sí pueden y deben reconocer que muchos programas actuales de IR carecen al menos de uno de los tres y, con demasiada frecuencia, de los tres.

Millones de mujeres tienen pocos conocimientos sobre sus propios sistemas reproductores y de las opciones de que disponen para controlar su fertilidad. Aun cuando tuvieran acceso teóricamente a medios para la planificación familiar, los servicios podrían ser erráticos y los suministros, irregulares. En cuanto al poder, una mujer tendría que ser especialmente valiente para desafiar abiertamente la autoridad de su marido (o de su suegra). El conjunto de obstáculos que hay que superar en la práctica de la IR es, así pues, formidable.

Suponiendo, sin embargo, que se dedique más tiempo, esfuerzo, dinero y presión para resolver los problemas expuestos, ¿cuál sería el anticonceptivo ideal para los millones de mujeres que no quieren, o que ya no quieren, o no deben tener hijos? Lo primero que hay que reconocer es que este milagro de la técnica IR no existe.

Exhaustivas investigaciones realizadas en diversas culturas en las que viven miles de mujeres del Tercer Mundo muestran que, si existiera: 1) tendría una acción prolongada (de entre cinco y siete años) pero reversible, 2) no produciría efectos secundarios perceptibles ni para la propia mujer ni para su compañero sexual, 3) podría ingerirse, inyectarse, insertarse o implantarse sin riesgos y 4) sería asequible y fiable.

- *De acción prolongada pero reversible:* Los dispositivos intrauterinos (DIU) y el Norplant son los que mejor responden a esta descripción. Los DIU funcionan durante diez años o más; el Norplant (varillas que liberan hormonas lentamente y que se implantan en la axila) sirve para cinco años, pero ambos pueden tener algunos efectos secundarios.
- *Ausencia de efectos secundarios:* Las mujeres afirman que muchas veces los servicios de planificación fami-

liar hacen caso omiso de sus quejas sobre los efectos secundarios y actúan como si tuvieran que limitarse a soportarlos. *Queremos señalar que, sea cual fuere el método elegido, toda cliente insatisfecha disuade directamente a varias de sus amigas de utilizarlo, y estas mujeres, con motivos o sin ellos, renunciarán a la anticoncepción basándose en estas historias de terror.* A la inversa, toda usuaria satisfecha de un anticonceptivo animará a su grupo de amigas a probarlo. He aquí un área en la que no podemos permitirnos el lujo de emplear sólo el método estadístico: la satisfacción personal tiene influencia a largo plazo.

Los anticonceptivos inyectables como el Depo-Provera sólo actúan durante un mes y a menudo provocan grandes hemorragias. También podrían transmitir inadvertidamente el VIH, salvo que se cambien o esterilicen las agujas. Los métodos de barrera (diafragmas, preservativos femeninos) son los que menos efectos secundarios tienen —y además, el preservativo femenino protege frente al SIDA—, pero no son especialmente fiables y algunas mujeres tendrán resistencias culturales a insertarse un objeto en la vagina.

- **Seguros:** Los anticonceptivos hormonales (la píldora) son razonablemente seguros, pero muchos estudios han demostrado que no funciona ningún método que exija una atención constante y diaria, al menos no en la escala necesaria.

Los anticonceptivos inmunológicos serían ideales en cuanto a su seguridad, y actuarían durante un período de entre seis y doce meses, pero su desarrollo recibe una financiación mísera y probablemente faltan aún entre cinco y siete años para que se generalicen como una opción real y amplia.

- **Asequible y fiable:** la técnica IR más barata y segura es también la más antigua, el *coitus interruptus*, pero nadie la considera buena para disfrutar. La mayoría de los demás métodos son entre un 92 y un 98% seguros. El que sean asequibles depende sobre todo de los go-

biernos implicados, que pueden ofrecer anticoncepción y esterilización gratuitos si así lo decidieran. Las empresas farmacéuticas también podrían hacer una contribución. Sugerimos que los solicitantes del Informe les animen a hacerlo.

Recomendaciones

Hace algunos años, se habló de extravagantes escenarios en los que se mezclaban anticonceptivos hormonales con agua o harina para su distribución masiva. Estas tramas son pura ciencia ficción. Apenas se podría construir una fábrica con el tamaño suficiente para fabricar los IR hormonales que harían falta para introducir en los depósitos de agua; la sustancia activa se deterioraría en la comida, etcétera. Dado que la imposición externa y masiva de la IR es totalmente imposible, es imprescindible comenzar a partir de *lo que quieren las propias mujeres*. El problema entonces es el de suministrarles lo que quieren en una forma que puedan utilizar. Sin embargo, no podemos dejarlo todo en manos del individuo y hacer caso omiso de la necesidad de una *IR estadísticamente eficaz*. El Norplant puede ser una herramienta eficaz para controlar la fertilidad entre grupos irresponsables o socialmente indeseables.

Algunos estados de los Estados Unidos ya exigen que las mujeres condenadas por abuso de drogas se sometan a un implante. También se ofrecen incentivos para las adolescentes negras o las mujeres que reciben subsidios sociales. Desde el punto de vista de la economía del estado, como se propone en Kansas, es preferible pagar a una mujer 500 dólares para que use Norplant que pagarle 205.000 para que críe un hijo a expensas del estado. En el Tercer Mundo, los soldados indonesios han detenido a mujeres en Timor Oriental para implantarles por la fuerza el Norplant.

Aunque de menor duración, también son prometedores los anticonceptivos inmunológicos, conocidos también como *vacunas antifertilidad*, actualmente en estudio y que en algunos casos ya se están sometiendo a ensayos clínicos. Preferimos el término *anticonceptivos inmunológicos*, pues *vacuna antifertilidad* provoca rechazo en muchas mujeres, al equiparar la fertilidad con una enfermedad contagiosa. El término podría ser malinterpretado como pérdida per-

manente de la fertilidad y podría ser utilizado con fines propagandísticos por activistas anti ERP. Se llame como se llame, el principio científico sigue siendo el mismo: se prepara al sistema inmunológico de la mujer para que reaccione contra el embarazo y la implantación del feto. La reacción inmunológica puede ser antiesperma o antióvulo.

No será sorprendente que las brigadas pro derechos humanos, con su enfoque individualista, se enfrenten una vez más a la salud a largo plazo del planeta y de las propias mujeres del Tercer Mundo, la mayoría de las cuales desean vehementemente unos métodos más eficaces para controlar su fertilidad.

Los críticos afirman que este método innovador, que debe verse como una herramienta posiblemente revolucionaria para la supervivencia individual y de la especie humana, ofrece «un potencial sin precedentes para el abuso» de los usuarios individuales, aparentemente porque los anticonceptivos inmunológicos podrían administrarse «en una escala masiva con o sin el conocimiento o el consentimiento de la persona interesada, porque el sistema de recepción será una inyección, una píldora o una sustancia bebible».⁵

Estos anticonceptivos inmunológicos no están preparados para que actúen durante más de seis meses o un año, aunque los investigadores confían en que finalmente podrá ampliarse la protección eficaz a un período de entre 12 y 18 meses. Las feministas parecen creer que la *capacidad de elegir* de la mujer debe ejercerse día a día; que cualquier método que impida el embarazo durante un plazo superior es de alguna manera un abuso del libre albedrío femenino.

Nosotros consideramos erróneas estas reacciones alarmistas y dogmáticas, en particular dada la enorme necesidad no satisfecha expresada por las propias mujeres. La calurosa bienvenida que han dado a soluciones a largo plazo como el Norplant, los DIU y la esterilización demuestra que la *elección* es flexible. Cabe, pues, rebatir la premisa feminista de que la elección debe tomarse día a día se-

5. Véase Judith Richter, *Vaccination Against Pregnancy: Miracle or Menace?*, Zed Books, Londres, 1996.

ñalando que estas soluciones a largo plazo *no pueden serle arrebatadas a la mujer*; y al menos les dan algo más de poder sobre su fertilidad en un contexto donde los abusos no proceden de fuera del hogar. Cuantos más métodos de IR se puedan poner a disposición de la mujer para que ésta elija, mejor.

Diversos estudios han demostrado que las ventas y la distribución sin prescripción médica y sin receta de anticonceptivos orales baratos podría contribuir a generalizar su uso tanto en los barrios marginales de los Estados Unidos como en el Tercer Mundo, donde hay pocos médicos para extender recetas y donde actualmente sólo 38 millones de mujeres utilizan la píldora. También hay que explorar formas culturales para garantizar una ingestión fiable. Por ejemplo, en un ensayo en gran escala realizado en la India, se les dijo a las mujeres que tomaran la píldora todas las noches con un vaso de leche. Las mujeres acudían regularmente para recoger sus *píldoras de la leche* y se negaban a utilizar otro anticonceptivo porque «les habría impedido el acceso al único vaso de leche que sus suegras estaban ahora obligadas a darles todos los días».⁶

El mejor método anticonceptivo de todos sería la educación masiva de la mujer, aunque reconocemos que esta opción no es viable en las circunstancias actuales. Se ha demostrado una y otra vez que la mejor forma de lograr una reducción de la fertilidad es aumentar los años de escolarización de las niñas y la educación permanente para la mujer. El Banco Mundial repite este mantra constantemente, pero sus propios programas de ajuste estructural se vuelven en su contra. Cuando la familia no puede permitirse el lujo de educar a todos los hijos, los varones tienen preferencia. Por el momento, para bien o para mal, los incentivos peruanos o el modelo Norplant siguen siendo las opciones más viables en un mundo donde la elección con conocimiento de causa y el control sobre la propia fertilidad son un lujo.

6. Snehalata Vishwanath, «May I Have Some More Milk Pills, Please?», *Reproductive Health Matters*, Londres, Núm. 3, mayo de 1994.

¿Y los hombres?

Los hombres se muestran especialmente susceptibles en todo lo relativo a su sexualidad y albergan miedos irracionales a que la vasectomía perjudique su potencia sexual. Las únicas opciones que les quedan a los varones dispuestos a asumir la responsabilidad de la anticoncepción son el preservativo o la marcha atrás, pero en cualquier caso, la mayoría de ellos cargan todo el peso de la IR sobre los hombros de la mujer (o, para ser más precisos, sobre los órganos reproductores de la mujer). «Ella corre el riesgo y ella decide» es una de las viejas cantinelas. La otra la describen los médicos turcos que visitan a las parejas en su hogar para hablar de planificación familiar: «No le haga caso, es como una silla. Yo soy quien decido qué planificación familiar usamos», dice el marido, negándose a dejar hablar a su esposa.

La OMS está desarrollando también un anticonceptivo hormonal para hombres que reduce el número de espermatozoides a niveles indetectables. Ensayos limitados, en los que han participado 401 parejas en nueve países, han demostrado que el método es fiable y seguro. Todos los niños nacidos de parejas que dejaron el tratamiento son sanos y normales.

Este método requiere inyecciones semanales, lo que es un serio inconveniente. La OMS está buscando combinaciones de acción más prolongada y dosis hormonales inferiores, pero esta investigación, como gran parte del resto de la labor sobre IR, sufre una grave escasez de fondos. Y si se encontrase una píldora masculina, ¿confiarían las mujeres en que los hombres la tomaran? Las encuestas de opinión indican que quizá no.

Recomendamos una financiación mucho más generosa tanto de la investigación médica como de la sociológica sobre la IR, así como de los programas de entrega. Hay que impartir formación sobre IR y dar incentivos a un gran número de auxiliares sanitarios para que cumplan unos cupos de IR o los superen. Esta recomendación es aplicable tanto a los barrios marginales del Norte como al marco del Tercer Mundo.

Podrían ponerse en práctica de inmediato numerosos métodos de palo y zanahoria. Se podrían potenciar enor-

mamente los programas nacionales de IR si formaran parte de las condiciones del ajuste estructural. Los países a los que el FMI está ayudando a salir de sus apuros económicos deben ser juzgados en función de su eficacia para reducir las tasas de crecimiento de la población y sufrir recortes en los préstamos cuando no se cumplan los objetivos. Los donantes de programas destinados a los refugiados deben insistir en que las mujeres de los campamentos reciban incentivos para ser esterilizadas *in situ*.

En términos más generales, hay que tomar medidas para recompensar a las mujeres y a las parejas por tener un solo hijo o no tener ninguno (por ejemplo, preferencias en la contratación o en los ascensos laborales, en la obtención de plazas escolares, en el acceso a la vivienda, reducción de los precios del transporte y de bienes esenciales) y penalizar a las que tengan muchos. Por el momento, China empuña el palo pero no muestra ninguna zanahoria. Un enfoque más racional para todos los países reduciría el valor económico de los hijos y compensaría de forma concreta y mensurable a las familias que limitasen su tamaño.

9. Rompecabezas

Algunas áreas de la escena global que hay que mencionar no encajan fácilmente en una categoría o pertenecen a varias al mismo tiempo; además, plantean problemas particulares o ambigüedades para la ERP. A continuación comentaremos sucintamente tres de ellas.

El rompecabezas chino

Cabría resumir en una sola palabra uno de los mayores obstáculos para alcanzar el objetivo general de reducir la población: China. Uno de cada cinco habitantes de la tierra es chino. Todo lo que ocurra en ese país es motivo de enorme preocupación para el resto del mundo. Si para llegar a una población global de 4.000 millones de habitantes en el 2020 hubiera que evaluar proporcionalmente a cada país, China tendría que reducir su número de habitantes de 1.200 millones a 800 millones. La magnitud de la tarea es gigantesca. Pero China debe someterse de algún modo a las ERP.

Este país ocupa más territorio de la superficie del planeta que ningún otro país a excepción de Canadá o de Rusia, y es un Estado sumamente estructurado con tradiciones que se remontan a 3.500 años. Pese a rotundos fracasos políticos como el Gran Salto Adelante, al final del siglo XX tiene menos probabilidades que la mayoría de los países en desarrollo de ser víctima de los flagelos tradicionales de los cuatro jinetes.

No es probable que China sucumba ante las sirenas de la guerra pese a que tiene un poderoso ejército profesional integrado por más de 3 millones de soldados. Hong Kong

ya ha vuelto al regazo de la madre patria sin que hubiera que efectuar un solo disparo y Macao lo seguirá en breve. China considera que su ocupación del Tíbet es la «recuperación de una antigua posesión». Hay algunas posibilidades de que estalle un conflicto con Taiwán, a la que China sigue considerando una de sus provincias; y posiblemente con Vietnam o Filipinas, en torno a las pequeñas y deshabitadas islas Spratly del Mar del Sur de China, que este país reivindica como parte de su «Territorio Sagrado». Además, estas islas han resultado tener reservas petrolíferas submarinas. No hay ningún conflicto civil ni étnico manifiesto en la China continental. Sin embargo, si Taiwán escapa de su control, China teme que pueda animar a las regiones musulmanas y budistas a pedir la independencia.

No son imposibles la provocación y tal vez la explosión, pero para el ciudadano chino de a pie, cualquier guerra tiene actualmente poco interés. La incitación al conflicto tendría que ser manejada con enorme cuidado, especialmente debido a su posible repercusión sobre Japón. Hay que permitir que Japón desarrolle todo su potencial militar. Es una potencia estabilizadora vital en Asia y quizá necesite recurrir a la fuerza si se agudiza la competencia por los alimentos y por los suministros locales de energía necesarios para que continúe el crecimiento.¹

Dado que China es ahora uno de los mayores productores de cereales del mundo, una hambruna del tipo de la que provocó la muerte de entre 30 y 40 millones de personas a principios de la década de 1960 no constituye una amenaza verosímil. China seguirá necesitando cada vez más las exportaciones de alimentos de Occidente, y para Occidente esto podría ser una importante baza para la negociación.

En cuanto a la peste, China tiene actualmente una cuarta parte de todos los casos de tuberculosis del mundo. Está utilizando incentivos económicos para combatir la enfermedad, y paga a los médicos descalzos un dólar por cada

1. Kent E. Calder (asesor superior del Departamento de Estado de los Estados Unidos para Asuntos del Asia Oriental y del Pacífico), *Asia's Deadly Triangle: how arms, energy and growth threaten to destabilize Asia-Pacific*, Nicholas Brealey Publishing, Londres, 1997.

caso que identifican y 5 dólares por cada paciente que termina con éxito el tratamiento. Sin embargo, la elevada tasa de infección por tuberculosis será una ventaja porque apenas se ha reconocido aún el SIDA y éste se propagará antes de que el gobierno admita que es un problema. Hasta la fecha, no se dispone de cifras precisas sobre los casos de SIDA en China, pero probablemente estarán todavía en las decenas de millar.

Según las autoridades de la OMS, en el año 2000 Asia superará a África en número de muertes por VIH y por tuberculosis; hay quien dice incluso que «hay millones y millones de personas infectadas de tuberculosis en Asia que sólo aguardan a que llegue el VIH para activarla. Es un desastre anunciado». No podemos saber la incidencia que tendrán en última instancia el VIH y la tuberculosis en China, pero el habitual síndrome de la negación deberá propiciar su propagación.

El factor más importante que, según nuestras previsiones, contribuirá a la mortandad en China no será ninguno de los cuatro jinetes, sino el desastre ecológico. Como reguladores de la población, los daños ecológicos son una espada de doble filo. Algunas fuentes de contaminación pueden contenerse dentro de las fronteras de un país; otras suponen una amenaza creciente para el planeta en su totalidad. De China están llegando informes sobre contaminación grave de la tierra, el aire y el agua, con efectos nocivos para la salud. Un excelente informe reciente elaborado por un periodista estadounidense con datos de primera mano expone los devastadores costes ecológicos de la industrialización rápida.²

La opción del transporte automovilístico, la lluvia ácida, la gasolina con plomo, el carbón sucio, la erosión del suelo, la deforestación, los residuos tóxicos, la contaminación de los ríos... la lista continúa. Sin embargo, hasta que el nivel de envenenamiento alcance auténticas proporcio-

2. Mark Hertsgaard, «Our Real China Problem», *The Atlantic Monthly*, noviembre de 1997, y *Earth Odyssey: Around the World in Search of Our Environmental Future*, Broadway Books, Little Brown, Nueva York y Londres, de próxima publicación. También cabe esperar que se produzcan inundaciones más devastadoras, empeoradas muchas veces por la deforestación.

nes críticas, el gobierno no está dispuesto a actuar, puesto que sabe que cualquier mejora en el medio ambiente tendrá un coste inmediato en pérdida de puestos de trabajo, que se traducirán en los consiguientes conflictos sociales.

Sólo cuando caigan enfermas miles de personas que beben agua del río Huai, el gobierno se decidirá por fin a tomar medidas, clausurando las fábricas de papel y otras fábricas que llevan años vertiendo directamente al río residuos sin tratar. Mientras la situación sólo bordeee la crisis, el gobierno podrá seguir diciendo: «La abundancia de contaminación puede matar a una persona en cien días, pero sin calefacción ni comida, esa persona morirá en tres».

Según el mismo periodista, los ciudadanos chinos corrientes, incluso los cultos, creen realmente que se puede desarrollar una *tolerancia* o inmunidad al aire contaminado y están dispuestos a pagar el precio ecológico a cambio de un desarrollo industrial que garantice su enriquecimiento económico. Ya una cuarta parte de las muertes en China se deben a enfermedades respiratorias. La repercusión de la enorme contaminación se ve agravada por la epidemia del tabaco.

La degradación del medio ambiente sólo puede extenderse aún más cuando el campo trata de satisfacer sus voraces necesidades de energía quemando carbón de azufre de baja calidad. China pretende triplicar en el 2010 la capacidad para generar energía que tenía en 1991, de 150 gW a 430 gW, y duplicar el número de automóviles particulares en los próximos años. Esto significa contaminación por monóxido de carbono, que alterará el clima y afectará a muchas más personas además de a los chinos.

¿Qué población tiene China? Oficialmente, 1.200 millones de habitantes; en realidad, nadie lo sabe. China instituyó la llamada «política de un solo hijo» en 1979 y ha perpetuado en el mundo exterior la ilusión de que dicha política está implantándose cuando está lejos de ser cierto, especialmente en las zonas rurales. Puede que los burócratas del gobierno tengan que cumplir las normas porque pueden ser castigados fácilmente, pero decenas de millones de familias campesinas hacen caso omiso a los decretos del Gobierno: «Las montañas son altas y el Emperador está lejos». Los funcionarios del partido también tienen un gran

interés profesional en informar de tasas de nacimiento bajas en sus distritos...

La combinación de una contaminación alarmante y un crecimiento de la población fuera de control podría ser, paradójicamente, la clave para resolver el rompecabezas chino. Si el programa se presentase de la forma adecuada como algo que sirve a los propios intereses de China, este país seguramente *cooperaría* activamente en las ERP. El peligro está en que pueda parecer un plan urdido por Occidente para debilitar a China, una impresión que hay que evitar a toda costa.

Las autoridades chinas ya reconocen el peligro de tener un enorme excedente de mano de obra. Se calculaba que, a mediados de la década de 1990, había 150 millones de desempleados en el campo, y es probable que esta cifra alcance los 370 millones en el año 2000, y tal vez los 450 millones en el 2010, según fuentes estatales. Las presiones de la migración sobre las ciudades podrían ser abrumadoras. Las industrias rurales absorbieron sólo a 5,3 millones de personas entre 1988 y 1994, y posiblemente no podrán absorber la oleada que está por venir, sobre todo si se tiene en cuenta que el gobierno ha decidido finalmente aplicar a las infladas e ineficientes industrias estatales unas políticas que priman la supervivencia del más apto.

Su objetivo es reducir las actuales 130.000 empresas de propiedad pública a 512 grandes conglomerados estratégicos que se abrirán al capital extranjero. Los extranjeros ya han invertido 64.000 millones de dólares. El gobierno afirma que al menos un tercio de las compañías estatales actuales pierden dinero. Tratar de apoyar esta economía artificial es, por emplear una gráfica expresión china, «tan imposible como que diez dedos traten de contener a cientos de pulgas».

A medida que se extienda la globalización y se apliquen en China las mismas reglas ganador/perdedor, inclusión/exclusión que en otros lugares, millones de *pulgas* chinas se encontrarán sin empleo. El Gobierno declaró en 1996 que había en total 688 millones de desempleados, pero esta cifra enmascara una década de disminución del empleo estable y un gran aumento del trabajo con contrato y temporal. Se están produciendo millones de despidos en el sector textil y en el ferroviario y en la industria pesada. La región

de Harbin, al nordeste de Pekín, antes centro industrial, está convirtiéndose rápidamente en un *cinturón oxidado*, una evolución familiar en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Muchos trabajadores superfluos no perciben ningún subsidio.

Las empresas extranjeras emplean directamente a pocas personas, y prefieren subcontratar. Por ejemplo, Nike ha recibido muchas críticas por sus políticas laborales, pero en realidad no tiene ni una sola fábrica en China. En última instancia, los chinos culparán a su Gobierno de la disminución del número de empleos y de las condiciones laborales cada vez más terribles que padecen quienes sí los tienen.³

Los chinos tienen la vaga esperanza de que los millones de desempleados encontrarán de algún modo la salvación en la economía de servicios. Puede que para algunos de ellos sea así, pero la mayoría se convertirán en vagabundos. Es esta población excedente inabsorbible la que define el área de la cooperación con Occidente. El mundo rico puede facilitar conocimientos técnicos y dinero para resolver problemas que preocupan a ambas partes, de los que no es el menor la reducción del enorme número de chinos. En caso contrario, lo pagaremos caro, nosotros y el clima mundial.

¿Qué ocurriría si China se negase a cooperar? Si no se hace nada, oficialmente se prevé que su población llegará a 1.400 millones de habitantes en el año 2010 y a 1.700 millones en el 2025. Estos cálculos son mínimos y se basan en una población actual de 1.200 millones de habitantes, que podría ser muy superior. Sea cual fuere la cifra real, esta presión intensificará todos los problemas que actualmente padece China. El medio ambiente sufrirá una vejación tras otra, lo que llevará a su quiebra local, cuando no nacional, en última instancia, especialmente en lo relativo al agua (de lo que hablaremos con más detenimiento más adelante). En el 2010, el Gobierno tendrá que proporcionar más de 500 millones de toneladas de alimentos y pienso a una población que se habrá acostumbrado a dietas mejores.

3. *Chinese Statistical Yearbook 1996* e investigaciones del Hong Kong Christian Industrial Committee, Kowloon, en su boletín *Change*, varios números, 1997.

Cuando su capacidad para restaurar el equilibrio ecológico y mantener un nivel nutricional aceptable sea problemática, en el mejor de los casos China podrá adherirse estrictamente a las estrategias de reducción de la población o buscar territorio adicional para seguir existiendo y manteniendo su nivel de bienestar. Suponemos que los especialistas militares occidentales conocen a la perfección los peligros del expansionismo chino debido a su enorme superpoblación, su escasez de recursos y su abuso ecológico.

Instamos a que se dé a conocer exhaustivamente a los dirigentes chinos que esta segunda opción es poco aconsejable y sus últimas consecuencias militares. Por el contrario, China tiene el máximo interés, incluido el de la supervivencia del Estado, en cooperar en las ERP. Alentar y ayudar a los chinos a comprender esta realidad debe ser una de las prioridades diplomáticas.

El rompecabezas del agua

China también ocupa un lugar de honor cuando examinamos la situación del recurso más indispensable del mundo. Ya hemos considerado algunas cuestiones relativas al agua al hablar de los suministros de alimentos y de las enfermedades, pero no hemos hecho justicia aún a toda su importancia estratégica. Por algo se ha calificado el agua de *oro azul*, pues será uno de los bienes más preciados en muchos países. Imagínese una sustancia que, al mismo tiempo, es indispensable, no tiene ningún sustituto posible y cada vez escasea más: estas circunstancias auguran notables beneficios, pero también conflictos.

El agua está distribuida desigualmente tanto entre los países como dentro de ellos, y en muchos lugares, el agua potable ya es un bien que escasea. Según el Banco Mundial, 80 países donde vive el 40% de la población mundial sufren escasez de agua, mientras que sólo nueve países tienen el 60% de todos los recursos mundiales de agua potable.

No sólo las mujeres africanas que viven en el medio rural deben caminar incontables kilómetros para buscar agua, sino que sus homólogas de la ciudad también han de hacer cola para conseguir un agua que muchas veces no es potable. Las alternativas son obtenerla clandestinamente de las

tuberías de distribución o comprar la que se transporta en camiones cisterna. Además del acceso a la comida, el acceso al agua se está convirtiendo en un factor que limita gravemente la existencia humana, aunque ningún organismo de la ONU ha definido aún la *seguridad del agua*.

Los habitantes de las ciudades chinas son un buen ejemplo. En Pekín, un tercio de los pozos se ha secado ya debido a su superexplotación, destinada a la producción de trigo y mijo en los suburbios. El nivel freático ha descendido hasta los 50 metros por debajo del nivel del mar y está provocando serios problemas de hundimientos. Y sigue bajando a un ritmo de un metro o dos al año, hasta el punto de que puede que haya que trasladar la capital de China a otro lugar. El propio ministro del agua chino ha reconocido públicamente que la mitad de las 600 ciudades grandes y medianas del país sufren escasez de agua; más de 100 tienen carencias graves.

No contribuyen a mejorar la situación las miles de fábricas chinas que vierten sustancias químicas tóxicas a ríos de los que depende la gente para la agricultura y para obtener agua potable. Dos tercios del agua potable del país no satisface las normas mínimas de la Organización Mundial de la Salud.

Cuando estudiamos el uso del agua, encontramos algunos de los factores malthusianos que descubrimos respecto de los alimentos: desde 1940, la población casi se ha triplicado, pero el consumo de agua se ha cuadruplicado. Ni la fusión nuclear ni ninguna otra tecnología energética barata para la desalinización del agua marina van a llegar a tiempo para impedir crisis graves. La única fuente nueva de agua es dejar de derrocharla, lo que significa que debe ser gestionada profesionalmente, preferiblemente por una empresa privada, y ser vendida a precios acordes con los costes reales de mantenimiento y suministro.

Cuando las empresas transnacionales se trasladan a una ciudad como Buenos Aires o Casablanca, mejora el servicio y se eliminan los residuos. Estos servicios deben ser de pago. Si los barrios marginales no pueden permitirse estar conectados a la red general de suministro y pagar por el servicio, hay que eludirlos. Cuando ya el 50% de la población mundial vive en las ciudades, sabemos que no se puede satisfacer la demanda de agua. Por tanto, hay que racionarla de la

única forma factible: en función del precio. Algunos tendrán que arreglárselas con agua sin tratar, como ya se dice que hacen 1.400 millones de personas. El regreso del cólera a Latinoamérica, por ejemplo, está directamente relacionado con el crecimiento urbano y la insuficiencia de suministros de agua potable.

Un análisis estratégico de los suministros disponibles revela que el futuro estará lleno de guerras por el agua. De los 200 principales sistemas fluviales del mundo, 150 los comparten dos países, y los otros 50, entre tres y diez países. Por ejemplo, ocho países situados cauce arriba pueden tomar agua del Nilo antes de que llegue a Egipto, pero Egipto depende del Nilo para casi la totalidad de su suministro de agua. Existen muchas situaciones similares más que dejan patente de inmediato el potencial para fomentar los conflictos.

Aunque se encuentra fuera del ámbito de nuestro estudio, recomendamos elaborar un mapa de *puntos álgidos del agua* que incluya datos físicos, políticos y estratégicos. Este mapa pondría de relieve las zonas donde la guerra, el hambre y las enfermedades podrán desarrollar todas sus posibilidades.

El rompecabezas de la droga

El Grupo de Trabajo coincide en que todas las drogas, tanto las «duras» como las «blandas», deben ser legalizadas. Reconocemos que en la mayoría de los países occidentales resulta difícil hacer una campaña con este programa y que la cuestión de la despenalización ni agrada ni atrae a los políticos. También es muy posible que se derroche un tiempo y una energía muy valiosos en la batalla por la legalización de la droga en un momento en que las potencias occidentales deberían dirigir sus esfuerzos a ERP selectivas tanto en sus propios territorios como en el extranjero. Por tanto, no podemos decir imperiosamente que los solicitantes del Informe deberían ser adalides de esta causa.

Sin embargo, somos partidarios de la legalización por varias razones de peso. Utilizando los cálculos más conservadores, las actividades relacionadas con la droga representan al menos el 2% del producto mundial bruto, y algunas fuentes consideran que el valor de su tráfico es dos o

tres veces superior. Incluso en el extremo inferior de la escala, lo menos que cabe decir es que los narcóticos son el bien más rentable del mundo. El volumen de ventas de las drogas ilegales representa entre el 10 y el 13% del valor del comercio mundial: más que todos los productos derivados del petróleo juntos. Si el negocio de la droga fuera una economía nacional, ocuparía alrededor del décimo puesto en el mundo; antes, por ejemplo, que la del Canadá.

No vemos ninguna razón por la que estos ingresos deban continuar enriqueciendo a la clase de los delincuentes internacionales y a los elementos más infames de las sociedades occidentales. Sería mucho más preferible sacar este comercio a la luz y someterlo a controles legales y fiscales, como cualquier otro negocio. La industria farmacéutica y la agropecuaria, o incluso las empresas de medios de comunicación y del espectáculo estarían en buenas condiciones para asumir la producción y la comercialización de las drogas legalizadas y podrían responder de la pureza y calidad de sus productos.

Esto es muchísimo más de lo que cabe decir de los proveedores actuales. Debido a que están prohibidas, las drogas no sólo son de calidad dudosa, sino excesivamente caras. Los ingresos son bombeados a otros negocios delictivos y sostienen a los blanqueadores de dinero que han dado mala fama a una actividad financiera legítima. En cuanto a la influencia corruptora de las drogas sobre todos los niveles de la administración del Estado, años de revelaciones desagradables sobre al menos una decena de países hacen innecesario documentar más este aspecto.

Especialmente en los Estados Unidos, el comercio de la droga ha sobrecargado fatídicamente las prisiones y el sistema judicial. El 3% de los varones adultos de raza negra está entre rejas, en su mayoría por delitos relacionados con la droga. Además de los 1,8 millones de personas (de todas las razas) que están en prisión, otros 2,3 millones tienen antecedentes penales y están en libertad condicional. Los cálculos conservadores de la Oficina de Política Nacional sobre Control de Drogas estadounidense confirman que la economía de los Estados Unidos sufre pérdidas de al menos 146.000 millones de dólares al año debido a las drogas, incluidos los costes sociales de la delincuencia relacionada con éstas, que se calcula son de 67.000 millones.

Desde el comienzo de la administración Reagan, los Estados Unidos han declarado una «guerra contra las drogas». Puede que el programa sea, desde el punto de vista político, una buena baza frente a la opinión pública, pero si fuera una guerra real, sería considerada una derrota peor que la de Vietnam. Y no es por falta de ensayos.⁴

Los resultados de la participación internacional (la ONU, el G7, el Consejo de Europa, la Comunidad Europea, etcétera) en esta «guerra» son igualmente decepcionantes. La Interpol dedica la mitad de su presupuesto a combatir el comercio de drogas. Pese a todos estos esfuerzos, se calcula que las autoridades confiscan sólo el 10% de las drogas que se producen en el mundo. Dado lo elevado de las compensaciones, muchas personas están dispuestas a asumir enormes riesgos por transportar y comercializar drogas.

Europa no ha adoptado tampoco una postura sobre la legalización de la droga, potenciando así a diversas mafias locales y ejércitos extranjeros. Los países de origen, para los que las drogas constituyen indirectamente grandes fuentes de dinero, cooperan con sus homólogos del Norte sólo cuando se ven absolutamente obligados a hacerlo o bajo chantaje, y no hay motivos para creer que vayan a actuar de otro modo en el futuro. Si se legalizaran las drogas, los países de origen podrían permitir su cultivo, procesamiento y exportación y recaudar impuestos sobre estas actividades. Dejarían se fumigarse pequeñas plantaciones y se evitarían otras medidas de destrucción de recursos.

Cada año que pasa se confirma que la policía y los ejércitos no pueden destruir los suministros. Aun así, el gobierno de los Estados Unidos pretende dedicar otros 16.000 millones de dólares a la guerra contra la droga en 1998, para interceptarla en todas sus fronteras, erradicarla en los países de origen, más una pequeña cantidad para la «educación sobre la droga» en el país. Una vez más, se encazarán enormes sumas de dinero a corruptos dirigentes

4. Véanse los detalles del apoyo militar en el siguiente artículo de dos coroneles retirados del ejército de los Estados Unidos que conocen exhaustivamente esta guerra: William W. Mendel y Muri D. Munger, «The Drug Threat: Getting Priorities Straight», *Parameters* (revista trimestral del us Army College), verano de 1997.

militares latinoamericanos que seguirán utilizando su equipo contrainsurgencia contra sus enemigos políticos y no contra los cerebros de la droga. Sus prioridades son rara vez las mismas que las de los guerreros antidroga estadounidenses. Sería mucho más eficiente dedicar estas espléndidas sumas a ERP preventivas y curativas.

Las fuerzas armadas estadounidenses tampoco están a la altura de los barones de la droga. Como escribió un oficial estadounidense: «Igual que en Vietnam, las abrumadoras ventajas que poseen los Estados Unidos en cuanto a tecnología, servicios de inteligencia y poderío militar no son suficientes para superar los factores políticos, económicos y sociales que influyen en la guerra contra la droga [...]. [Sin embargo, es] más fácil desde una perspectiva política precipitarse hacia delante en lugar de realizar reevaluación en serio».⁵

Recomendamos que se realice sin demora esa reevaluación en serio y que se calculen las ventajas que tendrá la legalización de las drogas para la economía mundial. En la actualidad, las drogas son demasiado costosas en términos económicos, sociales, militares y políticos, y desvían recursos que escasean de áreas donde podrían ser de más utilidad.

Si las drogas legales fueran vendidas por empresas legales, éstas no deberían ser consideradas responsables de los abusos individuales, aunque, como ocurre en la industria del tabaco, deberían tener la obligación de advertir de sus riesgos. Haría falta rotular con claridad el envase para indicar que la sustancia contenida es «adictiva» (en su caso) o «perjudicial para la salud». Para los más jóvenes, se podrían aplicar a las drogas los mismos límites legales de edad que rigen para el consumo de alcohol, y someter la conducción bajo los efectos de las drogas a las mismas sanciones. Ésta es un área donde tal vez los gobiernos tengan que aplicar controles de precios o bien vender el producto a algunos consumidores en tiendas designadas, si los pre-

cios tendieran a fomentar los mercados negros y la delincuencia, como ocurre en la economía de la droga ilegal.

No se deben exaltar las drogas, pero si la gente quiere matarse con una sobredosis, hay que dejarle que lo haga. Teniendo en cuenta los tipos de personas que lo hacen hasta ahora, estarían prestando un notable servicio a la sociedad. Desde el punto de vista de las ERP, las tasas de mortalidad son insignificantes y probablemente permanecerían estables o disminuirían algo. Se calcula que en los Estados Unidos se producen 20.000 muertes al año debido a la droga (1986-1996). Las cifras relativas a otros países no son fiables o no existen, y la OMS sólo tiene constancia de 11.000 muertes al año, número que se queda claramente corto. Las drogas son un rompecabezas que exige más estudios, pero tienen un importante potencial económico y otro menor para las ERP.

5. Teniente coronel Wayne G. Shear, «The Drug War, Applying the Lessons of Vietnam», *Naval War College Review*, verano de 1994, p. 120; citado en Peter Zirnite, *Reluctant Recruits: the US Military and the War on Drugs*, Washington Office on Latin America, agosto de 1997, p. 36.

In fine...

Con este Informe hemos intentado proporcionar a los solicitantes una evaluación clara y responsable de la situación que afronta el capitalismo global y la economía de mercado en el siglo XXI (primera parte) y los medios teóricos y prácticos para evitar una catástrofe y una parálisis potenciales (segunda parte).

Aunque nos complacerá que se califique al texto de oportuno, no nos consideramos parte de la avalancha del milenio, ni creemos que nuestro Informe sea una contribución a su aluvión de documentos: habríamos redactado en esencia el mismo texto hace cinco o diez años, y dentro de cinco o diez años. Algunas cifras y referencias habrían cambiado, pero no el mensaje.

La experiencia de trabajar juntos en este Informe nos ha cambiado; se han fusionado nuestras percepciones individuales y ha aumentado nuestra conciencia. Nuestra principal preocupación ahora es la urgencia, difícil de evocar sin recurrir al lenguaje emocional que hemos tratado de evitar en el propio Informe.

En particular, confiamos en que nuestro método ceñido a los hechos y la imparcialidad de nuestro enfoque no hayan ocultado la necesidad de una voluntad política y de una acción inmediata que tal vez sólo puedan derivarse de un llamamiento simultáneo a la razón y a la emoción, la primera de ellas el miedo.

Conjeturamos que los solicitantes del Informe han alcanzado la talla que ha dado lugar al encargo de este Informe precisamente porque no temen mirar cara a cara la realidad, porque comprenden la sabiduría de los romanos, que decían que *necessitas non habet legem*: la necesidad no sabe de leyes.

Los que hemos tenido el privilegio de contribuir a este Informe debemos confiar ahora en que su poder para actuar sea proporcional a su clarividencia.

Anexo

Susan George

Se puede reaccionar de tres formas ante este Informe. La primera es rechazarlo: «La Solución Final Mundial del Grupo de Trabajo de Lugano es demasiado atroz como para ser considerada; por tanto, no la consideraré». Puede que quienes así reaccionan deseen discutir los detalles más brillantes de la lógica del avestruz con otras avestruces; allá ellos: yo no puedo hacer más.

La segunda es preguntarse, no si la opción del Grupo de Trabajo es atroz —tengo la impresión de que eso es algo obvio—, sino si es lógicamente necesario. Una vez que se aceptan sus premisas, ¿podrían haber sido diferentes sus conclusiones?

La tercera es reconocer que las conclusiones se derivan, efectivamente, de las premisas, y a continuación cuestionar radicalmente estas premisas, que son de diferentes tipos.

Las premisas

Las *premisas económicas* son evidentes. El crecimiento y la eficiencia del capitalismo son fundamentales; todos los demás valores han de sacrificarse a ellos. La competencia en el mercado (por el empleo, por una cuota de mercado, por obtener beneficios, entre otros aspectos) se traducirán en una eficiencia óptima porque el mercado es el mejor distribuidor de todos los recursos, ya sean naturales, manufacturados, económicos o humanos. Los mercados son, además, capaces de autorregularse, y no hay que interferir en su actuación.

Las metas de la actividad económica son el beneficio y la acumulación, que son al mismo tiempo la señal y la medida de la eficiencia. Por medio de los mercados financieros, los beneficios se transformarán en inversión, permitiendo que todo el ciclo vuelva a empezar. El empleo y la satisfacción de las necesidades humanas, frente a las del propio mercado, son algo incidental para el sistema, que obedece a la lógica de la oferta y la demanda, y no a la de la necesidad y la satisfacción.

La distribución más o menos justa de bienes entre personas de diferentes partes del mundo o entre ciudadanos del mismo país podría ser una preocupación adecuada para los gobiernos o las organizaciones benéficas; sin duda, no lo es para los mercados. Aun así, los mercados autorregulados son en cierto sentido morales, pues terminan recompensando a los trabajadores, a los serios y a los que *lo merecen*, o así afirman sus defensores. El sistema reserva sus máximos premios al individualismo radical que asume riesgos y, en este mundo, uno está solo frente a todo.

Esta filosofía económica la propugnan en especial las grandes empresas transnacionales de servicios, de fabricación y financieras, que tratan a su vez de reducir las presiones de la competencia, practicando el «capitalismo de alianza». Las pequeñas y medianas empresas, los negocios familiares, los profesionales, los artesanos, los propietarios de comercios no actúan, en general, siguiendo las mismas normas impersonales e implacables. El auténtico foco del Informe —porque lo es también de la economía globalizada de mercado— es la libertad y el bienestar de las empresas transnacionales.

Las consecuencias sociales que se derivan de los principios económicos que rigen en estas empresas son sencillas. Como deja insoportablemente claro el famoso «reductor de plantillas» Albert Dunlap (conocido como *Al el Motosierra*) en su interesante obra *Empresas geniales: Cómo salvé a malas empresas e hice grandes a empresas buenas*¹, las empresas pertenecen exclusivamente a quienes invierten en ellas, es decir, a sus accionistas.

1. Albert J. Dunlap con Bob Andelman, Times Books, Nueva York, 1996.

Dicho a la inversa, no pertenecen a sus empleados, a sus proveedores ni a las comunidades en las que casualmente tienen su sede. De lo que se sigue que el director ejecutivo de la empresa debe conseguir todo el dinero que pueda para sus accionistas (y para sí mismo), empleando todos los medios que sean necesarios. Lo que les ocurre a los empleados, afectados por la reducción de plantilla, a sus familias y a las ciudades donde viven ni es de su incumbencia ni de su responsabilidad. Fin de la historia.

Los reductores de plantillas como Dunlap² son adulados por Wall Street y por la City londinense, reciben enormes recompensas por sus servicios y salen en las portadas de las revistas, pese a que en una ocasión el *Newsweek* rompió sorprendentemente la tradición al exponer a varios directores ejecutivos reductores de plantillas especialmente brutales bajo un gran titular en rojo que rezaba «Asesinos de empresas». El *Newsweek* utilizaba un lenguaje figurado; el del Grupo de Trabajo es literal.

El director ejecutivo medio de una gran empresa estadounidense «vale» actualmente un salario anual 200 o 300 veces superior al de su último empleado. Mientras tanto, los salarios, tanto de los trabajadores británicos como estadounidenses, son más bajos, en términos reales, que en 1987. Durante más de diez años y medio, las recompensas por aumento de la productividad excluyen a la mano de obra. Los trabajadores de todo el mundo son cada vez más productivos, pero en su mayoría son penalizados por sus molestias porque la globalización los enfrenta entre sí en una guerra competitiva internacional en la que, citando a Hobbes, «cada hombre es enemigo de cada hombre». Las recompensas fluyen hacia los altos directivos y hacia los accionistas, es decir, hacia los propietarios de los conocimientos y del capital.

Estas empresas son móviles y son las primeras en buscar nuevas sedes donde los sindicatos sean débiles o estén prohibidos y donde puedan encontrar la máxima productividad al mínimo salario. Este fenómeno no se limita a los países ricos. La transnacional francesa Thomson cambió hace poco Malasia por Vietnam, dejando tras sí a 2.600 tra-

2. A los amantes de la justicia poética les gustará saber que Dunlap fue despedido en 1998.

bajadores malos. Nike ha trasladado sus actividades subcontratadas desde los Estados Unidos a Corea, a Indonesia, a Vietnam, siempre en busca de acuerdos más ventajosos.

Algunos especialistas han dedicado ríos de tinta a demostrar que la reducción de plantillas y la *desubicación* (trasladarse desde Flint, Michigan, a Shenzhen) no son las causas, o son sólo una pequeña parte de las causas, de la existencia de un gran número de trabajadores pobres en los Estados Unidos y de la inseguridad económica y el desempleo masivo en Europa. En cualquier caso, afirman estos expertos con ejemplar y repentina preocupación por los oprimidos, los asiáticos, los mexicanos o los polacos tienen exactamente el mismo derecho a esos empleos que nosotros. Dan a entender, o afirman con toda claridad que los estadounidenses y los europeos que quieren un empleo digno con un salario digno se comportan con egoísmo hacia los pobres del Tercer Mundo.

El tema es, por el contrario, que las transnacionales nunca van a resolver los problemas de desempleo *de nadie*. En comparación con su tamaño y sus ventas, ofrecen un número escasísimo de puestos de trabajo. Aunque la ONU dice que existen actualmente alrededor de 40.000 empresas transnacionales, las 100 más importantes controlan la quinta parte de los activos de todas las transnacionales del mundo. En 1996, estas 100 empresas estelares vendieron productos y servicios por un valor superior a 4,1 billones de dólares, pero daban empleo a menos de 12 millones de personas en todo el mundo, menos que las que tenían en nómina en 1980. Entre 1993 y 1996, aumentaron sus ventas en un 24%, y aun así lograron reducir sus plantillas. Cada empleado de una de las primeras transnacionales, desde el presidente hasta el conserje, produce ahora una media de 350.000 dólares de ventas. Eso es productividad ahora.

Las *premisas políticas* del Informe Lugano se derivan de las económicas. Los acuerdos sociales y políticos a los que se llega por medio del funcionamiento de los mercados, la privatización masiva, la reducción de servicios estatales y otras medidas neoliberales son lo mejor que han podido o pueden concebir. Como dice el propio Grupo de Trabajo: «El mercado, en su máxima extensión y cuando es

más inclusivo, es lo más cerca que probablemente estaremos de la sabiduría del Todopoderoso». Aun cuando cause sufrimiento a algunos y parezca cruel a primera vista, sigue extrayendo el bien de un aparente mal.

Este es un tema familiar: el capitalismo no puede mejorar y es el estado natural de la humanidad. El libre mercado es una condición previa para la democracia, la democracia es una condición previa para la estabilidad y la paz, que a su vez son condiciones previas para que el negocio continúe. En cualquier caso, gracias a la revolución de la tecnología de la información y a la movilidad del dinero, la globalización y la integración del mercado son inevitables e irresistibles. Es como ese viejo chiste sin la más mínima gracia sobre la violación: lo único que se puede hacer es relajarse y disfrutar.

El mercado globalizado deberá determinar, así pues, prácticamente todas las relaciones entre los individuos y las sociedades. Dado que los Estados no pueden hacer mucho respecto de la sociedad, y que no deberían hacerlo aunque pudieran, la democracia ya no es tan importante. Puede que ofrezca una fachada decorativa, pero hay que mantenerla bajo control (o suprimirla paulatinamente) porque las elecciones y la participación masiva favorecen, por definición, a las masas, que son, por definición, perdedoras. Lo más probable es que un sinnúmero de personas expresándose en voz alta sean irresponsables y no sean más que un estorbo.

En cuanto a las *premisas comerciales*, el Grupo de Trabajo es partidario del comercio y de la inversión sin restricciones, con un fuerte marco legal internacional *basado en normas* para garantizar esta libertad, como el de la Organización Mundial del Comercio; lo que es comprensible desde el punto de vista de las empresas transnacionales porque el orden del comercio mundial está hecho a su medida. Su propaganda ha sido tan eficaz que declararse en contra del *libre comercio* ahora es como declararse contra la maternidad. ¿Qué hay detrás de la semántica?

Todo un tercio del comercio mundial está compuesto por los intercambios que se producen *dentro* de la misma empresa; es decir: Shell *comerciando* con Shell, IBM con IBM, Unilever con Unilever. Otro tercio de ese comercio mundial no es intraempresarial, sino interempresarial, es decir,

empresas transnacionales que comercian entre sí: General Electric con General Motors. Sólo el tercio restante de intercambios en los mercados mundiales puede denominarse, en un sentido normal, comercio *nacional* y esta proporción disminuye constantemente.

Los beneficios del libre comercio son para los neoliberales lo que el pecado original y la Santísima Trinidad para los católicos. Esta doctrina básica se funda en la roca de la «ventaja relativa». Según este conocido principio formulado en el siglo XIX por David Ricardo, un país debe vender lo que produce relativamente barato y comprar lo que produce relativamente caro. Por el momento así es.

Sin embargo, esta teoría parte del supuesto de que, al igual que en la época de Ricardo, el capital se queda en casa y el transporte es costoso, y ni una cosa ni la otra son así ya. Supone también que el comercio se produce *entre dos naciones*, y deja completamente fuera de la realidad el hecho de que las empresas transnacionales pueden invertir y producir en cualquier parte del mundo; de que sus intercambios intraempresariales e interempresariales ya constituyen dos tercios del comercio mundial de bienes y servicios.

En el lenguaje más técnico del especialista, la teoría bicentenaria que sigue teniendo fuerza exige «un sencillo marco de equilibrio general entre dos países», lo que sólo puede distorsionar los juicios sobre los beneficios o desventajas del comercio de las empresas transnacionales, desnacionalizado y multipolar.³

Pero no es sólo que la teoría económica sea confusa e inadecuada para abordar la realidad empírica actual. La ventaja relativa siempre ha guardado relación con los *costes económicos* de la producción del vino y del paño, empleando el ejemplo de Ricardo, en este o aquel país. Ahora vivimos en un mundo donde compiten directamente las normas y las reglas de los sistemas políticos y sociales de diferentes países.

¿Se aceptarían el trabajo infantil, jornadas de doce horas, salarios de miseria, condiciones laborales peligrosas y la prohibición de sindicatos en el propio país? Probable-

3. Naciones Unidas, *World Investment Report 1996*, pp. 123-125 ofrece una explicación más completa.

mente no. Pero a quien no ve ningún motivo por el que sus compatriotas tengan que competir con los ciudadanos desgraciados y oprimidos de unas naciones donde todas estas prácticas son *legales*, se le tilda de «contrario al libre comercio», un anatema «proteccionista».

La Organización Mundial del Comercio excluye de sus normas los productos fabricados por mano de obra reclusa, pero no dice nada sobre el derecho a organizarse, ni sobre las condiciones laborales del trabajo infantil. La Federación Internacional de Trabajadores del Textil, Confección y Piel calcula que en el mundo trabajan 250 millones de niños, la mitad de los cuales son menores de 14 años, casi todos en condiciones atroces. Este horror no tiene nada que ver con la cultura, con la tradición ni con los *valores asiáticos*, sino con conseguir tres niños dóciles e indefensos por el precio de un adulto.

La Federación afirma que escolarizar a estos niños trabajadores costaría 6.000 millones de dólares, el 2% del gasto mundial en armas. Los mismos argumentos a favor del trabajo infantil vienen esgrimiéndose desde hace más de un siglo, primero en Gran Bretaña y en Europa, ahora en Pakistán o en Honduras, y en gran medida por el mismo tipo de personas. Utilizar a los niños es la única forma de hacer que la industria del país siga siendo competitiva; si no trabajan para nosotros, los niños vivirán peor, se morirán de hambre o se verán abocados a prostituirse; sus familias dependen de ellos. La última vuelta de tuerca es reivindicar los «derechos de los niños», incluido su «derecho al trabajo», de forma que la escuela no debería ser en absoluto obligatoria.

En realidad, la mano de obra infantil hace bajar los salarios y sustituye a los adultos. En la India, el número de niños trabajadores y el de adultos sin trabajo es más o menos igual. La práctica perpetúa la pobreza. Los niños trabajadores de hoy serán, si no están muertos ya, los adultos desempleados del mañana, y enviarán a sus propios hijos a trabajar en las mismas sórdidas condiciones. Multitud de empresas transnacionales están subcontratando a empresas que emplean a niños.⁴

4. Para más información, ITGLWF Federation, rue Joseph Stevens 8, 1000 Bruselas, Bélgica, fax (32-2) 411 0904.

El trabajo infantil también existe, aunque a una escala mucho menor, en el Norte, pero al menos la legislación de los países avanzados reconoce que las partes contratantes no tienen necesariamente la misma capacidad de negociación y que la más débil debe recibir la protección de la ley. Al igual que el niño, el trabajador no siempre es «libre» para ejercitar sus derechos y, sin dicha protección, el «derecho al trabajo» podría significar aceptar unas condiciones inhumanas para sobrevivir.

De ahí una famosa sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, en la que confirmaba una ley de salario mínimo para las mujeres, que hacía alusión a su relativa debilidad para la negociación, que podía convertirlas en «víctimas fáciles de quienes se aprovecharían de sus circunstancias menesterosas». ⁵ Puede que sea una sorpresa para el Tribunal Supremo, pero la globalización y el libre comercio están invalidando esta sentencia. Por eso los críticos hablan de «la carrera hacia lo peor», cuando se hace competir las normas nacionales entre sí. El mínimo común denominador suele convertirse en norma y, para el individuo, se reduce a elegir entre unas condiciones tercermundistas o bien no tener ningún empleo.

Los mismos argumentos pueden aplicarse a las normas medioambientales, salvo que la naturaleza no tiene ninguna capacidad de negociación salvo doblar sus rodillas cuando ya no pueda soportar el asalto. En el régimen del comercio internacional, si un país puede ofrecer sus productos más baratos porque practica la represión política, cierra sus ojos a la opresión social y viola su medio ambiente, no es un problema para el economista neoliberal ni para la Organización Mundial del Comercio.

La OMC sugiere que las quejas se dirijan a la Organización Internacional del Trabajo; los economistas de la corriente dominante dicen: «No utilicen el comercio para abordar problemas humanitarios: dejen que los perdedores emigren o envíenles ayuda técnica y económica masivas». Menuda oportunidad. La realidad actual es que cuan-

5. *Coast Hotel Co. v. Parrish*, 1937.

do un producto llega al mercado, ha perdido toda memoria de abusos contra los humanos o contra la naturaleza. ⁶

Las *premisas financieras* del Informe son sencillas. El capital es móvil (aunque no lo es la mano de obra). Los mercados financieros permiten teóricamente que quienes tienen ahorros los inviertan en acciones, bonos, opciones y otros productos similares para encauzar la inversión de nuevo hacia la producción y crear bienestar para todos. En realidad, sólo un pequeño porcentaje de los enormes flujos de efectivo que van a parar a los mercados financieros se invierte en la economía *real*. ⁷

La afluencia inmediata de fondos líquidos a los mercados financieros también refleja la transferencia de riqueza desde abajo hasta arriba. Cuando las personas menos acomodadas tienen algo de dinero en efectivo, compran productos y servicios y hacen que la economía real vaya tirando. Cuando el dinero se mueve hacia quienes ya tienen gran parte de lo que necesitan o desean, va a parar al papel, que en buena parte es improductivo. El Grupo de Trabajo apenas considera la posibilidad de que el capital financiero pueda no tener mucha relación con la producción y distribución reales de bienes y servicios, aunque teme, con razón, la volatilidad y la quiebra.

El dinero en efectivo que pulula por el mundo está en su mayor parte en manos de fondos de pensiones, compañías de seguros y empresas financieras (agencias de corretaje, fondos de protección y similares). Sus activos suman la bonita cifra de 21 billones de dólares, la mitad de los cuales pertenece a fuentes estadounidenses. Esta cifra, que procede del Informe de 1998 del Banco Internacional de Pagos (BIP), el banco central de los bancos centrales, es incomprensible para los comunes mortales. Para situarla en

6. Una obra más útil sobre estos asuntos, escrita por un honrado economista neoclásico, como él mismo se califica, es Dani Rodrik, *Has Globalization Gone Too Far?*, Institute for International Economics, Washington D.C. 1997. Rodrik dice que no es así: «No si los responsables políticos actúan con prudencia e imaginación». Una gran condición viniendo de un economista cuyas medidas son en el mejor de los casos ingenuas, y a quien aquí vemos expresando sus esperanzas.

7. Véase Doug Henwood, *Wall Street*, Verso, Nueva York y Londres, 1998; también profesor Paul H. Dembinski (Universidad de Friburgo), en diversas publicaciones del Financial Monitoring Centre de Ginebra.

perspectiva, hay que explicar que es mayor que la suma del PIB anual de todos los países industrializados, y que equivale a 3.500 dólares para cada hombre, mujer y niño que vive hoy en el planeta.

Los administradores de estas colosales sumas están tomando constantemente la temperatura del mercado y, cuando se mueven, se mueven rápido y en grupo. Así, el BIP no duda en hablar de conducta «gregaria» cuando todos los administradores de fondos tratan de seguir a sus homólogos con más éxito, los que han superado históricamente el rendimiento del mercado. Un cambio de sólo un 1% en sus carteras equivale a una cuarta parte de la capitalización de todos los mercados de valores del Asia «emergente», dos tercios de todos los mercados de valores de Latinoamérica. Por tanto, no sorprende que estos mercados sufran un hundimiento rápido cuando el rebaño echa a correr hacia la puerta.

Muchos de estos fondos pueden marchitarse y provocar un desastroso efecto dominó debido a su enorme apalancamiento, es decir, a que toman dinero prestado con fines especulativos en cantidades decenas de veces superiores a su base de capital real, utilizando un préstamo como garantía del siguiente. Los fondos internacionales no están regulados y pueden hacer todo lo que les plazca; luego la gente se sorprende cuando hacen precisamente eso.

Las *premisas ecológicas* del Informe Lugano son exactas. Es raro que la realidad medioambiental entre en el modo de pensar del diagnóstico económico neoliberal. El Grupo de Trabajo tiene razón cuando afirma que hacen falta medidas inmediatas; aunque no en el tipo de medidas que propugna.

El Informe, sin embargo, descuida un importante aspecto político-ecológico. Hace treinta años, en un famoso artículo que cita el Grupo de Trabajo, el biólogo Garrett Hardin postuló la «Tragedia de los Terrenos Comunes».⁸ Hardin suponía la existencia de un grupo de pastores en el que cada «pastor racional» intentase aprovecharse de todos los demás incrementando su rebaño en un animal, luego en otro,

y luego en otro, hasta que todos los pastores hacían lo mismo y la base de recursos —el pasto— se agotaba.

Hardin es, sin duda, un biólogo competente, pero sabe poco de historia y de antropología o del comportamiento humano observado. Decenas de ejemplos históricos y contemporáneos —desde las tierras de pastoreo medievales hasta las zonas langostas de Maine— demuestran que la propiedad común no es sobreexplotada *siempre y cuando los miembros del grupo conserven la capacidad para definir quién es miembro del grupo y para gestionar sus recursos según sus propias normas*.

Hardin supone que los valores capitalistas e individualistas, la conducta que busca el máximo provecho propio, siempre prevalece en todas las sociedades y en todos los momentos, lo que es un supuesto totalmente falso, como han demostrado Karl Polanyi y numerosos antropólogos. El problema real es que se están confiscando los recursos de las personas y su capacidad para gestionarlos. El que las personas hayan podido de algún modo sobrevivir y sostener su base de recursos durante siglos sin la intervención del Banco Mundial ni de las empresas transnacionales no es una idea que pueda considerar fácilmente el Grupo de Trabajo.

En cuanto a las *premisas demográficas*, la idea de *población* contenida en el Informe es subjetiva, y es tratada como un absoluto y como algo excesivo en términos absolutos. Pero el concepto de población siempre es relativo a las necesidades de un sistema económico y político concreto. Cuando se habla de *superpoblación*, la pregunta más obvia es: *super*, ¿en relación con quién y con qué? En el Informe, esta pregunta no se formula porque ya se ha respondido. La población se considera sólo en relación con las necesidades del plan neoliberal, incluidos la disminución de sus requisitos para los trabajadores y su deseo de conservar todas las demás características del sistema con independencia del coste humano.

Las castas rápidas

Antes, las disparidades sociales dentro de una sociedad concreta se definían en función de su capacidad relativa para la negociación, y la mesa de negociación tenía una base

8. Garrett Hardin, «The Tragedy of the Commons», *Science* 162 (1968), pp. 1.243-1.248.

geográfica. Las personas tenían que negociar porque iban a tener que seguir conviviendo con las demás personas en el mismo espacio físico. Las nuevas palabras clave son velocidad y movilidad.

En la cúspide de la pirámide global están «los rápidos», los propietarios de capital y los profesionales con conocimientos a los que Jacques Attali denomina «nómadas de la elite» porque sus servicios son reclamados por encima de las fronteras, pueden ir a donde les plazca y siempre están moviéndose. Debajo de ellos está la inmensa reserva de «lentos», personas inmóviles cuya principal característica común es su capacidad para ser sustituidos, ya sea Norte-Norte, Norte-Sur o Sur-Sur.

El Grupo de Trabajo da al menos una respuesta directa a la gran pregunta que otros siempre tratan de eludir y nunca formulan en público: «¿Qué vamos a hacer con los perdedores?» Los solicitantes del Informe Lugano están sin duda familiarizados con el mundo del poder empresarial que tiene ciertamente un problema con los «perdedores», especialmente por todo lo que ellos mismos han hecho para crearlos.

Los defensores del orden neoliberal afirman que, en último término, generarán muchos más ganadores que perdedores porque el crecimiento económico proveerá un día lo suficiente para todos y a todos incluirá en sus recompensas. Todos seremos beneficiarios. Esta afirmación aparece constantemente en los textos, desde los del Fondo Monetario Internacional hasta los de la Cámara Internacional de Comercio, y sirve de justificación a políticas duras, a despidos y al sufrimiento humano en general que se corregirán en algún radiante futuro.⁹

Esta afirmación es mentira. La política del siglo XXI no se ocupará del reparto del pastel, como ocurrió en la era del Estado del bienestar posterior a la Segunda Guerra

9. Estoy dispuesta a dar un premio en metálico denominado *Premio al Reparador* a cualquier persona que descubra algo que recuerde remotamente a algún reparador viniendo del FMI. (Definición de *reparador* del Oxford English Dictionary: «Momentáneo desmayo o sensación de malestar, náuseas, escrupulo, congoja, escrupulo de conciencia, duda sobre la propia rectitud en algún asunto». Son aceptables las entradas sobre todos o cualquiera de estos ámbitos.)

Mundial; ni siquiera se ocupará de quién puede dar órdenes a quién. La política girará en torno a la empresa de enorme gravedad de seguir vivo. Esa es la esencia del Informe.

Si hay algo parecido a la lucha de clases —y creo que lo habrá, porque la supervivencia depende en gran medida de ello—, se desarrollará en esta ocasión entre los rápidos y los lentos, los móviles y los inmóviles, los arraigados y los migrantes. Los nómadas de la elite están, por definición, en mejores condiciones para ganarla; la cuestión para ellos es cómo.

La receta del Informe reconoce el problema y lo que está en juego; busca una vía infalible para garantizar que los nómadas puedan seguir trasladándose con soltura de un oasis a otro, aumentar sus rebaños de camellos empresariales e intercambiar sus alfombras y dátiles sin obstáculos al mismo tiempo que se conserva la ecología del desierto y se previene el descontento entre los nativos que queden.

Por repulsiva que sea su solución, los autores del Informe Lugano tienen al menos la dignidad, que el FMI y otros organismos similares no tienen, de reconocer que no se puede tener el oro y el moro; que no se puede tener una economía global que enriquece a unos pocos de una forma que no tiene parangón histórico, que empuja la riqueza inexorablemente hacia arriba y crea perdedores por decenas de millones; todo eso y además un medio ambiente inmaculado y una conciencia limpia.

Como también deja claro el Grupo de Trabajo, la prescindibilidad está ascendiendo por la escala social. No se trata sólo de los indios brasileños, los pobres de los Estados Unidos y otras tribus remotas. Usted, su familia, su profesión, su pequeña o mediana empresa, su comunidad, su hábitat natural empiezan a estar también en su punto de mira. Si las empresas transnacionales no responden de sus actos más que ante los propietarios del capital, si los gobiernos no pueden gravar con impuestos un dinero evanescente y móvil y ayudar a sobrevivir a los millones de personas que permanecen inmóviles, entonces hay que eliminar de alguna forma el exceso de esas personas o...

Alternativas

Este apartado ha de comenzar con una nota personal porque, con franqueza, siendo las relaciones de poder las que son, me siento al mismo tiempo un poco moralizadora y un poco estúpida proponiendo alternativas. He asistido a tantos actos que terminan con una entusiasta declaración sobre lo que *debería* o *tendría* que ocurrir que he perdido la cuenta. Son tantos los esfuerzos bienintencionados que olvidan de forma tan total la dimensión crucial del poder, que trato de evitarlos a menos que crea que puedo introducir un elemento de realismo que podría estar ausente.

Pero también hay que caminar por la cuerda floja que separa el realismo del cinismo. La ocasional victoria parcial que demuestra que se pueden cuestionar y en última instancia derrotar la mentalidad, las premisas y los objetivos del Grupo de Trabajo, sus patrocinadores y otros como ellos porque hay un número incontable de personas sobre el terreno haciendo un buen trabajo que es necesario de miles de formas diferentes: eso es lo que me mantiene en pie.

Sin embargo, dado que se me pregunta constantemente qué hacer, comenzaré con algunas sugerencias negativas. La primera es no verse atrapado por el «se debe hacer», «hay que hacer» y los sermones dominicales. Suponer que cualquier cambio, por el mero hecho de que contribuiría a la justicia, a la igualdad y a la paz, sólo necesita ser explicado para ser adoptado es una de las ingenuidades más tristes e irritantes. Muchas buenas personas —y, además, inteligentes— parecen creer que una vez que los individuos y las instituciones con poder hayan *comprendido* realmente la gravedad de la crisis (de cualquier crisis) y la urgente necesidad de ponerle remedio, se darán una palmada en la frente, reconocerán que han estado equivocados hasta entonces y, en un arranque de inspiración, darán instantáneamente a su conducta un giro de 180 grados.

Aunque hay que reconocer el papel que desempeñan la ignorancia y la estupidez, la mayoría de las cosas ocurren de una determinada forma porque los poderosos así lo quieren. Ruego un poco de indulgencia para otra anécdota personal. A mediados de 1994, como presunta experta en cuestiones Norte-Sur, me invitaron a hablar en un coloquio de la UNESCO sobre «¿Qué ha pasado con el desarrollo?» Estaba presente el director general de la organización, así como

varias lumbreras e ilustres cargos públicos de muchas nacionalidades que, como yo, rondaban en los debates sobre el desarrollo desde hacía décadas.

Mi turno llegó después de muchas aportaciones particulares sobre el tema propuesto: nadie podía negar que hubiera más perdedores que nunca, que el 20% de la cúspide de la humanidad controlaba ya el 84% de los bienes (frente al 70% de tres decenios antes) mientras que el 20% de la parte inferior de la escala se las arreglaba con algo más del 1% de la riqueza mundial; que había más personas desnutridas, enfermas, sin empleo y sin esperanza que nunca, que el «desarrollo» era un fracaso lamentable.

Dije que me sentía avergonzada de ser la única persona optimista de la sala. En mi opinión, el desarrollo había tenido un éxito tremendo. Tal vez quienes no coincidían conmigo estuvieran empleando indicadores equivocados y puntos de referencia incorrectos para medir el éxito y el fracaso. Después expliqué, punto por punto, cómo la deuda y el pago de la deuda se había duplicado en diez años, cómo decenas de países estaban ahora sometidos a la disciplina del Banco Mundial y del FMI y habían sido integrados forzosamente en la economía global, cómo las empresas transnacionales habían encontrado una nueva libertad para invertir y comerciar, cómo el capital financiero recibía compensaciones nunca vistas, cómo los poderes del Estado se habían visto drásticamente reducidos y la privatización se había convertido en la norma, cómo se habían afianzado las transferencias masivas de ingresos de los pobres a los ricos tanto dentro de un mismo país como entre países diferentes.

Si, pregunté, los bancos comerciales, los acreedores oficiales, el Banco, el FMI, las transnacionales, los gestores del dinero y las elites globales estaban contentos, ¿quiénes éramos nosotros para quejarnos? ¿Cómo podía decir nadie que el desarrollo *no* era un éxito cuando todo había sucedido exactamente según lo planeado? Quienes además esperaban un reparto de ingresos más justo, el fin del hambre, la renovación medioambiental, y la educación y la asistencia sanitaria universales, ¿no eran unos ávidos extremistas?

Al lector apenas le sorprenderá saber que no me han vuelto a invitar, pero al menos no participé en juegos estúpidos. Todo el mundo sabe perfectamente lo que *se debería* o *se tendría* que hacer si los objetivos fueran realmente un

reparto más justo de los ingresos, poner fin al hambre, etcétera. El problema no es persuadir a quienes impiden que se alcancen estos resultados de que sus políticas son erróneas, sino obtener poder. El problema no es repetir mecánicamente lo que *debería* o *tendría que* ocurrir, sino comenzar formulando dos sencillas preguntas:

- ¿Quiénes son los responsables de la crisis actual?
- ¿Cómo podemos detenerlos?

La tiranía transnacional

¿Obtener poder para qué? Esta pregunta es más difícil de lo que podría parecer. No me gusta la ambigüedad de la primera persona del plural, pero lo emplearé aquí para abarcar a todos los que rechazamos la filosofía del Informe Lugano, estamos dispuestos a resistir con los medios que tengamos a nuestra disposición y decididos para luchar por una política diferente y un mundo diferente; no perfecto, pero sí diferente.

Al menos en mi opinión, la situación es bastante sencilla: tenemos que encontrar formas para detener a las personas que no se detendrán ante nada. El capitalismo transnacional no puede detenerse. Con las empresas transnacionales y los flujos financieros sin inhibiciones se ha alcanzado una especie de fase maligna que seguirá devorando y eliminando recursos humanos y naturales aun cuando debilite el propio cuerpo —el propio planeta— del que depende.¹⁰

Los códigos de conducta y la contención voluntaria son irrisoriamente (o tristemente) insuficientes para proteger la naturaleza y a las personas de la confiscación y la destrucción porque su apropiación permite que el cáncer se extienda durante más tiempo. Por eso lo que está en juego aumenta sin parar; también por eso creo que es inútil pedir a las empresas transnacionales que sean un poco menos perjudiciales: tenemos que oponernos a *lo que son*.

Ante unas empresas transnacionales inmensamente poderosas, opacas, totalmente irresponsables y ante las estructuras de gobierno globales que están estableciendo para servir a sus intereses, la carga con la que debemos caminar el siglo que viene es nada menos que la invención de la democracia internacional. La alternativa es el totalitarismo y la solución Lugano; hay que elegir entre sus reglas y las nuestras.

Estamos en una situación similar a la de los estadounidenses o los franceses de mediados del siglo XVIII. Ellos también caminaban a tientas, sin estar del todo seguros de cómo salir de una monarquía absolutista y dirigirse hacia una democracia nacional; para cambiar su condición de súbditos por la de ciudadanos. No tenían un programa perfecto (nadie lo tiene jamás) y finalmente tuvieron que luchar.

No sé si nuestro siglo es más maduro, si podemos inventar soluciones no violentas y vencer sin derramamiento de sangre —confío en que sí—, pero sí sé que éste no es el final de la historia y que debemos intentar derribar la tiranía transnacional antes de que ella nos derribe a nosotros. Como nuestros antepasados, debemos dirigirnos desde la condición de súbditos hasta la de ciudadanos, pasar de ser víctimas a ser actores de nuestro propio destino.

Los cambios del equilibrio de poderes exigen evaluar nuestros *números*, nuestras *fuerzas* y nuestra capacidad para hacer *alianzas*. Los números están allí: geográficamente separados y políticamente divididos, pero están. El Grupo de Trabajo tiene mucha razón, desde su punto de vista, al afirmar que hay que fomentar la separación y la división. Aunque en general nos encanta obedecer, tal vez podamos superarlas. Las fuerzas deberán ser suficientes también aunque sólo sea por el gran número de sectores sociales que pueden sufrir pérdidas debido al arbitrario poder de las empresas y a la tiranía transnacional. Las alianzas son más delicadas porque deben trascender las generaciones, los sectores, las fronteras y a veces la política, y hacer extrañas parejas.

En los Estados Unidos, la derecha y la izquierda tuvieron que unir sus fuerzas para derrotar la autoridad «de vía rápida» del presidente (para promulgar leyes sobre acuerdos de libre comercio sin someterse a las enmiendas del

10. Véase John McMurtry, *The Cancer Stage of Capitalism*, Pluto Press, Londres, 1999.

Congreso). Como dijo un amigo mío cuando vio a dos confederaciones agrarias francesas discutir sobre un asunto de relativamente poca monta: «Campesinos de derechas, campesinos de izquierdas, ¿qué más da? ¡Si ya no va a haber campesinos!» Así que lo mejor era que se pusieran de acuerdo en lo fundamental; pero eso no es un reflejo natural ni para ellos ni para otros grupos acostumbrados a dividirse en posturas añejas y consagradas.

A veces los aliados, en un giro realmente singular, podrían ser incluso... transnacionales. El sector de los seguros, por ejemplo, está sumamente preocupado por el calentamiento global porque aumenta la frecuencia de las tormentas tropicales. No hace falta estar de acuerdo en todo para trabajar juntos sobre algo, aunque considero intolerables a los grandes depredadores y contaminadores. Dejémosles que se ganen los galones en otro lugar, con su propio esfuerzo, antes de utilizar los movimientos populares como hojas de parra.

A pesar de los obstáculos, el aspecto positivo es que todo el mundo puede —debe— implicarse porque la tarea de todas las tareas es volver a tejer el tejido social que el neoliberalismo está desgarrando. No sirve de nada decir «¿Pero qué puedo hacer yo? Yo no puedo hacer nada, yo sólo soy...» Rellenen el espacio en blanco. Nosotros «sólo somos...» Cada uno de nosotros puede convertirse en un hilo de la urdimbre de la trama. Cada puente que se construye, cada canal que se excava, cada sendero que se pisa va hacia alguna parte y contribuye a volver a crear el paisaje humano.

Se están llevando a cabo miles de actividades en el ámbito local cuando las personas luchan aquí contra un vertido de residuos tóxicos, allí contra una autopista intrusiva e innecesaria, y allá para que cierren una fábrica. Algunas de estas iniciativas pueden vincularse, por ejemplo, a través del prometedor Movimiento de Comunidades Sostenibles e Independientes. Cuantas más actividades económicas puedan recuperarse y arrancarse de la órbita transnacional, mejor.

Decenas de ciudades de diferentes tamaños experimentan ya con sociedades anónimas conjuntas constituidas en el ámbito local para proporcionar bienes y servicios que satisfagan las necesidades locales; se están creando coope-

rativas de alimentos que van directamente del agricultor al consumidor sin intermediarios, los bancos comunitarios son viables, las redes locales de trueque florecen, ya hay en circulación decenas de monedas alternativas.¹¹

Las personas que luchan por el bienestar de sus familias y de sus comunidades no siempre se consideran «activistas» o «ecologistas». Tampoco sus predecesores del siglo XIX cuando luchaban contra el trabajo infantil en las minas, la adulteración de los alimentos y de la leche o por el fin de las jornadas de doce horas y reivindicaban el derecho a descansar el domingo. Todas estas luchas afectan en el fondo a la integridad del cuerpo humano, con independencia de que el objetivo sea una incineradora en el centro-sur de Los Ángeles, la niebla tóxica en el Londres de la posguerra o las ratas en los barrios marginales brasileños. A veces quienes se llaman a sí mismos ecologistas deberían pensar mucho más en el cuerpo humano, configurar sus cuestiones para defenderlo y enmarcar sus argumentos en términos que puedan entender todos.

Hay quienes sostienen que basta con cambiar la escala y con «ser local». Yo discrepo, por mucho que anime estas iniciativas. A menos que podamos asegurarnos de que el Estado mantiene sus prerrogativas, no logro ver quién estará entre la persona que está abajo y la tiranía transnacional. Sin el Estado —aunque no necesariamente el Estado que tenemos ahora— pronto tendremos McEscuelas, McSalud y McTransporte.

Reforzar la democracia local y nacional, crear economías disidentes paralelas es fundamental y algo en lo que puede participar todo el mundo. La tarea más difícil seguirá siendo crear una globalización alternativa, lo que algunas organizaciones están empezando a llamar «globalización cooperativa». Para ellas, el concepto significa no un regreso ni una huida a lo local, sino un esfuerzo por reconstruir la economía global de abajo arriba, sobre la base de unas sociedades más saludables y más equitativas.

Hay literalmente miles, millones de empleos en la «economía social» o «tercer sector», situado entre el sector pú-

11. Consulté <http://www.ips.org/ifps>; también Michael Shuman, *Going Local: Creating Self-Reliant Communities in a Global Age*, The Free Press, Nueva York, de próxima publicación.

blico y el privado, pero hasta ahora la mayoría de los gobiernos no puede verlos porque existen sobre todo en forma de necesidades insatisfechas. Los trabajadores brasileños, por ejemplo, están inventando la «economía social» o «sector público no estatal» basado en cooperativas con una gran diversidad de formas de propiedad y de gestión, que pueden cooperar y comerciar *entre sí* para evitar del todo las relaciones de competencia brutal del mercado. Ya están entablando relaciones con cooperativas de trabajadores de Uruguay y de España organizadas de forma similar.

El movimiento del Comercio Justo también está ganando terreno y miembros. Conocido sobre todo por el té y el café «alternativos» que suministran al Norte cooperativas de trabajadores del Sur, ya se está superando esta primera fase y empezando a suministrar a supermercados y colectivos (municipios, universidades y similares). En Gran Bretaña, Christian Aid, empleando la presión de los consumidores, está animando a los supermercados a que asuman la responsabilidad de las condiciones en las que se producen en el Sur los artículos que ofrecen en sus estantes. Los estudiantes y profesores universitarios piden en sus cantinas que sirvan alimentos orgánicos cultivados por productores locales y bebidas de comercio justo. La unión con otras personas propicia el uso del consumo para promover la justicia.

Los sindicatos también están empezando a organizarse transnacionalmente. Cuando los trabajadores corren en la carrera hacia lo peor, todos pierden. Si pudieran conseguir crear sindicatos de empresa en todo el mundo, podrían enfrentarse con éxito al poder empresarial. La clave es conseguir que salarios y condiciones de trabajo sean dignos en todo el mundo, no luchar unos contra otros por las migajas; crear suelos, no techos.

Un humorista francés escribió una vez: «Si lo que buscas es dinero, mira donde más abunda, entre los pobres». Los gobiernos lo practican ahora más que nunca porque los pobres están arraigados, permanecen inmóviles y son «lentos», mientras que el dinero en grandes cantidades es nómada y viaja a la velocidad de los bytes. El dinero inmóvil (procedente de las empresas, los profesionales y los asalariados locales) soportará la máxima carga tributaria por la sencilla razón de que está localizable.

La única forma de pagar todo lo que hace falta —la erradicación del hambre, la renovación medioambiental, salud y educación para todos— es ir tras el dinero allá donde está realmente, entre las empresas transnacionales y en los mercados financieros. Se han formulado muchas propuestas a favor de lo que se conoce como «Impuesto Tobin» sobre las transacciones financieras internacionales (FOREX). Unido a un insignificante impuesto sobre las compras y las ventas de acciones, bonos, opciones y sus lujosos primos los derivados, podría llevar dinero hasta las arcas de la ONU y de sus organismos con más rapidez que la que se emplearía en gastarlo.

Pero para ganarse el privilegio de gastarlo, estos organismos tendrían también que hacerse responsables y rendir cuentas ante alguien, aparte de las transnacionales y de sus selectos consejos de dirección. La ONU y las empresas transnacionales se reúnen actualmente en agradables lugares como el Diálogo Empresarial de Ginebra (empresa conjunta de la Cámara Internacional de Comercio y la ONU), el Diálogo Empresarial Transatlántico (directores de empresas transnacionales y altos cargos políticos nacionales e internacionales) en múltiples ejercicios de «creación de consenso». Si las burocracias internacionales quieren huir de las acusaciones de favoritismo, deberán insistir en que también se invite a otros grupos en número suficiente para asegurar que se escuchan voces alternativas.

Si se instituye un régimen fiscal internacional, las organizaciones de ciudadanos deben tener voz y voto sobre la forma en que se gasta el dinero, se podrían asignar proporciones concretas a cooperativas y otras empresas descentralizadas y a los gobiernos elegidos democráticamente de los países pobres que hagan esfuerzos para proporcionar salud y educación a sus pueblos. Estos impuestos no aparecerán por arte de magia, pero podrían instituirse si un número suficiente de ciudadanos dice, fuerte y claro, a un número suficiente de gobiernos que quieren que se reparta la carga fiscal.

Se podría empezar financiando un enorme programa de conversión y de limpieza medioambiental keynesiano internacional. Las ecotasas son la única solución a largo plazo para la destrucción del medio ambiente. El viejo princi-

pio es aplicable en el ámbito internacional: gravar lo menos deseable y desgravar lo más deseable. Desgravar el empleo y los ingresos, gravar la contaminación y los residuos para obligar a las empresas a que sigan el camino medioambiental correcto.

¿Significa todo esto que la población mundial no tiene importancia? No, la población es una cuestión real y profundamente inquietante. Pero salvo que se desee la Solución Lugano, hay que tomarse en serio el capítulo del Informe dedicado a la prevención, en el que se exponen varias vías posibles. La más eficaz es dar educación y posibilidades de elección a la mujer, algo imposible con los programas de austeridad y ajuste estructural vigentes.

Hay algunas normas básicas que son aplicables con independencia de las medidas que se decida adoptar: en primer lugar, determinar el objetivo y los obstáculos que impiden su consecución. Tratar de organizar al mayor número posible de personas interesadas para conseguirlo. Después, recuerden la sabiduría del antiguo estratega chino Sun Tzu: no hagas lo que más te gustaría hacer. Haz lo que a tu adversario menos le gustaría que hicieras. Actúa transnacionalmente en lo posible: la amenaza es transnacional, y transnacional ha de ser la respuesta. Las conexiones a Internet son ahora tan sencillas que también nosotros podemos ser «rápidos».

Las personas organizadas en alianzas transnacionales pueden avanzar un gran trecho dando forma al futuro, pero también creo que los hechos se confabularán para invalidar estrategias como las propuestas en el Informe Lugano. Me apresuro a matizar este aparente optimismo señalando que es probable que las circunstancias sean muy alarmantes y que me gustaría que pudieran evitarse. Este Anexo trata de alternativas, por lo que no expondré con detalle mis temores; sin embargo, quiero abordar públicamente el tema del accidente económico o financiero, o lo que el Grupo de Trabajo denomina «accidente global» y la agitación social a gran escala. Los castillos de naipes suelen caerse, y el mercado «autorregulado», como vio hace décadas Karl Polanyi, destrozará a la sociedad.¹²

12. En *The Great Transformation*, 1962.

Por último, si se considera que hacen falta más fundamentos morales para oponerse a la tiranía transnacional, cabría recurrir a la *Teoría de la justicia* de John Rawls.¹³ Antes de elegir los principios básicos que deberán regir la sociedad, imagínenla desde el punto de vista de alguien que lo ignora todo sobre su lugar en ella; alguien que ignora los talentos y oportunidades que le regalará la vida. Después escojan un mundo en el que «las desigualdades sociales y económicas [están] organizadas de tal forma que procuran el máximo beneficio para los menos privilegiados». No cabe duda de que no elegirán un mundo sometido a la lógica del Informe Lugano. Sí hay elección.

13. Beacon Press, Boston, 1957 (publicado por primera vez por Rinehart and Co., 1944).

Epílogo al Informe Lugano

No es ningún secreto: el *Informe Lugano* lo he escrito yo desde el principio hasta el final. Explicar por qué lo hice, sin embargo, exige exponer brevemente mi trabajo hasta la fecha. Desde mediados de la década de 1970, cuando comencé a investigar para mi primer libro, *How the Other Half Dies*,¹ siempre he tratado de comprender y de describir cómo se despliega el poder. Desde este punto de partida, me he ocupado de temas como el hambre en el mundo y la pobreza del Tercer Mundo, la repercusión de la deuda externa del hemisferio sur, las relaciones Norte-Sur, las empresas e instituciones transnacionales como el Banco Mundial. Muchas personas suponen, en consecuencia, que soy una experta en desarrollo, una economista o ambas cosas.

En realidad no soy ninguna de las dos. Nunca he vivido ni he trabajado en un país en desarrollo y, aparte de un curso de introducción a la economía, realizado hace mucho tiempo, nunca he hecho estudios reglados de esa materia. Mis tres títulos universitarios los obtuve a intervalos de diez años. El primero fue una doble licenciatura, en francés y en ciencias políticas, en el Smith College de los Estados Unidos; el segundo, una licenciatura en Filosofía de la Sorbona. Mi tesis doctoral se ocupó de la transferencia forzada del sistema alimentario estadounidense al resto del mundo, lo que me hizo consumir diversos seminarios en y alrededor de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Era tan

1. Penguin, Harmondsworth, 1976.

transdisciplinario que las autoridades correspondientes lo acabaron incluyendo en la categoría que la Sorbona denomina «Estudios Norteamericanos: Opción Ciencias Políticas».²

Quizá el único hilo común que recorre esta mezcla sea mi inclinación por preguntar, en cualquier circunstancia determinada, quién tiene el control y cómo utiliza su poder, qué grupos obtienen los beneficios y quién paga los costes. Una vez que creo que he respondido más o menos a estas preguntas, tiendo, con razón o no, a avanzar en lugar de cavar en el mismo surco una temporada tras otra.

Así, resulta que, desde mediados de la década de 1990, después de que Fabrizio Sabelli y yo finalizásemos *La religión del crédito. El Banco Mundial y su Imperio Secular*,³ buscaba una parcela virgen, nueva. Me preocupaban cada vez más las cuestiones medioambientales, en parte gracias a haber formado parte durante seis años de la junta directiva internacional de Greenpeace, que todos los días inundaba mi ordenador con recordatorios de la depredación y destrucción ecológicas por medio del «enlace verde».

Entonces, a principios de 1995, más o menos un mes después de la catástrofe económica de México, redacté una propuesta con una introducción de un libro que se titularía *Crímenes perfectos*. La intención era mostrar por qué iban a producirse necesariamente otras crisis, en otros «mercados emergentes», causando un enorme sufrimiento humano a quienes no habían sembrado las minas terrestres financieras pero que resultaban invariablemente alcanzados por la metralla cuando éstas explotaban. La hipótesis era correcta, como han demostrado posteriormente Rusia y Asia, pero un libro de estas características requería un importante presupuesto para viajar y no pude recaudar el dinero necesario. Así que escribí ensayos más breves y seguí observando la ofensiva en curso contra la tierra y la sustitución del contrato social por «la ley del mercado», que me parecían las características más destacadas de la globalización.

En cuanto a los estragos de lo que se conoce como era Thatcher en Gran Bretaña, era Reagan en los Estados Uni-

dos y neoliberalismo en casi el resto del mundo, tuve que preguntarme cómo lo habían conseguido con total impunidad. ¿Cómo era posible darle la vuelta a Robin Hood, robar sistemáticamente a los pobres para dárselo a los ricos o, en términos más teóricos, remunerar el capital en detrimento de la mano de obra? Infinidad de estudios dejaban claro como la luz del día el hecho de que estas transferencias se estaban produciendo en una escala enorme y global, tanto dentro de cada país como entre ellos.⁴

Así, el 1% de las familias estadounidenses más ricas duplicaron sus ingresos en los años de la era Reagan, mientras que el 80% de las familias corrientes los perdieron. Cuanto más abajo estaban en la escala de ingresos, más perdieron proporcionalmente. La historia fue casi idéntica en Gran Bretaña. En el ámbito internacional, las disparidades entre los ingresos de la quinta parte de la humanidad del tramo superior de la escala y los de la quinta parte del tramo inferior se habían duplicado en treinta años. La deuda del Tercer Mundo era un ingenioso mecanismo para llevar la riqueza de los pobres del Sur a las elites del Sur y de allí hacia el Norte, al mismo tiempo que reforzaba el control político y económico del Banco Mundial y del FMI. Los ejemplos abundaban.

En las reuniones de miembros del Instituto Transnacional, hablábamos habitualmente del «Norte global» —compuesto por las elites internacionales y unas clases medias cada vez más ansiosas— y del «Sur global» —los innecesarios e indeseados por los mercados mundiales, con independencia de donde vivan— y de la población del planeta como «un tercio de incluidos, dos tercios de excluidos».⁵

El mundo parecía haber puesto un rumbo tan destructivo desde la perspectiva económica, social y ecológica que, al igual que muchas otras personas, me sentía seriamente alarmada. Sigo estándolo, pero mi argumento es que abordar los aspectos interrelacionados de la globalización económica y sus nefastas consecuencias para el ser humano y el planeta parecía exigir algo más enérgico que otro libro de explicación y crítica.

4. Para un buen resumen, véase UNCTAD, *Trade and Development Report 1997*, Capítulo 3.

5. Conceptos desarrollados en especial por John Cavanagh y Walden Bello, con aportaciones de otros colegas del TNI.

2. Publicado como *Les Stratèges de la Faim*, Éditions Grounauer, Ginebra, 1991.

3. Intermón, Barcelona, 1994.

En qué podía consistir ese *algo* que estaba aún lejos de ser evidente. Pero comencé a intentar ver estos mismos fenómenos desde el punto de vista de los que mandan, de quienes más se benefician de la situación existente. Quizá fueran despiadados, quizá carecieran de toda compasión por los «perdedores» de su sistema, pero no eran en modo alguno estúpidos. Sin duda ellos también oían sonar las campanas de alarma y veían los destellos de las luces de aviso. *Tenían* que estar preocupados.

Y lo estaban. Alan Greenspan estaba preocupado por la exuberancia irracional del mercado, George Soros estaba preocupado por el exceso de capitalismo, el economista jefe del Banco Mundial estaba preocupado por la repercusión y la severidad de los programas de ajuste estructural en los países pobres, el director de economía global de Morgan Stanley estaba preocupado por la inminente «cruda guerra de poder entre capital y mano de obra» y había montones de personas preocupadas por la polarización social y la quiebra medioambiental. Sin embargo, nadie parecía unir todo esto, al menos no en público.

Si yo estuviera entre quienes tienen el poder, pensé, me aseguraría firmemente de unir todo esto y estaría dispuesta a pagar generosamente por una evaluación sin restricciones de la salud y de la capacidad de recuperación del sistema, aunque sólo fuera porque mi poder y mis beneficios futuros dependían de ellos. Si ese diagnóstico revelase peligros graves para mí y para otros como yo, también querría una receta que pudiera ayudarme a resistirme a las tendencias y someter el futuro.

Poco a poco fue cobrando forma la idea del *Informe Lugano*. Habría que tener constantemente en cuenta la perspectiva de los amos del universo. Me pregunté cómo podrían actuar uno o dos grupos destacados, aunque informales (que no nombraré para no invitarles a que emprendan una acción legal).

Nombrarían a un grupo de estudio de gran empuje totalmente integrado por varones norteamericanos y europeos, procedentes de diferentes disciplinas. Los miembros del grupo serían lo que los estadounidenses llaman «intelectuales de la política», el tipo de personas que pasan sin esfuerzo del ámbito académico a la Administración y viceversa, dirigiendo prestigiosos centros universitarios y actuando como

asesores de altos vuelos. Tendrían prestigio en sus respectivos campos, pero no serían muy conocidos. Trabajando en condiciones de estricto secreto, reuniéndose en territorio neutral, preservando sus identidades de la luz pública, posiblemente incluso entre sí, se comunicarían entre dos reuniones a través del correo electrónico utilizando seudónimos. Y, desde luego, serían compensados más que generosamente por su tiempo. Su cometido sería examinar la situación del sistema mundial e informar a los solicitantes del informe de la mejor forma de mantenerlo en marcha para que pudiera seguir potenciando sus objetivos.

Durante una temporada quise ver si podía hacer pasar el *Informe* del grupo por un documento real (aunque siempre con la intención de confesar mi autoría al final). Finalmente, por motivos demasiado aburridos de explicar, renuncié a la idea del engaño verosímil, pero no antes de haber escrito un prólogo de ficción en el que explicaba cómo había llegado a mis manos el *Informe Lugano*. En esta fantasía, di a mis protagonistas nombres de árboles como seudónimos, como recordatorio de sus respectivas disciplinas. Eran el antropólogo Álamo, el biólogo Baobab, el científico ecologista Cedro, el demógrafo Drago, el economista Encina, el filósofo Fresno, el historiador Haya, el politólogo Pino y el sociólogo Sauce. Y así se quedaron en su *Carta de entrega*. El décimo miembro del grupo, llamado Genciana, era el maestro de ceremonias, el organizador y el factótum general. En mi ficción, él era quien se había puesto en contacto personalmente con cada miembro del grupo en nombre de los solicitantes, que preferían no dar a conocer su identidad individual ni colectiva, pero que, según dio a entender este intermediario, eran personajes muy encumbrados e importantes.

Así, el Grupo de Trabajo nunca supo exactamente para quién estaba trabajando, pero sus compensaciones materiales apagaron cualquier rescoldo de curiosidad o de recelo. Sus reuniones se celebraron en una casa grande y cómoda, en una ciudad situada en territorio «neutral», es decir, en Suiza, al mismo tiempo encantadora, discreta y rica. Lugano se me vino a la mente enseguida.

Esto es todo lo que puedo decir sobre la génesis y el formato del *Informe Lugano*. No podía imaginar otro que me permitiera decir mejor lo que creía necesario decir, y tejer hilos aparentemente dispares en un diseño coherente.

Había que llevar las premisas del grupo y de su encargo a sus conclusiones lógicas.

Que yo sepa, la bibliografía empírica y teórica nunca ha llegado a estas conclusiones, aunque, en mi opinión, allí están, mirándonos a los ojos. Nuestro sistema actual es una máquina universal para arrasar el medio ambiente y para producir perdedores con los que nadie tiene la más mínima idea de qué hacer.

Confío en que a los lectores el *Informe Lugano* les produzca escalofríos, pero quiero subrayar que no es sensacionalista. Tampoco es una «sátira», es simplemente una especie de *Modesta proposición* del milenio. El contenido se basa en su totalidad en gruesos expedientes de datos, al igual que el resto de mis libros. Tiene menos notas que los demás porque pensé que los miembros del Grupo de Trabajo considerarían suficiente su propia autoridad, pero siempre tienen sólidas pruebas para decir lo que dicen. Si los lectores lo dudan, se les invita a reclamar: desempolvare las referencias necesarias de una de las varias cajas de documentos acreditativos que tengo.

En otras palabras, el *Informe Lugano* es una evaluación todo lo precisa, formal e imparcial que puede ser partiendo de una investigación seria. No es una obra de ciencia ficción ni ningún otro tipo de ficción. Aparte del concepto básico, no hay nada inventado, y no me sorprendería lo más mínimo saber que un Grupo de Trabajo real ha elaborado un documento similar.

Uno o dos amigos me han sugerido que debería dejar totalmente claro las partes del *Informe* que en realidad reflejan mis propias ideas y las que no; me lo indican con amabilidad, dando a entender que no me he cubierto lo suficiente, por decirlo no con demasiada finura, el trasero.

A riesgo de repetir de forma tediosa asuntos que creo que ya se han abordado adecuadamente aquí y en el Anexo, pongo de relieve que hice todo lo posible para que las conclusiones de *Lugano* se derivaran de las premisas del Grupo de Trabajo y de sus resultados deseados para la economía mundial. No se sigue de eso que acepte esas premisas (salvo las ecológicas), y mucho menos los resultados; muchísimo menos los métodos. También considero que el mundo va camino de lo que ellos quieren si no se emprende de inmediato una reorganización radical dentro de las naciones, así como entre ellas.

Este libro pretende afligir a los que se sienten confortables, sin reconfortar demasiado, ¡ay!, a los afligidos. Pero no vivimos tiempos agradables y es mucho lo que está en juego.

Algunos ejemplos concretos: Primero, tal vez tendré interesantes discusiones con personas que defiendan la *política de la identidad* (véase la segunda parte del capítulo 2, *Los pilares*) con las que tengo poca paciencia debido a sus miles de ventajas *divide y vencerás*. Segundo, en mi opinión, las fundaciones inclinadas hacia la izquierda demuestran una estupidez rayana en lo criminal al no defender las ideas progresistas; es decir, al no darles fondos. El Grupo de Trabajo comprende la importancia de crear y de utilizar la ideología.⁶ Por último, liberar un número incalculable de organismos genéticamente modificados en el medio ambiente me parece suicida y, por tanto, acorde con los objetivos de *Lugano* en el Sur.

Y así sucesivamente. A veces pongo de relieve la crueldad de la derecha, a veces critico lo que considero la ceguera o los dogmas de la izquierda. Eso debe de alejar mucho a todos, y si no es así, estos párrafos, según me dicen obligatorios, deberían servir muy bien para ello.

Para terminar, unas palabras de agradecimiento: Roger van Zwanenberg y Robert Webb, de Pluto, han dedicado considerables energías y profesionalidad a este libro, por lo que he contraído una gran deuda con ellos. En cuanto a la ayuda con el contenido, estaba familiarizada con gran parte del terreno cubierto en el *Informe* antes de empezar y sabía perfectamente a dónde acudir para obtener información en las áreas que me resultaban más difíciles. Muchas personas me echaron una mano; puede que citarlas no siempre sea beneficioso para ellas. No obstante, debe quedar constancia de mi gratitud a tres de ellas: Alex Brenner por su ayuda multilingüe, minuciosa y jovial en la investigación; Fabrizio Sabelli por su rigor intelectual, su vigorizante amistad y sus comentarios críticos siempre suavizados con su amabilidad; y Charles-Henry George por leer cada línea del texto y por darme aliento con su permanente apoyo material y moral. Nadie debería tener que vivir con un escritor: CHG lo hace en cierto modo, con paciencia y garbo.

6. Véase Susan George, «How to Win the War of Ideas: Lessons from the Gramscian Right», *Dissent*, verano de 1997.